SUSURROS EN LA NOCHE
JUDITH McNAUGHT



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capitulo 1

Hacía tres días que la seguía, que la observaba. Que esperaba.

A esta altura ya conocía sus hábitos y sus horarios. Sabía a qué hora se levantaba por las mañanas, a quién veía durante el día, y a qué hora se iba a dormir. Sabía que leía en la cama, por las noches, recostada en sus almohadones. Conocía el título del libro que estaba leyendo y sabía que lo ponía boca abajo sobre la mesa de noche para marcar el lugar cuando por fin apagaba la luz.

Sabía que sus espesos cabellos rubios eran naturales y que los asombrosos ojos de un color azul violáceo no eran resultado de los lentes de contacto que usaba. Sabía que compraba el maquillaje en la farmacia y que todas las mañanas pasaba exactamente veinticinco minutos preparándose para ir a trabajar. Era obvio que le interesaba más estar limpia y prolija que resaltar sus atributos físicos. Sin embargo, a él le interesaban mucho sus considerables atributos físicos. Aunque no de manera urgente ni por las razones "habituales".

Al principio, se había cuidado mucho de no perderla de vista, preocupándose al mismo tiempo de que ella no lo viera, pero sus precauciones provenían más de la costumbre que de la necesidad. Con una población de ciento cincuenta mil personas, de las cuales quince mil eran estudiantes universitarios, la pequeña ciudad de Bell Harbor, en la costa oriental de Florida, era lo bastante grande como para que un forastero se moviera entre la población sin ser notado, pero no tanto como para que pudiera perder de vista a su presa en una selva de autopistas y tránsito metropolitano.

Ese día la había seguido hasta el parque de la ciudad, donde había pasado una tarde de febrero agradable pero inquieta, rodeado de adultos alegres que tomaban cerveza y niños gritones que habían ido a disfrutar del picnic y las festividades del Día del Presidente. A él no le gustaban los niños cerca, y menos los que tenían las manos pegajosas y las caras sucias, y tropezaban con él mientras se corrían unos a otros. Lo llamaban "¡Eh, señor." y le pedían que les arrojara las pelotas de béisbol que se les escapaban. Sus actividades lo habían distraído ya tantas veces que había abandonado varios cómodos bancos del parque y se había obligado a buscar refugio y anonimato bajo un árbol con un tronco rugoso contra el que era incómodo apoyarse y con raíces protuberantes sobre las que era imposible sentarse. Todo empezaba a molestarlo, y se dio cuenta de que se le estaba terminando la paciencia. También terminaban la vigilancia y la espera.

Para contener su mal humor, repasó los planes para su presa mientras concentraba toda su atención en ella. En ese momento, Sloan bajaba de las ramas de un gran árbol del cual intentaba recuperar un barrilete que parecía un halcón negro con las alas extendidas, pintadas de amarillo fuerte. A los pies del árbol la alentaba un grupo de niños de entre cinco y seis años. Detrás de ellos había un grupo de adolescentes mayores, todos varones. Los niños más pequeños estaban interesados en recuperar el barrilete, los adolescentes estaban interesados en las piernas de Sloan Reynolds, bronceadas y bien torneadas, que aparecían de entre las ramas más gruesas y más altas del árbol. Los muchachos se codeaban entre sí y la miraban fijo, y él entendía la causa de esa pequeña conmoción masculina: si ella hubiera sido una compañera de estudios veinteañera, esas piernas suyas habrían sido notables pero, en una policía de treinta años, eran un fenómeno.

Por lo normal, a él le atraían las mujeres altas y voluptuosas, pero ésta medía apenas uno sesenta y dos, tenía senos contundentes y un cuerpo delgado que resultaba agradablemente grácil, si bien lejos de la voluptuosidad. No era candidata a las páginas centrales a color de ninguna revista, pero, con sus bien planchados pantaloncitos color caqui e impecable camisa blanca de punto, con sus cabellos rubios recogidos en una cola de caballo, tenía una frescura sana y una pulcritud que le gustaban... Por el momento.

Un grito desde el campo de juego hizo que dos de los chicos mayores se volvieran y miraran hacia donde estaba él. El levantó el vaso de cartón con naranjada y se lo llevó a la

boca ara taparse la cara, pero el gesto fue más automático que necesario. Ella no había reparado en él en los últimos tres días,

durante los cuales él la había observado desde portales y callejones, de manera que, aunque llegara a verlo, no iba a encontrar nada siniestro en un hombre solo en un parque llano de ciudadanos respetuosos de la ley que disfrutaban de la comida y las exposiciones gratuitas. En realidad, pensó él con afectación, ella era increíble, y estúpidamente descuidada cuando no estaba de servicio. Una noche, cuando, seguramente, ella no podía dejar de oír los pasos de él a sus espaldas, ni siquiera miró por encima del hombro, ni siquiera cerraba el auto con llave cuando estacionaba. Como casi todos los policías de pueblos chicos, ella sentía una falsa sensación de seguridad en su propia ciudad, una inmunidad que tenía que ver con la placa que usaba y el arma que llevaba, y con los mezquinos secretos que conocía de los ciudadanos.

Pero para él ella no tenía secretos. En menos de setenta y dos horas él había conseguido todas sus estadísticas vitales: edad, altura, número de licencia de conducir, balances de su cuenta bancaria, ingresos anuales, dirección particular. El tipo de información que podía obtener fácilmente en Internet cualquiera que supiera dónde buscar. En el bolsillo llevaba una fotografía suya, pero toda esa información combinada era minúscula comparada con lo que sabía ahora.

Bebió otro sorbo de naranjada tibia, luchando por controlar otro ataque de impaciencia. A veces, ella era tan directa, tan prolija y tan predecible que lo divertía pero, otras, era inesperadamente impulsiva, lo cual la convertía en una persona impredecible, y las personas impredecibles hacían las cosas peligrosas para él. Y así fue como siguió esperando y vigilando. En los últimos tres días había reunido todos los pequeños detalles que, por lo general, conforman la totalidad de una mujer, pero, en el caso de Sloan Reynolds, el cuadro seguía todavía borroso, compleja, confuso.

Sloan apretó el barrilete en el puño izquierdo y comenzó a descender cuidadosamente a una rama más baja y entonces se dejó caer al suelo, y le entregó el barrilete a su dueño entre exclamaciones de "¡Bravo!" y el ruido de manos pequeñas que aplaudían entusiasmadas.

-¡Eh! ¡Gracias, Sloan! -dijo Kenny Landry ruborizado de placer y admiración, mientras recibía el barrilete. A Kenny le faltaban dos dientes de adelante, lo que le hacía cecear, y ambas

cosas lo convertían en una personita adorable a los ojos de Sloan, que había ido al colegio secundario con su madre. -Mi -mamá tenía miedo de que te lastimaras, pero yo le dije que tú nunca tienes miedo.

En realidad, durante el descenso entre las ramas, Sloan había tenido mucho miedo de que los pantaloncitos se engancharan en los pinchos y se le vieran demasiado las piernas.

-Todo el mundo le tiene miedo a algo -le dijo Sloan, conteniendo las ganas de abrazarlo y arriesgarse así a avergonzarlo con una demostración pública de afecto. Se conformó con revolverle los cabellos claros.

-¡Una vez, yo me caí de un árbol! -confesó una niñita de pantaloncitos rosados y una camiseta rosada y blanca, mirando a Sloan con asombro y admiración-. Y me lastimé..., en el hombro -agregó Emma, tímida.

Tenía cabellos rojos, cortos y enrulados, pecas en la naricita y una muñeca de trapo en los brazos. Butch Ingersoll era el único niño que se negaba a dejarse impresionar.

-Se supone que las niñas tienen que jugar con muñecas -le informó a Emma-. Son los varones los que se suben a los árboles.

-Mi maestra dijo que Sloan es una verdadera heroína -exclamó Emma, apretando aún más su muñeca de trapo, como si ésta le diera coraje para hablar. Levantó los ojos hacia Sloan y agregó: -Mi maestra dijo que habías arriesgado la vida para salvar al niñito que se cayó al pozo.

-Tu maestra es muy buena -dijo Sloan, mientras levantaba el cordel del barrilete que estaba sobre el césped ,y comenzaba a enrollarlo en los dedos.

También la madre de Emma había sido compañera de clase de Sloan y, mirando a Kenny y a Emma, Sloan no pudo decidir cuál de los dos niños era más encantador. Había ido al colegio con los padres de casi todos estos chicos y, mientras le sonreía al círculo de caritas, vio conmovedoras remembranzas de antiguos compañeros de clase en los rostros fascinados que la miraban.

Rodeada por los descendientes de sus compañeros de clase y de sus amigos, Sloan sintió una aguda punzada de añoranza por un hijo propio. En el último año, su deseo de tener un varoncito o una niñita propios para abrazar, querer y llevar a la escuela había crecido, pasando de ser un deseo a ser una necesidad, y aumentaba con alarmantes velocidad y fuerza. Quería una pequeña Emma o un pequeño Kenny suyos para mimar, para querer, para educar. Lamentablemente, su deseo de dedicarle la vida a un esposo no había crecido en lo más mínimo. En realidad, todo lo contrario.

Los otros niños miraban a Sloan con franca admiración, pero Butch Ingersoll estaba decidido a no dejarse impresionar. Su padre y su abuelo habían sido estrellas del fútbol en el secundario. A los seis años, Butch tenía no sólo el mismo físico corpulento de éstos sino que, además, había heredado la mandíbula cuadrada y las baladronadas machistas. Su abuelo era el jefe de Policía y jefe de Sloan. Avanzó el mentón en un gesto que, a Sloan, le recordó al jefe Ingersoll.

-Mi abuelo dice que cualquier policía habría rescatado a ese niñito, como hiciste tú, pero que los de la televisión hicieron un mundo porque tú eres mujer.

Una semana antes, Sloan había ido, a atender una llamada por un pequeño perdido y había termiado bajando a un pozo para rescatarlo. Las estaciones locales de televisión recogieron la historia del niño perdido y después los medios de Florida recogieron la historia del rescate. Tres horas después de haber bajado al pozo y de haber pasado los momentos más aterradores de su vida, Sloan había emergido hecha toda una "heroína". Sucia y agotada, había sido recibida con vivas ensordecedores de los ciudadanos de Bell Harbor que se habían reunido para rezar por la seguridad del niño, y con gritos de los periodistas que se habían reunido para rezar que apareciera algo tan interesante como para aumentar su audiencia.

Después de una semana, el furor y la notoriedad comenzaron finalmente a enfriarse, pero no con la rapidez que Sloan habría deseado. El papel de estrella de los medios y heroína local le resultaba no sólo cómicamente inapropiado sino, además, totalmente desconcertante. Por un lado, tenía que vérselas con los ciudadanos de Bell Harbor que ahora la consideraban una heroína, un icono, un modelo para las mujeres. Por otro lado, tenía que vérselas con el capitán Ingersoll, el abuelo machista de Butch, un hombre de cincuenta y cinco años que consideraba el heroísmo sin intención de Sloan como "una deliberada actuación para impresionar", y su presencia en la fuerza policial como una afrenta a su dignidad, un desafío a su autoridad y una carga que él se veía obligado a soportar hasta que encontrara la manera de deshacerse de ella.

Sara Gibbon, la mejor amiga de Sloan, hizo su aparición justo cuando Sloan terminaba de enrollar el último pedacito del cordel del barrilete en una bobina improvisada y se la entregaba a Kenny con una sonrisa.

-Oí gritos y aplausos -dijo Sara, mirando a Sloan, luego al grupito de niños y después al barrilete en forma de halcón con el ala de la punta amarilla rota-. ¿Qué le pasó a tu barrilete, Kenny? -preguntó Sara. Le sonrió, y el niño resplandeció.

Sara producía ese efecto en los varones de todas las edades. Con cabellos castaños cortos y brillantes, resplandecientes ojos verdes y rasgos exquisitos, con una sola mirada, Sara podía hacer que los hombres se pararan en seco.

-Se enganchó en el árbol...

-Sí, pero Sloan lo bajó -lo interrumpió Emma, entusiasmada, señalando con un dedito gordo hacia la copa del árbol. -Se trepó hasta allá arriba -interpuso Kenny-, y no tuvo miedo, porque es valiente.

Sloan sintió, como la madre que sería algún día, que debía corregir esa impresión de los niños.

-Ser valiente no significa no tener miedo nunca. Ser valiente significa que, aunque uno tenga miedo, igual hace lo que tiene que hacer. Por ejemplo -explicó, dirigiéndole una sonrisa al grupito-, ustedes son valientes cuando dicen la verdad aunque tengan miedo de meterse en problemas. Eso es ser valiente, muy valiente.

La entrada en escena de Clarence el Payaso, con un puñado de globos gigantes, hizo que todos los niños giraran al unísono y varios de ellos salieron corriendo de inmediato, dejando sólo a Kenny, Emma y Butch.

-Gracias por bajarme el barrilete -dijo Kenny con otra de sus encantadoras sonrisas desdentadas.

-De nada-dijo Sloan, luchando por controlar un impulso imposible de abrazarlo y apretarlo, a pesar de la camisa sucia, de la cara pegajosa y de todo.

El joven trío se volvió y comenzó a alejarse, discutiendo sobre el verdadero grado del coraje de Sloan.

-La señorita McMullin tiene razón. Sloan es una verdadera heroína de la vida real -declaró Emma.

-Sí, es muy valiente -dijo Kenny.

Butch Ingersoll se sintió obligado a calificar y limitar el cumplido.

-Bueno, para ser mujer, es valiente -dijo, despectivo, logrando que Sloan, divertida recordara al jefe Ingersoll.

De manera extraña, fue Emma, la tímida Emma, la que sintió el insulto.

-Las niñas son tan valientes como los varones.

-¡No es cierto! Ella no tendría que ser policía. Ser policía es un trabajo de hombres. Por eso se llaman así nada más, sino hay que decir mujer policía.

Emma se ofendió profundamente con este último insulto a su heroína.

-¡Mi mamá -exclamó, con voz aguda- dice que Sloan Reynolds tendría que ser jefe de Policía!

-¿Ah, sí? -replicó Butch Ingersoll-. ¡Bien, pues el jefe de Policía es mi abuelo, y él dice que Sloan es un estorbo! Mi abuelo dice que tendría que casarse y tener niños. ¡Las mujeres sirven para eso!

Emma abrió la boca para protestar, pero no se le ocurrió qué decir.

-Te odio, Butch Ingersoll -exclamó, en cambio, y salió corriendo, abrazando a su muñeca, una feminista en miniatura con lágrimas en los ojos.

-No tendrías que haber dicho eso -le advirtió Kenny-. La hiciste llorar.

-¿Qué me importa? -dijo Butch, un intolerante en miniatura con la misma actitud del abuelo.

-Si mañana eres muy bueno con ella, tal vez se olvide de lo que dijiste -dijo Kenny, un político en miniatura, como el padre.

Capítulo 2

Cuando los niños ya no podían oírlas, Sloan se volvió hacia Sara con una sonrisita irónica.

-Hasta ahora no había podido decidir si quiero tener un niño o a una niña. Ahora estoy segura. Una niña, decididamente.

-Como si se pudiera elegir -bromeó Sara, acostumbrada a este tema de conversación, que se había vuelto más y más frecuente-. Y, mientras intentas decidir el sexo de esa criatura aún por concebir, ¿puedo sugerirte que pases un poco más de tiempo buscando un posible padre y esposo?

Sara siempre tenía citas, y cada vez que salía con un hombre nuevo -lo que era muy frecuente-, sistemáticamente, investigaba a los amigos de éste con la intención específica de

encontrar a alguien apropiado para Sloan. Apenas seleccionaba a alguien con buenas perspectivas, comenzaba una campaña para presentárselo. Y, sin importarle cuántas veces fallaran sus esfuerzos de casamentera, nunca dejaba de intentarlo porque, sencillamente, no podía entender por qué Sloan prefería una velada sola en su casa a la compañía de un hombre razonablemente atractivo, por poco que tuvieran en común.

-¿En quién estás pensando esta vez? -preguntó Sloan, cansada, mientras atravesaban el parque hacia las tiendas y los quioscos levantados por los negocios locales.

-Hay una cara nueva, justo ahí -dijo Sara, señalando con la cabeza a un hombre alto con pantalones castaños y chaqueta amarilla clara que estaba recostado contra un árbol,

mirando a los niños reunidos alrededor de Clarence el Payaso, que rápidamente convertía dos globos rojos en un reno colorado con cuernos.

El rostro en sombras del hombre estaba de perfil y bebía de un gran vaso de cartón. Sloan lo había visto un rato antes, cuando ella hablaba con los niños después del rescate del barrilete y, como ahora miraba al mismo grupo de niños, ella dio por sentado que era un padre al que le habían encomendado cuidar a su hijo.

-Ya es padre de alguien -dijo. -¿Por qué dices eso?

-Porque ha estado mirando el mismo grupo de niños desde hace media hora.

Sara no estaba dispuesta a rendirse así como así.

-Que mire a los niños no quiere decir que uno de ellos le pertenezca.

-¿Entonces por qué supones que los mira? -Bien, podría ser...

-¿Un pervertido? -sugirió Sloan, secamente.

Como si hubiera percibido que hablaban de él, el hombre arrojó el vaso de cartón en un basurero junto al árbol y salió caminando rumbo al nuevo carro contra incendios del Departamento de Bomberos, que había atraído a una considerable multitud. Sara miró el reloj.

-Tienes suerte. No tengo tiempo para buscarte marido hoy, de todas maneras. Estoy de guardia en nuestra tienda por tres horas más. -Sara estaba atendiendo el quiosco de su firma de diseño de interiores, donde se entregaban folletos con asesoramiento gratuito. -Ni un solo hombre razonablemente atractivo y posible se ha detenido a recoger un folleto ni a hacer una pregunta en todo el día.

-Espantoso -bromeó Sloan.

-Tienes razón -dijo Sara, solemnemente de acuerdo mientras caminaban por el sendero-. La cuestión es que decidí cerrar la tienda veinte minutos por si querías almorzar algo. Sloan miró el reloj.

-Dentro de cinco minutos tengo que hacerme cargo de nuestro quiosco por otra hora. Tendré que esperar a terminar el turno para poder comer algo.

-Está bien, pero manténte lejos del chile, pase lo que pase. Anoche hubo una especie de concurso para ver quién podía hacer el chile más picante y lo ganó Pete Salinas. Hay carteles

todo alrededor de su quiosco diciendo que el suyo es el chile más picante de Florida, pero hay hombres hechos y derechos esperando para probarlo, aunque es mitad pimientos jalapeños y mitad porotos. Es típico de los hombres -explicó Sara con la confianza vivaz de una mujer que ha investigado un tema exhaustiva y divertidamente y que por lo tanto se ha graduado de experta en hombres-. Demostrar que pueden comer chile picante es definitivamente cosa de hombres.

A pesar de los diplomas de Sara, Sloan dudaba de la conclusión a la que había llegado.

-Probablemente el chile no sea tan picante como tú crees. -Ah, claro que sí. Es más, no es sólo picante, es letal. Shirley Morrison está a cargo del puesto de primeros auxilios y me dijo que hace una hora no hace más que recibir a las víctimas del chile de Pete, quejándose de cualquier cosa, desde dolor de estómago a retortijones y diarrea.

El quiosco del Departamento de Policía se ubicaba en el sector norte del parque, justo al lado del estacionamiento, y el de Sara estaba también hacia el norte, a unos treinta metros de distancia. Sloan iba a hacer un comentario sobre la proximidad cuando el auto del capitán Ingersoll se detuvo en seco. Del asiento de adelante salió el pesado cuerpo del jefe, quien cerró la puerta de un golpe, avanzó hacia la tienda, intercambió algunas palabras con el teniente Caruso y comenzó a mirar a su alrededor con el entrecejo fruncido.

-Si soy buen juez de expresiones faciales, diría que me está buscando -dijo Sloan con un suspiro.

-Me dijiste que te quedan cinco minutos todavía antes de hacerte cargo.

-Así es, pero eso no le importará a... -Se interrumpió de pronto y, entusiasmada, le tomó la muñeca a Sara. -¡Sara, mira quién está esperando junto a tu quiosco! La señora Peale, con un gato en cada brazo. -La señora Peale era la viuda de Clifford Harrison Peale, uno de los ciudadanos fundadores de Bell Harbor, y uno de los más ricos. -Tienes a una fantástica clienta potencial, esperando tu excelente asesoramiento. Aunque esté loca. Y aunque sea muy exigente.

-Por suerte, yo soy muy paciente y muy flexible -dijo Sara, y Sloan sofocó una risa cuando Sara salió corriendo y tomó hacia la izquierda.

Sloan se alisó los cabellos, acomodándose la cola de caballo, se miró para asegurarse de tener la camisa blanca bien por dentro de los pantaloncitos y se dirigió hacia la derecha, hacia el quiosco del Departamento de Policía.

Capítulo 3

El capitán Roy Ingersoll estaba de pie junto a la mesa, fuera del quiosco, hablando con Matt Caruso y Jess Jessup, a quienes ella debía relevar para el almuerzo. Jess sonrió al verla, Ingersoll la atravesó con la mirada y Caruso, que era un farsante y un débil, automáticamente imitó la sonrisa de Jess, luego miró a Ingersoll, vio su expresión ,y cambió de inmediato a una mirada dura.

Por lo general, Sloan encontraba algo agradable en casi todo el mundo, pero le era muy difícil con Caruso, no sólo que era un farsante, sino, además, el soplón de Ingersoll. A los treinta y tres años, Caruso ya tenía treinta kilos de sobrepeso, cara redonda y fofa, cabellos en franca retirada y una tendencia a transpirar profusamente si Ingersoll, aunque más no fuera, lo miraba ceñudo.

Ingersoll se lanzó a una diatriba apenas ella llegó a él.

-Me doy cuenta de que para ti cumplir con tus tareas aquí no es tan importante como realizar hazañas heroicas frente a una multitud llena de adoración -dijo, despectivo-, pero el teniente Caruso y yo hemos estado esperando para almorzar. ¿Te parece que podrías quedarte aquí sentada media hora para que podamos comer?

A veces, sus ironías realmente lastimaban, con frecuencia dolían, pero su última crítica era tan tonta e injusta que a ella le pareció más un chico malcriado de cabellos grises y barriga de bebedor de cerveza, que el despiadado tirano que era con frecuencia.

-Tómense su tiempo -dijo Sloan, magnánima-. Estoy de guardia la próxima hora.

Al no conseguir hacerla reaccionar, Ingersoll giró en redondo pero, mientras se alejaba, le lanzó otro comentario injurioso por sobre el hombro.

-Trata de no estropear nada mientras estamos lejos, Reynolds.

Esta vez la burla le molestó y la irritó porque varias personas que pasaban oyeron lo que él había dicho y porque Caruso la miró con una risita irónica. Esperó a que estuvieran a unos pasos de distancia y les gritó, jovial:

-¡Prueben el chile! Todo el mundo dice que es una delicia. -Recordó lo que Sara había dicho sobre el desafío del chile picante para los hombres y, aunque la idea de Sara le había parecido algo tonta en su momento, su amiga era una autoridad incuestionable en hombres y comportamiento masculino. -¡Pero no se acerquen si no pueden con los pimientos jalapeños! -agregó, levantando la voz para que la oyeran.

Los dos hombres se volvieron apenas lo suficiente para dirigirle idénticas sonrisitas de confiada superioridad viril y entonces se encaminaron directamente al quiosco de chile de Pete Salinas.

Sloan inclinó la cabeza para ocultar una sonrisa y comenzó a acomodar las pilas de folletos sobre los grupos vecinales de vigilancia, las oportunidades de empleo como empleado público y las nuevas clases de defensa personal para mujeres que se darían en la municipalidad.

Junto a ella, Jess Jessup miró a Ingersoll y a Caruso hasta que éstos se perdieron en la multitud.

-Tal para cual. Ingersoll es ególatra y Caruso es un adulón.

En privado, Sloan estaba de acuerdo con él pero, automáticamente, prefirió aplacar una situación difícil en lugar de hacerla más inflamable.

-Pero Ingersoll es buen policía. Tienes que darle crédito por eso.

-Tú eres una excelente policía y él a ti no te da ningún crédito -replicó Jess.

-No le da crédito a nadie -señaló Sloan, negándose a permitir que la conversación amenazara la atmósfera tranquila de la preciosa tarde.

-A menos que le caigan bien -respondió Jess, irritado.

Sloan le dirigió una sonrisita incontenible.

-¿Y quién le cae bien?

Jess lo pensó un momento y luego rió.

-Nadie -admitió-. No quiere a nadie.

Se hizo un cómodo silencio. Se dedicaron a mirar a la gente, a devolver amistosas inclinaciones de cabeza y sonrisas de personas que conocían o que los conocían a ellos o que sencillamente pasaban por allí. A Sloan le empezó a divertir el hecho de que varias mujeres pasaron más de una vez y que sus sonrisas se hacían cada vez más francas y dirigidas directamente a Jess.

Le divertía, pero no la sorprendía. Jess Jessup producía ese efecto sobre las mujeres, estuviera vestido como estuviese, pero cuando vestía el uniforme parecía salido de una película de Hollywood haciendo el papel del policía buen mozo, rudo y carismático. Tenía cabellos negros enrulados, una espléndida sonrisa, una cicatriz arriba de la ceja que le daba un aire peligroso y sombrío oscuro, y un hoyuelo absolutamente incongruente en una mejilla que podía suavizarle los rasgos hasta convertirlos en los de un chico.

Había llegado a Bell Harbor hacía un año, luego de pasar siete en Miami en el Departamento de Policía del Condado Dade. Harto del delito de la ciudad grande y del tránsito, un fin de semana había arrojado una bolsa de dormir y una muda de ropa en su jeep y había tomado rumbo norte desde Miami. Sin tener ningún destino específico en mente excepto alguna playa bonita, se encontró en Bell Harbor. A los dos días había decidido que la pequeña ciudad era en verdad "un hogar".

Pidió empleo en la Policía de Bell Harbor y sin vacilar dejó atrás Miami junto con la antigüedad y la pensión que se había ganado en su tiempo de trabajo allí. Competente, ingenioso y lleno de energía, era casi tan querido por sus colegas de la Policía de Bell Harbor como por la población femenina de la ciudad.

Todos en el departamento bromeaban con él por el creciente número de llamadas de "damiselas en problemas" que, inevitablemente, llegaban de su zona de patrulla. Los turnos cambiaban cada tres meses y, dondequiera que lo ubicara el nuevo puesto a Jess, era inevitable que las llamadas de las damas comenzaran a aumentar.

Todos, desde las secretarias hasta los administrativos, bromeaban con él sobre su atractivo con las mujeres y, para crédito suyo, él no se molestaba ni se ponía vanidoso. De no haber sido por el hecho de que las mujeres con las que Jess salía eran todas altas, espigadas y hermosas, Sloan habría pensado que no le importaba la belleza física, ni la propia ni la de nadie.

En ese momento, una pelirroja y sus dos amigas habían concluido un breve conciliábulo .y ahora se dirigían directamente a su mesa. Sloan las vio, y Jess también.

-Se acerca tu club de admiradoras -bromeó-. Tienen un plan.

Para diversión de ella, Jess de verdad intentó desanimarlas volviendo la cabeza y mirando hacia la tienda de Sara.

-Parece que Sara tiene una clienta -dijo con superflua intensidad, mirando hacia la tienda-. ¿No es la señora Peale la que está con ella? Creo que tengo que ir a saludarla. -Buen intento -le dijo Sloan-. Pero si te pones de pie y te vas, tus admiradoras te seguirán o te

esperarán. Les veo esa mirada vidriosa y decidida que tienen las mujeres cuando tú andas cerca.

-Tú no -dijo él, irritado, sorprendiendo a Sloan y luego haciéndola reír.

Las tres mujeres andaban cerca de los treinta años y eran atractivas, de cuerpos delgados y bronceados tan perfectos y voluptuosos que Sloan se sorprendió de admiración. La pelirroja era la vocera del grupo y sus primeras palabras hicieron obvio que ya conocía a Jess.

-Hola, Jess. Nos pareció que estabas muy solo.

-¿En serio? -dijo él con una sonrisa evasiva.

Miradas de cerca, se veía que todas estaban muy maquilladas, y Sloan, mentalmente, ajustó la edad a poco más de treinta.

-En serio -dijo la pelirroja, animada, dirigiéndole una mirada larga e intensa que a Sloan, de haberla intentado, la habría hecho poner colorada. Como él no pareció reaccionar a la invitación implícita en su mirada, ella intentó una estrategia más directa. -Es un alivio muy grande saber que ahora estás de patrulla en nuestro vecindario.

-¿Por qué? -preguntó él con una sonriente perversidad que Sloan ya le había visto usar para desanimar a las mujeres.

Las tres parecieron sorprenderse pero no desanimarse.

-Hay un loco suelto -le recordó una de ellas, innecesariamente, refiriéndose a la ola de robos que había terminado con varias mujeres mayores salvajemente golpeadas y casi muertas en sus casas.

-¡En esta ciudad las mujeres viven aterrorizadas, especialmente las mujeres jóvenes! -dijo la pelirroja-. Y especialmente de noche -agregó, aumentando la carga eléctrica de su mirada.

De pronto Jess sonrió, acusando recibo del mensaje que ella le estaba enviando.

-Eso te lo puedo solucionar -dijo, con un tono rebosante de promesas.

-¿Puedes?

-Puedo. -Se volvió abruptamente a Sloan, obligándola a cambiar su cómoda posición de observadora divertida a la de participante a desgano. -¿Quieres alcanzarme esa planilla y tres de esos folletos? -pidió. Sloan hizo lo que le pedía y él le dio un folleto a cada una de las mujeres y luego la planilla a la pelirroja. -Pongan sus nombres en esa lista.

Las tres estaban tan dispuestas a hacer cualquier cosa que él les pidiera que escribieron sin chistar sus nombres y números de teléfono en la lista.

-¿Qué firmé? -preguntó la pelirroja, devolviéndole la planilla.

-Clases de defensa personal -dijo él con una sonrisa perversa-. Vamos a dar cuatro clases en la municipalidad, y la primera es mañana a la tarde -agregó, omitiendo cuidadosamente el dato de que era Sloan la que daba casi toda la clase, y que él estaría presente sólo para ayudarla a demostrar algunas acciones físicas que las mujeres podían usar para defenderse de un ataque.

-Estaremos allí -prometió la castaña, hablando por primera vez.

-No me defrauden -dijo él, con calidez.

-No lo haremos -prometieron las tres antes de marcharse.

Parecían coristas de Las Vegas, pensó Sloan, reparando en los movimientos coreografiados de traseros apretados, piernas largas y sandalias de tacos altos. Una sonrisita le bailoteó en los labios mientras trataba de imaginarse a sí misma en el papel de desinhibida femme fátale.

-Te escucho -dijo Jess, irónico.

-¿Qué quieres escuchar? --dijo ella, sorprendida al descubrir que, en lugar de estar mirando a las tres mujeres, él se había vuelto en la silla y la miraba fijo a ella.

-¿Qué pensabas?

-Pensaba que parecen coristas de Las Vegas -dijo Sloan, confusa e incómoda bajo la mirada fija de él.

Muchas veces en el pasado lo había sorprendido mirándola con esa mirada penetrante y pensativa y, por alguna razón inexplicable, nunca había querido pedirle que la explicara. En el departamento, Jess era famoso por su habilidad para extraer confesiones de los sospechosos haciéndoles una pregunta y luego, sencillamente, sentándose frente a ellos y mirándolos hasta que comenzaran a responder. Esta mirada era menos intimidatoria, pero, de todas maneras, era desconcertante.

-Honestamente, eso es lo que pensé -insistió ella, algo desesperada.

-Pero no es todo -persistió él, con suavidad-. No con esa sonrisita...

-Ah, la sonrisa -dijo Sloan, aliviada inexplicablemente-. También traté de imaginarme a mí misma con esos tacos y con pantaloncitos apretados y cortitos, paseándome por el parque.

-Me encantaría verte -dijo él y antes de que Sloan pudiera siquiera reaccionar al comentario, él se puso de pie, se metió las manos en los bolsillos y dijo algo que la dejó boquiabierta-. Ya que estás, bien podrías ponerte un maquillaje bien espeso, de medio centímetro al menos, para tapar esa piel resplandeciente. Y cúbrete con tintura esos cabellos de color miel clara, y tapa bien los reflejos dorados.

-¿Qué? -dijo ella, ahogada de risa. Él la miró, con expresión divertida.

-Haz cualquier cosa, algo que te cambie para que no me hagas acordar todo el tiempo a helados y a frutillas con crema. La risa de ella salió a la superficie, bailoteándole en los ojos y temblándole en la voz.

-¿Comida? ¿Te hago acordar a comida?

-Me haces acordar a como me sentía a los trece años. -¿Cómo eras a los trece? -preguntó ella, sofocando una carcajada.

-Era monaguillo. -¡No te puedo creer!

-Sí, era monaguillo. Pero, durante la misa, siempre me distraía y me ponía a mirar a la chica que me gustaba, que siempre se sentaba en la tercera fila, en la misa de diez. Me hacía sentir un degenerado.

-¿Y cómo lo solucionaste?

-Primero, traté de impresionarla arrodillándome más y pareciendo más hábil y más versado que los otros asistentes. -¿Funcionó?

-No como yo quería que funcionara. Llegué a ser tan bueno que ese año tuve que ayudar en dos misas en lugar de en una, pero Mary Sue Bonner siguió ignorándome.

-Es difícil imaginarse que una mujer te ignorara, ni siquiera entonces.

-A mí me resultó bastante perturbador.

-Bien, a veces se gana, a veces se pierde, ya se sabe. -No, yo no lo sabía. Todo lo que sabía era que quería a Mary Sue Bonner.

Jess casi nunca hablaba de su pasado, y Sloan quedó intrigada por esta imagen sin precedentes de él como un adolescente inseguro.

Él levantó las cejas.

-Ya que la piedad y el fervor religiosos no la impresionaban, la alcancé después de la misa de las diez y la convencí de ir a la heladería de Sander conmigo. Ella pidió un cucurucho de helado de chocolate. Yo pedí frutillas con crema.

Esperaba a que ella le preguntara qué había pasado después, y Sloan no pudo resistir la tentación de arriesgar adivinar.

-¿Entonces supongo que te ganaste a Mary Sue?

-No, en realidad, no. Lo intenté a lo largo de los dos años siguientes, pero ella era inmune a mí. Como tú.

Era tan endemoniadamente buen mozo y estaba de tan mal humor, lo que no era característico en él, que Sloan se sintió algo halagada sin saber por qué.

-Hablando de ti -dijo él abruptamente-, no creo que pueda convencerte de que vengas conmigo a la fiesta de Pete mañana de noche, ¿no?

-Estoy de guardia, pero pienso ir más tarde. -Y si no estuvieras de guardia, ¿irías conmigo?

-No -dijo Sloan, con una sonrisa, para suavizar la respuesta, aunque dudaba de que él se hubiera molestado-. En primer lugar, como ya lo he explicado, trabajamos juntos.

Él se burló.

-¿No miras televisión? Se supone que los policías se relacionan sentimentalmente.

-En segundo lugar -terminó, ignorando el comentario de él-, como también te he dicho, tengo por regla no salir con ningún hombre que es cien veces más atractivo que yo. Es demasiado difícil para mi frágil ego.

Él aceptó la negativa de ella con el mismo buen humor natural que tenía antes, probando de esa manera que, en realidad, no le importaba para nada.

-En ese caso -dijo-, bien podría ir a almorzar.

-Esta vez, trata de que las chicas no se peleen por invitarte -bromeó Sloan mientras comenzaba a ordenar la mesa-. Es algo muy feo de ver.

-Hablando de admiradores -dijo él-. Evidentemente Sara ha adquirido uno nuevo. Ha estado merodeando por allí, habló con ella temprano, después ella lo trajo y me lo presentó. Se llama Jonathan. Pobre desgraciado -agregó Jess-. Si no tiene algunos millones de dólares en el Banco, está perdiendo el tiempo. Sara es muy frívola. -Pasó por encima de las sogas que aseguraban la tienda a las estacas clavadas en el suelo. -Creo que voy a probar ese chile que recomendaste.

-Yo en tu lugar no lo haría -le advirtió Sloan, con una sonrisa traviesa.

-¿Por qué no?

-Porque oí que es tan malo que el puesto de primeros auxilios está dando recetas para una serie de molestas dolencias estomacales.

-¿En serio?

Ella asintió despacio, con una sonrisa más amplia. -Completamente en serio.

Jess lanzó una carcajada y cruzó el césped en dirección opuesta a la del quiosco de chile, hacia los puestos de pizza y salchichas. Se detuvo para saludar a Sara, que estaba muy entretenida conversando con la señora Peale y sosteniendo a uno de los gatos de ésta, mientras charlaban.

Después, se detuvo a hablar con un grupo de niños. Se agachó para quedar más cerca de la altura de ellos y lo que fuera que les dijo los hizo reír. Sloan lo observaba, deseando que fuera fácil simplemente salir con él y no preocuparse por las consecuencias.

En vista de la preferencia de Jess por las mujeres altas y exuberantes, Sloan se había sorprendido cuando él la había invitado a salir hacía unas semanas y más incluso cuando volvió a invitarla. Era tan tentador decir que sí. A ella le gustaba muchísimo, y él tenía casi todas las cualidades que ella quería en un hombre, pero Jess Jessup, simplemente, era demasiado buen mozo. A diferencia de Sara, que quería glamour y diversión en su matrimonio y que estaba decidida a encontrar a un hombre que lo tuviera todo: belleza, encanto y dinero, Sloan quería casi lo opuesto. Quería "algo normal".

Quería un hombre bueno, cariñoso, inteligente y confiable. En suma, quería una vida diferente de la que había conocido y, sin embargo, lo suficientemente parecida como para ser cómoda, una vida sencilla en Bell Harbor como la que había tenido, pero con hijos y un esposo que fuera cariñoso y fiel como compañero y confiable como padre. Quería que sus hijos pudieran confiar en el amor y el apoyo de su padre. Quería poder ella también depender de eso... Para toda la vida.

Jess Jessup habría sido perfecto en varios sentidos, excepto que atraía a las mujeres como un imán humano, y, en opinión de Sloan, eso no hacía de él una buena perspectiva matrimonial para toda la vida. El hecho de que poseía todas las otras cualidades en abundancia lo hacía demasiado tentador y demasiado peligroso, de manera que, lamentándolo, ella decidió evitar cualquier tipo de relación personal con él, y eso incluía salir a cenar juntos.

Además, cualquier tipo de relación seria con Jess o con otro policía sería seguramente una distracción en el trabajo, y Sloan no quería nada que comprometiera su eficiencia. Amaba su trabajo y le gustaba trabajar con los noventa funcionarios policiales que conformaban la fuerza policial de Bell Harbor. Como Jess, eran amigos y la apoyaban, y ella sabía que la apreciaban de verdad.

Para las cuatro de la tarde, Sloan estaba más o menos lista para irse a su casa. Caruso e Ingersoll se habían ido a las suyas en seguida del almuerzo, quejándose de dolores intestinales, lo que significaba que Jess y Sloan estaban atrapados allí hasta que el despacho pudiera enviar reemplazos.

Ella había estado de guardia desde las ocho de la mañana, y pensaba con añoranza en un baño tranquilo, una cena liviana y luego terminar en la cama el libro que estaba leyendo.

Sara se había ido hacía una hora, no sin antes detenerse para contarle a Sloan que la señora Peale la había invitado la noche del martes a ver su casa y hablar sobre la nueva decoración del primer piso. Por alguna razón, la anciana quería que Sloan también estuviera presente y, luego de asegurarse de la asistencia de Sloan, Sara se fue corriendo pues tenía una cita con el promisorio abogado que acababa de conocer y cuyo nombre, dijo, era Jonathan.

La cercanía de la hora de la cena había vaciado el parque, por el momento, y Sloan estaba sentada junto a Jess, con los codos apoyados sobre la mesa ,y la cara entre las manos.

-Pareces una niñita abandonada -le dijo Jess, reclinándose en su silla de metal y observando a la gente que avanzaba despacio hacia el estacionamiento-. ¿Estás cansada o sólo aburrida?

-Me siento culpable por Ingersoll y Caruso -admitió ella. -Yo no -dijo Jess, y rió para probarlo-. Volverás a ser una heroína cuando los muchachos se enteren.

-No digas nada -le advirtió Sloan-. En Bell Harbor no existen los secretos, y en nuestro departamento tampoco. -Tranquila, detective Reynolds. Bromeaba. -Su voz adquirió un tono cálido y sombrío que Sloan no le había notado nunca antes. -Para tu información, yo probablemente fuera a extremos asombrosos para protegerte de cualquier daño, jamás te causaría daño a propósito.

Sloan soltó las manos y se volvió hacia él inquiriendo con la mirada su rostro bien parecido y sonriente, con una expresión de cómico descreimiento.

-Jess, ¿estás tratando de conquistarme? Él miró más allá de ella.

-Aquí llegan nuestros reemplazos. -Se puso de pie y miró a su alrededor a ver si se olvidaba de algo. -¿Qué planes tienes para esta noche? -preguntó como al pasar mientras Reagan y Burnby se acercaban a ellos.

-Me iré a la cama con un buen libro. ¿Y tú?

-Tengo una cita caliente -dijo él, borrándole a Sloan la impresión de que estaba coqueteando con ella y haciéndola reír.

-Tonto -le dijo ella, con afecto, y entonces se metió en la tienda a buscar la cartera.

Los policías Reagan y Burnby estaban de pie junto a la mesa, dispuestos a hacerse cargo, cuando ella volvió. Los dos tenían poco más de cuarenta años y eran confiables y agrada

bles policías de Bell Harbor que se acordaban de cuando las infracciones de tránsito y las disputas domésticas eran todo lo que los ocupaba, hombres de familia con esposas que iban a la Asociación de Padres y Maestros e hijos que jugaban en la Liga Menor.

-¿Alguna novedad? -le preguntó Ted Burnby.

Sloan se pasó la correa de la cartera de cuero castaño por el hombro y pasó por encima de las sogas de la tienda.

-No.

-Sí -la contradijo Jess-. Sloan acaba de llamarme tonto. -Me parece que estás progresando -bromeó Burnby, haciéndole un guiño a Sloan.

-Sloan tiene razón -terció Reagan, sonriendo-. Eres un tonto.

-Prueben el chile cuando puedan -replicó Jess, arteramente, y pasó por encima de las sogas detrás de Sloan.

Ella giró en redondo tan bruscamente que se chocó contra él, quien tuvo que agarrarse de la soga para no perder el equilibrio.

-Ni se acerquen al chile -les advirtió Sloan, mirando a los otros-. Ingersoll y Caruso se enfermaron.

-Aguafiestas -se quejó Jess, haciéndola girar sobre sí misma y dándole un empujoncito más o menos hacia el estacionamiento-. Amargada.

A Sloan le temblaban los hombros de la risa. -Idiota -replicó.

-Eh, Sloan -le gritó Burnby-. Otra vez eres noticia. Esa llamada doméstica que atendiste anoche salió en el noticiario del Canal 6. Estuviste bien, chiquita.

Sloan asintió, pero no se alegró en lo más mínimo. Había visto el noticiario a las seis de la mañana y luego lo había olvidado, pero ahora se daba cuenta de que eso explicaba por qué el capitán Ingersoll había estado tan hosco.

Mientras ella se iba con Jess Jessup, Burnby y Reagan los estudiaron con fascinación e interés.

-¿Qué opinas? -preguntó Jess, refiriéndose a la apuesta que habían hecho en la oficina-. ¿Jess podrá llevársela a la cama o no? Yo aposté cinco dólares a que Sloan no cae.

-Yo aposté diez a Jess.

Burnby entrecerró los ojos para evitar el sol y siguió observando a la pareja, que se había detenido para hablar con algunas personas en el borde del parque.

-Si Sloan se entera de la apuesta, se arma la de San Quintín.

-Te tengo una novedad -dijo Reagan, y se le sacudió el vientre de la risa-. Creo que Sloan ya sabe, por eso no hay la menor oportunidad de que lo deje ganar. Creo que ya sabe de la apuesta, pero es demasiado astuta y demasiado elegante para admitirlo.

El automóvil de Sloan, un Chevrolet blanco sin identificación especial proporcionado por la ciudad de Bell Harbor, estaba estacionado junto al de Jess. Después de hacerle adiós con la mano, ella se detuvo con la puerta del auto abierta y el pie izquierdo en el estribo. En parte por hábito y en parte por una leve sensación de incomodidad, miró a su alrededor para asegurarse de que todo estaba en paz y normal.

Bell Harbor estaba creciendo tan rápido que todos los días aparecían docenas de caras desconocidas. No reconoció a la adolescente corpulenta con un niño de la mano, ni a la abuela con

los mellizos que le corrían alrededor, ni al hombre de barba que leía el diario bajo un árbol. La llegada de tantos nuevos residentes había llevado la prosperidad y beneficios impositivos a la ciudad, pero también había traído consigo un gran aumento del delito a medida que Bell Harbor dejaba de ser una adormecida comunidad costera y se convertía en una pujante metrópoli.

No más de ciento cincuenta personas disfrutaban del parque. Clarence el Payaso se estaba tomando una hora para comer, y los malabaristas también. Casi todas las tiendas y quioscos estaban vacíos, a excepción de las personas que los atendían. El banco del parque cercano a la tienda de Sara estaba vacío y no había señales de ningún pulcro desconocido con una chaqueta amarilla de algodón que parecía incongruente en un día tan cálido y soleado.

Satisfecha, Sloan se subió al auto, encendió el motor y miró por el espejo retrovisor. No había nadie, puso marcha atrás y salió del estacionamiento, recorriendo despacio la serpenteante callecita iluminada a gas que dividía el parque en dos.

Antes, al felicitarla, Burnby se había referido a la noche anterior, cuando ella había convencido, con mucha suavidad, a un ex marido borracho v furioso decidido a matar al novio de su ex esposa, a que le entregara el revólver. Cuando el hombre se resistió a ir a la

cárcel por un delito cometido a medias, Sloan lo persuadió de considerar su próxima temporada en la cárcel como una "oportunidad" para "tranquilizarse" y pensar en encontrar a una mujer que lo mereciera, que de veras pudiera apreciar sus "verdaderas cualidades". Nadie se habría enterado si el acusado no le hubiera dado una entrevista a la emisora de televisión local y le hubiera dicho a la periodista lo que le había dicho Sloan para convencerlo de dejar el revólver. Aunque el acusado no se había percatado del dejo de humor áspero en el consejo que le diera Sloan, los medios lo percibieron en seguida y, a partir de esa mañana, Sloan era otra vez una renuente heroína local, aunque esta vez se la elogiaba por la astucia, no por el coraje, en circunstancias adversas.

La noche anterior, el capitán Ingersoll la había felicitado bastante a desgano por cómo había manejado la situación, pero era obvio que la cobertura de los medios de esa mañana había vuelto a irritarlo. Hasta cierto punto, ella entendía su actitud. A ella le dedicaban más atención por ser mujer.

Al pasar por el cruce principal en la entrada al parque, Sloan trató de pensar en algo más agradable, como por ejemplo el baño de espuma que tenía intenciones de darse en pocos minutos más. Dobló en Blythe Lane, una ancha calle empedrada bordeada de tiendas sofisticadas y negocios especializados de alto vuelo, cada uno de ellos con un elegante toldo verde curvado sobre la puerta de entrada y una inmensa palma en su maceta junto al cordón de la vereda.

Ella rara vez pasaba por el centro comercial sin impresionarse por la transformación que había sufrido en los últimos años. Aunque al principio, el gran flujo de población había provocado violentas protestas, las quejas de los residentes de larga data disminuyeron abruptamente a medida que los valores de las propiedades se fueron a las nubes y los negocios locales, que luchaban por sobrevivir, se convirtieron, casi de la noche a la mañana, en prósperas empresas.

Ansiosa por seguir atrayendo a prósperos nuevos contribuyentes, la municipalidad aprovechó el estado de ánimo caritativo de la ciudad y aprobó la emisión de una serie de impresionantes bonos para modernizar y hermosear la ciudad. A instancias de la esposa ambiciosa e influyente del alcalde Blumenthal, se contrató a un equipo de arquitectos de Palm Beach y la transformación comenzó.

Para cuando terminó, el efecto general fue de algo cuidadosamente planeado, un próspero encanto que hacía que Bell Harbor se pareciera a Palm Beach, que era exactamente lo que la señora Blumenthal quería. Usando sus influencias y el dinero de los contribuyentes, dirigió su atención de los edificios comerciales a los públicos, comenzando con la municipalidad de la ciudad.

El tránsito del día feriado era pesado, y habían pasado casi quince minutos cuando Sloan dobló en su calle y entró en la entrada de autos de la casita de la esquina, de estuco blanco y gris, que ella tanto quería. La playa quedaba enfrente y oyó el ruido de las olas, las risas de los niños y los gritos de los padres.

A media cuadra de distancia, un sedán azul oscuro estacionó en un lugar libre detrás de una furgoneta, pero no había nada de extraño en eso. Parecía igual a cualquier otro feriado de fin de semana.

Sloan puso la llave en la puerta del frente, soñando ya con el baño caliente y con pasar el resto de la velada con la novela de misterio que estaba leyendo en la cama. Sara no podía entender cómo Sloan podía preferir pasar una noche de sábado con un buen libro en lugar de salir con un hombre, pero Sara odiaba estar sola. Para Sloan la elección entre salir con alguien que sabía que no podría interesarle nunca y pasarlo sola leyendo un libro era fácil. Prefería el libro, sin la menor duda.

Sonrió al recordar que no tenía que trabajar hasta el día siguiente de tarde, cuando daría su clase de defensa personal.

Capítulo 4

El Departamento de Policía estaba ubicado en el nuevo edificio de la municipalidad, un atractivo edificio de tres pisos de estuco blanco con techo de tejas rojas y una encantadora galería con arcadas que lo rodeaba. En el medio de un espléndido parque de césped verde salpicado de palmeras y antiguas farolas de gas, la municipalidad de Bell Harbor no era sólo acogedora sino que, además, era funcional.

En el tercer piso estaban las salas de los juzgados con las paredes recubiertas en madera, la oficina del alcalde y las oficinas de los empleados. En el segundo estaba el Departamento de Archivo , y casi todo el primer piso se había asignado al Departamento de Policía.

Habían contratado a la firma de Sara para diseñar el interior, y su buen gusto era evidente en la oficina lujosamente amueblada del alcalde y en las salas de audiencia, donde las sillas estaban tapizadas en una atractiva tela azul oscuro y crema que hacía juego con las alfombras.

Pero en la zona adjudicada al Departamento de Policía, Sara y sus socios se habían encontrado con un presupuesto relativamente reducido y algunos requisitos estrictos que no les dejaban demasiado espacio para la flexibilidad o la creatividad.

El centro de la vasta área lo ocupaban treinta escritorios alineados en tres filas, cada uno con su propia terminal de computación, un fichero de dos cajones, una silla giratoria y una silla más. En el frente del amplio salón estaban las oficinas con frente de vidrio de los funcionarios de mayor rango y a derecha e izquierda había salas de conferencias. Al final del salón, oculto a la vista por una pesada puerta que se mantenía siempre cerrada, había un espacio largo y estrecho usado para alojar, temporalmente, a detenidos a quienes se estaba fichando.

En un valiente esfuerzo por disminuir el seco efecto institucional de un mar de linóleo crema, escritorios de metal crema y monitores de computadoras crema, la firma de Sara había cubierto la zona central con una alfombra comercial azul oscura y crema y había puesto cortinas haciendo juego en las ventanas. Lamentablemente, la alfombra estaba siempre sucia de comida, bebidas y suciedad que traían los noventa funcionarios policiales que utilizaban el salón en tres turnos, las veinticuatro horas del día.

Sloan era uno de los pocos policías que reconocía los esfuerzos de Sara o, incluso, que los veía, pero ese día no le prestaba la menor atención a lo que la rodeaba, como todo el

mundo. Los feriados siempre equivalían a mucho trabajo para la policía, pero éste parecía más ruidoso y agitado que de costumbre. Los teléfonos no dejaban de sonar y las voces, salpicadas con pequeñas carcajadas nerviosas, resonaban en el pasillo desde una antesala donde cuarenta mujeres se reunían para la primera clase de defensa personal de Sloan. Todas las salas de conferencias estaban ocupadas por policías que interrogaban a testigos y hablaban con los sospechosos de un robo perpetrado por un grupo de adolescentes que había terminado en una persecución a altísima velocidad y luego en un inmenso embotellamiento en la carretera interestatal. Los padres de los adolescentes y los abogados que representaban a las familias ocupaban todos los teléfonos y caminaban de un lado al otro del pasillo.

El pandemonio enojó a Roy Ingersoll, quien no se sentía bien, ,y se desquitaba paseándose por los espacios entre los escritorios, masticando tabletas de antiácido y buscando algo para criticar. Marian Liggett; su secretaria, de sesenta y cinco años, que tenía dificultades de audición y que consideraba los sistemas de teléfonos intercomunicadores como una obra del diablo en la que no se podía confiar, agregaba su voz al barullo generalizado parándose en la puerta de la oficina de su jefe y gritándole cada vez que él tenía una llamada telefónica.

Los agentes trataban de concentrarse en su trabajo de papelería e ignoraban las distracciones, pero a todos les estaba resultando difícil, a todos menos a Pete Bensinger, que estaba tan entusiasmado con su fiesta de despedida de soltero esa noche y su inminente boda que no le importaba ni el mal humor de Ingersoll ni nada. Silbando bajito, recorría los pasillos, deteniéndose a charlar con cualquiera que le hiciera caso.

-Hola, Jess -dijo, deteniéndose ante el escritorio junto al de Sloan-. ¿Cómo estás?

-Vete -dijo Jess mientras escribía a máquina un informe sobre un pequeño golpe relacionado con las drogas que había hecho a principios de semana-. No quiero que se me contagie tu buen humor.

La euforia de Pete no sufrió mella por el rechazo de Jess. Se detuvo ante el escritorio de Sloan, se apoyó en él y se hizo el Humphrey Bogart.

-Dime, chiquita, ¿qué hace una muchacha tan preciosa como tú en un lugar como éste?

-Espero a ver si encuentro a alguien que diga las cosas lindas que dices tú -dijo Sloan, devolviéndole la broma pero sin levantar la mirada de las notas que estaba tomando para la clase que iba a dar en seguida.

-Llegas tarde -gorjeó él, levantando los brazos-. Me caso la semana que viene. ¿No te habías enterado?

-Creo que algo oí -dijo Sloan, dirigiéndole una rápida mirada pero sin dejar de escribir.

La verdad era que ella, como casi todos en la Fuerza, había estado directamente involucrada en todo su difícil cortejo. Pete había conocido a Mary Beth hacía cinco meses y se había enamorado de ella "a primera vista", según decía. Por desgracia, ni Mary Beth ni sus acaudalados progenitores se habían entusiasmado demasiado con la idea de un casamiento con un policía cuyas perspectivas ocupacionales y financieras eran mucho menos que impresionantes, pero Pete había perseverado. Armado con una cantidad de consejos de sus compañeros, casi todos malos consejos, había perseguido a Mary Beth y había triunfado contra todos los obstáculos y las condiciones adversas. Ahora, a apenas una semana del casamiento, a Sloan su entusiasmo ilimitado le resultaba infantil y sumamente enternecedor.

-No te olvides de venir a mi despedida de soltero esta noche en la playa -le recordó él.

Jess, Leo Reagan y Ted Burnby habían planeado originalmente una fiesta con una bailarina de strip-tease y la típica borrachera, pero Pete no quiso ni oír hablar del tema. Su casamiento con Mary Beth significaba demasiado para él, dijo, como para hacer cualquier cosa que después pudiera lamentar... O que ella le hiciera lamentar, había agregado Jess Jessup. Para asegurarse de que hicieran lo que él quería, Pete insistió en que su despedida de soltero fuera una despedida de solteros, en la cual estaría también Mary Beth.

-Pensé que la fiesta era mañana de noche -mintió Sloan, dando a entender que esa noche podría serle difícil ir. -¡Sloan, tienes que venir! Va a ser una fiesta preciosa. Vamos a hacer un fuego en la playa, con asado...

-A mí me suena a violación de la ley de aire puro -bromeó ella.

-Con toda la cerveza que seas capaz de beber -rogó Pete. -Embriaguez y conducta inapropiada... Nos meterán a todos en la cárcel, y los medios lo convertirán en un escándalo nacional.

-Nadie va a estar de servicio, de manera que nadie podrá arrestar a nadie -replicó él, jovial.

-Yo -dijo Sloan-. Esta noche comparto el servicio con Derek Kipinski, así que él irá al principio de tu fiesta y yo iré más tarde. -Pete estaba desilusionado, y Sloan agregó, más seria: -Alguien tiene que trabajar en la playa, tenemos un serio problema de drogas, en especial los fines de semana.

-Ya lo sé, pero no vamos a impedirlo arrestando a un revendedor debajo del muelle. La mercadería viene en barco. Si queremos apoderarnos de la droga, es ahí donde tenemos que empezar a trabajar.

-Ésa es tarea de la DEA y se supone que están trabajando. Nuestro trabajo es mantenerlos lejos de la playa y de las calles.

Miró hacia la entrada y vio a Sara que entraba, entonces hizo otra anotación en la lista de recordatorios para la clase de defensa personal.

-En diez minutos doy mi clase.

Pete le dio un apretoncito amistoso en el hombro y se fue a su escritorio a hacer una llamada. Apenas Pete estuvo lejos, Leo Reagan se levantó y cruzó el pasillo para acercarse al escritorio de Sloan.

-Te apuesto diez dólares a que está llamando a Mary Beth -dijo—. Hoy ya la llamó tres veces.

-Está totalmente idiotizado -agregó Jess.

Llegó Sara, apoyó el trasero en el borde del escritorio de Sloan, les sonrió a los dos hombres a modo de saludo y se inclinó por detrás de Leo para observar a Pete, que estaba echado hacia atrás en la silla, sonriéndole al cielo raso.

-Yo lo encuentro encantador -dijo-. Y, a juzgar por su expresión, definitivamente, está hablando con Mary Beth. Seguro ahora de que Pete estaba ocupado, Leo sacó un sobre del bolsillo de la camisa y se lo dio a Jess.

-Estamos haciendo una colecta para el regalo de Pete y Mary Beth. Todos están poniendo veinticinco dólares. -¿Qué les vamos a comprar? ¿Una casa? -preguntó Jess. Metió la mano en el bolsillo, y Sloan tomó la cartera. -Cubiertos de plata -dijo Leo.

-¡No te puedo creer! -dijo Jess mientras ponía los veinticinco dólares en el sobre y se lo pasaba a Sloan-. Después de todo, ¿ellos a cuántos niños piensan alimentar?

-No lo sé. Todo lo que sé es que Rose llamó a la tienda donde tienen la lista de las cosas que eligió la novia. ¿Puedes creer que con veinticinco dólares se compra menos de un tenedor entero?

-Ha de ser un tenedor inmenso.

Sloan intercambió una mirada de complicidad con Sara mientras ponía veinticinco dólares en el sobre. En ese momento, el capitán Ingersoll salió de su oficina de vidrio, estudió el panorama, vio al animado grupo alrededor del escritorio de Sloan y su cara adquirió una expresión llena de cólera. -Mierda -dijo Reagan-. Ahí viene Ingersoll.

Él se volvió para irse, pero Sara no se inmutó, porque a ella la cólera del capitán o su inminente llegada no la preocupaban en lo más mínimo.

-Espera, Leo, déjame poner algo para los cubiertos. -Puso dinero en el sobre y en seguida dirigió toda la fuerza de su sonrisa más seductora al capitán, en un intento deliberado y

altruista por cambiarle el humor, para bien de todos. -Hola, capitán Ingersoll. ¡Estaba preocupada por usted! ¡Me enteré de que se enfermó ayer con ese chile espantoso y que tuvo que ir al puesto de primeros auxilios!

La cólera temblequeó, se debilitó y se convirtió en lo que, en él, pasaba por una sonrisa.

-Su amiga me lo recomendó -dijo, señalando con la cabeza a Sloan, pero no pudo apartar los ojos de Sara. Trató incluso de hacer una broma sobre el dinero que ella acababa de darle a Reagan. -¿No sabe que en este estado es delito sobornar a un funcionario policial?

De verdad que su sentido del humor era un desastre, pensó Sloan, y él agregó, con voz muy jovial:

-Al igual que interferir con un agente en el cumplimiento de su deber.

Sara le parpadeó y él se ruborizó. -¿Por qué, estoy interfiriendo?

-Está distrayendo a todo el mundo, jovencita. -¿En serio? -ronroneó ella.

A espaldas de Ingersoll, Jess abrió la boca y simuló meterse el dedo por la garganta. Por desgracia, Ingersoll, que no era ningún tonto, en ese momento miró a su alrededor y lo pescó in. fraganti.

-¿Qué diablos te pasa, Jessup?

Sloan se sofocó ahogando una carcajada por la situación de Jess y salió a salvarlo.

-Voy a traer café -se apresuró a interrumpir, poniéndose de pie-. Capitán, ¿quiere? -preguntó con una voz dulce y sumisa que sabía que iba a sorprenderlo y desarmarlo.

Dio resultado.

-¿Qué? Bien... Sí, ya que ofreces, sí, quiero.

Las cafeteras estaban sobre una mesa, enfrente del pasillo, justo del otro lado de las fotocopiadoras.

-Dos de azúcar -gritó él cuando Sloan estaba a mitad de camino. El teléfono de Sloan empezó a sonar y él levantó el auricular con el único propósito de impresionar a Sara con lo ocupado que estaba permanentemente.

-Ingersoll -le ladró al auricular.

La voz de hombre del otro lado de la línea era cortés pero autoritaria.

-Tengo entendido que éste es el número de Sloan Reynolds. Habla el padre.

Ingersoll miró el reloj. En tres minutos comenzaría la clase de Sloan.

-Está a punto de empezar una clase de defensa personal. ¿Puede llamarla después?

-Preferiría hablar con ella ahora.

-Un momento. -Ingersoll apretó el botón de espera. -¡Reynolds! -llamo-. Tienes una llamada personal. Tu padre. Sloan miró por encima del hombro mientras ponía dos pancitos de azúcar en el café de Ingersoll.

-No puede ser para mí. Yo no tengo padre...

Semejante anuncio era evidentemente más interesante que muchas de las otras conversaciones del salón, porque súbitamente el nivel de ruido bajó varios decibeles.

-Todo el mundo tiene padre -señaló Ingersoll.

-Quise decir que mi padre y yo no nos vemos -explicó ella-. Quienquiera que está llamando busca a otra persona. Ingersoll se encogió de hombros y volvió a atender el teléfono.

-¿Con quién dijo que quería hablar?

-Con Sloan Reynolds -dijo el otro hombre, impaciente. -¿Y cuál es su nombre?

-Carter Reynolds.

Ingersoll quedó boquiabierto. -¿Dijo Carter Reynolds?

-Exactamente, eso dije. Quisiera hablar con Sloan. Ingersoll dejó la llamada en espera, cruzó los brazos sobre el pecho, se puso de pie y miró a Sloan con una mezcla de asombro, acusación y descreimiento.

-Por casualidad, ¿el nombre de tu padre puede ser Carter Reynolds?

El nombre del famoso financista y filántropo de San Francisco explotó como una bomba en el salón ruidoso y, en los segundos que siguieron, todo pareció quieto y silencioso. Sloan

se paró en seco con un café en cada mano y luego siguió caminando. Las caras conocidas la miraban con desconocidas expresiones de sospecha, curiosidad y fascinación. Hasta Sara la miraba con la boca abierta. Ingersoll tomó el café que ella le alcanzaba pero se quedó junto al escritorio, obviamente con intenciones de escuchar la conversación.

A Sloan no le importó que él estuviera allí, en realidad, ni siquiera se conmovió. Ella nunca había recibido ni una tarjeta de felicitaciones para su cumpleaños de su padre ausente y,

fueran cuales fuesen sus razones para que ahora quisiera ubicarla, no iba a hacer la menor diferencia. Y eso quería decirle, firme, absoluta e impersonalmente. Puso el café sobre el escritorio, se apartó los cabellos de la mejilla, levantó el auricular y se lo llevó a la oreja. El dedo le tembló apenas cuando apretó el botón que titilaba.

-Habla Sloan Reynolds.

Nunca había oído la voz de él: era una voz cultivada, teñida con un dejo de divertida aprobación.

-Se te oye muy profesional, Sloan.

Él no tenía derecho a aprobarla o desaprobarla, no tenía derecho a ninguna opinión que tuviera relación con ella, y Sloan tuvo que contener el impulso de decírselo.

-No es un momento muy conveniente para mí -dijo-. Tendrás que llamarme en otro momento.

-¿Cuándo?

Una fotografía reciente de él que había aparecido en los diarios le relampagueó ante los ojos: un hombre buen mozo y elegante de cabellos de un gris acerado que jugaba dobles de tenis con amigos en un club de campo en Palm Beach.

-Dame otros treinta años, ¿qué te parece? -Entiendo que estés dolida.

-Dolida... ¡Tú entiendes!... -exclamó Sloan, sarcástica-. ¡Cuánta generosidad de su parte, señor Reynolds!

Él interrumpió el discurso de ella con un tono agradable pero firme.

-No discutamos en nuestra primera conversación. Dentro de dos semanas podrás recriminarme en persona mis fallas como padre.

Por un momento, Sloan se apartó el auricular de la oreja y lo miró, furiosa y confundida, y luego volvió a acercárselo. -¿Dentro de dos semanas? ¿En persona? ¡No me interesa nada que tengas para decirme!

-Sí, te interesa -dijo él, y Sloan sintió un relámpago de furiosa admiración por las agallas de él y por su fuerza de voluntad, que parecían impedirle a ella cortar la comunicación-. Tal vez tendría que haberlo dicho por carta, pero pensé que una llamada telefónica conseguiría lo mismo más rápido. -¿Y qué es exactamente lo que quieres conseguir?

-Quiero... -vaciló-. Tu hermana y yo queremos que pases unos días con nosotros en la Playa para que podamos conocernos. Tuve un ataque cardíaco hace seis meses...

La "Playa", supuso Sloan, era obviamente el nombre que le daban los iniciados a Palm Beach.

-Leí de tu enfermedad en el diario -dijo Sloan, logrando transmitir una estudiada indiferencia junto con el recordatorio de que todo lo que ella sabía de su padre era lo que leía.

Geográficamente, Palm Beach no estaba muy lejos pero, social y económicamente, Palm Beach pertenecía a otra galaxia. Para aumentar su prestigio, el diario de Bell Harbor siempre incluía la sección social de su ilustre vecina del sur, y era allí donde Sloan veía frecuentes fotos y comentarios sobre su padre y su dotada hija, tan prominentes socialmente. -Quiero que los tres nos conozcamos antes de que sea demasiado tarde.

-¡No puedo creer el coraje que tienes de hablar así! -explotó Sloan, furiosa y azorada ante el súbito ardor de lágrimas que empezó a sentir en los ojos: esta llamada estaba demasiado cargada de emoción-. Ya es demasiado tarde. Yo no tengo el menor interés en conocerte, ya no, después de tantos años. -¿Y a tu hermana? -replicó él, con suavidad-. ¿No te interesa conocerla a ella?

La mente de Sloan convocó rápidamente la misma fotografía en el club de campo. Su hermana, Paris, había sido la compañera de tenis de su padre. Con los cabellos oscuros echados

hacia atrás y el brazo derecho extendido en un arco perfecto para un saque perfecto, parecía que la vida de Paris no podía ser otra cosa que... Perfecta.

-No tengo más interés en conocerla a ella del que ha tenido ella en conocerme a mí -dijo Sloan, pero sintió que las palabras sonaban huecas.

-Paris siente que ha perdido una parte muy importante de su vida al no haberte conocido.

Según las frecuentes menciones de Paris que Sloan había leído, la vida de Paris había sido una infinita sucesión de hechos brillantes y gratificantes, desde sus trofeos ecuestres o de tenis hasta las maravillosas fiestas que ella organizaba para su padre en San Francisco y en Palm Beach. A los treinta .y un años, Paris Reynolds era hermosa, elegante y sofisticada, y nunca antes había necesitado ni querido ver a Sloan. Esa certeza endureció la determinación de Sloan, la cual comenzaba a debilitarse, de evitar cualquier contacto con la rama adinerada de la familia.

-No me interesa -dijo con firmeza-. Adiós.

-Hablé con tu madre hoy. Espero que ella pueda hacerte cambiar de idea -decía él mientras ella cortaba la comunicación.

A Sloan le empezaron a temblar las rodillas, en una reacción demorada, pero no podía permitirse ninguna debilidad delante de todo el mundo.

-Esto es todo -dijo, animada-. Mejor me voy, tengo que dar una clase.

Capítulo 5

Para cuando Sloan llegó a la sala de clase temporaria, se había convencido a sí misma de que tenía las emociones bajo perfecto control y de que podía concentrarse por completo en lo que tenía que hacer.

Entró en la sala, cerró la puerta a sus espaldas y le dirigió al grupo una sonrisa brillante y firme.

-Vamos a hablar sobre las maneras correctas que tenemos las mujeres para manejar situaciones potencialmente peligrosas... -anunció, pero entonces se dio cuenta de que se había olvidado de saludar y de presentarse-. A propósito, yo soy Sloan Reynolds... -comenzó otra vez. Y mi padre acaba de ponerse en contacto conmigo por primera vez en mi vida, pensó.

Sacudió la cabeza para aclarársela. Las clases que iba a dar eran de una importancia vital para las mujeres que estaban en esa sala, y las mujeres eran de crucial importancia para ella. Necesitaban de su consejo, contaban con ella. Carter Reynolds no significaba nada.

Sloan se lo arrancó de la cabeza y comenzó la primera de las charlas.

-Comenzaremos con una de las situaciones más comunes, cuando una mujer sola se encuentra de pronto en peligro. Supongamos que están solas de noche conduciendo en una carretera y se les pincha una goma -dijo-. Hay muy poco tránsito y las luces más cercanas, las señales más cercanas de gente, están a cinco o seis kilómetros de distancia. ¿Qué hacen? Muchas levantaron las manos y Sloan le dio la palabra a una atractiva mujer de edad media que tenía una inmobiliaria. -Cierro las puertas del auto, levanto las ventanillas y me quedo adentro hasta que aparezca un auto policial o una grúa, o cualquier otro vehículo que me inspire confianza.

Era exactamente la respuesta que Sloan esperaba oír, y era la respuesta incorrecta.

-Bien -dijo, preparándose para ilustrar el punto-. Ahora supongamos que mientras están encerradas en el auto, un. vehículo se detiene a un lado de la carretera. Baja un hombre, se acerca a ustedes, y ofrece ayuda. ¿Qué harían?

-¿Tiene aspecto confiable? -preguntó la de la inmobiliaria.

-Yo no sé qué es tener aspecto confiable -respondió Sloan con firmeza-, y usted tampoco. Lo que quiero decir es: ¿Quién podía tener más aspecto saludable que Jeffrey Dahmer o Ted

Bundy? Pero supongamos que el tipo que ofrece ayuda no tiene aspecto confiable. ¿Qué harían entonces?

-¡Yo mantendría las ventanillas cerradas y le mentiría, le diría que ya está viniendo alguien a socorrerme! -dijo la de la inmobiliaria con el entusiasmo de a quien se le ha ocurrido una solución inspirada-. ¿Es la respuesta correcta?

-Bien, lo veremos -dijo Sloan. Fue hasta una mesa donde había puesto un televisor y una grabadora de vídeo. -Si el hombre en cuestión es una buena persona con buenas intenciones, se irá. Pero, ¿qué les parece que haría si es el malo que quiere robarlas, violarlas o asesinarlas?

-¿Qué puede hacer? -respondió la mujer-. Estoy en el auto con las puertas cerradas y las ventanillas también. -Les mostraré lo que puede hacer... Lo que hará -dijo Sloan. Encendió la grabadora. La pantalla del televisor se iluminó mostrando una escena nocturna idéntica a la descrita por Sloan, con una actriz que representaba el papel de la automovilista varada en la carretera. En la pantalla, un segundo auto se detenía y un actor de muy buena traza bajaba y se ofrecía a cambiarle la goma. Cuando la mujer declinaba el ofrecimiento con toda cortesía, él de pronto agarraba la manija y trataba de abrir la puerta del auto. Ella comenzaba a gritar, aterrada, y él corría hacia su auto pero, en lugar de irse, volvía un momento después con una barra de probar neumáticos, destrozaba el vidrio de la ventana, abría la puerta y sacaba a la mujer del auto gritando y forcejeando, la dejaba caer al suelo y allí comenzaba a golpearla con la barra de hierro.

La breve escena era tan realista que las estudiantes de Sloan se quedaron en silencio y conmovidas incluso después de que ella apagó la grabadora de vídeo.

-Lección número uno -dijo Sloan, firme, pero con una sonrisa para aliviar la tensión de la sala-. No quedarse en un vehículo inutilizado. Si lo hacen, se están exponiendo a ser víctimas potenciales y exhibiendo su problema a cualquier delincuente o chiflado que pase por ahí.

-¿Qué hacemos, entonces? -preguntó la esposa de un farmacéutico.

-Hay varias opciones, según lo lejos que estén de la casa o el negocio más cercano. Ninguna de las alternativas es conveniente, pero no es tan "inconveniente" como que las roben o algo peor. Si están a una distancia razonable de una casa o un negocio como para poder ir caminando, empiecen a andar. Si no pueden ir a campo traviesa, entonces tendrán que caminar a lo largo de la carretera, pero estar preparadas para ocultarse detrás de un arbusto o

agacharse si ven luces de autos que se acercan. Si es demasiado lejos para caminar, o si el clima podría poner sus vidas en peligro, entonces tendrán que quedarse en el auto, pero estando preparadas para salir y esconderse en algún lado apenas vean faros que se acercan. Si alguien se detiene para revisar el auto, quédense ocultas.

Sloan hizo una pausa para que absorbieran todo y agregó: -Si hay alguna razón por la cual no tengan más remedio que quedarse en el auto hasta la mañana siguiente, entonces esperen hasta ver que se acercan faros de autos, salen del auto y se van a su escondite. Desde allí podrán observar y ver lo que el hombre hace y cómo actúa. Si trata de entrar en el auto o de robarlo, o de llevarse las tazas de las ruedas o si está con un par de amiguitos borrachos, entonces al menos ustedes sabrán que están más seguras donde están.

Sloan tomó de sobre la mesa un pequeño objeto negro. Sonriendo, dijo:

-Si de veras no les gusta andar caminando por las carreteras o a campo traviesa en el medio de la noche, si prefieren no pasar una noche de terror bajándose y corriendo del auto varias veces, escondiéndose y temiendo por sus vidas, entonces puedo recomendarles una alternativa. -Levantó el brazo, sosteniendo el teléfono celular que había tomado de la mesa, y la sonrisa se le borró de los labios. -Por favor, cómprense uno de éstos -rogó Sloan-. Por favor -repitió, con énfasis-. Se consiguen por menos de cien dólares y, si lo utilizan sólo para emergencias, el abono mensual por la línea no es mucho. Sé que para el presupuesto de algunas de ustedes el costo de un teléfono celular barato y el abono mensual pueden ser una carga, pero no se le puede poner precio a la vida, y es la vida lo que están arriesgando sin uno de éstos. Si tienen uno de éstos cuando se quedan en un auto de noche, no se tendrán que pasar la noche caminando o escondiéndose. Pueden llamar a un remolque, al Departamento de Policía o a sus esposos o sus novios y decirles que van a esperar cerca del auto. Después de todo, lo único que tendrán que hacer será mantenerse ocultas hasta que llegue la ayuda que esperan. Ah, y otra cosa -agregó, mientras Jess entraba en la habitación-. Si llaman a la policía, expliquen bien que estarán cerca del auto, no adentro. No salten desde detrás de un arbusto cuando lleguemos.

-¿Por qué no? -la desafió Sara, sonriéndole a Jess. -Porque -dijo Jess, seco- nos pegamos unos sustos impresionantes cuando nos sucede eso.

Todas rieron, pero Sloan tuvo una impresión totalmente diferente de ese intercambio en apariencia inocente entre Sara y Jess. Sara, que era siempre gentil con todo el mundo, en realidad había querido obligar a Jess a confesar miedo frente a una sala llena de mujeres. Sloan lo sabía con la misma seguridad con que sabía que a Jess, que nunca se tomaba en serio ninguna burla (ni ninguna mujer), le había molestado la "broma" de Sara. Éstas eran dos de las personas más atractivas y agradables de Bell Harbor. Y no se soportaban. Eran los mejores amigos de Sloan, y la animosidad subterránea entre los dos había salido al fin a la superficie y se mostraba sin tapujos.

Sloan terminó la charla recordándoles que la próxima clase incluiría algunos movimientos de defensa personal y les recomendó que no olvidaran venir con ropa adecuada. Luego apagó el televisor y sacó el vídeo de la grabadora. Se había olvidado por completo de que Carter Reynolds había aparecido en la oscura carretera de su propio pasado.

Por desgracia, su tregua duró sólo hasta que Sara pudo estar a solas con ella.

Capítulo 6

-¡No puedo creer que Carter Reynolds sea tu padre! -estalló Sara apenas las pesadas puertas de la municipalidad se cerraron detrás de ellas-. No puedo creerlo -repitió, pensando en los artículos que había visto sobre él en la "Sección social de Palm Beach", de la edición dominical del diario de Bell Harbor.

-Yo misma nunca pude terminar de creerlo -dijo Sloan, irónica-. Es más, nunca tuve razones para creer que sí lo fuera -agregó mientras cruzaban el estacionamiento hacia el auto.

Sara casi no la escuchaba, sus pensamientos iban por otro camino.

-Cuando éramos pequeñas me dijiste que tus padres se habían divorciado cuando eras una bebé, ¡pero olvidaste mencionar que tu padre es... Es... Carter Reynolds! -dijo, levantando los brazos, con las palmas hacia arriba, como dirigiéndose al cielo-. Mi Dios, sólo el nombre me hace pensar en yates, Rolls-Royce, Bancos y... Dinero. ¡Montañas y montañas de maravilloso dinero! ¿Cómo pudiste ocultarme semejante secreto durante tantos años?

Sloan no había tenido un momento a solas para pensar en la llamada, pero la asombrada exuberancia de Sara no hizo más que fortalecer su determinación de permanecer incólume a la enfermedad de Carter Reynolds, a su tardío intento por conocerla y en especial a su dinero.

-No es mi padre más que en el sentido biológico. En todos estos años jamás recibí ni un saludo de cumpleaños, ni una llamada telefónica de él.

-Pero te llamó hoy, ¿no? ¿Qué quería?

-Quería que fuese a Palm Beach de visita para que pudiéramos conocernos. Le dije que no. Absolutamente no -dijo Sloan, esperando desalentar cualquier tipo de discusión con Sara-. Es demasiado tarde para que quiera jugar a ser el padre -dijo mientras introducía la llave en la cerradura de la puerta del auto.

Sara era absolutamente leal a Sloan y, en circunstancias ordinarias, de inmediato habría estado de acuerdo con la decisión de Sloan de rechazar a un padre que había rechazado a una hija desde la infancia. Sin embargo, desde el punto de vista de Sara, no había nada de "ordinario" en ser la hija de un hombre que podía convertir a Sloan en una heredera.

-No creo que debas apresurarte tanto -dijo, pensando con desesperación en alguna excusa que pudiera aducir para un comportamiento que no las tenía. Expuso la primera posibilidad que le vino a la mente. -Yo no considero que los hombres tengan que estar tan cerca de sus hijos como las mujeres -razonó Sara-. Es como que les falta una especie de cromosoma parental, o algo parecido.

-Perdón -dijo Sloan, sin darle importancia-, pero no puedes atribuir su absoluto desinterés en mí a genes defectuosos. Por lo que he leído, adora a mi hermana. Juegan al tenis juntos, esquían juntos, juegan al golf juntos. Son un equipo, y de los que ganan. He perdido la cuenta de cuántos trofeos los he visto exhibir entre los dos.

-¡Tu hermana! ¡Es cierto! ¡Por Dios, Sloan, además tienes una hermana! -exclamó Sara, atónita-. No puedo creerlo... Tú y yo hicimos tortas de barro juntas, hicimos juntas la tarea de la escuela, hasta nos dio la varicela juntas, y ahora vengo a descubrir que no sólo tienes a un adinerado miembro de la alta sociedad por padre sino que además tienes una hermana de la que nunca me contaste.

-Te conté todo lo que sé de ella... Que es sólo lo que he leído en los diarios. Fuera de eso, todo lo que sé es que su nombre es Paris y que es un año mayor que yo. De ella tampoco recibí nunca noticias.

-Pero, ¿cómo pasó todo eso? Sloan miró el reloj.

-Tengo una hora para comer y cambiarme de ropa, y después estoy de servicio hasta las nueve. Si de verdad quieres hablar de esto servicio ¿podríamos hablar en casa?

Sara era casi tan flexible como fascinada estaba.

-Claro que quiero hablar de esto -dijo, dirigiéndose de inmediato a su Toyota rojo, estacionado a dos espacios de distancia-. Te veo en tu casa.

La casa de estuco que Sloan había comprado hacía años estaba en una esquina justo frente a la playa. Era una casa diminuta de dos dormitorios en un terreno pequeño en un vecindario de diez cuadras de casas pequeñas, de unos cuarenta años de antigüedad. La proximidad con el mar de este vecindario, que se estaba poniendo viejo, combinada con el tamaño diminuto de las casas, lo había hecho extremadamente apropiado para la gente joven con la energía y la determinación para ponerlas en condiciones, pero sin mucho gasto de dinero. Como resultado de la imaginación y la dedicación de esa gente que, por primera vez, era dueña de una propiedad, todo el vecindario había adquirido un aire pintoresco, ecléctico, con modernas casas de tablas que coexistían en feliz armonía junto a las casitas de cuento de estuco y ladrillo.

Sloan había invertido todos sus ahorros y todo su tiempo libre en su propia casa y la había convertido en una pintoresca casa con ventanas blancas y terminaciones de un blanco resplandeciente que valorizaba el gris pizarra del estuco. Cuando compró la casa, la playa de enfrente pertenecía casi exclusivamente a los residentes del tranquilo vecindario de Sloan. En ese entonces, la calle era tranquila, los residentes se adormecían en un ondulante silencio que se acentuaba y se alejaba con cada ola que rompía en la playa y se retiraba hacia alta mar.

La explosión de la población de Bell Harbor había puesto fin a todo eso, pues muchas familias con niños pequeños buscaban playas sin el bullicio y los espectáculos comunes en las playas de los estudiantes, y descubrieron la playa de Sloan. Ahora, cuando ella dobló en su estrecha calle, a las cuatro de la tarde de un domingo, ésta estaba llena de vehículos estacionados, parachoques contra parachoques, algunos de ellos directamente frente a las señales de No Estacionar y otros tapando, parcialmente, las entradas de autos de algunas casas. Y aunque ella sabía que las olas seguían subiendo y bajando, no podía oírlas por encima de los gritos entusiasmados de los niños y la música de las radios de los padres.

Sara se apoderó del único espacio para estacionar a la vista y Sloan ocultó una sonrisa cuando la vio obligar a un sedán Ford azul oscuro a retroceder para que ella pudiera quedarse

con el espacio. El conductor dejó que ella le ganara de mano. -De verdad, tienes que hacer algo con estos autos -decretó Sara mientras corría hacia Sloan, raspando una suciedad de la pierna del pantalón-. Están tan pegados unos a otros que tuve que hacerme chiquita para pasar entre mi auto y el de adelante y me ensucié el pantalón.

-Yo me doy por afortunada cuando no me tapan mi entrada para autos -bromeó Sloan, abriendo la puerta del frente. Adentro, la casa se veía alegre y luminosa, amueblada con muebles informales de caña y almohadones forrados en una tela con un diseño de palmeras e hibiscos amarillos sobre fondo blanco.

-Yo me daría por afortunada si me cuentas de Carter Reynolds. ¿Cómo supo dónde llamarte hoy?

-Dice que llamó a mi madre.

-¿Entonces ellos dos tienen que haberse mantenido en contacto todos estos años?

-No.

-Caramba -exclamó Sara-. Qué habrá pensado ella de ese súbito interés en ti.

Sloan podría haber apostado todo lo que tenía a la reacción probable de su madre pero, en lugar de responder, movió la cabeza hacia el contestador, donde la luz de mensajes titilaba como loca y el indicador mostraba que había tres mensajes nuevos. Sofocando una sonrisa cansada, Sloan se acercó al contestador y apretó el botón de escuchar los mensajes. La voz de su madre irrumpió con el tono exacto de juvenil entusiasmo que Sloan había esperado escuchar. "Sloan, chiquita, soy mamá. Hoy vas a tener una hermosa sorpresa, pero no quiero estropearla porque quiero que te sorprendas tanto como yo. Aunque te doy una pista: hoy, en algún momento, vas a recibir una llamada telefónica de un hombre que es muy importante para ti. Llámame a casa esta tarde antes de entrar en servicio esta noche."

El segundo mensaje había sido grabado dos minutos después del primero y era también de Kimberley Reynolds. "Mi amor, estaba tan emocionada cuando te dejé el primer mensaje que no podía ni pensar. Hoy no llegaré a casa hasta después de las nueve, porque tenemos una liquidación en Escada y hay muchísimo trabajo, así que le dije a Lydia que me quedo a ayudar hasta la hora de cierre. Y no me llames a la tienda, porque Lydia se irrita mucho cuando los empleados usamos el teléfono del negocio, y ya sabes lo mal que está de la úlcera. No quiero que le dé otro ataque. No soporto el suspenso, así que por favor déjame un mensaje en el contestador. No te olvides..." Sara parecía realmente impresionada.

-Está emocionadísima con la llamada.

-Por supuesto -dijo Sloan, sacudiendo la cabeza, divertida, y casi sin poder creer el típico optimismo ingenuo de su madre. Según el certificado de nacimiento de Sloan, Kimberley Jannsen Reynolds era su madre, pero la verdad era que Sloan había criado a Kimberley y no al revés. -¿Te sorprende? -No lo sé. Creo que esperaba que Kimberley guardara algún rencor.

Sloan revoleó los ojos.

-¿Estamos hablando de ni mamá..., de la misma persona que no le puede negar nada a nadie porque teme parecer grosera o lastimar a los demás? ¿De la misma persona que permite que Lydia la convenza de mal modo de trabajar seis horas extra pero que no se anima a usar el teléfono de Lydia porque tiene miedo de que a esa bruja déspota le dé un ataque de úlcera? ¿De la misma mujer explotada, con un sueldo miserable, que hace quince años que le maneja la tienda a Lydia y que lleva más clientes que todo el resto de los empleados de Lydia juntos?

Sara, que quería a Kimberley casi tanto como Sloan, se echó a reír apenas Sloan terminó su cómica diatriba.

-No puedo creer que de verdad pensaras que la misma mujer que prácticamente te crió pudiera guardar rencor contra Carter Reynolds por la insignificante razón de haberla abandonado hace treinta años, haberla destruido emocionalmente y no haberse interesado por ella nunca más.

Sonriendo, Sara levantó una mano.

-Tienes toda la razón del mundo. Habrá sido un momento de locura temporaria de mi parte el haber siquiera sugerido semejante cosa.

Satisfecha, Sloan volvió a apretar el botón de escucha. El tercer mensaje también era de Kimberley y había sido grabado apenas quince minutos antes de que Sloan y Sara entraran en la casa. "Mi amor, es mamá. Estoy en un teléfono público en la tienda de al lado, es mi hora de descanso. Llamé al Departamento de Policía y Jess me dijo que ya habías recibido una llamada de larga distancia, de tu padre, de manera que no te estoy arruinando la sorpresa dejándote este mensaje. Estuve pensando en lo que tendrías que llevar a Palm Beach. Sé que te gastaste hasta el último centavo en la casa, pero tendremos que salir a comprarte un guardarropa completamente nuevo. No te preocupes, chiquita, para cuando salgas hacia Palm Beach, tendrás toneladas de preciosa ropa nueva."

Sara contuvo una risita mientras Sloan borraba los mensajes y volvía a conectar el contestador.

Sloan levantó el auricular, marcó el número de su madre y dejó un mensaje en el contestador de ésta, como le había pedido Kim. "Hola, mamá, soy yo. Hablé con Carter Reynolds, pero no iré a Palm Beach. No me interesa para nada conocer esa rama de la familia, y se lo dije. Te quiero. Hasta luego." Con eso, colgó el auricular y se volvió a Sara.

-Me muero de hambre -le dijo, como si el tema de Carter Reynolds estuviera enterrado y olvidado-. Creo que me voy a hacer un sándwich de atún. ¿Quieres uno?

En silencio, Sara se volvió y observó a Sloan entrar en la cocina y ponerse a abrir armarios. Ahora que la impresión del descubrimiento estaba pasando, Sara estaba tan dolida como confundida al darse cuenta de que Sloan y Kim le habían ocultado un secreto tan enorme. Ellas eran su familia, más cercanas que cualquier familia que hubiera conocido.

La madre de Sara había sido una alcohólica violenta a quien no le importaba el hecho de que su hija de cuatro años empezara a pasar casi todo el tiempo al lado, en la casa de Kimberley y Sloan Reynolds, es más, ni siquiera se daba cuenta. Sentada junto a Sloan a una vieja mesa de cocina con una tapa de fórmica blanca y patas de acero inoxidable, Sara había aprendido a dibujar con unos gordos lápices de colores en el libro para colorear que Sloan siempre estaba dispuesta a compartir con ella, y había sido Kim la que llenaba a Sara de elogios por sus esfuerzos. Al año siguiente, cuando ambas niñas empezaron el jardín de infantes, el primer día fueron de la mano, para darse coraje, y con unas mochilas idénticas, con el dibujo de Snoopy, que Kim les había comprado a las dos.

Cuando llegaron a la casa, las dos traían, muy orgullosas, sus dibujos con grandes estrellas, que les había puesto la maestra. Kimberley se apresuró a pegar el de Sloan en la puerta de la heladera, pero cuando las niñas corrieron al lado para mostrarle a la madre de Sara su dibujo, la señora Gibbon lo había arrojado sobre una mesa llena de cosas, y el dibujo había caído sobre uno de los círculos húmedos que había dejado su vaso de whisky. Cuando Sloan trató de explicarle lo de la estrella de Sara, la señora Gibbon le gritó a Sloan que se callara la boca, lo que humilló a Sara y la hizo estallar en lágrimas. Pero Sloan no se echó a llorar, ni siquiera se asustó. Lo que hizo fue tomar el dibujo de Sara y tomarla de la mano y llevársela a su propia casa.

-La mamá de Sara no tiene un lindo lugar donde poner el dibujo -le explicó Sloan a Kimberley con una vocecita chiquita, enojada y temblorosa que a Sara le sonó rara. Sloan sacó la cinta adhesiva y colgó el dibujo de Sara al lado del suyo. -Así que lo vamos a poner acá, ¿no es verdad, mamá? -decretó apretando con fuerza con la palma de la mano para que el dibujo quedara bien pegado.

Sara contuvo el aliento, con miedo de que la señora Reynolds no quisiera que se ocupara un espacio tan lindo donde se podían pegar cosas con un dibujo que ni la madre de Sara quería, pero Kimberley las abrazó a las dos y les dijo que era una idea buenísima. El recuerdo había quedado grabado a fuego en la mente de Sara, porque nunca más volvió a sentirse completa y absolutamente sola. No había sido la última vez para Sara que su madre la hubiera hecho sufrir, ni la última que Sloan había intercedido por Sara o alguna otra persona,

mientras luchaba por controlar las lágrimas o el miedo. No había sido la última vez que Kimberley las había abrazado o consolado o comprado cosas caras e idénticas para la escuela, cosas que ella no podía en realidad comprar. Pero había sido la última vez en la cual Sara se sintió una intrusa impotente en un mundo cruel y confuso donde todos, excepto ella, tenían alguien a quien recurrir y en quien confiar.

En los años que siguieron, los dibujos infantiles fueron reemplazados por los cuadernillos de calificaciones, fotos de la escuela y recortes de diarios con sus nombres subrayados en rojo. Los libros de colorear y los lápices de colores que habían cubierto la mesa de la cocina habían dejado el lugar a libros de álgebra y tesis, los temas de conversación habían cambiado, de maestros malos a muchachos interesantes y luego al dinero, que nunca alcanzaba. Para cuando eran adolescentes, Sloan y Sara se dieron cuenta de que Kimberley era sencillamente incapaz de manejar dinero, y fue Sloan la que comenzó a ocuparse de la administración de la casa: hubo otros papeles que también se intercambiaron. Pero algo quedó constante, incluso se profundizó y creció: Sara sabía que era una parte valorada y esencial de la familia.

Considerando todo esto, era comprensible que la conmoviera descubrir que había un enorme secreto de familia que nunca le habían contado.

Sara se dejó caer ante la mesa de la cocina y pensó en cuántas veces se había sentado en la cocina con Sloan y Kimberley. Miles de veces.

Sloan miró a su amiga.

-¿Quieres un sándwich? -repitió.

-Me doy cuenta de que en realidad no es asunto mío -dijo Sara, sintiéndose un poco una intrusa por primera vez desde que había conocido a Sloan y a Kimberley-, pero, ¿no puedes al menos decirme por qué me ocultaste como un gran secreto todo esa historia de tu padre?

Sloan giró en redondo, sorprendida por el tono herido de Sara.

-Pero no era ningún gran secreto, de verdad. Cuando tú y yo éramos niñas hablamos de nuestros padres, y yo te conté del mío. Cuando mi madre tenía dieciocho años, ganó un concurso de belleza local y el primer premio era un viaje a Fort Lauderdale y una semana en el mejor hotel. Carter Reynolds estaba alojado en el mismo hotel. Era siete años mayor que ella, tan buen mozo que no se podía creer y cien veces más sofisticado. Mamá creyó que era amor a primera vista y que se iban a casar y a ser felices para siempre. La verdad es que él no tenía la menor intención de casarse con ella, ni siquiera de volver a verla, hasta que descubrió que ella estaba embarazada, .y entonces su familia, disgustada, no le dejó opción. Los dos años siguientes vivieron cerca de Coral Gables, arreglándoselas con lo que él podía ganar, y mamá tuvo otra hija. Mamá pensaba que vivían en el colmo de la felicidad hasta el día en que la madre de él llegó a la casa en una limusina, le ofreció a su hijo la oportunidad de volver al seno familiar, y él la aprovechó. Mientras mi madre estaba en medio de un ataque de llanto y de angustia, la convencieron de que sería egoísta de su parte tratar de retener a un hombre que quería su libertad, o intentar quitarle a las dos hijas. La convencieron de que les permitiera llevarse a Paris a San Francisco con ellos para lo que mamá pensó que sería una visita. Después le hicieron firmar un documento en el que aceptaba el divorcio. No supo que en la letra pequeña estaba renunciando a todos sus derechos sobre Paris. Se fueron en la limusina a las tres horas de la llegada de la madre de él. Fin de la historia.

Sara la miraba con los ojos llenos de lágrimas de compasión y rabia por lo que le habían hecho a Kim.

-Me contaste esa historia hace mucho tiempo -dijo-, pero yo era demasiado chica para entender la... La crueldad de lo que le hicieron y de la tortura que le infligieron.

Sloan aprovechó con urgencia las propias palabras de Sara para tratar de hacerle ver su punto de vista.

-Y ahora que entiendes, ¿querrías tú admitir que estás emparentada con ese hombre o con su familia? ¿No querrías olvidarlo?

-Quisiera matar a ese hijo de puta -dijo Sara, pero rió. -Una reacción sana y una excelente descripción de dicho individuo -dijo Sloan, aprobando, al tiempo que ponía dos sándwiches de atún sobre la mesa-. Como matarlo no era una opción que mamá considerara y yo era demasiado pequeña para hacerlo por ella -siguió diciendo Sloan, en un tono más ligero-, y como hablar de él o de mi hermana o de cualquier cosa que tuviera que ver con ese día la ponía increíblemente triste, la convencí, cuando yo tenía siete u ocho años, de que podíamos hacer como que ninguno de los dos había existido jamás. Después de todo, nos teníamos la una a la otra y luego te tuvimos a ti. A mí me parecía que teníamos una familia magnífica.

-Y la teníamos. La tenemos -dijo Sara, con sentimiento, pero no pudo sonreír-. ¿Kim no pudo hacer nada para recuperar a Paris?

Sloan sacudió la cabeza.

-Mamá habló con un abogado local, y él le dijo que le costaría una fortuna contratar a los poderosos abogados que necesitaría para pelear en la corte contra los de ellos, e incluso así no creía que ganaría. Mamá siempre ha tratado de convencerse de que viviendo con la familia Reynolds, Paris ha tenido una vida magnífica con ventajas y oportunidades que ella no podría haberle dado jamás.

A pesar de su tono objetivo, Sloan se sintió inundada por la ira. En el pasado, su emoción más fuerte había sido indignación en nombre de su madre y desprecio por su padre. Ahora, al volver a contar la historia, era una mujer adulta y lo que sentía era más fuerte que la indignación, era una empatía y una compasión tan intensas que le hacían doler el pecho. Por su padre -ese hombre cruel, egoísta, destructor de la inocencia y de los sueños-, lo que sentía no era sólo desprecio, era asco, un asco que crecía cuando se acordaba de la presuntuosa llamada de esa mañana. Después de décadas de abandono, él creía que podía hacer una llamada telefónica y su esposa y su hija abandonadas se pondrían a saltar de la alegría de poder volver a verlo. No tendría que haberlo tratado con frialdad por teléfono, debería haberle dicho que preferiría pasar una semana en el nido de una víbora antes que una semana con él en cualquier lado. Tendría que haberle dicho que era un hijo de puta.

Capítulo 7

Habían notado el incendio aproximadamente a las 21:30, según el vecino de la señora Rivera que había visto el fuego saliendo por debajo de la puerta del frente y llamó al 911. A los seis minutos, los bomberos estaban en el lugar, pero ya era demasiado tarde para salvar la vieja casa de madera.

Sloan iba camino a su casa, desde el trabajo, pensando en cambiarse de ropa y cruzar la calle hasta la playa para ir a la fiesta de Pete, cuando oyó el llamado de radio y decidió ofrecer la ayuda que se necesitara. Cuando llegó, la calle ya estaba atiborrada de carros de bomberos, ambulancias y patrulleros, con las luces brillando como ominosos faros en la noche. A la distancia ululaban las sirenas y había mangueras atravesando la calle, viboreando sobre el suelo como gordas serpientes blancas. Agentes policiales acordonaban la zona inmediata, tratando de evitar que la creciente multitud de curiosos se acercara demasiado.

Sloan acababa de tomar declaración a varios vecinos cuando de pronto llegó la señora Rivera. La mujer, pesada y entrada en años, pasó dificultosamente por entre los policías y los

curiosos, como un atacante frenético que va con la pelota, tropezó en una manguera y cayó en los brazos de Sloan con un impulso tal que casi se caen las dos.

-¡Mi casa! -gritó, luchando por soltarse de Sloan.

-No puede entrar -le dijo Sloan-. Se va a lastimar, y no va a poder hacer nada más que entorpecer el trabajo de los bomberos que están tratando de salvar su casa.

En lugar de calmarse o aceptar lo que le decían, la señora Rivera se puso histérica. -

-¡Mi perra! -gritó, luchando por zafarse-. ¡Mi Daisy está adentro!

Sloan le pasó el brazo por los hombros a la mujer, tratando de controlarla y consolarla al mismo tiempo.

-¿Daisy es una perrita pequeña, castaña y blanca? -Sí. Es pequeña. Castaña y blanca.

-Creo que la vi hace unos minutos -dijo Sloan-. Pienso que está a salvo. Llámela. La buscaremos juntas.

-¡Daisy! -llamó la señora, sollozando, girando sobre sí misma, impotente-. ¡Daisy! ¡Daisy! ¿Dónde estás?

Sloan miraba la calle, buscando escondites posibles donde un animalito aterrorizado pudiera ocultarse, cuando una carita castaña y blanca, sucia de hollín y tierra, apareció de pronto de detrás de un automóvil policial sin identificación.

-¡Ahí está! -dijo Sloan.

-¡Daisy! -gritó la señora Rivera, y corrió y levantó en brazos al animalito aterrorizado.

Después de eso, Sloan no tuvo nada que hacer más que permanecer junto a la pobre mujer y ofrecerle el consuelo de su compañía mientras veían cómo las llamas voraces devoraban el techo y lamían el frente.

-Uno de sus vecinos me dijo que tiene una hija que vive cerca -dijo Sloan, con suavidad.

La señora Rivera asintió, con la mirada clavada en su casa en ruinas.

-Enviaré un mensaje por radio para que vayan a buscarla y la traigan aquí -ofreció Sloan.

Para cuando Sloan llegó a su casa, ya era tan tarde para la fiesta de Pete que no tenía tiempo de ducharse y lavarse el pelo. Estacionó en la entrada de autos de su casa, tomó la cartera, cruzó la calle corriendo y tuvo que escurrirse para pasar de costado entre dos autos estacionados. Mientras pasaba entre los parachoques de los autos creyó ver a alguien sentado en el asiento del conductor de otro auto estacionado más adelante, pero entonces la sombra desapareció, como si la persona se hubiera agachado en el asiento o se hubiera apartado de la luz.

Sloan hizo a un lado el impulso de investigar y caminó por la vereda a paso rápido. Tenía prisa. Tal vez a la persona del auto... Si era una persona... Tal vez se le había caído algo en el suelo del auto y se había agachado para recogerlo. Tal vez había decidido dormir un poco. Lo más probable era que lo que acababa de ver fuera la sombra en el parabrisas de las ramas de una palmera que cruzaba bajo la luz de la lámpara.

Incluso así, siguió observando el vehículo, un Ford, por el rabillo del ojo, mientras se encaminaba hacia la larga hilera de puestos de comida sobre el entablado. Cuando doblaba la esquina del norte de un quiosco de helados vio que se encendía la luz dentro del Ford y que un hombre alto bajaba del auto y comenzaba a caminar despacio hacia la playa, moviéndose en un ángulo que lo mantenía al sur de la hilera de puestos y a lo largo de las dunas.

Sloan no podía ya reprimir sus sospechas y, utilizando el costado del puesto para ocultarse de la vista del hombre, se quedó quieta. Al norte de los puestos había una extensión de arena de unos cuatro kilómetros salpicados con quioscos circulares usados por los concurrentes a la playa para asados y picnics. Ésa era la parte de la playa apta para broncearse, para bañarse y para hacer fiestas, y allí se estaba realizando la fiesta de Pete.

Inmediatamente al sur de los puestos, hacia donde se dirigía el desconocido, no había nada más que dunas cubiertas por espesa vegetación, dunas que ofrecían muy poco en una

noche oscura excepto privacidad para las parejas o para personas con intenciones menos inocentes.

Sloan sabía que había estado nerviosa e irritable desde la llamada de su padre esa tarde, pero había algo en el hombre que se había bajado del auto que la hacía sentir clara y profesionalmente inquieta. Por un lado, le resultaba vagamente conocido, por otro, no estaba vestido para una larga caminata nocturna por la playa y, lo más importante de todo, había algo sigiloso en sus movimientos, tanto en el auto como fuera de él. Había habido asaltos en las dunas, venta de droga e incluso un asesinato hacía ya algunos años.

Sloan regresó a la esquina del puesto de helados y comenzó a volver sobre sus pasos, manteniéndose cerca de la parte de atrás de los puestos de comida para poder aparecer en el extremo sur de la fila de puestos. Desde allí, podría vigilarlo o seguirlo.

Maldiciendo para sus adentros la arena que se le metía en los zapatos, el hombre se detuvo junto a las dunas, esperando que su presa apareciera en la playa, más allá de los puestos de comida. Ella no había sospechado nada, era tan fácil de seguir, y tan predecible, que cuando no apareció donde él esperaba verla no se le ocurrió alarmarse. Ella iba deprisa y, al no aparecer en la playa, él dio por sentado que se había olvidado de algo en su casa y había vuelto a buscarlo.

En lugar de ir tras ella y meterse más arena en los zapatos, el hombre retrocedió unos pasos y se agachó en el espacio entre dos dunas. Oculto por la arena y la vegetación, sacó un paquete de pastillas de menta del bolsillo y esperó a que ella volviera a aparecer en su línea de visión.

Le quitó el envoltorio de papel plateado a la pastilla y se inclinó hacia delante, esperando ver a la mujer cuando ella volviera a cruzar la calle hacia la casa. La Luna estaba detrás de una nube, pero la lámpara de la calle estaba lo suficientemente cerca del puesto de comida y le permitió verla cuando ella apareció de pronto desde detrás del extremo sur de los puestos y desapareció casi de inmediato entre las dunas.

Su inesperada maniobra lo provocó, le agregaba un poco de sabor y de interés a lo que, hasta ese momento, habían sido cuatro días terriblemente aburridos, si bien necesarios. Ella andaba en algo. En algo privado.

Se puso de pie con cuidado, estirando el cuello, con los sentidos alerta para percibir cualquier sonido, cualquier sombra, pero ella parecía haber desaparecido. Maldiciendo para sus adentros, se volvió y comenzó a trepar la colina a sus espaldas. Desde una altura podría divisarla.

-No se mueva...

La voz de ella lo sobresaltó tanto que se soltó de los altos juncos de los cuales se sostenía y cayó al suelo. En esa posición, y sin posibilidades de levantarse de un salto en la arena suelta, giró sobre sí mismo, tomó impulso y se lanzó hacia ella. Tropezó con algo, sintió un golpe en la nuca y cayó de cara sobre la arena.

Parpadeando para sacarse la arena de los ojos, se volvió para mirarla. Ella estaba de pie justo fuera de alcance, con las piernas apenas separadas, los brazos extendidos y una Glock nueve milímetros entre las manos.

-Ponga las manos en la espalda, donde yo las vea -le ordenó.

Por el momento, él decidió hacerle caso. Ella, obviamente, se había dado cuenta de que él iba armado cuando se le abrió el saco, pero ahora intentaría quitarle el arma y él no tenía la menor intención de permitírselo. Sonrió lenta, deliberadamente, mientras llevaba las manos hacia atrás.

-Ese revólver es muy grande para una niña pequeña como tú.

-Entrelace las manos y ruede hasta quedar de espaldas. Él sonrió, dándose cuenta de la situación.

-¿Por qué? ¿No tenemos esposas?

Sloan no tenía esposas, ni siquiera tenía cordón de zapatos para atarle las muñecas. Lo que sí tenía era un hombre armado en una playa llena de gente con la suficiente sangre fría -o

lo suficientemente loco- como para burlarse y sonreírle, un psicópata potencial que no mostraba ninguna reacción normal a la situación por la que estaba pasando.

-Haga lo que le dije -le advirtió Sloan, levantando el arma para dar énfasis a sus palabras-. Gire de espaldas, hasta quedar encima de sus manos.

Otra extraña sonrisa le cruzó el rostro al hombre mientras consideraba las instrucciones de ella.

-No es un buen plan. Cuando trates de quitarme el arma, todo lo que tengo que hacer es incorporarme apenas, agarrarte de la muñeca y dispararte con tu propia arma. ¿Alguna vez viste el daño que puede hacerle una nueve milímetros a un cuerpo humano?

Parecía lo bastante loco como para matar a cualquiera que se le cruzara en el camino, y lo último que Sloan quería era darle esa oportunidad tratando de desarmarlo sola. Tensa pero firme, apuntó el arma a un punto entre los ojos de él.

-No me obligue a usarla -le advirtió.

Él entrecerró los ojos al ver el sutil cambio en el brazo de ella, entonces, muy despacio, giró sobre su espalda, encima de sus manos.

-Llevo veinticinco mil dólares en efectivo -dijo, cambiando de táctica-. Los tomas .y te vas. Nadie sale lastimado y nadie se entera.

Sloan lo ignoró. Dio un paso atrás, apuntó al aire, hacia el agua y disparó tres tiros en rápida sucesión, luego volvió a apuntarle. Los disparos resonaron en la oscuridad como pequeños cañones disparados en un desfiladero, y en algún lugar de la playa alguien gritó.

-¿Por qué diablos hiciste eso? -preguntó él.

-Pedí refuerzos -respondió ella-. Están en la playa. Estarán aquí en un minuto.

La expresión de él cambió por completo.

-En ese caso, se impone, una presentación -dijo él, rápido, poniéndose profesional-. Soy el agente especial Paul Richardson, FBI, .y usted está a punto de dejarme al descubierto, detective Reynolds.

De no ser por el hecho de que él conocía su nombre -y su personalidad había sufrido un cambio radical, Sloan no tenía razones para creer que era algo diferente de lo que le había parecido unos momentos antes. Y sin embargo...

-Muéstreme su identificación. -Está en el bolsillo del saco.

-Siéntese despacio -le ordenó ella, siguiendo sus movimientos con el arma-. Sáquela con la izquierda y arrójemela aquí.

Un estuchecito chato de cuero aterrizó en la arena junto a los pies de Sloan. Sin dejar de apuntarle con la pistola, Sloan se agachó, lo recogió y lo abrió. De un lado estaba su fbto y del otro los datos de las credenciales.

-¿Satisfecha? -preguntó él, ya poniéndose de pie.

Sloan no estaba satisfecha, estaba furiosa. Dejó caer el brazo y el cuerpo le empezó a temblar en una reacción tardía a la situación extremadamente tensa por la cual él la había hecho pasar.

-¿Esa es su idea de lo divertido o tiene otra excusa para matarme del susto? -preguntó.

Él se encogió de hombros mientras se sacudía la arena de los pantalones.

-Tuve la oportunidad de ver cómo reaccionaría a una situación de tensión, y decidí aprovecharla.

Mientras lo miraba. Sloan se dio cuenta de por qué le resultaba cara conocida, y se dio cuenta también de que no le estaba contando toda la verdad.

-Usted estaba ayer en el parque, y hoy temprano en el estacionamiento de la municipalidad. Hace días que me vigila. En lugar de responderle, él se subió el cierre de la chaqueta de algodón lo suficiente como para ocultar la sobaquera de cuero castaño, y sólo entonces le prestó toda su atención. -Tiene razón. Hace días que la vigilo.

-Pero, ¿por qué? ¿Por qué se interesa el FBi en lo que yo hago?

-No estamos interesados en usted. Estamos interesados en Carter Reynolds.

-¿Están qué? -preguntó ella, alelada.

-Estamos interesados en su padre.

Sloan lo miró, sin palabras, desorientada. Su padre había dejado de existir para ella hacía mucho tiempo. Carter Reynolds era sencillamente un nombre que pertenecía a un desconocido famoso, un nombre que nadie le mencionaba nunca. Y sin embargo, en las últimas doce horas, ese hombre, ese nombre, parecían haber surgido de entre las cenizas de su pasado y se le pegaban como hollín.

-No sé qué piensan ustedes que haya hecho pero, sea lo que sea, yo no tengo nada que ver. No he tenido nada que ver con él en toda mi vida.

-Lo sabemos todo. -El hombre miró hacia la costa, por donde tres hombres venían corriendo hacia ellos, uno con una linterna, cuya luz movía, barriendo la arena como la luz de un faro que se hubiera vuelto loco. -Parece que llegan los refuerzos -comentó Richardson, tomándola de un codo y haciéndola avanzar-. Vamos a recibirlos.

Sloan se movió automáticamente, pero sentía las piernas de madera y el cerebro de aserrín.

-Actúe con naturalidad -le dijo el agente-. Preséntenme. Si alguien pregunta algo, nos conocimos hace dos meses en Fort Lauderdale cuando asistió al seminario policial, y me invitó a Bell Harbor para el fin de semana largo. Ahora sonría y salúdelos.

Sloan asintió y obedeció, pero no podía pensar en nada más que en el hecho de que el FBi estaba investigando a Carter Reynolds... Y que la habían estado siguiendo a ella... Y que hacía unos momentos este agente del FBi había tratado de comprobar si ella aceptaría un soborno.

Jess fue el primero en llegar a ellos, mucho antes que los otros, y correr no le había afectado la respiración.

-Nos pareció oír disparos que venían de aquí -dijo, escrutando las dunas-. ¿No oíste nada?

Sloan hizo un valiente esfuerzo por hacerse la graciosa mientras le mentía a un amigo de confianza que acababa de venir corriendo a ayudarla.

-Fueron cohetes, Jess. Dos adolescentes tiraron cohetes en las dunas y se fueron corriendo.

-Me parecieron disparos -insistió Jess, poniéndose las manos en las caderas y mirando más allá de ella.

Ted Burnby y Leo Reagan llegaron junto a ellos un momento después.

-Nos pareció oír disparos -dijo Ted, jadeando, pero Leo Reagan no podía pronunciar palabra. Con casi veinte kilos de sobrepeso y totalmente fuera de forma, se agachó y apoyó las manos en las rodillas, tratando de recuperar el aliento.

-Un par de adolescentes estaba tirando cohetes -volvió a mentir Sloan, sintiéndose más torpe y resentida con cada mentira.

Leo y Ted lo aceptaron más rápido que Jess, pero, claro, Jess era más inteligente y tenía más experiencia de la calle, era un policía de una ciudad grande que había venido a una comunidad menos violenta, pero su instinto seguía tan agudo como siempre. Después de un ratito, por fin abandonó su ceñuda búsqueda visual entre las dunas y dirigió la mirada hacia ella.

-La fiesta de Pete está por terminar -dijo, secamente-, Nos preguntábamos por qué no aparecías.

En las circunstancias presentes, había una sola respuesta posible y creíble que se le pudiera ocurrir a Sloan.

-Para allá iba.

Él dejó caer los brazos, adoptando una actitud un poco menos agresiva, y miró a su compañero.

-¿Quién es?

Para alivio de Sloan, el agente del FBi decidió presentarse solo.

-Paul Richardson -dijo, acercándose para darle la mano a Jess, luego a Ted y después a Leo. Positivamente rezumando esa relajada cordialidad de hombres entre hombres, agregó: -Soy amigo de Sloan, de Fort Lauderdale.

-Si quieren comer algo en la fiesta de Pete, será mejor que se apresuren -le dijo Leo, pensando siempre en la comida-. Los nachos desaparecieron, pero las salchichas con chile están buenas.

-He tenido un largo día -respondió, apenado, el agente Richardson, y entonces miró a Sloan y le dijo, con suavidad-. Sloan, anda a la fiesta sin mí.

Sloan se aterrorizó. ¡Iba a irse sin responder más preguntas! Ella lo había desenmascarado .y ahora él sencillamente desaparecería de Bell Harbor, dejándola en una angustiada

incertidumbre, sin modo de averiguar por qué el FBI la vigilaba. Estaba tan desesperada por impedírselo que se le prendió del brazo.

-Ah, pero quiero que conozcas a Pete -insistió-. Nos quedaremos apenas unos minutos.

-Voy a ser muy aburrido esta noche.

-No, no, vas a ver que no -dijo Sloan, animada. Él entrecerró los ojos, como en una advertencia. -Creo que sí.

-Jamás podrías ser aburrido. Eres una persona tan interesante...

-Tú no eres objetiva.

-No, no lo soy -dijo ella y, desesperada, apeló a un chantaje velado y les dijo a sus amigos-: Permítaseme explicar cuán interesante es...

-No los aburras con detalles, Sloan -la interrumpió él con una sonrisa significativa-. Vamos a conocer a tu amigo Pete y a comer algo.

Leo sonrió ante la mención de la palabra comer. -Eh, Paul, ¿te gustan las anchoas?

-Me encantan -dijo Richardson, entusiasta, pero Sloan tuvo la impresión de que apretaba los dientes.

-Entonces andas con suerte porque la pizza tenía anchoas, así que quedó bastante. Nunca conocí a nadie a quien le gustaran las anchoas, excepto a Pete y ahora a ti.

Durante toda la conversación, Jess había estado examinando al agente del FBi, pero al fin pareció perder el interés y la paciencia.

-Si no volvemos a la fiesta, la fiesta va a venir a buscarnos.

-Vamos -dijo agradablemente el agente Richardson, .yentonces sobresaltó a Sloan pasándole el brazo por los hombros en lo que parecía un gesto normal, afectuoso y posesivo. Pero no había nada afectuoso en el fuerte apretoncito de advertencia que le dio en los hombros.

Jess, Leo y Ted echaron a caminar junto a ellos, y en seguida los cuatro hombres se pusieron a hablar de deporte. Pronto, el relativo aislamiento de las dunas comenzó a dar paso a una extensión de playa bien iluminada, donde las radios portátiles competían con el sonido de las olas y las mantas salpicaban la arena como bandas coloridas, ocupadas casi por completo por parejas jóvenes con inclinaciones románticas.

Librodot

Capítulo 8

El quiosco donde se desarrollaba la fiesta de Pete estaba junto a una parrilla y el olor a carbón y a salchichas quemadas alcanzó para revolverle el estómago a Sloan. Pete y su novia, junto con el resto de los invitados a la fiesta, estaban a unos metros de distancia, escuchando a Jim Finkle, quien había llevado su guitarra y tocaba una preciosa canción flamenca.

-Tendría que haber sido músico profesional, no policía -comentó Jess, y siguió caminando para unirse al público de Jim.

Pero Leo se demoró un momento.

-Come algo -le dijo a Richardson, con un expansivo ademán hacia una mesa de madera cubierta con cajas abiertas de pizza, grandes recipientes pegoteados con los restos de salsa de queso, chile y ensalada de papas y una fuente con salchichas frías con pancitos-. Las bebidas están en aquella heladerita -agregó Leo antes de ir a escuchar a Jim-. Sírvete.

-Gracias, lo haré -dijo el agente Richardson y, con la mano aún sobre el hombro de Sloan, la obligó a quedarse a su lado hasta que llegaron a la mesa. Sloan sabía que él se había enojado si bien, en el camino hasta allí, parecía que de veras se le había pasado, bromeando con Leo sobre los hombres a los cuales les gusta cocinar, e incluso riéndose por algo que había dicho ella. Como, por otra parte. ella no había revelado su identidad, naturalmente supuso que él estaba de mejor humor, reconciliado con ella. Incluso le sonrió mientras le alcanzaba un plato y le decía, furioso: -Si esta noche dices una sola palabra que pueda ponerme en una posición difícil, te arresto por obstruir la acción de la Justicia. -El hecho de que él siera enojado sorprendió tanto a Sloan que se lo quedó miIdo mientras, automáticamente, tomaba el plato de manos de él. Sin dejar de sonreír, él le alcanzó una servilleta, tomó una para él y dijo:

-¿Entendiste?

Luego de una advertencia que, Sloan lo sabía, no era una amenaza hueca, él se sirvió en el plato comida de cada recipiente y tomó una salchicha fría, pero Sloan vio que no tocaba la pizza, ni siquiera cuando el sonido de la guitarra se interrumpió y Leo y el grupo volvieron a la mesa. Era evidente que la dedicación del agente Richardson al deber y a su país no iba tan lejos como para obligarlo a comer anchoas.

-Yo no iba a decirles nada de ti -explicó ella, adoptando el tono de calmada razón que siempre utilizaba para neutralizar situaciones emocionalmente violentas-. Pero tengo derecho a una explicación, y no podía permitir que desaparecieras sin dármela.

-Podrías haber esperado hasta mañana.

Sloan mojó una papa frita fría del taco en un poco de salsa y se la puso en el plato, decidida a aparentar la misma indiferencia que él.

-¿En serio? -replicó-. ¿Y exactamente qué se supone que iba a hacer yo mañana para encontrarte?

-Nada. Yo te habría encontrado a ti.

-¿Cómo? -preguntó ella, irónica-. ¿Con binoculares? Su sarcasmo parecía casi divertirlo, pero el hombre era un camaleón humano, de modo que ella no lo sabía a ciencia cierta.

-Entiendo a qué te refieres.

-Eh, Sloan, ¿dónde te habías metido? -preguntó Pete. Con un brazo sobre el hombro de su novia y una cerveza en la mano, se aproximó a ellos, seguido por Jess. Mary Beth era rubia y delgada, una muchacha bonita, tímida y refinada que conseguía tener la misma expresión de felicidad que Pete sin decir una palabra. -Mi amor, muéstrale el medallón que te regalé como recuerdo de la semana anterior al casamiento -dijo Pete apenas Sloan terminó de presentarles a su "amigo" Paul Richardson-. Es oro macizo de catorce quilates -agregó Pete, orgulloso.

Mary Beth levantó el pesado medallón con forma de corazón que llevaba colgado al cuello para que pudieran admirarlo de manera apropiada.

-Es precioso -murmuró Sloan, tratando de concentrarse en todo lo que sucedía a su alrededor, atenta a cualquier cosa que Richardson pudiera considerar que lo ponía "en peligro".

El agente Richardson se inclinó hacia delante para admirar el medallón como si no tuviera absolutamente nada en la cabeza más que charlar con los amigos de Sloan.

-Es hermoso -dijo.

-El mes pasado -le confió Mary Beth, quebrando su récord personal de larga conversación con un desconocido-, Pete me regaló un reloj de oro como recuerdo del mes anterior al casamiento.

-Es evidente que está loco por ti -comentó el agente Richardson.

-Está obsesionado -lo corrigió Jess con una sonrisita irónica, pero Sloan casi no lo oyó. Su atención se había fijado en una amenaza inesperada e inmediata a la farsa del agente

Richardson. Sara venía por la playa derecho hacia ellos con el hombre con el que estaba saliendo, y Sara jamás olvidaba la cara de un hombre buen mozo. Antes, Sara había dicho que no pensaba quedarse mucho en la fiesta de Pete, y sin embargo allí estaba. El agente Richardson pareció notar la distracción de Sloan y siguió su mirada.

-Ahí viene mi amiga Sara -le advirtió Sloan, como pudo. -Con su hombre de esta semana -dijo Jess, sarcástico, y bebió otro trago de cerveza-. Éste conduce un BMW de ochenta mil dólares. Azul. Su nombre es Jonathan.

En ese momento, Sloan tenía problemas mayores que las peleítas tontas de sus dos mejores amigos. Apenas la pareja estuvo cerca de su grupo, avanzó hacia ellos.

-¡Hola, Sara! -dijo, hablando rápido, esperando zafar del desastre en potencia-. Hola, Jonathan -agregó-. Yo soy Sloan, y él es mi amigo Paul Richardson, de Fort Lauderdale. -Mientras los dos hombres se estrechaban la mano, Sloan intentaba sin éxito distraer la atención de Sara de su escrutinio del agente del FBI. -¿Oíste los cohetes de hace un rato? Todo el mundo pensó que eran disparos.

-No -dijo Sara, estudiando el rostro de Paul Richardson, hasta que su expresión pasó de la curiosidad al descubrimiento-. Ya sé quién eres. ¡Ayer estabas en el parque!

-Sí, exacto.

-Te vi. Es más, lo comenté con Sloan...

Ante esta información contradictoria, Jess Jessup bajó la lata de cerveza y miró serio a Paul. Sloan se lanzó a cubrir el agujero.

-Lamentablemente, cuando me señalaste a Paul, él estaba de espaldas -dijo, con una risita-. Me estaba buscando en el parque, pero nos desencontramos y no pudimos juntarnos hasta más tarde.

Sara se quedó mirándola.

-¿Quiere decir que tú sabías que él iba a venir?

-Claro que no -dijo Sloan, improvisando como loca-. Cuando invité a Paul a venir me dijo que no pensaba que le fuera posible, y yo di por sentado que no vendría. Pero a último momento se dio cuenta de que podía escaparse parte del fin de semana y quiso darme la sorpresa.

El interés de Sara pasó de la extraña lógica del incipiente romance de Sloan a las perspectivas financieras del novio potencial de Sloan.

-¿Escaparse de qué? -preguntó.

Para alivio de Sloan, el agente del FBI por fin decidió ayudarla a salir del aprieto increíble en que se encontraba e inventó él una explicación.

-Estoy en el negocio de seguros -dijo, cortés.

-¡En serio! -dijo Sara con un entusiasmo que Sloan sabía que no sentía. Sara quería un esposo con dinero para sí misma y estaba decidida a que Sloan tuviera también el suyo. -El campo de los seguros es muy interesante. ¿Te ocupas de seguros comerciales, residenciales o personales?

-Tomamos casi todo tipo de pólizas. ¿Estás interesada en aumentar tu seguro? -preguntó rápido, dando a entender que, fácilmente, podía embarcarse en una venta.

Fue una táctica disuasiva magistral, porque absolutamente nadie quería estar en una fiesta con alguien que quisiera venderle seguros, y era obvio que él lo sabía. En otras circunstancias, la táctica habría impresionado y divertido a Sloan.

-No, la verdad, no -dijo Sara, en pánico ante la perspectiva de que él comenzara a tratar de convencerla de cualquier modo.

Para enorme alivio de Sloan, él decidió sacarlos a los dos de tanto sufrimiento.

-Sloan ha estado tan ocupada este fin de semana que casi no tuvimos tiempo de estar juntos, y me voy mañana -le dijo al pequeño grupo, y en seguida la miró como si los dos fueran al menos íntimos amigos-. ¿Qué te parece si me das un café antes de que me vaya al hotel, Sloan?

-Excelente idea -logró decir Sloan y, con un rápido gesto de adiós a sus amigos, se volvió y se fue con él.

Sara se quedó mirándolos un largo rato y luego se dirigió a su compañero.

-Jonathan, dejé el suéter por algún lado. Creo que está sobre la manta de Jim. ¿No me lo traerías?

Jonathan asintió y se fue.

Jess miró al otro hombre con una mueca cínica en los labios y bebió otro trago de cerveza.

-Dime una cosa, Sara -dijo, sarcástico-, ¿por qué todos los hombres con los que sales tienen nombres de pila de tres sílabas?

-¿Por qué todas las mujeres con las que tú sales tienen coeficientes de inteligencia de dos dígitos? -replicó Sara, pero a su estocada verbal le faltaba fuerza, porque estaba preocupada por Sloan y Paul Richardson. De pie junto a Jess, miraba a la pareja que se alejaba caminando por la arena hacia la calle. -Es muy atractivo -dijo, pensando en voz alta.

Jess se encogió de hombros. -A mí no me parece gran cosa.

-Eso es porque no se asemeja a una bailarina de striptease.

-No me inspira confianza -afirmó Jess, ignorando el comentario de la otra.

-Ni siquiera lo conoces. -Sloan tampoco.

-Sí, lo conoce, de lo contrario no lo habría invitado a venir aquí -arguyó Sara, leal, pero en realidad estaba asombrada de que Sloan no le hubiera dicho nada.

-Me sorprende que no hayas salido corriendo a tu oficina a pedir un informe Dun and Bradstreet sobre él -dijo Jess, sarcástico.

-Voy a esperar a mañana a la mañana -respondió Sara, negándose a darle la satisfacción de saber que podía ponerla furiosa.

-Eres una mercenaria.

Nunca antes, en su larga historia de rivalidad, Jess Jessup había cruzado jamás la línea del sarcasmo para pasar al ataque y el insulto personal. Sara sintió que las lágrimas le ardían en los ojos, lo cual la puso todavía peor.

-Te es muy difícil soportar un rechazo, ¿no es verdad? .-disparó.

-No se puede rechazar algo que jamás se ha ofrecido. Y, ya que estamos siendo sinceros -continuó, sin piedad-, ¿podrías explicarme qué hace Sloan Reynolds con una persona hueca, mercenaria y coqueta como tú de mejor amiga?

Sara sintió como si le hubiera dado una trompada en el estómago Nunca en su vida se había visto enfrentada a un desprecio tan virulento de parte de ningún ser humano, salvo su madre, y los recuerdos de su infancia la inundaron y la paralizaron. El esperaba el contraataque de ella, pero ella no podía ni responder. Por alguna razón que ya no estaba clara, ella y Jess se habían tenido antipatía desde el principio, pero ella no se había dado cuenta, no se había imaginado, que él de veras la despreciaba. Lo miró, con los ojos brillantes de las lágrimas contenidas, bajó la mirada y tragó saliva, tratando de poder articular las palabras.

-Perdóname.

-¿Que te perdone? -repitió él-. ¿Por qué?

-Por todas las cosas que debo de haberte hecho para que me desprecies así.

Llegó Jonathan con el suéter, se lo puso a Sara sobre los hombros y se fueron.

-Quisiera irme a casa -le dijo ella a su compañero-. Estoy un poquito cansada.

Jess la observó irse.

-Mierda -dijo, con rabia, aplastó la lata de cerveza en la mano y la arrojó en un recipiente de basura.

Capítulo 9

Sloan saludó con un movimiento de cabeza a un vecino que había sacado a pasear al perro en la playa, y le sonrió a otra pareja que hablaba con unos amigos en el jardín pero, apenas entró en la sala de su casa, interrumpió la charada.

-¿Por qué estoy bajo vigilancia del FBI? -quiso saber. -¿Qué tal si tomamos un café mientras te lo explico? -Sí, por supuesto -respondió Sloan, luego de una pausa de sorpresa, y lo llevó a la cocina.

Si este hombre estaba dispuesto a quedarse lo suficiente como para tomar un café, entonces iba a ofrecerle una explicación genuina y no la mentira para zafar que ella temía. Fue a la pileta y llenó la cafetera con agua. Mientras colocaba el café en el recipiente, lo miró por encima del hombro, y lo observó cuando se quitaba la chaqueta de algodón y la dejaba en el respaldo de la silla. Tendría unos cuarenta años, era alto, atlético, de cabellos oscuros y cortos, ojos oscuros y mandíbula cuadrada. Vestido con una polera blanca, pantalones náuticos azules y zapatos de loneta podría, fácilmente, pasar por un hombre de negocios atractivo, prolijo, vestido informalmente, a no ser porque también tenía una sobaquera de cuero castaño de la que asomaba una semiautomática Sig-Sauer 9 milímetros. Como él parecía un poco más tranquilo, Sloan mantuvo un tono muy cortés e incluso le dirigió una sonrisita de aliento, instándolo a comenzar.

-Te escucho.

-Hace dos semanas descubrimos que tu padre iba a poverse en contacto contigo -dijo él, tomando una silla y sentándose a la mesa de la cocina-. Sabemos que planeaba llamarte hoy. ¿Qué te dijo?

Sloan enchufó la cafetera, se volvió y se apoyó sobre la mesa de plástico laminado.

-¿Eso no lo sabes?

-No estamos jugando, detective.

La respuesta cortante y autoritaria de él le molestó a Sloan, pero ella tenía la sensación de que si no perdía los estribos y jugaba bien sus cartas, él iba a contarle todo lo que ella quería saber.

-Me dijo que había sufrido un ataque cardíaco y que quería que yo fuera a Palm Beach unas semanas.

-¿Y tú qué le dijiste?

-Yo ni siquiera conozco a ese hombre. Nunca lo vi. Le dije que no. Categóricamente que no.

Paul Richardson ya lo sabía. Estaba interesado sólo en la actitud de ella y en sus reacciones espontáneas y sinceras a sus preguntas.

-¿Por qué te negaste? -Acabo de decírtelo.

-Pero él te explicó que había sufrido un ataque cardíaco y que quiere conocerte antes de que sea demasiado tarde. -Hace treinta años que es tarde.

-¿No estás siendo demasiado impulsiva? -arguyó él-. Podría haber mucho dinero para ti... Una herencia.

La idea de él de que el dinero de Carter Reynolds debería, o podría, influir en su decisión, llenó a Sloan de desprecio.

-¿Impulsiva? -repitió-. No creo que se pueda decir que soy impulsiva. Cuando yo tenía ocho años, mi madre se quedó sin trabajo y terminamos viviendo a salchichas y emparedados de manteca de maní durante semanas. Mi madre quería llamarlo y pedirle dinero, pero yo busqué en un texto de la escuela la manteca de maní y le demostré a mi madre que era una de las comidas más nutritivas de la Tierra, entonces la convencí de que me gustaba mucho más la manteca de maní que el chocolate. Cuando yo tenía doce años, tuve neumonía, y mi madre tenía miedo de que me muriese si no me llevaba al hospital, pero no teníamos seguro médico. Mi madre me dijo que iba a llamarlo Y pedirle que avalara los honorarios del hospital, pero no tuve que ir al hospital. ¿Y sabes por qué no tuve que ir al hospital, agente Richardson?

-¿Por qué? -preguntó Paul, conmovido sin querer por el orgullo furibundo, por la impresionante dignidad que emanaba de ella.

-Porque me mejoré esa misma noche. ¿Y sabes por qué tuve esa recuperación milagrosa?

-No, ¿por qué?

-Tuve esa recuperación milagrosa porque me negué a hacer cualquier cosa que nunca, nunca pudiera obligarnos a aceptar un centavo de ese desgraciado.

-Entiendo.

-Entonces, tal vez entiendas también por qué no quiero tocar su dinero cuando no estoy ni enferma ni hambrienta. En realidad, en estos momentos, lo único que puedo rechazar más rápidamente que su dinero es su invitación a pasar un tiempo con él en Palm Beach para que se le tranquilice la conciencia. Se volvió hacia la mesada y tomó dos jarros de café del armario.

-¿Qué haría falta para que cambies de idea y lo visites?

-Un milagro.

Paul permaneció en silencio, esperando a que la curiosidad de ella aflorara apenas disminuyera la animosidad. Pensó que le llevaría varios minutos hacer la transición emocional, pero en eso también la había subestimado.

-¿Te mandó Carter Reynolds para hacerme cambiar de idea? -preguntó-. ¿Estás aquí oficialmente por el FBI o es posible que estés haciendo horas extras para él durante tus vacaciones?

La sugerencia era totalmente improcedente, pero le reveló a Paul que ella tenía una imaginación inteligente y la habilidad de hacer sola saltos cuánticos en lógica. Por desgracia, a él ninguna de estas dos habilidades le eran ventajosas en el papel específico que tenía para ella.

-El FBi está interesado en algunas de las actividades comerciales de Reynolds y en algunos de sus socios -respondió él, ignorando la acusación-. Hace poco descubrimos información que indica que está involucrado en ciertas actividades ilegales, pero no tenemos todavía evidencia suficiente para probar que está envuelto directamente o incluso a sabiendas.

A pesar de la genuina indiferencia de ella hacia Reynolds, Paul notó que Sloan se quedó muy quieta al darse cuenta de que, probablemente, su padre fuera un delincuente. En lugar de sentir alguna especie de gratificación por la noticia, como él había esperado y deseado, era evidente que ella no quería creer semejante cosa de su padre. Se sobrepuso a los pocos minutos, sin embargo, y le dirigió una rápida sonrisa de disculpas, luego sirvió el café en los jarritos y llevó la bandeja a la mesa.

-¿En qué clase de actividades crees que está involucrado?

-No puedo decirlo.

-No entiendo qué tiene todo esto que ver conmigo -dijo ella mientras se sentaba frente a él-. No creerán que yo estoy involucrada en lo que sea que él esté haciendo -agregó con tal sinceridad en la voz que Paul sonrió a su pesar.

-No lo creemos. Tú no nos interesabas hasta hace unas semanas. Tenemos un informante cercano a él en San Francisco que nos avisó de ti y de su intención de ponerse en contacto contigo. Lamentablemente, desde ayer el informante ya no está disponible.

-¿Por qué? -Murió.

-¿Por causas naturales? -insistió Sloan, volviendo sin querer a la profesión de detective para la cual la habían entrenado.

La vacilación casi imperceptible de Richardson le dio la respuesta antes de que él hablara.

-No.

Mientras Sloan trataba de recuperarse de eso, Richardson continuó.

-Lo tenemos bajo vigilancia, pero no hemos podido reunir suficiente evidencia para convencer a un juez de que autorice micrófonos. Reynolds tiene unas oficinas impresionantes en San Francisco, pero los negocios que nos interesan los realiza en otro lado, posiblemente en su casa. Es cauteloso e inteligente. Se está yendo a Palm Beach y nos gustaría tener a alguien cerca de él mientras esté allí.

-Yo -dijo Sloan, con un vuelco del corazón.

-No, tú no. Yo. Mañana, quiero que cambies súbitamente de idea y llames a Reynolds. Le dirás que has decidido que aceptas la oportunidad que te ofrece de conocerlo, y que irás a Palm Beach.

-¿Y eso de qué te sirve?

Él le dirigió una mirada inocente que no era para nada inocente.

-Obviamente, querrás llevar a un amigo para no sentirte sola e incómoda en un entorno tan nuevo, alguien con quien puedas pasar el tiempo que no pases con tu padre: recién reencontrado.

Alelada ante lo que él le sugería, Sloan se reclinó contra el respaldo de la silla y se quedó mirándolo.

-¿Ese amigo serías tú? -Por supuesto.

-Por supuesto -repitió ella, atónita.

-Si Reynolds se niega a que vayas con un amigo, dile que habíamos planeado pasar juntos dos semanas de vacaciones y que no cambiarás tus planes para las vacaciones a menos

que yo pueda ir contigo. Aceptará. Tiene una casa de treinta habitaciones en Palm Beach, de manera que no le molestará un huésped extra. Además, no está en situación de imponerte limitaciones en este preciso momento.

Un agotamiento profundo se apoderó de Sloan.

-Tendré que pensarlo.

-Puedes contestarme mañana -le dijo él, miró el reloj, tomó unos tragos del café hirviente, se puso de pie y tomó el saco-. Tengo que volver al hotel a hacer una llamada. Volveré mañana a la mañana. Tú tienes franco, de manera que tendremos tiempo de inventar una historia que satisfaga a todo el mundo aquí .y a todo el mundo en Palm Beach. No podrás decirle la verdad a nadie, Sloan. Eso incluye, específicamente, a Sara Gibbon, Roy Ingersoll y Jessup.

A Sloan le resultó bastante extraño e inquietante el hecho de que el "específicamente" incluyera a esas personas, pero cuando él agregó: "Eso incluye a tu madre", se sintió un poco mejor.

-De más está decirte que es imprescindible una absoluta discreción -siguió diciendo él mientras cruzaban la sala-. No consideres confiable a nadie, ni aquí ni cuando lleguemos a Palm Beach. Es más peligroso de lo que puedes suponer.

-Todavía no acepté ir contigo a Palm Beach -le recordó Sloan con mucha firmeza cuando llegaron a la puerta-. Además, no es buena idea que nos veamos aquí mañana. Sara no me dejará en paz haciéndome preguntas sobre ti y mi mamá tratará de convencerme de que vaya a Palm Beach, aunque le dejé un mensaje en el contestador de que estoy absolutamente decidida a no ir. Es probable que las dos se aparezcan por aquí a primera hora de la mañana.

-En ese caso, ¿dónde podemos encontrarnos?

-¿Qué te parece el mismo lugar de hoy? ¿Las dunas?

En lugar de responder, Paul se puso el saco, se encogió de hombros y examinó a la mujer que esperaba su respuesta. En la última hora, esta mujer había manejado con calma y eficiencia a un hombre a quien había considerado un atacante armado y, con apenas minutos para el cambio, se había adaptado a la necesidad de hacer pasar a su atacante por un amigo. Hacía pocos minutos, la había visto adaptarse al hecho de que su famoso padre podría en realidad ser un delincuente. A pesar de su aspecto delicado y su estructura frágil, era físicamente apta y mentalmente ágil. Incluso así, se notaba que el día había surtido su efecto sobre ella. Se la veía tensa y exhausta, y él sintió una desusada punzada de culpa por haber estrujado su vitalidad y su calidez. Hizo un esfuerzo por ponerla de mejor humor.

-Cuando me veas en las dunas, ¿podrías ser un poquito más gentil conmigo? -preguntó, seco.

-¿Vas a volver a atacarme? -replicó ella, con una sonrisa.

-Yo no te ataqué, me tropecé.

-Mi versión me gusta más -le informó ella, con garbo, y Paul rió a pesar de sus preocupaciones.

Pero, mientras cruzaba el jardín de la casa, su alegría dejó paso a la preocupación por los problemas que ella le causaría en Palm Beach. En principio, él había rechazado la idea de utilizarla en un plan clandestino tan complejo. Había visto demasiados policías de ciudades pequeñas, ineptos, sin experiencia y corruptas y, en consecuencia, sentía una desconfianza instintiva hacia ellos, y el hecho de que esta mujer policía de ciudad pequeña en especial hubiera resultado una idealista notablemente inteligente y ostentosamente honesta que parecía la dirigente de un grupo de estudiantes secundarios tampoco lo tranquilizaba demasiado.

No le preocupaba en lo más mínimo que ella se negara a ir a Palm Beach con él. Basado en todo lo que había leído sobre Sloan Reynolds en su legajo del FBi además de sus observaciones personales, estaba seguro de que iría. La misma necia integridad que la había llevado a elegir manteca de maní a los ocho años en lugar de buscar a su padre para pedirle dinero la obligara ahora a tragarse el orgullo, revertir la posición moral estricta de toda una vida e ir con él a Palm Beach.

Capítulo 10

A pesar de su nombre, el Ocean View Motel no ofrecía, en realidad, ninguna vista al mar, excepto por las gaviotas que anidaban en su techo, pero sí tenía piscina, un salón abierto hasta las dos de la mañana y televisión por cable. Todo estaba en uso a la una de la mañana, cuando Paul frenó frente a la entrada principal.

El televisor del salón estaba sintonizado en CNN pero la máquina tragamonedas del vestíbulo, donde había media docena de personas bebiendo en el bar e ignorando la pista de baile, ahogaba el sonido. Salió por una puerta trasera y caminó alrededor de la piscina, donde algunos adolescentes jugaban voleibol acuático y mantenían un permanente diálogo de obscenidades machistas.

El teléfono sonaba en su habitación cuando entró en ella. Por costumbre, no por necesidad, lo dejó sonar mientras cerraba la puerta con doble vuelta de llave, la revisaba, y corría las cortinas. Luego se acercó a la cama y atendió el teléfono. La voz del celular pertenecía a un agente al cual Paul conocía desde hacía años, uno que hacía dos días que estaba en Bell Harbor ayudando a Paul a vigilar a Sloan Reynolds.

-¿Y? -preguntó el otro agente, ansioso-. Te vi con ella en una fiesta en la playa. ¿Va a cooperar?

-Va a cooperar -dijo Paul.

Se apoyó el auricular en el hombro, se inclinó hacia adelante y puso el aire acondicionado al máximo, y el olor a aire frío y húmedo le golpeó en la cara.

-Pensé que no ibas a establecer contacto con ella hasta mañana a la mañana.

Cambié de idea. -¿Por qué?

-Pudo haber sido porque ella se me acercó por atrás y me dio una patada en el trasero. No, creo que fue después, cuando me apuntó con una Glock nueve milímetros.

Su amigo sofocó una risita.

-¿Eso hizo? ¡Mentira!

-No, es cierto, y si albergas alguna esperanza de que siga siendo tu amigo, no vuelvas a mencionarlo. -A pesar de la sequedad del tono, Paul no pudo evitar sonreír pensando en las notables indignidades a que lo había sometido esa noche una mujer policía ingenua, sin experiencia y de menos de cuarenta y cinco kilos de peso.

-Oí tres disparos esta noche. Con todas las medallas que ganó por su puntería, me llama la atención que no te hubiera pegado ni uno.

-No me disparó a mí. Había atrapado lo que ella creía que era un asaltante armado en una playa llena de gente, y sabía que sus compañeros estaban a menos de trescientos metros de distancia. En lugar de arriesgarse a desarmarme sola, lo que en última instancia habría puesto en peligro la seguridad de inocentes, disparó al aire, pidiendo ayuda. Fue una buena decisión de su parte. Prudente, expeditiva e imaginativa.

Hizo una pausa para ponerse un almohadón en el auricular y se tendió en la cama antes de continuar.

-Para cuando llegaron sus amigos, algunos minutos después, había descubierto quién soy, había entendido lo que tengo que hacer, había asumido el papel que debía asumir y todo con éxito. Digamos -dijo, para terminar -que dio muestras de una habilidad y una adaptabilidad notables.

-Entonces parece la persona perfecta para tu trabajo. Paul echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y luchó contra sus más íntimos temores.

-Yo no iría tan lejos.

-¿Te sigue preocupando que, cuando esté en el palacio de Palm Beach de Reynolds, rodeada por toda esa riqueza y sus amigos millonarios, se tiente y se cruce de vereda?

-Después de hablar esta noche con ella, diría que eso es altamente improbable.

-Entonces, ¿cuál es el problema? Acabas de admitir que es inteligente, que se adapta fácilmente a las situaciones cambiantes, y que tiene mejor puntería que tú. -Como su amigo no mordió el anzuelo, agregó, jovial: -No creo que haya que reprocharle el que tenga, además, unas piernas preciosas y un hermoso rostro. -En el silencio revelador que siguió a esas palabras, el humor se le fue de la voz. -Paul, hemos verificado que no es corrupta, tú no crees que sea fácil de corromper, y ahora averiguaste que es inteligente. ¿Qué mierda te preocupa, entonces?

-Lo que me preocupa es que es una chica exploradora. Es muy obvio que se hizo policía porque quiere ayudar a las personas. Rescata cometas de los árboles y busca perros perdidos en la calle, después, se queda de guardia para poder consolar a una vieja hispánica a la que se le está quemando la casa. Cuando de pequeña pudo elegir entre vivir a manteca de maní o pedirle dinero a su padre, eligió la manteca de maní. Es una idealista pura, y eso es lo que me preocupa.

-¿Cómo dices?

-¿Tú sabes lo que es un idealista?

-Sí, pero me gustaría oír tu definición, porque hasta hace diez segundos yo creía que el idealismo era una virtud y difícil de encontrar.

-Tal vez lo sea, pero para mí no es una ventaja en una situación como ésta. Los idealistas tienen la maldita costumbre de decidir por sí mismos lo que está bien y lo que está mal, escuchan sus propias voces y luego actúan en consecuencia. A menos que el idealismo haya sido domesticado, no responde a autoridad alguna que no sea la propia. Los idealistas son cañones sueltos en cualquier situación pero en una operación sensible como ésta, una ingenua idealista como Sloan Reynolds puede convertirse en una ojiva nuclear.

-A partir de tu esclarecedora incursión en la filosofía entiendo que tienes miedo de que no permita que le digas lo que tiene que pensar.

-Exacto.

Sara le dio las buenas noches a Jonathan apenas llegaron a la puerta de la casa de ella. Después se dio una ducha caliente, tratando de que el vapor se llevara consigo la frialdad de los comentarios de Jess. De alguna manera, el combate verbal había comenzado entre ellos en seguida de haberse conocido, y ella se había acostumbrado a defenderse con contraataques periódicos. Pero esa noche él había ido demasiado lejos. Había estado grosero. Peor, había habido un elemento de verdad en sus palabras, lo que la lastimaba aún más.

Se estaba secando el pelo con una toalla cuando sonó el timbre de calle. Intrigada y con cuidado, se envolvió en una bata larga, fue a la sala y miró por entre las cortinas antes de acercarse a la puerta. Un patrullero de la policía de Bell Harbor estaba estacionado frente a su casa. Pete habría decidido continuar allí la fiesta, pensó, con una sonrisa de cansancio, y los otros llegarían pronto.

Abrió la puerta del frente y la sonrisa se le borró como por arte de magia. Jess Jessup estaba de pie en el porche, con los cabellos oscuros revueltos como si hubiera estado mesándoselos o, lo más probable, como si una mujer entusiasmada se los hubiera revuelto en la playa después de la ida de Sara. A juzgar por la expresión adusta de la cara de Jess, las atenciones de la dama no habían resultado satisfactorias. Poniendo en la voz todo el hielo que pudo, Sara dijo, despectiva:

-Si no estás aquí por motivos oficiales, vete y no vuelvas. Por Sloan, seré amable contigo si ella está cerca pero, si ella no está, ¡manténte lejos de mí!

Quería decir más, y cosas peores, pero en seguida le vinieron ganas de llorar, lo que la hizo sentir estúpida y la enfureció muchísimo. Él tenía el entrecejo fruncido mientras ella terminaba su discurso.

-Vine a pedirte perdón por las cosas que te dije esta noche -dijo, pero parecía enojado, no arrepentido.

-Bien dijo Sara, con frialdad-. Ya lo hiciste. No me hace cambiar de idea. -Fue a cerrar la puerta, pero él se lo impidió con el pie.

-¿Qué pasa ahora? -preguntó ella.

-Acabo de darme cuenta de que no vine a pedirte perdón. -Antes de que ella pudiera reaccionar, la tomó de los hombros y la atrajo hacia sí.

-Sácame las manos de encima... -exclamó ella, pero entonces la boca de él bajó y atrapó la de ella en un beso fuerte que era fácil de resistir, hasta que se suavizó.

La impresión y la rabia y una espantosa sensación de placer le aceleraron el pulso a Sara, pero permaneció absolutamente inmóvil, negándose a darle la satisfacción de verla luchar o de cooperar. Apenas la soltó, Sara dio un paso atrás, buscando el picaporte de la puerta con la mano derecha. -¿Esas muñequitas con las que sales se excitan con la brutalidad? -preguntó y, sin darle tiempo a responder, le dio un empujón tal a la puerta que ésta se le cerró en las narices a Jess.

Paralizada, Sara se quedó inmóvil donde estaba hasta que oyó el ruido del auto que se iba, entonces se volvió despacio y se apoyó, floja, contra la puerta. Con los ojos secos, miró los

accesorios cuidadosamente escogidos que había comprado para su sala: un hermoso florero de porcelana, un escabel antiguo una mesita Luis XIV Eran todos objetos atesorados, de muy buena calidad, hermosos símbolos de la hermosa vida que ella había planeado para sí misma y para los hijos que tendría algún día.

Capítulo 11

Oscurecía cuando Carter Reynolds colgó el teléfono en la oficina de su casa, giró en su silla y miró la gran ventana circular que tenía a sus espaldas. El horizonte de San Francisco se extendía ante él, envuelto en niebla: misterioso, excitante. En dos semanas, tendría que cambiar esto por los monótonos cielos azules de Palm Beach en marzo, un peregrinaje que su

familia había hecho durante generaciones, una tradición que su abuela no le permitiría pasar por alto.

En los últimos años, había llegado a considerar los viajes bianuales a Palm Beach más y más irritantes, intrusiones inevitables en su vida, pero después de esta última llamada telefónica, el viaje se colmó de pronto de posibilidades que podían cambiarle la vida. Durante casi una hora permaneció donde estaba, contemplando una compleja variedad de panoramas, luego volvió a girar en la silla y apretó un botón que activaba el intercomunicador de la casa.

-¿Dónde está la señora Reynolds? -le preguntó al criado que respondió.

-Creo que está en su habitación, descansando antes de la cena, señor.

-¿Y mi hija?

-Creo que está con la señora Reynolds, leyéndole, señor. Satisfecho de que las mujeres estuvieran juntas, se puso de pie y se dirigió al tercer piso, donde, hacía cuarenta años, el arquitecto de su padre había decidido que se debían ubicar los aposentos de la familia. Ignorando el ascensor, subió por la amplia escalera con su ornamentada baranda de hierro forjado negro, luego tomó hacia la derecha, recorrió un corredor con madera en la pared desde donde los retratos de sus ancestros lo miraban ceñudos en sus marcos pesados Y ricamente trabajados.

-Me alegra que estén juntas -dijo cuando Paris respondió a su golpecito y le abrió.

La habitación le causaba un poco de claustrofobia con sus cortinas de brocado violeta perpetuamente corridas sobre las ventanas, para evitar que entrara la luz y el aroma empalagoso a lavanda que se olía en el aire. Tratando de no dejarse deprimir, pasó el brazo por los hombros de Paris y le sonrió a su abuela, que estaba sentada en una silla barroca junto al hogar. Con los cabellos blancos en un rodete y el cuello alto adornado con un inmenso broche de filigrana y rubíes, Edith Reynolds parecía una adinerada madre de Whistler, sólo que la espalda de ella era aún más rígida.

-¿Qué ocurre, Carter? -preguntó su abuela con su voz imperiosa-. Apresúrate, por favor. Paris me estaba leyendo, y estábamos en una parte muy interesante de la historia.

-Tengo excelentes noticias para las dos -dijo, esperando cortés a que Paris se sentara-. Acaba de llamar Sloan -les dijo-. Cambió de idea. Ha decidido acompañarnos a Palm Beach y quedarse dos semanas con nosotros.

La abuela se reclinó en la silla y Paris se levantó de la suya de un salto. Las expresiones de ambas eran tan opuestas como sus reacciones físicas ante la noticia.

-Has actuado bien -le dijo su abuela con la inclinación de cabeza de una reina y una leve mueca de los labios que era lo más cercano en ella a una sonrisa.

Su hija, de cabellos castaños, lo miraba como una pura sangre tensa a punto de saltar un cerco.

-¡No... No puedes simplemente entrar y darme semejante noticia a último momento! Pensé que no iba a venir. No es justo. Yo no tendría que pasar por esto. ¡No quiero ir a Palm Beach!

-Paris, no seas ridícula. Claro que irás a Palm Beach. -dijo y se volvió hacia la puerta. Había pronunciado las últimas palabras con cortesía pero al mismo tiempo con la fuerza serena de un edicto. -Y cuando estemos allí -agregó, volviéndose para mirarla-, deseo que pases todo el tiempo posible con Noah. No puedes esperar casarte con un hombre cuando lo evitas cada vez que puedes.

-¡Yo no he estado evitándolo! ¡Él está en Europa! -Estará en Palm Beach. Puedes compensar el tiempo perdido cuando estés allí.

Courtney Maitland se sentó en el brazo de un sillón de cuero frente al escritorio de su hermano, observándolo cargar carpetas en dos maletines.

Librodot

-Acabas de regresar de Europa y ya te vas otra vez -se quejó-. Pasas más tiempo afuera que en casa.

Noah miró a su medio hermana, de quince años, que estaba vestida con una falda elástica apretadísima, negra y brillante, que apenas le cubría la parte de arriba de los muslos y un corsé de un rosado furioso que apenas le cubría los pechos. Parecía una adolescente bonita, caprichosa, consentida, con una espantosa preferencia por la ropa chillona, todo lo, cual era, en su opinión, cierto.

-¿Dónde diablos te compras la ropa tú? -preguntó. -Resulta que estoy vestida al último grito de la moda... De mi moda -le informó ella.

-Pareces una prostituta. Courtney no le hizo caso.

-¿Y cuánto tiempo vas a estar afuera esta vez? -Seis semanas.

-¿Negocios o placer? -Un poco de ambas cosas.

-Así describiste aquel viaje a Paraguay al que me llevaste -dijo, con un elocuente estremecimiento-. Llovió todo el tiempo y tus amigos de "negocios" iban todos armados con ametralladoras.

-No es cierto. Eran sus guardaespaldas los que llevaban ametralladoras.

-Tus amigos de negocios también tenían armas. Revólveres. Yo los vi.

-Tuviste alucinaciones.

-Sí, claro, tú tienes razón y yo estoy equivocada. Fue en Perú donde tus "socios" tenían revólveres que les asomaban de los sacos, no en Paraguay.

-Ahora me acuerdo de por qué dejé de llevarte a mis viajes de negocios. Eres insoportable.

-Soy observadora.

Se cayó un papel del escritorio, al suelo, y Courtney lo recogió Y se lo alcanzó.

-Pero al final el resultado es el mismo -dijo él. Tomó el papel, lo miró y lo agregó a los demás que había dentro del maletín. -Sin embargo, resulta que este viaje es a Palm Beach, no a Paraguay ni a Perú. Palm Beach, ¿te suena? Tenemos una casa allí, ¿recuerdas? Vamos todos los años para tus vacaciones de invierno. Y ahora allí está tu padre. Y tú y yo iremos mañana.

-Este año yo no voy a ir. Papá se va a pasar todo el tiempo en el campo de golf. Tú te lo pasas todo el día detrás de puertas cerradas en reuniones o en conferencias telefónicas y, cuando no estás haciendo eso, estás a bordo del Apparition, con tus reuniones y tus llamadas telefónicas.

-Me pintas como lo más aburrido del mundo.

-Eres aburrido... -Él levantó los ojos ,y la miró, y el cambio casi imperceptible en su expresión hizo que Courtney se corrigiera. -Quiero decir que llevas una vida aburrida. Mucho trabajo y poca diversión.

-Un vívido contraste con tu vida. Con razón no ves ningún mérito en la mía.

-¿Qué afortunada señorita será el fugaz objeto de tu atención sexual cuando estés en Palm Beach?

-Estás pidiendo a gritos que te dé una paliza.

-Estoy grande para que me des una paliza. Además, no eres ni mi padre ni mi madre.

-Eso reafirma mi fe en Dios. Ella decidió cambiar de tema.

-Vi a Paris en Saks de la Quinta Avenida ayer. Ellos también se van a Palm Beach. ¿Sabes, Noah? Si no te cuidas, cualquier día de éstos te vas a despertar y vas a estar casado con Paris.

Él metió una lapicera fuente y un lápiz de oro en uno de los maletines y lo cerró: luego hizo girar la combinación de la cerradura.

-Sería el matrimonio más breve registrado jamás. -¿No te gusta Paris?

-Sí.

-¿Entonces por qué no te casas con ella?

-Para empezar, porque es demasiado joven para mí. -Tienes razón. Tú tienes cuarenta, y eso ya es cuenta descendente.

-¿Estás tratando de ser antipática?

-No tengo que intentarlo, me sale naturalmente. Si Paris también estuviera en la cuenta descendente, ¿te casarías con ella?

-No.

-¿Por qué no?

-Ocúpate de tus asuntos.

-Tú eres uno de mis asuntos -dijo, con dulzura-. Eres lo más cercano a un hermano que tengo.

Era un esfuerzo deliberado para suavizarlo y manipularlo, y Noah lo sabía. Además, no dejaba de surtir efecto, de manera que no dijo nada y decidió ahorrar saliva para la batalla que tendría que pelear con ella en Palm Beach. El padre de Courtney estaba pensando en quedarse a vivir en Palm Beach e inscribir a Courtney en el colegio allí, pero Noah no tenía intenciones de verse mezclado en esa guerra.

-¿No quieres casarte con nadie?

-No.

-¿Por qué no?

-Porque ya lo hice y no me gustó.

-Jordana te puso absolutamente en contra del matrimonio, ¿no? Paris dice que Jordana te indispuso contra todas las mujeres.

El levantó la mirada de las carpetas que estaba revisando, con un ceño de impaciencia en la frente.

-¿Piensa eso?

-Paris no sabe de todas las mujeres que te llevas en el yate, ni de las que salen sigilosamente de las habitaciones en los hoteles y que yo he visto en las contadas ocasiones en que me llevas contigo a algún lugar. Piensa que estás dolorido y que eres noble y casto.

-Bien. Que siga pensándolo.

-Demasiado tarde. Lo siento. Porque yo le conté todo. Toda la terrible y cruda verdad.

Noah había estado escribiendo una nota para su asistente y no dejó de escribir ni perdió la concentración.

-Te llevo a Palm Beach conmigo. -¡De ninguna manera! ¡No puedes!

Él dejó de escribir y le lanzó una de esas miradas relampagueantes que hacían que sus contemporáneos se encogieran. -Cuidado -dijo, con suavidad-. Ahora, empieza a hacer las valijas.

-No lo haré.

-Bien. Te llevaré de todas maneras y vivirás todo el tiempo. con ese espantoso equipo que tienes puesto. Elige. -Estás alardeando.

-Yo no alardeo. Tú tendrías que conocerme mejor que nadie, después de tantos años de confrontaciones.

-Te odio, Noah.

-Me importa un bledo. Ahora haz las valijas y mañana a la mañana espérame abajo.

Ella se bajó del brazo del sillón, con los ojos brillantes de lágrimas. Las lágrimas eran inútiles. Él era inconmovible.

Capítulo 12

Preocupada por su inminente partida hacia Palm Beach, Sloan no vio el patrullero de Jess detrás de ella hasta que estuvieron a kilómetro y medio de su casa y él le hizo luces. Sorprendida por las luces a sus espaldas, miró por el espejo retrovisor y lo vio hacerle un gesto de camaradería con el pulgar levantado.

-Que tengas buenas vacaciones -le dijo él por los altoparlantes.

El auto de Sara estaba estacionado detrás del de Kimberley cuando Sloan entró en su entrada para autos, y Paul Richardson también estaba allí, acomodando equipaje en el baúl de una cupé azul que, probablemente, había alquilado para el viaje. Sloan no lo había visto en las dos semanas siguientes al día en que aceptó ir a Palm Beach, pero habían pasado unas horas juntos el Día del Presidente, .y habían almorzado con su madre. Sloan vio que a él le había sido mucho más fácil la tarea de convencer a Kimberley durante el almuerzo de que estaba románticamente interesado en Sloan, que ahora tratar de meter el equipaje en el auto. Por fin, se rindió, sacó una de sus propias valijas del baúl y abrió la puerta del auto.

-¿Necesitas ayuda? -ofreció ella mientras él intentaba meter su abultada valija detrás del asiento del conductor, sobre el asiento de atrás.

-No, necesito una grúa -dijo él, con una sonrisa irónica. -En cinco minutos estaré lista para irnos -prometió Sloan. Como ella llevaba sólo dos valijas medianas que le había prestado Sara, supuso que o el baúl del auto era muy pequeño o el equipaje del agente Richardson era muy abultado pero, fuera como fuese, no quería hablar de valijas ni de sus contenidos. Apenas su madre y Sara se enteraron de que Sloan iría a Palm Beach, comenzaron a hablar de ropa, y no habían parado, hasta tal punto que Sloan ya no soportaba ni oír hablar del tema.

A ella nunca le había gustado gastar dinero en ropa y, a diferencia de su madre y de su mejor amiga, Sloan no consideraba que este viaje justificara cambiar sus hábitos de consumo ni su "imagen". Claro que ellas no sabían que iba a Palm Beach a espiar a su padre, de manera que ambas tenían unas ilusiones increíbles relacionadas con el viaje y, para frustración y diversión de Sloan, sus sueños parecían girar alrededor de lo que Sloan tuviera puesto cuando se presentara el momento adecuado.

-Carter va a quedar impresionado -predijo Kimberley, feliz, el día en que Sloan le contó que haría el viaje- cuando te vea con ese vestido negro de cóctel que está en la vidriera de Faylene. Voy a comprártelo.

Las esperanzas de Sara con respecto a Sloan eran de otro tenor.

-Ya te imagino en el Palm Beach Polo Club -dijo Sara, soñadora-, con mi vestido tubo de lino rojo, cuando entre el "señor perfecto"... Hermoso, rico, excitante...

-Basta, las dos -las interrumpió Sloan, firme-. Mamá, ni se te ocurra gastar un solo dólar en nada para mí. Si lo haces, devolveré lo que sea sin usarlo. Sara, gracias por el ofrecimiento, pero me niego a vestirme especialmente sólo para impresionar a Carter Reynolds.

-Está bien, pero, ¿y para impresionar al "señor perfecto"? -Será perfecto para ti pero no lo será para mí -señaló Sloan con una sonrisa llena de afecto-. Además, voy con Paul, ¿te acuerdas?

-Sí, pero no estás comprometida con él, de manera que no tiene nada de malo que mantengas tus opciones abiertas, y mi vestido tubo rojo es perfecto. Es "coqueto", sin ser "atrevido".

-Por favor, no empieces... -rogó Sloan, tapándose los oídos en su desesperación por detener a Sara antes de que su amiga se lanzara a una de sus entusiastas conversaciones de moda-. Haré un trato contigo. Acepto mantener mis opciones abiertas si das por cerrado el tema de la ropa.

Se puso de pie para ilustrar su determinación de dar por terminada cualquier conversación sobre el tema y anunció que se iba a dormir. Pero la conversación no terminó allí, continuó día, hora tras hora, en presencia suya y en ausencia suya. Es más, Kimberley y Sara habían estado tan persistentes que, en el momento en que abrazaba a las dos para despedirse, Sloan temía que Sara apareciera con otra bolsa llena de ropa, de sus propias cosas, para que Sloan eligiera. Pero no, ambas le dijeron que lo pasara bien y esperaron en la puerta para saludarla.

Kimberley observó a Paul Richardson rodear el auto para, cortésmente, abrirle la puerta a Sloan.

-Va a estar preciosa con el vestido negro de cóctel -predijo Kim, feliz-. Tiene un hermoso guardarropas nuevo para comenzar una hermosa nueva vida, una vida que incluirá a su padre y a Paul Richardson...

-Y a mi vestido de lino rojo... -agregó Sara, con una risita nerviosa.

El auto comenzó a apartarse de la vereda y las dos mujeres hicieron adiós con la mano, con una expresión de lo más inocente.

-Paul estuvo encantador cuando aceptó mantener ocultas las otras dos valijas -dijo Kimberley.

-Sí, lo estuvo -dijo Sara, pero su sonrisa no era muy convencida-. Me sentiría mucho más tranquila si este romance no pareciera tan súbito. Es decir, me gustaría que Sloan lo conociera mejor.

-A mí no -le dijo Kimberley, radiante, a una asombrada Sara-. Sloan ha sido siempre demasiado seria con la vida y demasiado cautelosa con los hombres. Para decirte la verdad, durante años he deseado que fuera más... Más... ¡impulsiva!

Inclinando la cabeza hacia el auto que se alejaba, Sara le sonrió a la mujer a la cual quería más que a su propia madre. -Creo que tu sueño se ha cumplido, mamá.

Librodot

Capítulo 13

Hacía casi dos horas que estaban en la carretera y Paul le dirigió una mirada preocupada a su silenciosa pasajera. Sloan estaba sentada muy quieta y muy derecha, con los rasgos muy compuestos, pero a cada kilómetro que pasaban él podía casi palpar cómo crecía el temor en ella, cómo aumentaba su tensión, y sintió un dejo de arrepentimiento por lo que se la estaba obligando a hacer.

Para evitar darle cualquier información que pudiera, de alguna manera, hacerla retractarse de hacer el viaje, había hablado con ella sólo una vez desde el Día del Presidente. Durante esa llamada, ella había intentado hacerle varias preguntas sobre su padre y su hermana, pero él insistió en dejarlas para el camino hasta Palm Beach. Ahora estaba dispuesto a responder a sus preguntas, ansioso por facilitarle el camino y reforzar su determinación, pero ella parecía incapaz de hablar o incluso de mirarlo a los ojos cuando él le hablaba.

El intentó pensar en algo, de todo esto, que pudiera resultar alentador para ella. Si ella fuera una muchacha común y corriente que estuviera a punto de conocer a su padre y a su

hermana, tendría por cierto alguna esperanza de una cercanía futura para fortificarla por lo que la esperaba. Pero Sloan no iba a ellos por razones sentimentales, iba tragándose el orgullo, actuando por sentido del deber, e iba a espiarlos.

Las posibilidades de un final feliz para ella eran escasísimas, de modo que Paul inventó uno, en parte para tranquilizar su propia conciencia y en parte para levantarle el ánimo a ella. En este guión de cuento de hadas, Carter Reynolds resultaba inocente de cualquier actividad delictiva, desarrollaba un fuerte compromiso afectivo con Sloan y los dos terminaban queriéndose.

Paul hizo caso omiso de la altísima probabilidad de que esto no sucediera y dijo:

-Sloan, ahora puede no parecerte probable, pero este viaje podría tener un corolario muy positivo para toda tu familia. -Ella dejó de mirar el parabrisas y se volvió a mirarlo a él. Como era el único aliento que podía darle, Paul continuó: -En estos precisos momentos, tu padre es apenas un sospechoso a quien estamos investigando. Tú nos ayudas a acercarnos a él y a los hechos y, una vez terminado el asunto, podemos descubrir que es completamente inocente de cualquier delito que se le impute.

-¿Cuáles piensas que son las posibilidades de que sea así? Paul vaciló. No quería insultar su inteligencia ni retribuir a la confianza de ella mintiéndole burdamente.

-Pocas -dijo, honestamente-. Pero la posibilidad existe. Ahora, consideremos la situación a un nivel más personal: no caben dudas de que no ha sido un buen padre, pero es claro que está arrepentido, de lo contrario no se habría puesto en comunicación contigo. Ninguno de nosotros sabe en realidad nada de lo que sucedió para que el matrimonio de tus padres tuviera el fin que tuvo pero, basados en lo que tú me has contado, la madre de él fue la instigadora de los trámites de divorcio y del arreglo de la custodia. Ella es la que vino desde Florida para llevarlo de vuelta a San Francisco después del ataque que sufrió el padre de él, ¿no es así?

-Sí, pero él estuvo de acuerdo con el plan.

-Cierto, pero tenía poco más de veinte años. Pudo haber estado de acuerdo con ella por debilidad, o inmadurez, o cobardía, o porque ella lo convenció de que era su sagrado deber familiar, ¿quién sabe? Esos son básicamente defectos de carácter, pero no necesariamente imperdonables ni permanentes. Todo lo que sabemos a ciencia cierta es que ella murió hace tres meses y, casi de inmediato, tu padre te pide una reconciliación.

Sloan se dio cuenta de que Paul estaba de verdad tratando de ayudarla, pero también la estaba haciendo sentir incómoda e insegura cuando además ella trataba de sofocar otras emociones que apenas podía controlar. Quería pedirle que se detuviera, pero un innato sentido de la justicia o tal vez simple curiosidad la llevaban a seguir el razonamiento de él un poco más.

-¿Y mi hermana? ¿Qué justificación posible puede tener ella para no haber intentado jamás tratar de ubicar a mi madre?

Paul la miró.

-Tal vez ella se pregunte por qué su madre jamás trató de ubicarla.

-Los términos del acuerdo que hicieron firmar a mi madre no le permitían ponerse en contacto con mi hermana. -Tal vez Paris no lo sepa.

Sloan lo miró fijo, tratando de contener el primer tonto destello de esperanza que había tenido en años sobre una posible reconciliación familiar.

-Me dijiste que tenían un informante en la casa de San Francisco. ¿Esto que estás diciendo responde de alguna manera a la realidad?

-No. Paris nunca nos interesó mucho. Todo lo que sabemos de ella es que algunos la encuentran distante y fría, mientras que otros piensan que es callada, refinada y elegante. Todos están de acuerdo en que es hermosa. En tenis tiene calificación a escala nacional, en golf, un handicap de cinco, N es una maestra en bridge. Cuando juega en campeonatos, por lo general forma pareja con tu padre, que también tiene calificación a escala nacional en tenis, es un excelente jugador de bridge y en golf tiene handicap cero.

Sloan expresó su sacrílega indiferencia ante virtudes tan frívolas haciendo girar los ojos y levantando los hombros en un gesto galo: tan presuntuoso y tan inesperadamente delicado, que Paul casi se ahoga reprimiendo la risa.

-Después tenemos a Edith -dijo, mencionando al último miembro de la familia vivo-. Ella también estará en Palm Beach.

-¿Edith? -repitió Sloan.

-Tu bisabuela por parte de padre -explicó Paul y agregó, rápidamente-. Es una fiera de noventa y cinco años y muchísimo carácter que aterroriza e intimida a cualquiera que se le cruce en el camino. Además, es famosa por su avaricia. Tiene cincuenta millones de dólares,

Librodot

pero se sabe que sufre accesos de rabia si en una habitación hay más de una lamparita encendida.

-Parece encantadora -dijo Sloan, secamente, y en seguida tuvo que concentrarse en luchar contra la incómoda certeza de su propia frugalidad.

La semana anterior Sara la había llamado avara y su madre siempre se lamentaba de que Sloan odiaba gastar dinero. Pero Sara y Kimberley eran ambas derrochadoras sin remedio, pensó Sloan, para fortalecer su posición. Ella, por otro lado, vivía con un presupuesto reducido porque, por necesidad, había aprendido a vivir así desde la niñez y porque su sueldo como funcionario policial le dejaba muy poco dinero para tirar. Si tuviera muchísimo dinero, seguramente lo gastaría. Bueno, parte, al menos.

Satisfecho de haberle quitado algo de la ansiedad a Sloan con ese panorama color de rosa, Paul la dejó sola con sus pensamientos pero, a medida que se acercaban a la salida de la autopista hacia Palm Beach supo que tenía que traerla de vuelta a la realidad. Después de sus esfuerzos para hacer que los parientes de ella parecieran humanos y posiblemente agradables, ahora debía recordarle que su padre era sospechoso de actividades ilegales y que el papel de ella era espiarlo.

-La casa de tu padre está a unos diez minutos de aquí -le dijo-. Hace un rato te presenté el mejor de los panoramas. Me temo que ahora tenemos que prepararnos para el peor. Revisemos otra vez nuestras historias, para que podamos trabajar cómodos.

Ella se volvió en el asiento y le dedicó toda su atención. -Bien, adelante.

-Vamos a decirles que nos conocimos en Fort Lauderdale hace cinco meses, cuando yo asistía a un seminario sobre seguros -explicó él, recordándole los detalles personales sobre sí mismo que ellos podrían esperar que ella supiera-. El nombre de mi padre es Clifford; el de mi madre es Joan. Ella murió hace varios años. Yo era hijo único, crecí en Chicago y me gradué en la Loyola University. Sigo viviendo en Chicago y trabajo para Worldwide Underwriters Inc. Tú y yo no hemos podido pasar mucho tiempo juntos, ya que vivimos tan lejos, por eso es tan importante para nosotros pasar estas dos semanas juntos. -Puso la luz de giro y cambió de senda, preparándose para tomar la siguiente salida hacia Palm Beach. -¿Está claro hasta ahora?

Sloan asintió. Habían hablado de todo eso el Día del Presidente, pero ahora su curiosidad se había exacerbado.

-¿Hay algo de cierto en todo eso?

-No -dijo él con un tono inexpresivo que desalentaba cualquier esfuerzo ulterior de ella de indagar en su verdadera vida personal-. Mi historia está bien, y resistirá si Reynolds decide verificarla, aunque dudo que sea necesario. Cuando tu familia se dé cuenta de que no hace mucho que nos conocemos ni hemos pasado mucho tiempo juntos, entonces no sospecharán aunque no lo sepas todo de mí. Además, yo no les voy a interesar demasiado, así que no van a hacer muchas preguntas. Estaré listo para dar las respuestas que hagan falta cuando llegue el momento. Si no estoy, di lo que quieras, pero recuerda contarme después qué dijiste. Ahora revisemos tu historia. ¿Has decidido alguna carrera apropiada?

-Sí.

Los dos habían decidido que sería tonto decirle a Carter Reynolds que Sloan era oficial de policía. Según el informante de Paul en San Francisco, Reynolds no había sabido absolutamente nada de Sloan cuando llamó a Kimberley para pedirle su número telefónico y no había razones para creer que se había enterado de algo cuando la llamó al trabajo. Paul seguía contentísimo con eso.

-No puedo creer la suerte que tuvimos de que tu madre no tuviera oportunidad de decirle nada sobre ti el día que él la llamó.

-La suerte no tuvo nada que ver. Mi madre se moría por contarle todo sobre mí, pero él no le dio la menor oportunidad, porque es cruel y grosero. No la llamó en treinta años porque no le interesa cómo está ella o lo que piense. Cuando por fin la llama, le dice que no tiene tiempo de hablar, que sólo tiene tiempo para conseguir mi número de teléfono. No bien ella le

dio mi directo en el trabajo, él le dijo que volvería a llamarla un día de éstos cuando estuviera menos ocupado, ¡y le cortó!

-Entiendo.

Sloan no quería desanimarlo.

-Suerte tuviste después, cuando él me llamó -dijo, con una sonrisa-. Sin que Sara se diera cuenta, la interrogué exhaustivamente, y dice que recuerda con exactitud cómo contestó el teléfono el capitán Ingersoll y qué le dijo a Carter. Nada de lo que Ingersoll dijo pudo haber puesto a mi padre sobre aviso de que había llamado a la Policía o de que yo soy policía. Eso sí fue suerte.

-Me tocaba una pizca de suerte en este caso -dijo Paul, irónico- Ahora cuéntame qué carrera elegiste para ti.

-En el secundario estudié biología marina y después matemáticas antes de cambiar a cumplimiento de las leyes, pero me dijiste que eligiera una carrera que Reynolds considerara frívola e inocua. Una carrera en ciencias o matemáticas no sirve, y, además, no tengo conocimientos suficientes en ninguno de los dos campos como para estar cómoda. Seguía tratando de encontrar una solución la semana pasada mientras esperaba a que Sara terminara de hablar con un cliente y fue entonces que se me ocurrió... La carrera perfecta.

-No me dejes en suspenso. ¿Cuál?

-Por dos semanas, seré diseñadora de interiores. -Tienes razón -dijo él, riendo-. Es justo lo que yo tenía en mente. ¿Sabes bastante como para arreglarte?

-Sé bastante como para zafar.

Durante años había escuchado a Sara parloteando sobre muebles y accesorios, y Sloan estaba bastante convencida de haber absorbido la jerga y la información suficientes como para manejarse en una conversación superficial con Carter Reynolds, a quien, por otra parte, seguramente el tema le resultaría aburrido.

-Hay otra cosa de la cual tenemos que hablar -dijo él, y su voz adquirió una cualidad implacable-. Quiero estar absolutamente seguro de que tienes en claro tu papel en Palm Beach y las implicaciones legales si te desvías un milímetro. -Sloan sabía exactamente hacia adónde apuntaba él, pero sentía curiosidad por escuchar su lógica. -Desde el punto de vista legal, tu padre tiene derecho a esperar una privacidad razonable en su propia casa. Como tú estás yendo a esa casa a pedido mío, técnicamente estás trabajando para el FBI. Como el FBi no tiene orden de allanamiento, cualquier evidencia que tú o yo descubramos será inútil en la corte a menos que haya estado expuesta a tu vista y en un lugar donde él nos haya permitido estar. Tú puedes pasarme información, pero no puedes buscarla. ¿Estoy siendo claro? No quiero que abras un cajón a menos que alguien te pida que saques algo de él.

Sloan contuvo una sonrisa ante el hecho de que Paul sintiera la necesidad de explicar lo que era información legal elemental.

-En realidad, aprendí un poquito de estas cosas en el programa Ley y policía.

Él se tranquilizó en parte, pero el tono siguió siendo enfático.

-En cuanto a las conversaciones que puedas oír, se aplica el mismo criterio. Asegúrate de estar en un lugar donde se te esté permitido estar, y de tener una razón legítima para estar allí. También ayudaría si en esos momentos alguien te estuviera viendo. En cuanto a los teléfonos, nada de escuchar por los internos. Vamos a actuar siguiendo la ley al pie de la letra. ¿Entendido?

Sloan asintió.

-Entendido. La cosa es que, por más escrupulosos que seamos, en la corte sus abogados nos ahogarán con mociones para desestimar las pruebas.

-Tu tarea será asegurarte de no haber hecho nada para que un juez se sienta inclinado a concederlas. El punto a recordar es que nuestra razón fundamental para estar aquí no es buscar evidencia. Yo estoy aquí para vigilarlo. Él pasa mucho tiempo en Palm Beach durante el año. Quiero saber qué hace mientras está aquí, adónde va y con quién se ve. Tú estás aquí

porque fue la única manera de que yo pudiera entrar y porque tal vez puedas pasarme información valiosa que podrías encontrar. No estás aquí para buscar esa información.

-Entiendo.

Más tranquilo, Paul trató de pensar en algo más ligero para conversar y, después de un momento, volvió al tema anterior. -Creo que hacerte pasar por decoradora de interiores es una elección inspirada. Reynolds no se sentirá amenazado en lo más mínimo. Es perfecto.

Sloan asintió pero, a medida que se acercaba el momento de la farsa, la idea de simular una carrera, en especial la carrera de Sara, a ella no le parecía para nada perfecta. Iba a entrar en un territorio desconocido en el cual tendría que actuar con altivos extraños y, al ocultar su verdadera carrera, no sólo estaba eliminando un tema importante de conversación sino que además estaba borrando su vida.

-¿Sloan? -tanteó Paul mientras tomaba un amplio bulevar bordeado por impresionantes mansiones de playa-. ¿Estás dudando de que puedas hacerte pasar por decoradora de interiores?

-Diseñadora de interiores -lo corrigió ella con un suspiro-. No, no voy a tener problemas. En realidad, es una profesión que gira alrededor del buen gusto, de manera que; si meto la pata, supondrán que no lo tengo.

-Ah, brillante. Esto es brillante.

-Escucha, Sloan, has venido aquí a hacer un trabajo, no a hacer que Reynolds te admire, ¿está bien?

Sloan tragó saliva.

-Está bien -dijo, suspirando, pero mentalmente se encogió al imaginar las dos semanas que la esperaban.

Él puso la luz de giro cuando se acercaban a una villa palaciega estilo mediterráneo con una entrada para autos de laja y altísimos portones de hierro.

-Una última cosa antes de entrar. Sé que será difícil, pero debes ocultar tu hostilidad hacia Reynolds. No es ningún tonto, y tiene que creer que quieres una reconciliación. ¿Podrás ocultar tus sentimientos hacia él?

Sloan asintió.

-He estado practicando.

-¿Cómo se practica algo así? -preguntó él, secamente, mientras entraba en la entrada para autos.

-Me paro frente al espejo y pienso en algo horrible que él hizo, entonces practico sonreír hasta que me siento feliz. Paul lanzó una carcajada y le apretó la mano en un gesto fugaz y alentador. Se detuvo ante los portones. Bajó la ventanilla y sacó el brazo para oprimir un botón que había en una caja de bronce montada en un pedestal junto a la puerta del auto, luego miró a Sloan.

-Sonríe para la cámara -le dijo, con un leve movimiento de cabeza hacia el diminuto agujerito cubierto de vidrio que había en la caja de metal sobre el pedestal.

Oprimió el botón.

-¿Sí? -dijo una voz de hombre.

-Sloan Reynolds y Paul Richardson -dijo.

Los portones se separaron en el centro y se abrieron de par en par.

Capítulo 14

Al imaginar ese momento, Sloan había pensado en su padre abriendo la puerta y recibiéndola en persona, de manera que ahora se esforzó por parecer agradable pero evasiva. Su esfuerzo fue exitoso pero totalmente desperdiciado en el mayordomo alto y rubio que fue quien en realidad abrió la puerta y que consiguió ser casi tan agradable e incluso más evasivo que ella.

-Buenas tardes, señorita Reynolds. Buenas tardes, señor Richardson -canturreó en una voz de bajo que arrastraba un dejo de acento nórdico-. La familia espera. Síganme, por favor.

Los llevó por un amplio corredor embaldosado con arcadas a ambos lados que se abrían a numerosas habitaciones, todas amplias y amuebladas con antigüedades europeas. Al final del corredor una puerta se abrió de pronto y Sloan tuvo la primera imagen de su padre, que venía a recibirla en persona. Como él había tenido un ataque cardíaco y como había estado tan ansioso esperando una oportunidad para reconciliarse con ella, Sloan había esperado, naturalmente, verlo arrepentido y demacrado, pero el hombre que avanzaba hacia ella estaba bronceado y era ágil y muy buen mozo.

-¡Sloan! -exclamó, deteniéndose ante ella y tendiéndole una mano.

Automáticamente, Sloan tendió la suya para un supuesto apretón pero él cubrió la mano de ella con las dos suyas y la retuvo.

-Mi Dios, eres tan parecida a tu madre, que hasta me impresiona -dijo, con una cálida sonrisa, y agregó con llana sinceridad-: Gracias por venir.

A Sloan le temblaba el cuerpo entero de los nervios, pero de alguna manera su voz sonó firme y normal.

-Te presento a mi amigo, Paul Richardson.

Los dos hombres se dieron la mano ,y entonces la mirada de Carter volvió hacia ella.

-Por alguna razón -admitió, con pesar-, supuse que la persona con la que nos avisaste que venías era una mujer. Nordstrom preparó dos habitaciones de huéspedes, pero...

-Está perfecto -se apresuró a decir Sloan.

La sonrisa de él fue aún más cálida y Sloan tuvo la impresión de que a su padre le gustaba que ella no fuera tan desfachatada como para querer compartir el dormitorio, en su casa, con su "amigo". Ella no supo cómo había hecho él para transmitirle eso, y tuvo que recordarse a sí misma que a ella no le importaba lo que pensara él.

-Nordstrom se ocupará del equipaje -dijo-. Pero vengan, vengan conmigo. Tu hermana y tu bisabuela están en el solárium.

Habían emprendido la marcha cuando un hombre delgado, de unos treinta y cinco años, cabellos que le raleaban y anteojos de metal, salió de una habitación cerca de la escalera principal llevando un montón de papeles que iba leyendo. Carter lo detuvo y se los presentó a Sloan y a Paul como Gary Dishler. -Gary es mi asistente -explicó Carter-. Cualquier cosa que necesiten mientras estén aquí, se la pueden pedir a él, si yo no estoy.

Con una agradable sonrisa y modales tan informales como la camisa de cuello abierto que tenía puesta, Gary les estrechó la mano a los dos.

-Por favor, no duden en llamarme por cualquier motivo -dijo-. Soy una especie de factótum.

El solárium era una sala de vidrio inmensa, octogonal, en la parte de atrás de la casa, lleno de árboles de tamaño natural, plantas tropicales y un puentecito oriental que cruzaba una pequeña corriente de agua. Había unas sillas de mimbre con abultados almohadones dispuestas en grupos, junto a macetas llenas de flores exóticas, bajo enrejados cubiertos de enredaderas en flor. Cerca del puente, rodeadas por altos árboles y orquídeas blancas, dos mujeres miraban acercarse al trío, y Sloan se preparó para un encuentro que le parecía tan extraño como el entorno en el cual estaba teniendo lugar.

Las fotos de los diarios no le habían hecho justicia a Paris, serrín pudo ver Sloan al acercarse a su sofisticada hermana. Con una piel de marfil, los grandes ojos castaños y los cabellos oscuros y brillantes a la altura de los hombros, Paris era el epítome de la elegancia, vestida, además, como estaba, con un vestido de lino verde de falda recta, mangas anchas y puños ajustados adornados con brillantes botones dorados. Serena y silenciosa, con las manos mansamente apoyadas en la falda, sobre lo que parecía un libro de bosquejos, miró a Sloan sin traicionar la menor emoción.

Irritada ante sus propios nervios, Sloan se concentró en poner un pie delante del otro. Dado que no podía aparentar indiferencia, como su hermana, Sloan se concentró entonces en la anciana delgada sentada junto a ella. Paul había descrito a Edith Reynolds como una fiera, pero a Sloan le pareció más bien un frágil halcón. La anciana estaba vestida con un vestido absolutamente negro y adornada con una gruesa gargantilla de perlas. Tenía un estrecho rostro patricio, una piel tan pálida como sus perlas, cejas blancas y cabellos blancos peinados en un severo rodete. Los ojos celestes eran el único toque de color en toda su persona, pero eran tan agudos e intensos como rayos láseres gemelos que se clavaron en cada rasgo del rostro de Sloan.

No había nada de frágil en su voz tampoco cuando interrumpió a Carter, que comenzaba la presentación. -Nuestras identidades han de serle obvias, Carter -exclamó. Pasó la mirada a Sloan como desafiándola a que la contradijera y entonces agregó, bruscamente: -Yo soy tu bisabuela, ella es tu hermana y tú eres Sloan.

Dado que la actitud de su bisabuela rayaba en la grosería, Sloan decidió responder con nada más que una muda inclinación de cabeza, lo que desconcertó a la anciana, que fijó su atención en Paul y lo atacó a él.

-¿Usted quién es? -preguntó.

Esta vez, la mínima cortesía obligó a Sloan a hablar.

-Mi amigo, Paul Richardson -dijo, con calma. Luego miró a su padre, que parecía completamente indiferente a la extraña actitud de la anciana. -Aclaré que venía acompañada -le dijo a la anciana de cabellos blancos.

-Sí, pero supusimos, por supuesto, que ibas a traer a una amiga -le informó Edith Reynolds-. Espero que no pienses compartir el dormitorio con él mientras estés aquí.

Sloan sintió una urgente necesidad de reír o de irse pero, como ninguna de las dos reacciones encajaban en la personalidad que Paul quería que asumiera, trató de aparentar una absoluta indiferencia ante la actitud provocadora de la anciana.

-No, señora, no era mi intención.

-No me digas señora -exclamó-. Puedes decirme bisabuela -decretó después de un momento.

Parecía una reina que otorgaba, a desgano, un favor inmerecido a un campesino, y Sloan decidió de inmediato que jamás la llamaría de esa forma. Sin preocuparse por el motín mental de Sloan, la anciana volvió su mirada de daga a Paul. -¿Cuántos años tiene?

-Treinta y nueve.

-En ese caso, tiene edad suficiente para entender que, en mi casa, se siguen determinadas reglas de decoro, aunque no haya nadie cerca para observarlo. ¿Entiende lo que quiero decir?

-Creo que sí. Sí -agregó, cuando vio que ella fruncía el entrecejo.

-Puede decirme señora Reynolds.

-Gracias, señora Reynolds -respondió él, cortés, consiguiendo hacer que sus palabras sonaran como las de un estudiante secundario reprendido por su comportamiento en lugar de un agente del FBI capaz de destruir a toda esa familia.

Al fin, el padre de Sloan intervino.

-Paris -le dijo a su hija-, sé que has estado esperando este momento...

Paris Reynolds entendió la indirecta y se puso de pie con un movimiento grácil y delicado, mirando amablemente a Sloan.

-Sí, así es. -Lo dijo con una voz exquisitamente modulada pero cautelosa, tendiendo una mano perfectamente arreglada. -¿Cómo estás? -preguntó.

"¿Cómo estás qué?", se preguntó Sloan, irreverente (o algo desesperada). El término "hermanastra" se le cruzó por la cabeza.

-Yo también ansiaba conocerte -dijo Sloan, estrechándole la mano a la culta desconocida que era su hermana.

Edith Reynolds ya se había hastiado de las delicadezas sociales.

-Sin duda Sloan y el señor Reynolds querrán refrescarse descansar antes de la cena -dijo-. Paris les mostrará sus habitaciones -le informó a Sloan-. Nos reunimos para cenar a las siete. No se retrasen. Y no te pongas pantalones.

Sloan había temido y esperado una larga e incómoda conversación con su padre y su hermana apenas llegada, de modo que se sorprendió y se sintió bastante aliviada de que la fiera le diera una tregua de dos horas. Aunque su instinto le decía que, si Edith Reynolds hubiera sabido que Sloan quería una tregua, probablemente habría insistido en la conversación.

-Paris se ocupará de que estén cómodos -dijo Carter Reynolds con una sonrisa cálida y conciliatoria a Sloan y luego a Paul-. Nos vemos en la cena.

Sloan siguió a Paris. Paul iba su lado, tocándole apenas el codo con un gesto cortés y familiar que encajaba a la perfección con su papel de novio. Ella estaba tan pasmada por esta gente tan particular que casi no notó las habitaciones por las que pasaron rumbo al vestíbulo ni luego, cuando subieron una larga escalera curva con una baranda de hierro forjado y un grueso pasamanos de bronce. Hasta allí, el más "humano" de los tres era Carter Reynolds, justo quien ella había esperado que fuera el más desagradable.

Al llegar arriba de la escalera, Paris dobló a la izquierda y siguió caminando hasta que estuvieron casi al final del corredor.

-Ésta es su habitación, señor Richardson -canturreó mientras abría la puerta de una habitación espaciosa decorada en verde jade con macizos muebles italianos. Las valijas de Paul estaban abiertas sobre la cama. -Si necesita cualquier cosa, oprima el botón del intercomunicador, en el teléfono -dijo, y terminó su discurso impecablemente cortés con una sonrisa igualmente cortés antes de retomar el recorrido del corredor.

Paul había dicho que había personas que la encontraban fría y distante. Era peor... Era una persona sin vida, pensó Sloan con una punzada de decepción que la sorprendió por lo aguda. Paris se movía incluso como si el sencillo acto de caminar fuera en realidad una danza orquestada con precisión, los pies se mecían sobre los tacos altos de sus sandalias, sin demasiado movimiento de caderas, sin hamacar los brazos, con la espalda derecha y la cabeza erguida.

-Nos vemos en la cena, Sloan -dijo Paul, con suavidad.

Sorprendida de haberse olvidado por un momento de jugar su papel en la farsa, Sloan se volvió y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

-Que duermas una linda siesta. -Tú también.

Al final del corredor, Paris se detuvo ante otra puerta, la abrió y pronunció un discurso idéntico al que le había dicho a Paul, incluyendo inflexiones vocales idénticas y sonrisa mecánica haciendo juego, pero esta vez se demoró en la puerta commo esperando algo. Es

Librodot

probable que esperara alguna especie de reacción ante el alojamiento, supuso Sloan al mirar a su alrededor a un espectacular departamento decorado en seda de tonos de rosado pálido y crema y con delicados muebles franceses que resplandecían por el laminado en oro. Bajo sus pies, la alfombra oriental era tan espesa que parecía que uno estaba caminando sobre arena.

-Es... Precioso -dijo Sloan, torpemente, volviéndose para mirar a su hermana, que estaba en la puerta.

Paris hizo un gracioso gesto hacia un par de puertas ventana.

-El balcón tiene una vista del mar que al amanecer es especialmente hermosa.

-Gracias -dijo Sloan, sintiéndose más y más torpe. -Nordstrom subió las valijas -observó Paris con gesto de reina en dirección a la cama con dosel al final de la habitación-. ¿Quieres que te envíe a alguien para ayudarte a desempacar?

-No, gracias. -Sloan esperaba que se fuera, quería que se fuera, pero la otra se demoraba en el umbral, con la mano en el picaporte de la puerta. Tardíamente, Sloan se dio cuenta de que los dictados de la etiqueta social que al parecer gobernaban los pensamientos, las palabras y las acciones de su hermana exigirían ahora que Sloan iniciara algún tipo de conversación. Dijo lo único que se le ocurrió. -¿Tú eres artista?

Paris la miró como si hubiera hablado en un dialecto extranjero.

-No. ¿Por qué lo preguntas?

Sloan hizo un gesto con la cabeza a la tablilla que Paris tenía en la mano.

-Me pareció que era un cuaderno para dibujar.

-Ah, me olvidé de que tenía esto. Sí, lo es. Pero no soy artista.

Frustrada por una respuesta que no la ayudaba para nada, Sloan miró a la elegante muchacha parada en el umbral como una modelo de Vogue y se preguntó de pronto si lo de Paris no podría ser timidez, en lugar de distancia. Sea como fuere, mantener una conversación con ella era como tratar de restregarse la espalda, pero Sloan volvió a intentarlo.

-Si no eres artista, ¿para qué usas el cuaderno de dibujar?

Paris vaciló, luego se acercó y le alcanzó el cuaderno a Sloan, como una reina que exhibe su cetro.

-Estoy diseñando mi propia ropa para mujeres.

¡Ropa!, pensó Sloan con un gemido para sus adentros. Sara adoraba hablar sobre ropa, Kim adoraba hablar sobre ropa, Sloan no tenía ni un átomo en todo el cuerpo que fuera consciente de la moda. Sloan recibió el cuaderno y siguió a Paris hasta la cama, donde se sentó y lo abrió.

Incluso para la mirada inexperta de Sloan, resultó de inmediato patente que Paris no estaba diseñando ropa para la mujer de todos los días. Estaba diseñando alta moda, vestidos de cóctel de gran estilo .y trajes formales que Sloan supo, por instinto, que costarían tanto como un buen auto usado de último modelo. Tratando desesperadamente de pensar en algo coherente y apropiado para decir, Sloan pasó las páginas en silencio hasta que llegó a un vestido envolvente y recordó de pronto cómo había descrito Sara el suyo rojo.

-¡Ah, éste me encanta! -exclamó, casi con excesivo entusiasmo, pensó en seguida-. ¡Es "coqueto» pero no..., atrevido! Paris miró por encima para ver cuál era el que le había gustado a Sloan y pareció decepcionada.

-A mí ése me parece un poco común.

Sloan no tenía idea de si el comentario era un insulto deliberado a su gusto en ropa, pero cerró el cuaderno y optó por una honestidad sin vueltas.

-En realidad, no soy buen juez -explicó-. Mi madre y mi amiga Sara adoran la ropa, pero yo siempre estoy demasiado ocupada como para salir de compras. Cuando salgo, nunca puedo decidir si algo "nuevo" me quedaría bien o no, así que siempre termino comprándome cosas del mismo estilo, y las uso hasta que se caen a pedazos, para no tener que salir de compras otra vez. Sara dice que la única manera de saber que me compré algo nuevo es por el color.

Librodot

Sloan supo que algo que había dicho había atrapado la atención de Paris, pero no se dio cuenta de qué era hasta que terminó y Paris le preguntó:

-¿Le gusta la ropa? A tu madre, digo. Tu madre. Nuestra madre.

La extraña ironía de la situación golpeó a Sloan con una súbita fuerza, pero cualquier simpatía que podía haber sentido por Paris se frustró por el hecho de que Paris podía tener la ropa que le gustaba, mientras que "su" madre tenía que trabajar en una tienda de ropa y venderle a otras lo que le gustaba. -Sí -dijo Sloan, cortante-. Le gusta.

Se puso de pie y rodeó la cama hasta sus valijas, como si de pronto deseara desempacar en seguida. Percibiendo que la estaban despidiendo, Paris se puso de pie.

-Te veo abajo a las siete -le dijo a Sloan con un tono igual de cortante.

Sintiéndose absurdamente culpable por cortar la conversación de manera tan abrupta, Sloan se inclinó y abrió el cierre de la gran valija plegable de Sara mientras observaba a

Paris salir de la habitación y cerrar la puerta a sus espaldas. Preocupada con sus pensamientos, abrió la valija, sacó de ella un vestido de cóctel negro puesto en una percha y se volvía para buscar el armario cuando de pronto se dio cuenta de que había algo extraño...

Ella no le había pedido prestada a Sara su valija plegable porque no la había necesitado. Y nunca en su vida había visto este vestido de cóctel negro con una pollera corta de gasa que sostenía en la mano.

Giró en redondo hacia la cama y miró la valija abierta. En otra percha había una falda larga de seda azul. Sloan tampoco la reconoció, ni a la blusa que hacía juego con la falda, ni al vestido rojo...

-¡Ay, mamá, no! -susurró Sloan con rabia mientras se dejaba caer sobre la cama junto a la valija.

Sin mirar, ya sabía que todo lo demás que había allí era nuevo, y sabía exactamente cómo había hecho su madre para pagar todo. Había un sobre blanco entre las tiritas de un par nuevo de sandalias amarillas y ella tomó la nota mientras decidía que devolvería absolutamente todo apenas llegara a casa. Si no usaba estas cosas, las tiendas no podrían negarse a devolverle el dinero a su madre. De eso Sloan estaba segura, hasta que leyó la nota de su madre.

Querida -había escrito su madre con su preciosa letra redondeada-, sé que te vas a enojar cuando veas esta ropa, pero no usé la tarjeta, así que no te preocupes que no voy a tener que pagar esos intereses infernales que parecen crecer sin control por más pagos que uno haga. Usé el dinero que estaba ahorrando para mi crucero. -Sloan gimió, y volvió a recordar que toda la ropa podía devolverse. -Tú querías que me tomara las vacaciones de mis sueños, pero en este preciso instante tú estás haciendo realidad el mayor de mis sueños. Después de tantos años, por fin tu padre va a conocerte, y yo quiero que estés tan hermosa por fuera como eres por dentro. Este es el único sueño que me quedaba, querida. Tú has hecho realidad todos mis otros sueños, siendo como eres. Bien, ¡que lo pases espléndido en Palm Beach! Piensa sólo en cosas lindas, no te preocupes por nada, y usa la hermosa ropa que te compré.

Te quiero mucho.

Mamá. P.D. Por si se te ocurriera usar sólo algunas de las cosas nuevas, creo que será bueno que sepas que arranqué todas las etiquetas, así que no podemos devolver nada. ¡Diviértete!

Con una risa llena de lágrimas, Sloan miró las palabras borrosas de la carta y luego el montón de ropa en la valija abierta. En Palm Beach, no podía "no preocuparse por nada", ni "pensar sólo cosas lindas", pero, mientras espiara a su padre, definitivamente sí iba a "usar la hermosa ropa". Con típica generosidad altruista y un toque poco característico de astucia, su madre no le había dejado opción.

Se secó las lágrimas y con cuidado desempacó todas las hermosas cosas nuevas que había en la valija antes de darse cuenta de que había otra valija grande de Sara en el piso que ella no había empacado.

La subió a la cama, abrió los cerrojos y levantó la tapa. Lo primero que vio fue el vestido tubo rojo de Sara. Lo segundo fue otro sobre blanco. Dentro del sobre había una notita de Sara.

Tú siempre cuidas a los demás, pero esta vez mamá y yo quisimos que fuera al revés. Así que no te enojes cuando veas que en esta valija está mi ropa. Y no te enojes cuando te des cuenta de que tu ropa no está en ninguna, de las otras.

Te quiero. Sara.

PD. Les sacamos fotos a todos los conjuntos y los pusimos en el estuche del maquillaje. Así no tendrás que pensar qué accesorios van con qué ropa.

Furiosa, Sloan se quedó mirando fijo la nota. No podía creer que le hubieran hecho esto, ¡y sin traicionarse en ningún momento!

Su mirada de rabia dejó lugar a una sonrisa impotente y luego a una carcajada.

Apenas terminó de desempacar abrió las puertas ventana y salió al balcón. Su habitación estaba situada en el extremo nordeste de la casa, y miraba hacia un gran parque que terminaba en una playa de arena a unos trescientos metros de la casa. Unos altos setos cortados marcaban los límites de la propiedad .y se extendían casi hasta la playa, escondiendo un alto cerco de rejas. Sloan no podía verlo.

En el parque había grupos de palmeras, laurel de California e hibiscos gigantes, con canchas de tenis situadas en el extremo izquierdo, cerca de la piscina olímpica y de una cabaña. En el medio del parque una banderita se agitaba en el viento, sobre un mástil pequeño, marcando el centro de un *putting green* con un pasto corto y espeso que parecía como si cada brizna hubiera sido cortada con tijeras de manicura.

Divertida por las increíbles extravagancias a las que se dan los muy ricos, Sloan se inclinó sobre la reja del balcón y miró hacia la derecha, contra la casa, preguntándose si la habitación de Paul también tendría balcón y si él estaría afuera. Vio varias rejas iguales a la de su balcón, pero los balcones estaban todos metidos en la estructura de la casa, hacia adentro, de manera que era imposible ver si había alguien afuera.

Desilusionada al no poder intercambiar ni siquiera un saludo con la mano con su compañero de conspiración, se volvió. Además de un par de divanes con gruesos almohadones, su balcón tenía también una mesa redonda de hierro y un par de sillas, pero estaba tan sofocante que no tenía ganas de quedarse afuera.

Deseando que hubiera alguna manera de averiguar si la primera impresión del agente del FBI era parecida a la suya, Sloan volvió a entrar y caminó hasta la cama. La casa era del tamaño de un hotel, y el teléfono en la mesa de noche tenía seis líneas y otros doce botones que no estaban marcados. Aunque pudiera adivinar cómo llamar al cuarto de él por ese teléfono, se dio cuenta de que no podrían hablar libremente por temor a que alguien en algún lugar de la casa pudiera levantar un auricular y escuchar la conversación.

Sloan pensó en la posibilidad de ir al cuarto de él pero no quería arriesgarse a que la sorprendiera algún criado acobardado con instrucciones de informar cualquier infracción a las normas de la casa a esa mujer dominante que, además, se creía merecedora a que Sloan le dijera bisabuela.

A desgano, pospuso la idea de conversar con su compañero de conspiración hasta más tarde esa noche, cuando hubiera una oportunidad .y una ocasión apropiadas.

Demasiado excitada como para poder dormir, decidió leer la novela de misterio que había comenzado antes de la llegada de Paul Richardson a Bell Harbor, complicándole la vida. Abrió la colcha, acomodó unos almohadones contra la cabecera, y se acostó. Pendiente de la severa advertencia de Edith Reynolds de que no llegaran tarde para la cena, se estiró hasta la mesa de noche y puso el radio reloj despertador para las 18:00, por si se quedaba dormida. Ahora se había encendido una luz en el teléfono, indicando que una de las líneas

estaba en uso, y Sloan se preguntó si el teléfono era sencillamente eso, un teléfono, o si era parte de un sistema utilizado para operar la casa.

En Bell Harbor, cuando los prósperos residentes nuevos construían una nueva mansión o restauraban una vieja, invariablemente, instalaban modernos sistemas telefónicos de líneas múltiples. Los teléfonos que venían con algunos de estos sistemas no sólo proporcionaban servicio de intercomunicación entre todas las habitaciones, sino que además le permitían al dueño controlar todo lo de la casa, desde los sistemas de iluminación y seguridad hasta los de calefacción y aire acondicionado, con un solo teléfono.

Mientras el dueño recordaba qué códigos utilizar, los teléfonos cumplían con su cometido pero, cuando el dueño cometía un error, los resultados podían ser caóticos, y las historias que resultaban de tales incidentes y que circulaban entre los bomberos y los policías de Bell Harbor eran con frecuencia hilarantes.

Con una punzada de divertida nostalgia, Sloan recordó cuando, el mes anterior, Karen Althorp levantó el auricular del teléfono y, sin querer, marcó el número cinco, de emergencia de incendio, cuando en realidad quería marcar el seis para poner en funcionamiento el jacuzzi. Cuando los bomberos rompieron el vidrio de una ventana, irrumpieron en la casa y no pararon hasta no llegar al patio del fondo, descubrieron a la exuberante divorciada retozando desnuda en la bañera con su jardinero.

Desnuda pero indignada, ella amenazó con demandar a los desdichados bomberos por dañar su propiedad, y les ordenó que se fueran.

Una semana después, en lugar de marcar el seis, marcó el nueve, que enviaba una alarma silenciosa a la policía. Jess Jessup fue el primero en llegar a la casa a oscuras y encontró a Karen Althorp reclinada junto a la piscina, mirando las estrellas, totalmente desnuda.

Ella se sobresaltó tanto cuando Jess anunció su presencia que gritó, pero luego invitó al bien parecido policía a quitarse la ropa y acompañarla.

El doctor Pembroke y su esposa habían instalado, en su nueva casa, un sistema similar que fue el culpable del divorcio. El doctor Pembroke intentó más tarde demandar al fabricante por siete millones de dólares, el importe que debió darle a su esposa en el divorcio.

Sloan se encogió de hombros mentalmente y abrió su novela. Aquí se detiene la muerte era un best-seller de los que dan escalofríos, y a los pocos minutos estaba muy concentrada en la lectura.

El súbito timbre de la alarma hizo saltar a Sloan. Deseosa de terminar el capítulo, buscó a ciegas el botón de la radio reloj y lo apagó. Unos minutos después, a desgano, dejó el libro boca abajo sobre la mesa de noche y se levantó.

Capítulo 15

Paul golpeó a su puerta pocos minutos antes de las siete y Sloan le dijo que pasara.

-Ya estoy casi lista -le dijo, asomándose desde el cuarto de vestir. Él vestía un traje gris a rayas finas, camisa blanca y una corbata con un diseño rojo y gris. Sloan pensó que

lucía muy bien, pero no estaba segura de si era apropiado comentar sobre su aspecto, dadas las circunstancias. -Mejor deja la puerta abierta, para que nadie piense nada raro y nos delate a Su Alteza -le advirtió.

De pie frente al espejo de cuerpo entero en el cuarto de vestir. Sloan verificó su apariencia con la foto Polaroid. La falda de seda azul violáceo era larga y estrecha y tenía un tajo hasta la rodilla, y la blusa haciendo juego tenía un amplio cuello volcado que supuestamente debía usarse dejando los hombros desnudos, según la foto. Sloan se sentía un poco rara con los hombros descubiertos, pero, cuando trataba de subirse el cuello, la suave seda se resbalaba, así que lo dejó como estaba.

Volvió a verificar con la foto y se puso el cinturón, luego se calzó las sandalias plateadas que aparecían en la foto. Se puso los aros y la pulsera de plata que se suponía que debía ponerse, tomó la gargantilla de plata que estaba en la fotografía y también se la puso. Tenía la sensación de que eran demasiadas joyas, pero ella era una neófita de la moda, mientras que Sara y su madre eran expertas en el tema, de manera que decidió obedecer el consejo de la fotografía.

La reacción de Paul a su aspecto fue tan halagadora que, de inmediato, Sloan se alegró de haber seguido las instrucciones de la foto.

-Estás bellísima -dijo, con una sonrisa de pura admira, ción masculina-. ¿Cómo se llama ese color?

-No lo sé. ¿Por qué?

-Porque es el mismo de tus ojos.

-En ese caso. o lo llamaría "azul" -le dijo Sloan con una sonrisa inocente.

Al pie de la escalera, una mucama uniformada esperaba para acompañarlos al comedor, donde estaban sirviendo cócteles y bocaditos a un grupo que incluía a los tres miembros de la familia y a un hombre que, de espaldas a la puerta, hablaba con Paris.

Su padre levantó la mirada apenas ellos entraron y dejó el vaso sobre la mesa de café.

-Justo a tiempo -dijo, con una sonrisa de bienvenida, poniéndose de pie.

Presentó al desconocido como Noah Maitland. La primera reacción de Sloan fue de sorpresa por el hecho de que incluyeran a un invitado en una situación familiar tan incómoda, pero cuando Noah Maitland se volvió y la miró, se sintió como una adolescente anonadada.

Alto, bronceado y de cabellos negros, tenía una de esas sonrisas que pueden calentar una habitación, ojos del color del acero más frío, y una culta voz de barítono que tenía el mismo efecto de una hermosa pieza de música. Era todo un estudio de contrastes, tenía tanta sensualidad y se veía tan fantástico con su traje oscuro de línea perfecta y corbata a rayas que Sloan perdió la concentración cuando él tendió la mano para estrechar la suya.

-Por cierto que en esta familia las mujeres hermosas son la norma dijo, y los ojos grises relucieron cálidos de admiración cuando la miraron directo a los ojos.

-Encantada -logró decir Sloan-. Gracias -agregó, torpe, apresurándose a retirar la mano y la mirada de la mano y de la mirada de él.

Él era el "señor perfecto" de Sara en carne y hueso. Camino al comedor, su padre le confió, en voz baja:

-Paris y Noah están prácticamente comprometidos.

-Hacen una preciosa pareja -dijo Sloan, honesta, observando a su hermana caminando junto a Noah hacia el comedor.

Sintió un poco de pena por la oportunidad perdida para Saro, apenas comenzó la comida, tuvo problemas más serios porque de inmediato Paul y ella se convirtieron en el punto central de la conversación.

-Ésta es una ocasión memorable para toda nuestra familia -dijo su padre con una mirada alrededor de la mesa que específicamente incluyó a Noah Maitland, sentado justo frente a Sloan-. Sloan, cuéntanos todo lo que puedas sobre ti.

-No hay mucho que contar -respondió Sloan, tratando de no darse cuenta de que toda la atención de Noah estaba fija en ella- ¿Por dónde quieren que empiece.

-Empieza con tu carrera -la ayudó Carter-. ¿A qué te dedicas?

-Soy diseñadora de interiores.

-Las mujeres con temperamento artístico son también la norma en esta familia -dijo él, con una sonrisa hacia Paris. -Yo no tengo temperamento artístico -señaló Edith cortante desde su ubicación a la cabecera de la mesa-. ¿Fuiste a la universidad? -le preguntó a Sloan.

-Sí.

-¿Qué estudiaste?

Había llegado el momento de retratarse a sí misma como la mujer frívola y no demasiado inteligente que Paul Richardson necesitaba que fuese.

-Ah. Estudié muchas cosas -dijo Sloan, manteniéndose tan cerca de la verdad como le era posible para que fuera menos difícil contradecirse después-. No podía decidir qué quería hacer con mi vida. Cambiaba todo el tiempo.

Hizo una pausa para tomar una cucharada de la sopa que le habían puesto enfrente. Su bisabuela no veía la necesidad de comer.

-¿Qué notas tuviste? -Bastante buenas.

-¿Eres una buena decoradora de interiores.

Sloan sintió una mezquina satisfacción al corregirla. -Diseñadora de interiores -dijo.

Entonces Paul Richardson habló. Le sonrió a Sloan con afecto y dijo:

-Yo creo que es muy buena.

Edith Reynolds no era fácil de convencer.

-Todos los decoradores de interiores que he conocido son homosexuales -anunció-. A esta altura de los tiempos, yo habría esperado que muchachas como Paris y tú hubieran hecho algo mejor con sus vidas.

Sloan le dirigió una mirada de soslayo a Paris para ver cómo reaccionaba su silenciosa hermana a esta crítica nada sutil que las incluía a ambas, pero, si Paris sentía algo, no lo demostraba. Vestida con un vestido rojo tipo sarong con cuello levantado y los cabellos recogidos, se la veía hermosa, exótica y compuesta.

-¿Qué tipo de carrera habría elegido usted? -le preguntó Sloan a la mujer de cabellos blancos.

-Creo que habría sido especialista en impuestos -declaró Edith-. Sé que habría hecho un mejor trabajo que mis contadores, y descubriría muchas más deducciones.

-Por desgracia, Sloan no tiene cabeza para los números -dijo Paul orgulloso .y le palmeó la mano a Sloan.

-¿Y los deportes? -le preguntó Carter-. ¿Juegas al golf? -No.

-¿Al tenis?

Sloan jugaba tenis, pero sabía que no les llegaba a la suela de los zapatos.

-Un poquito. No mucho. Él miró a Paul.

-¿Tú juegas, Paul? -Un poco.

-Encontrémonos mañana a las nueve. Paris y yo los ayudaremos a pulir un poco el juego. Tendrías que tomar algunas lecciones de golf, además, mientras estés aquí. Paris es una excelente jugadora de golf. -Miró a Paris. -¿Por qué no llevas a Sloan al club mañana de tarde, haces que le den lo que necesite y le das algunas clases?

-Sí, por supuesto -respondió Paris de inmediato, dirigiéndole a Sloan una mirada rápida y cortés.

-A mí, en realidad, el golf no me gusta -dijo Sloan. -Eso es porque no juegas -arguyó él-. ¿Y pasatiempos? ¿Qué haces en el tiempo libre?

Sloan comenzaba a sentirse algo molesta. -Eh... Leo.

-¿Qué lees? -preguntó él, algo decepcionado de ella. -Revistas -le dijo Sloan, tratando de aumentar su decepción-. Me encanta House and Garden. ¿A ti no, Paris?

Su hermana se sorprendió al verse incluída y Sloan estuvo segura de que mintió cuando respondió:

-Sí mucho.

-¿Y tus otros intereses?

El interrogatorio había durado mucho, pensó Sloan. Tenía hambre Y partió un pancito.

-¿Qué quieres decir?

-¿La actualidad, por ejemplo?

Sloan bajó los ojos para ocultar la risa y le puso manteca al pan.

-*Adoro* la actualidad. Miro el canal de Espectáculos en cable todo el tiempo, sólo para enterarme de quién está teniendo un romance con cuál. ¿O se dice con "quién"? -Simulando una expresión de inocente confusión, levantó los ojos y se encontró con la mirada de divertido rechazo de Noah Maitland antes de que éste pudiera ocultarla. Acababa de clasificarla como una idiota, se dio cuenta Sloan con un sorprendente dejo de pena.

Evidentemente, su padre había decidido no permitir que continuara pasando vergüenza y aburriendo a su invitado. -¿Qué piensas que va a pasar en el mercado? -preguntó, mirando a Noah.

Cuando Sara se refería al "mercado", hablaba de la presentación bianual de nuevos productos en los centros de diseño de Dallas y Nueva York.

-En el mercado de Dallas, este año lo máximo fueron los tonos rosa y dorado -dijo Sloan, con falso encanto, sabiendo perfectamente que Carter quería hablar del mercado de valores-. Y en el mercado de Nueva York, vi unos diseños nuevos con estampado de selva sencillamente "divinos".

-Tú y Paris tendrán mucho para hablar -dijo Carter Reynolds.

Con una mezcla de alivio, diversión y mortificación, Sloan obedeció su tácito pedido de que se callara la boca. Estaba un poco preocupada, temiendo haber llevado las cosas demasiado lejos, pero, cuando miró a Paul él esbozó una amplia sonrisa que le dijo que había estado mejor incluso de lo esperado.

Contenta de no tener que preocuparse en ese aspecto, Sloan simuló concentrarse en la comida de ocho platos mientras escuchaba la animada conversación de su padre y Noah Maitland sobre economía mundial. Ambos hombres diferían radicalmente en varios puntos, pero los dos estaban tan bien informados que Sloan estaba fascinada y algo impresionada.

Además de sus aportes para el fondo de pensión en el Departamento de Policía, Sloan depositaba un porcentaje de cada sueldo en una cuenta de retiro propia, y había insistido en que su madre la imitara. Para cuando retiraron el servicio del postre Sloan estaba tan impresionada con la lógica de Noah Maitland que decidió cambiar por completo su estrategia de inversión.

Edith Reynolds tomó su bastón y se puso dificultosamente de pie mientras retiraban el último plato del postre que quedaba sobre el mantel de lino.

-Es hora de retirarme -anunció.

Paul y Noah se pusieron de pie los dos para ayudarla, pero ella los rechazó.

-No es necesario tratarme como a una inválida -les informó con brusquedad-. ¡Estoy tan sana como ustedes dos juntos!

Sloan vio, a pesar de la protesta, la rigidez de los movimientos y la pesadez con que se apoyaba en el bastón, y se dio cuenta de que era pura fuerza de voluntad más que fuerza física lo que hizo avanzar a la anciana hasta el otro extremo del inmenso salón.

En la puerta se detuvo y miró hacia atrás, al grupo sentado a la gigantesca mesa barroca bajo un candelabro espectacular. Sloan esperó que la matriarca de cabellos blancos diera las buenas noches de una manera más o menos formal.

-¡No olviden apagar las luces! -exclamó, en cambio, y Sloan se apresuró a mirarse el regazo para ocultar la risa. La partida de Edith pareció la señal para el fin inmediato de la cena.

-Si los jóvenes quieren disculparme-dijo Carter, poniéndose de pie-, tengo trabajo que hacer.

-Creo que me gustaría caminar un poco -dijo Paul. apartando la pesada silla de Sloan-. ¿Sloan?

-Me encantaría -respondió ella, muriéndose por salir de allí.

A Paul le era imposible no invitar a la otra pareja a acompañarlos, pero Sloan suspiró aliviada cuando los otros declinaron la invitación.

Afuera, Sloan esperó, para hablar, a que estuvieran casi en el *putting green*, donde nadie de la casa pudiera oírlos, entonces se volvió y miró a Paul sin disimular la risa.

-No puedo creer que de verdad estoy emparentada con esta gente -le confió.

-Yo tampoco -admitió él con una risita.

-Mi bisabuela ha de ser descendiente directa de Gengis Khan -continuó Sloan.

-Para mantener las apariencias, debería agarrarte de la mano o abrazarte, por si alguien está mirando. ¿Alguna preferencia?

-Ninguna, me da lo mismo -dijijo Sloan, tan preocupada co el tema que casi ni se dio cuenta cuando él le tomó la mano-. ¡y mi hermana! Totalmente inanimada. Con razón la gente la considera fría y altiva.

-¿A ti te parece que lo es? -Todavía no lo sé.

-¿Qué piensas de tu padre?

-Tengo una impresión, pero todavía no está formada del todo. Al menos creo que entiendo lo que le vio mi madre. Ella tenía apenas dieciocho años, y él tiene mucho encanto, mucho roce y es muy buen mozo. Me imagino lo deslumbrada que estaría.

-¿Qué piensas de Maitland?

La pregunta sorprendió a Sloan, dado que no era un miembro de la familia ni de interés profesional para ninguno de ellos.

-Buen mozo -admitió, a desgano.

-Él sí que te encontró atractiva. Al principio no podía sacarte los ojos de encima.

-¿Tú dices hasta la cena, cuando descubrió que en realidad soy una reverenda idiota? -dijo, apenada.

Con un gesto espontáneo, Paul le soltó la mano, le pasó el brazo por los hombros y le dio un apretoncito.

-Estuviste perfecta.

Sorprendida por la ruda sinceridad de la voz, Sloan miró el perfil iluminado por la Luna de Paul.

-Gracias -dijo y, por primera vez, de verdad sintió que él le encontraba mérito como compañera de trabajo.

-¿No dejaste la placa ni el arma donde cualquiera pueda encontrarlas, no?

-No, están bien escondidas en mi habitación.

-Bien, podemos dar la noche por terminada. Ya sé que te mueres por volver a tu libro.

Sloan se volvió hacia la casa y, como él parecía de mejor humor, decidió insistir para que le diera más información. -Me gustaría saber qué es, específicamente, lo que buscas aquí -comenzó a decir.

-Si tuviera una respuesta específica a eso -dijo él-, podría conseguir que un juez me firmara una orden de allana-miento, en cuyo caso no habría sido necesario que me franquea-ras el acceso aquí. -Y agregó, con tono más ligero: -Suceda lo que suceda, no habré perdido el tiempo. Oí algunas cosas muy interesantes esta noche en la mesa de la cena, cuando Maitland y tu padre hablaron de economía mundial.

-¿Qué, por ejemplo?

Él rió ante la expresión seria de ella.

Librodot

-Como por ejemplo que necesito cambiar mi estrategia de inversiones en la Bolsa. Interesante, ¿no? Que las opiniones puedan diferir tanto. Tu padre controla un Banco con sucursales en todo el mundo, y Maitland tiene inversiones en todo el mundo. Ambos tienen intereses en común y un enfoque global. Esperaba que tuvieran una filosofía razonablemente parecida.

-Yo pensé lo mismo -dijo Sloan-. Fundamentalmente, me pareció que los dos piensan que las mismas cosas van a suceder, pero no estaban de acuerdo en el efecto y en el momento. Noté que deben hacer muchas inversiones afuera.

Él le dirigió una sonrisa extraña. -Yo también lo noté.

Paul la acompañó hasta la puerta de la habitación pero, en lugar de decirle buenas noches en el pasillo, la siguió dentro del dormitorio y cerró la puerta, entonces esperó.

-¿Qué haces? -preguntó Sloan, ya casi en el medio de la habitación y quitándose los aros.

-Te doy un beso de buenas noches -bromeó él.

Cuando él se fue, Sloan decidió escribirle una carta a Sara en ese momento, mientras tenía todos los acontecimientos de la noche frescos en la cabeza. Había un televisor escondido dentro de un armario antiguo frente a la cama. Puso CNN y se puso a trabajar en la carta.

Capítulo 16

La primera hora después del amanecer era, para Sloan, el momento preferido del día para correr por la playa, pero eran casi las siete cuando despertó. Ansiosa por ponerse en movimiento, se bajó de la cama de un salto, se ató los cabellos en una cola de caballo, se puso un par de pantaloncitos cortos y una blusa que Sara no le había sacado cuando le rehízo las valijas.

La casa parecía desierta cuando Sloan caminaba en silencio por el corredor y bajaba la escalera, pero afuera había dos hombres podando el seto sobre uno de los costados de la propiedad. Sloan los saludó con la mano al cruzar el parque, ya de mucho mejor humor al respirar el aire salado y sentir la presencia conocida del mar. Unas olas perezosas lamían la arena junto a sus pies mientras ella corría al borde del mar; las gaviotas revoloteaban por encima de su cabeza y sus chillidos bulliciosos eran para ella tan edificantes y calmantes como la música.

Encima de su cabeza, el cielo era de un azul cristalino con unas gordas nubes blancas que pasaban flotando arrastradas por una suave brisa refrescante. A su izquierda, el mar llena-

ba todo el horizonte, majestuoso, hermoso, indómito. A su derecha, el horizonte quedaba oscurecido por una procesión de mansiones, de las cuales unas pocas eran más grandes que la de su padre, y había algo de actividad en todas ellas. Los jardineros cuidaban los canteros de flores; los criados acomodaban los patios y limpiaban las piscinas y los sistemas de riego humedecían céspedes que, con el sol de la mañana, relucían como esmeraldas.

Fijando la mirada en el mar, Sloan corrió casi cinco kilometros por la orilla del agua y luego volvió. Mantuvo el ritmo hasta ver la banderita en el *putting green* de su padre,entonces aminoró la marcha. Era evidente que los residentes de Palm Beach dormían hasta más tarde que sus colegas de Bell Harbor, pensó, porque durante la primera media hora había tenido la playa casi toda para ella sola, pero ahora había muchas otras personas corriendo en la arena. Además, aquí, los que corrían eran menos amistosos: evitaban mirarse en lugar de saludarse con una inclinación de cabeza o una sonrisa cuando pasaban.

Sloan reflexionaba sobre esto cuando la distrajo un viejo jardinero con una camisa de mangas largas que estaba trabajando en un cantero de flores cerca del borde del parque. De repente se incorporó, se agarró el brazo izquierdo y se dobló sobre sí mismo. Sloan corrió hacia él, buscando al mismo tiempo con la mirada a ver si veía a alguien que pudiera ayudarla en caso de necesidad, pero el hombre parecía ser el único que estaba trabajando en esa casa.

-Tranquilo -dijo ella, con suavidad-. Yo lo ayudo. Apóyese en mí. -Le pasó el brazo por la cintura, preguntándose si podría llevarlo a un banco de hierro que rodeaba el tronco de un árbol cercano. -Dígame qué le pasa.

-El brazo -dijo el hombre, jadeando, pálido de dolor. -¿Le duele el pecho?

-No. Me operé..., el..., el hombro.

Inmensamente aliviada de que no fuera un ataque cardíaco, Sloan lo llevó hasta el árbol y lo ayudó a sentarse en el banco de hierro blanco.

-Respire hondo y largue el aire despacito -le dijo-. ¿Tiene algún remedio para ese dolor?

Él aspiró hondo una vez y luego otra, siguiendo sus instrucciones.

-Estaré bien... Un momento, no más. -Tómese su tiempo. No tengo prisa.

Luego de respirar hondo unas cuantas veces más, el jardinero levantó la cabeza y la miró, y Sloan notó que ya tenía mejor color. Era un poco más joven de lo que le había parecido, probablemente sesenta largos, y parecía completamente compungido.

-Cuando me incorporé me olvidé y me apoyé en el brazo izquierdo -explicó-. Sentí como si me estuvieran arrancando el brazo.

¿Cuánto hace de la cirugía`? _La semana pasada.

-La semana pasada! ¿No tendría que usar un cabestrillo? Él asintió.

-Sí, pero con ese aparato no puedo usar el brazo.

-Pero alguien podría hacer su trabajo aquí en el jardín hasta que se le cure el hombro, y usted podría hacer otra cosa. Él la miró como si no se le hubiera ocurrido y la posibilidad le fascinara.

-¿Qué tipo de trabajo piensa que podría hacer aquí? -Esta parece una de las propiedades más grandes de Palm Beach. Tiene que haber algo que pueda hacer que no sea un trabajo pesado. Hable con los dueños ,y explíqueles en qué estado se encuentra.

-El dueño ya lo sabe. Me dijo que no hiciera nada hasta que el hombro se me cure.

-¿Se negó a darle otra cosa para hacer? -preguntó Sloan, furiosa con la brutal indiferencia de los muy ricos para con los problemas económicos de los menos afortunados.

El hombre le tocó la mano, conmovido por la indignación de ella ante su problema.

-Estaré bien si se sienta conmigo y me habla un rato. Conversar con una personita dulce .y bonita como usted es mejor que cualquier calmante que pueda tomar.

-¿No tendrá problemas si lo ven sentado aquí conmigo? El hombre sonrió, reflexionando.

-No creo, pero es lindísimo pensar que podría ser.

Librodot

Sloan, de pronto, se dio cuenta de muchas cosas: el hombre tenía las manos lisas, su lenguaje era educado, y su actitud casi coqueta. Avergonzada, hizo ademán de ponerse de pie.

-Usted no es el jardinero. Cometí un error muy tonto. Perdóneme.

Él le apretó fuerte la mano para impedir que se levantara, pero se la soltó cuando ella volvió a tomar asiento.

-No se vaya corriendo y no se sienta avergonzada. Me conmovió mucho su preocupación y me alegró su ayuda. Por aquí son pocos los jóvenes que se hubieran detenido para ayudar a un viejo jardinero dolorido.

-Usted no es un viejo jardinero -insistió Sloan, divertida por la audacia del hombre.

-Soy un nuevo jardinero. Necesitaba un pasatiempo temporario hasta que se me curara el hombro. Me operé de una vieja herida que me empezaba a estropear el golf. -Su voz tomó un tono calamitoso cuando comenzó a confesar. -Empecé a tener un desvío en los tiros largos del que no podía deshacerme, y en los cortos mi juego era atroz...

-Eso es..., trágico -se compadeció Sloan, tratando de no reír.

-Exacto. Y esta casa es de mi hijo, ¡un hijo tan despiadado que no sólo jugó al golf sin mí ayer sino que además tuvo la falta de sensibilidad de hacer el par de la cancha!

-¡Es un monstruo! -bromeó Sloan-. ¡No merece vivir! Él rió.

-Me encantan las mujeres con sentido del humor, ,y el suyo es evidente. Estoy intrigado. ¿Quién es usted?

La casa del padre de Sloan estaba a pocas casas de ésta, y era más que probable que los dos hombres se conocieran. Ella no quería revelar que era la hija de Carter Reynolds, pero cuando se fuera y volviera a la casa, este hombre la vería entrar.

-Me llamo Sloan -dijo, evasiva. -¿Ese es su nombre de pila?

-Sí. ¿Y el suyo? -agregó ella, rápido, antes de que él pudiera preguntarle el apellido.

-Douglas, pero no la había visto antes por aquí.

-Vivo en Bell Harbor. Estoy de visita, pero sólo por unos pocos días.

-¿En serio? ¿En la casa de quién está? Yo conozco a casi todas las familias de este sector de la playa.

Sloan estaba atrapada.

-Con la familia de Carter Reynolds.

-¡Cielo santo! Conozco a los Reynolds de toda la vida. ¿Es amiga de Pans?

Sloan asintió y miró el reloj. -Tengo que irme.

El otro se apenó tanto que ella se sintió culpable.

-¿No tiene unos minutos más para iluminar el día de un viejo solitario? El médico no me deja conducir, y mi hijo está trabajando o siempre en otro lado. Le aseguro que soy completamente inofensivo.

Sloan se sentía impotente con relación a los problemas de los viejos, incluyendo a los viejos con dinero, quienes, veía ahora, también sufrían de soledad.

-Supongo que tengo un poco de tiempo antes de tener que jugar al tenis. ¿De qué quiere hablar?

-¿De conocidos mutuos? -sugirió él en seguida, y con una alegría descarada-. ¡Podríamos intercambiar chismes... Hacer trizas sus reputaciones! Eso siempre es divertido.

Sloan lanzó una carcajada por la propuesta y por el tono en que había sido hecha.

-No va a funcionar. Los únicos a los que conozco en Palm Beach son los Reynolds.

-No es divertido chismear sobre ellos -bromeó él-. Son horriblemente aburridos y derechos como los árboles. Hablemos de usted.

-Yo también soy aburrida -le aseguró ella, pero él se negaba a dejarse disuadir del tema elegido.

-No tiene anillo de compromiso, lo que significa que no está casada, lo que significa que debe ocupar su tiempo de otras formas. ¿Tiene alguna carrera?

-Soy diseñadora de interiores -respondió Sloan y agregó, rápido-, pero ése no es un tema muy divertido. Hablemos de algo que le interese también a usted.

Librodot

-Me interesan mucho las mujeres hermosas que, por alguna razón, no quieren hablar de sí mismas -dijo con una súbita perspicacia que sorprendió y asustó a Sloan después de su parloteo en apariencia ligero e inocuo-. Sin embargo -la tranquilizó-, no hurgaré en sus secretos. Veamos... Necesitamos un tema que nos interese a los dos. No creo que le fascinen las fusiones corporativas, las altas finanzas, la política mundial... Ese tipo de cosas, ¿o sí?

Sloan asintió, entusiasmada.

-Oí algunas teorías muy interesantes sobre el futuro del mercado mundial anoche, durante la cena.

Él pareció anonadado, gratificado e impresionado.

-Una mujer hermosa con un buen corazón, sentido del humor y una buena cabeza. Con razón no está casada... Seguro que asusta a morir a los jóvenes de su edad. -Le dirigió una sonrisa encantadora que hizo que Sloan se preguntara si sería tan inofensivo como había dicho, y entonces él se dio un golpecito en la rodilla .y anunció: -Hablemos de economía rusa. Me encanta oírme a mí mismo hablar de ese tema. Nunca dejo de divertirme con mi sabiduría y mi perspicacia...

Sloan rió, sin poder evitar quedar encantada con su sentido del humor. Y entonces se puso a escucharlo... Y quedó impresionada.

Cuando ella se fue, Douglas Maitland se quedó al borde del parque, mirándola, luego caminó hasta la casa y entró en la cocina.

-Buenos días -les dijo a su hijo y a su hija mientras se servía café-. Tendrían que haber observado la salida del Sol hoy. Fue hermosa.

Su hijo estaba sentado a la mesa de la cocina, leyendo The Wall Street Journal. Su hija estaba sacando un pan de la tostadora. Los dos levantaron la cabeza sorprendidos por su alegría.

-Parece que estás de un humor excelente esta mañana -comentó Noah,.

-He tenido una mañana maravillosa.

-¿Haciendo qué? -preguntó, desafiante y escéptica, su hija Courtney-. En primer lugar; no fuiste a ningún lado. En segundo lugar, no hay dónde ir. Palm Beach es el infierno. No puedo creer que de veras quieras que yo viva aquí permanentemente cuando podría estar en un colegio en California. -He de ser masoquista -le dijo Douglas, contento-. No obstante, para responder tu original pregunta, mi mañana se hizo maravillosa por la presencia de una joven fascinante que se dio cuenta de que me dolía el hombro y que me ofreció primero su ayuda y luego su conversación.

Courtney entrecerró los ojos. -¿Qué tan joven?

-Menos de treinta, supongo.

-¡Ah, espléndido! Las dos últimas veces que conociste "una joven fascinante" de "menos de treinta", te casaste con ellas. -No seas sarcástica, Courtney. Una de esas mujeres era tu madre.

-La segunda era demasiado joven para tener hijos -mintió la muchacha.

Douglas no le hizo caso y describió Sloan a su hijo.

-Me confundió con un jardinero, error comprensible, considerando que yo estaba cavando la tierra. Tuvimos una charla encantadora. No vas a adivinar quién es.

-Déjenme probar -interrumpió Courtney-. Mientras tú estabas hablando con ella, ¿ella estaba sentada en un banquito, tomando el té con bizcochitos?

Los dos hombres la ignoraron. -¿Quién es? -preguntó Noah. -Si cenaste en lo de Carter anoche, probablemente la hayas conocido. Pensé preguntarle, pero no me hacía gracia admitir que tengo un hijo de tu edad. Mi vanidad ya había sufrido un rudo golpe cuando me confundió con un jardinero. Se llama Sloan.

Noah, lanzó una carcajada.

-¡Estás bromeando! ¿De qué diablos pudiste hablar con ella?

-De muchas cosas. Hablamos de cuestiones mundiales, de economía...

-Habrás hablado tú solo -dijo su hijo, sarcástico-. No puede decir una frase inteligente ni leyéndola.

-Esta mañana estuvo muy bien. Me comentó que anoche había escuchado una conversación parecida. Cuando me dijo lo que había escuchado, me pareció como proveniente de ti.

-Me asombra que haya sido capaz de repetirla, pero, hazme caso, no entendió nada.

-¡Quien te oye diría que es un loro! En serio, Noah, creo que se me puede considerar un buen juez, y te garantizo que no sólo es hermosa, también es muy inteligente. E ingeniosa, además.

-¿Los dos hablamos de la hija de Carter Reynolds? Fue el turno de Douglas de sorprenderse.

-¿La qué?

-Carter tiene dos hijas. Paris es un año mayor.

-Hace décadas que conozco a Carter y nunca me dijo nada de otra hija.

-Anoche me contó que las chicas fueron separadas de pequeñas, cuando el divorcio, y Sloan se quedó con la madre. Después de su ataque cardíaco, Carter decidió tratar de re-componer la brecha familiar, de manera que la invitó a venir de visita. Hasta ayer, las dos ramas de la familia no habían tenido contacto.

-¿Por qué no?

Noah hizo a un lado el diario y se puso de pie.

-No tengo idea. Carter no me explicó mucho más y a mí no me pareció prudente preguntar.

-¡Me pareció que ella tenía un secreto! -dijo Douglas, sonriendo ante su propia percepción-. La engañé haciéndole creer que era el jardinero, y entonces ella me engañó a mí manteniendo su identidad en secreto. Tiene que haber sabido que yo averiguaría quién es. Estamos a mano. ¡Qué muchacha asombrosa! Te dije que la habías subestimado.

-Puede ser -respondió Noah, nada convencido, pero definitivamente curioso.

Courtney terminó de ponerle queso crema a su bollo y paso junto a Noah camino a la mesa.

-Ya veo en qué va a terminar todo esto -predijo-.

Mi hermano se va a casar con Paris, mi padre se va a casar con la hermana de Paris y yo voy a ir al programa de Sally Jessy con Raphael a hablar de familias postizas incestuosas. Va a ser muy fuerte.

-Ya te he dicho que no me voy a casar con Paris -exclamó Noah.

-Bien, con Sloan no puedes casarte, porque nuestro padre tiene planes al respecto. Y no puedes casarte con ella después de él, porque eso ya es viejo y no lo aceptarán en el programa de Sally. Ya hicieron programas con "mi cuñada antes era mi madrastra».

-¡Basta!

Courtney esperó a que Noah no pudiera oída y miró a su padre, que estaba abriendo el diario de Noah.

-¿Por qué le permites que me hable de esa manera? -Douglas ignoró su intento de provocar una pelea y buscó el editorial. -No es mi padre, es apenas mi hermano. ¿Por qué le permites que me hable de esa manera?

-Porque yo estoy demasiado viejo como para darte una palmada y él se niega a hacerlo.

-Lo disfrutaría, supongo. Adora la violencia.

-¿Por qué dices eso? -preguntó Douglas, con suavidad. -Tú sabes por qué -replicó ella-, aunque te hagas el que no lo sabes porque perdiste casi todo tu dinero y ahora él está

haciendo tanto que por eso podemos seguir viviendo así. Cuando lo atrapen ¿vas a hacerte el que no sabías nada?¿ Vas a ir a verlo los días de visita?

Capítulo 17

En la cancha de tenis, el padre y la hermana de Sloan no sólo se veían muy bien con sus pieles bronceadas en invierno y su ropa de tenis blanca, sino que además tenían la gracia ,y la fuerza de dos pura sangre perfectamente sincronizados, y Sloan no pudo evitar sentirse impresionada al principio del primer juego del set.

Para cuando terminó el juego, Sloan se había dado cuenta de otra cosa: su padre jugaba al tenis como si la cancha fuera un campo de batalla, y no mostraba piedad para con el enemigo, aunque era obvio que Paul y Sloan no tenían remedio. Más aún, tampoco mostraba piedad para con su compañera. Cada vez que Paris hacía lo que él consideraba un error, por insignificante que fuera, le daba una clase o la criticaba.

Eso puso tan incómoda a Sloan que le dieron ganas de gritar de alegría cuando faltaba nada más que un juego. Pero no lo hizo, en cambio, se quedó junto a Paul de su lado de la red, tratando de hacer que no oía a su padre criticando a Paris por cómo había marcado el último tanto.

-¡Estuviste toda la mañana demasiado cerca de la red! Paul perdió el último punto solamente porque tuviste suerte. Los perdedores confían en su suerte. Los ganadores confían en su habilidad. Tú lo sabes, ¿no?

-Sí -dijo ella, tan compuesta y amable como siempre, pero Sloan sabía que tenía que sentirse horriblemente incómoda, y se preguntó si él se comportaría así con ella cuando jugaban con otras personas.

-¡Esto es increíble! -le susurró Sloan a Paul-. ¿Por qué no lo encara y le dice que hace lo que puede?

-Porque no está haciendo lo que puede -respondió Paul-. Está tratando de jugar lo bastante bien como para complacerlo, pero no tan bien para que tú y yo nos sintamos perdidos del todo.

A Sloan le dio un vuelco el corazón. Ella había tenido la misma impresión pero, cuando Paul puso su pensainiento en palabras, éste se convirtió en un hecho, y entonces no pudo ya evitar la simpatía llena de rabia que estaba sintiendo por Paris. La personalidad de Carter se dio vuelta, para bien, apenas terminó el partido. Con todo el encanto cordial mostrado el día anterior, corrió hacia la red y le dedicó a Sloan una sonrisa de aprobación.

-Tienes mucho talento natural, Sloan -le dijo-. Con un buen entrenamiento podría convertirte en una rival interesante. Voy a trabajar contigo mientras estés aquí. Es más, ya mismo te daré una lección.

El anuncio le arrancó una sonrisa de espanto a Sloan. -Muy gentil de tu parte, pero creo que paso.

-¿Por qué?

-Porque jugar al tenis no me vuelve loca. -Eso es porque no juegas demasiado bien.

-Tal vez tengas razón, pero prefiero no intentarlo. -Muy bien. Estás en buen estado físico. Corres. ¿Qué más haces?

-No mucho.

-¿Y ese curso de defensa personal que hiciste? ¿Te enseñaron un poquito de tae kwon do o de jujitsu?

-Un poco -dijo Sloan, evasiva.

-Genial. Yo estudié artes marciales durante unos años. Vamos allá y me mostrarás qué eres capaz de hacer.

Este hombre no era sólo atlético, sino, además, un competidor compulsivo, pensó Sloan, impresionada, .y no iba a rendirse hasta no convencerla, de una u otra manera. Ella sabía también que a Carter Reynolds no le gustaba perder y, dado que ella estaba allí para congraciarse con él, no parecía buena idea humillarlo.

-No me parece buena idea.

-Te jugaré fácil -insistió él. Ignorando la protesta de ella, dejó la raqueta de tenis en el césped y se alejó unos pasos. -Ven.

Sloan le dirigió una mirada de impotencia a Paul y vio que Noah Maitland cruzaba el parque hacia ellos con un gran sobre castaño en la mano.

Carter también lo vio, y lo saludó con la mano. -No sabía que venías esta mañana, Noah.

-Traje unos papeles para que tú y Edith me firmen -explicó el otro.

-En seguida estoy contigo. Sloan hizo un curso de defensa personal hace poco y estaba por mostrarme lo que aprendió. -Tómate tu tiempo -dijo Noah.

Muy a desgano, Sloan dejó la raqueta de tenis en el suelo junto a la de su padre. Paris parecía inquieta pero no dijo nada. paul también parecía inquieto, pero Sloan no sabía si le preocupaba que ella pudiera salir lastimada o que ella lastimara a su anfitrión. Noah Maitland cruzó los brazos sobre el pecho y adoptó un aire escéptico, lo que molestó a Sloan mucho más que lo que estaba a punto de hacer.

-No quisiera demorar su reunión -le dijo a Noah, esperando una salvación de último minuto-. Seguro que esos papeles son mucho más importantes que esto.

-Para mí no -dijo él e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Carter-. Adelante.

Sloan pensó que esa actitud era un poco extraña, pero no tenía otra opción que hacer lo que le sugerían. Se acercó a su padre, recordándose a sí misma que, hiciera él lo que hiciese, no sería buena idea tirarlo al suelo.

-¿Lista? -preguntó él con una inclinación de cabeza breve v formal.

Sloan asintió v devolvió el saludo.

El se movió con tal rapidez que Sloan no reaccionó a tiempo y él ganó un punto con una facilidad vergonzosa.

-No estabas alerta -dijo él con el mismo irritante tono de censura y condescendencia que había usado con Paris durante el partido de tenis. En lugar de darle tiempo para que volviera a su posición, volvió a atacar, y la sorprendió con la guardia baja. -Sloan no estás concentrada.

Sloan decidió que era una excelente idea tirarlo al piso. Él vino hacia ella, pensando ver una entrada, .y se lanzó con todo. Sloan giró sobre sí misma y con una patada alta y fuerte lo tiró al suelo.

-Creo que ahora sí me concentré -dijo, con dulzura. Algo más atento, él se puso de pie y comenzó a moverse en círculos, buscando un nuevo blanco. Mentalmente, Sloan reconoció que él era muy bueno, pero también que pecaba de exceso de confianza en sí mismo. Él atacó, ella respondió con una llave y le pegó en el plexo solar, dejándolo sin aliento.

-Creo que ahora estuve un poco más atenta -confesó. Los violentos no eran una raza desconocida para Sloan y, cuando hizo el siguiente punto, se dio cuenta de que él se había

convertido en uno. Se inclinó, con la cara roja de rabia y vergüenza, y sus movimientos perdieron toda gracia y estilo. Esperó una apertura, entonces giró sobre sí mismo y largó una patada, pero erró. Apenas él se recuperó, Sloan anotó otro punto, y entonces decidió que había llegado el momento de terminar esta "exhibición" antes de verse obligada a lastimarlo o a arriesgarse a salir ella lastimada.

Con las manos en las caderas se puso fuera del alcance de él.

-Basta para mí -dijo, riendo, tratando de aflojar la tensión-. Juegas muy fuerte.

-Todavía no terminamos -dijo él, sacudiéndose el césped de los pantaloncitos.

-Sí, ya terminamos. Estoy agotada.

Para sorpresa de Sloan, fue Noah Maitland quien vino en su rescate.

-Carter, no es muy amable agredir a tus invitados al segundo día de su visita.

-Es cierto -bromeó Sloan-. Se supone que tienes que esperar al tercer día.

Se volvió para recoger la raqueta de tenis que estaba en el suelo, a los pies de Noah Maitland, pero él la recogió por ella ,y se la alcanzó.

-Mi padre te manda saludos -dijo, y el encanto de su lenta sonrisa blanca era tan electrizante que a Sloan le fue dificil concentrarse en las palabras mientras tomaba la raqueta. -¿Perdón?

-Mi padre me dijo que esta mañana tuvo una conversación fascinante contigo. Estaba muy impresionado.

-No tenía idea de que fuera tu padre -balbuceó Sloan, horrorizada.

-Me di cuenta. -Miró a Carter y Sloan aprovechó la oportunidad para huir. -Carter -dijo él-, si quieres ir a tu mesa de póquer de los martes en el club, yo llevo a Sloan, Paul y Paris a cenar.

Sloan ya iba rumbo a la casa con Paul, pero oyó que su padre decía:

-¡Excelente idea! Sloan -llamó-. ¿A ti y a Paul les parece bien?

No era una "excelente idea" y no "les parecía bien". Sloan se volvió, pero sin dejar de caminar hacia atrás en una tonta compulsión por poner la mayor distancia posible entre Noah Maitland y ella.

-Nos encanta -dijo y agregó, para Paul-: Me gustaría que pudiéramos encontrar una excusa para no ir.

El le dirigió una mirada de soslayo.

-Me gustaría saber algo de esos documentos que Maitland quiere que le firmen.

-¿Noah Maitland es sospechoso de algo?

-Todos son sospechosos, excepto tú .y yo. Aunque por otro lado -agregó, bromeando-, de ti no estoy tan seguro. -Más sobrio, dijo: -Me pregunto qué tipo de documentos requieren la firma de Edith Reynolds. Si lo supiera, podría indicarnos un rumbo que no se nos ha ocurrido investigar.

Sloan tuvo la impresión de que él no le estaba contando toda la verdad, pero sabía que era inútil intentar interrogarlo.

-¿Cómo fue que conociste al padre de Maitland esta mañana?

-Cuando volvía de correr. Vi a un hombre que estaba cavando un jardín, se detuvo y se incorporó. Fue evidente que estaba muy dolorido. Me detuve para ayudarlo y me quedé charlando con él un ratito. Al principio pensé que era el jardinero.

-¿No le dijiste nada, no?

-Nada que pudiera perjudicarnos y nada más que lo necesario. En realidad, sólo le di mi primer nombre, pero no pude evitar decirle dónde me alojaba. ¿He creado algún problema? Él pensó un momento.

-En absoluto -dijo, con una sonrisa inexplicable-. El padre de Maitland no es el único al que impresionaste hoy. Creo que también impresionaste al hijo. Me parece que está un poco intrigado.

-¿Por mí? ¡Estás loco!

-Vi cómo te miraba. Y tú también te diste cuenta. Te pusiste muy nerviosa.

Sloan rió por lo absurdo de la conclusión de él.

-Los hombres como Noah Maitland generan suficiente electricidad sexual como para iluminar la ciudad de Nueva York, y lo saben. Es un poder que tienen, y lo usan sobre cualquiera que esté cerca. Dio la casualidad que quien estaba cerca era yo. Sentí el choque y me puse "nerviosa".

-¿Funciona así? ¿Cuántos hombres como Noah Mailand has conocido?

-Tengo un conocimiento heredado de los hombres de ese "tipo"-dijo Sloan, firme-, y, por consiguiente. inmunidad genética.

-¿De qué hablas?

-De mi madre. Basada en lo que ella me contó y en lo que veo con mis propios ojos, mi padre tuvo que haber sido igual a Noah Maitland. ¿Sabías que Paris está enamorada de él? Están prácticamente comprometidos.

Se acercaban a los escalones del patio y él bajó la voz. -Paris no está enamorada de él. Tu padre la está presionando para que se case con Maitland. Pero ella no quiere. Por desgracia-agregó, filosófico-, eso no significa necesariamente que ella no agache la cabeza ,y lo haga, de todas maneras. Ambos hombres la dominan y la intimidan de manera absoluta. -¿Cómo sabes todo esto?

-Me confió la primera parte esta mañana, en el desayuno. El resto lo deduje por mí mismo.

-¿Ella te dijo todo eso? -repitió Sloan, atónita-. Es difícil imaginársela confiándose tanto a alguien. ¿Y por qué a ti? -Porque yo no la domino. Por otro lado, soy varón, y a ella la intimidan los hombres, por eso, cuando le hice una pregunta directa, pero con gentileza, se sintió obligada a responder. -Es muy triste -dijo Sloan, en voz queda, mientras se detenían cerca de la puerta trasera de la casa-. Yo no pensé que Paris me caería bien. No quiero que me caiga bien.

Él rió.

-Pero ha sucedido. E incluso, mientras estés aquí, vas a tratar de protegerla de esos dos hombres.

Había momentos en los que la actitud de sabelotodo de Paul Richardson le molestaba mucho.

-¿Por qué estás tan seguro de lo que dices? ¿De dónde sacaste que voy a hacer semejante ridiculez?

La ira de ella no lo amedrentó en lo más mínimo.

-No podrás evitarlo -afirmó, implacable, pero no sin un dejo de suavidad-, porque tú tienes una compulsión a ayudar a la gente que te necesita.

-Tú no eres psicólogo.

-Cierto -dijo él con una amplia sonrisa mientras le abría la puerta trasera-, pero reconozco un corazón blando, y el tuyo es más blando que la gelatina a medio derretir.

-Es un comentario bastante asqueroso.

-En realidad, era un cumplido -dijo él-. Me encanta la gelatina a medio derretir. Sólo una cosa: no permitas que tu blando corazón interfiera con tu criterio o con tu trabajo aquí.

Garv Dishler los interceptó en la cocina, de manera que Sloan se vio privada de la oportunidad de responder al último comentario.

-Ha sido una mañana muy divertida -mintió-. Voy arriba a darme una ducha...

-Discúlpeme, señorita Reynolds -dijo Dishler-. La señora Reynolds quiere verla en el solárium.

-Oh. -Sloan se miró los pantaloncitos manchados de césped y los brazos sucios. -Tengo que darme una ducha y cambiarme de ropa primero. ¿Querría decirle que iré a verla apenas pueda?

-La señora Reynolds dice que quiere verla de inmediato -le informó él.

La convocatoria sonaba de mal agüero, y Paul también lo notó.

-Iré contigo -dijo.

Gary sacudió la cabeza y, con firmeza, le dijo a Sloan: -La señora Reynolds dijo que quería verla a solas.

El solárium daba al parque de atrás y cuando Sloan vio la expresión hosca en el rostro de Edith Reynolds supuso que la anciana había visto la breve competencia de defensa personal y no la había aprobado.

-¡Caramba con la exhibición que diste! -Hizo una pausa para dirigir una mirada condenatoria a los cabellos y los pantaloncitos sucios de Sloan. -Las mujeres bien educadas no se revuelcan en el césped, tampoco se pasean en ropa sucia.

Sloan se dolió ante lo injusto del ataque.

-Yo no quería dar esa exhibición. En realidad, hice todo lo que pude por evitarlo, pero su nieto insistió. Es más, quise cambiarme de ropa antes de venir a verla, pero el señor Dishler insistió en que usted quería hablar conmigo de inmediato.

La cara de la anciana se inmovilizó ante la rebelión de Sloan.

-¿Terminaste? Sloan asintió. -Vaya con el carácter que tienes. -Tuve una mañana difícil.

-Eso vi. En las últimas horas corriste por la playa e inten taste rescatar a Douglas Maitland, según me dijo Noah. Volviste a tiempo para jugar al tenis, aunque nada bien, y después completaste tu ocupada mañana tirando a tu padre en el césped, no una sino dos veces. Si te queda un poco de energía después del almuerzo, te rogaría que se la dedicaras a tu revés.

-¿Qué?

-Puedes mejorar mucho tu tenis.

-Señora Reynolds, yo no pertenezco a la burguesía adinerada y ociosa. ¡Trabajo para mantenerme, mi tiempo es valioso, prefiero ocuparlo haciendo lo que me gusta y no me gusta jugar al tenis!

-Yo en mi época gané trofeos. Los Reynolds siempre nos hemos destacado en tenis. Hay ramas de nuestra familia que juegan campeonatos de tenis en los mejores clubes de campo de todo el país. En estos momentos, tu juego es una vergüenza para el nombre de la familia pero, con una práctica responsable, creo que podrás estar a la altura de nuestra reputación.

-No tengo ni intenciones ni ganas de hacer eso -le informó Sloan, despectiva-. Yo no soy miembro de la familia Reynolds.

-¡Muchacha tonta! No te pareces a nosotros, pero por dentro eres más Reynolds que Paris. ¿De dónde te crees que sacaste esa actitud orgullosa y desafiante que me estás mostrando en este mismo momento? ¿Por qué crees que te negaste a permitir que Carter te humillara ahí afuera? Mírate: íntegra, segura de ti misma, aunque estás sucia y vestida de una manera horrible, con la confianza de una reina de que tienes todo el derecho del mundo de mirarme desde arriba en mi propia casa porque crees que tú tienes razón y yo no. Si esa no es la superioridad de los Reynolds, no sé cómo la llamas.

-Si piensa que me halaga, debo decirle que no es así. -¡Ja! -dijo ella, y le dio un golpe al brazo de la silla, triunfante y divertida-. ¡Dicho como toda una Reynolds! Te crees mejor que nosotros aunque nosotros podríamos comprar y volver a vender la ciudad en la que vives. Cómo me gustaría que la madre de Carter estuviera viva para poder presenciar esto. Cuando fue a Florida a traerlo a él a casa, quiso elegir a la niña que se pareciera más a nosotros. ¡A pesar de todas sus conspiraciones, esa mujer malvada y egoísta eligió a la niña equivocada!

-Lo que fue una suerte para mí.

-Basta de halagos. Creo que nosotras dos nos entendemos muy bien y ahora podemos llegar muy rápido a un entendialiento más profundo. Siéntate, por favor.

Atrapada entre la ira y la risa por lo de la palabra "halagos" para describir el diálogo entre las dos hasta ese momento, Sloan se dejó caer en la silla de mimbre junto a la de la anciana.

-Voy a dejarme de rodeos -anunció, provocando en Sloan un nuevo temor divertido-. Insistí para que te invitaran a pasar unos días con nosotros y lo hice por muchas y muy buenas razones... ¿Qué te sorprende tanto?

-Yo tenía la impresión de que había sido idea de mi padre. Me dijo que había tenido un ataque cardíaco y quería conocerme mientras todavía hubiera tiempo.

La anciana vaciló, jugueteando con el siempre presente collar de perlas que llevaba al cuello, y luego agregó, renuente: -Te equivocas. Al principio, él tenía incluso más objeciones que Paris.

-¿Paris tenía objeciones?

-Por supuesto. Se apenó mucho cuando se enteró de que habías aceptado la invitación.

Sloan desvió la mirada hacia las azaleas rosadas que florecían junto a su silla mientras trataba de asimilar todo esto sin sentir ninguna emoción.

-Entiendo.

-No creo que entiendas. Cuando Paris era chiquita, la madre de Carter la convenció, sin lugar a la menor duda, de que tu madre era una persona poco adecuada para que se le permitiera estar cerca de niños, y que un juez había hecho una ley especial para impedir que tu madre se acercara a ella. Más tarde le hicieron creer que tú, naturalmente, saldrías igual a tu madre.

Hizo una pausa para permitir que lo anterior fuera cabalmente comprendido y prosiguió:

-En cuanto a Carter, tenía varias razones para no querer traerte a la familia a esta altura de los acontecimientos. Para empezar, no creía apropiado introducirte a una vida que nunca tuviste. Más que nada, yo sospecho que se sentía culpable por haberte abandonado. En cualquier caso, es comprensible que no quisiera enfrentarse ahora cara a cara con la persona a la que había perjudicado. Yo hace mucho tiempo que quería presionar para que se realizara este reencuentro, pero no pude hacerlo hasta que la madre de Carter, mi nuera, me hizo el sorprendente favor de precederme en la muerte.

-¿Por qué no?

-Porque ella te habría ahuyentado en diez minutos. Tú jamás habrías tolerado que te tratara como te habría tratado ,y no quise someterte a eso. Yo podría haber ido a verte, supongo, pero eso no habría compuesto la separación entre Paris, Carter y tú. Y ésa es mi meta.

Sloan quedó alelada al descubrir que la meta de la anciana era evidentemente componer, cuando todo lo que había hecho hasta ese momento había sido humillar, criticar y enojar a Sloan.

-Cuando murió la madre de Carter, me di cuenta de que podría traerte con nosotros, y obligué a Carter a avanzar con el plan. No tuvo opción.

-¿No?

-Claro que no -anunció ella con una risa siniestra-. Porque yo manejo los cordones de la Bolsa.

Sloan parpadeó y se aclaró la garganta. -¿Que usted hace qué?

-Yo controlo la Hanover Trust, compañía dueña de una parte importante de la fortuna de los Reynolds -declaró, como si ese dato sólo pudiera aclararle todo a Sloan.

-No entiendo -dijo Sloan.

-Es muy sencillo. Mi padre, James Hunsley, era un sinvergüenza muy buen mozo y de una muy buena familia, pero pobre como las ratas, que para cuando cumplió veinticinco años ya se había jugado la herencia. Para continuar su estilo de vida tenía que casarse con una heredera, y eligió a mi madre, heredera de la fortuna de los Hanover. Mi abuelo le vio las intenciones y no quiso dar su consentimiento para la boda, pero mi madre lo amaba, y era una muchacha consentida y testaruda. Amenazó escaparse con él, y mi abuelo cedió. pero no antes

de arreglar las cosas de manera tal que mi padre nunca pudiera tener un control completo sobre la fortuna de mi madre. El abuelo Hanover creó un Banco fiduciario y le dio a ella el control después de su muerte, pero sólo con el asesoramiento y el consentimiento de los otros miembros del directorio nombrados por él. Según los estatutos de ese Banco, el control permanece en las manos del mayor descendiente vivo de los Hanover, no del cónyuge de un Hanover. En estos momentos Yo soy ese descendiente.

Sloan decidió no hacer ningún comentario ante la revelación. Su padre ha de haberse desilusionado cuando se enteró. Estaba furioso, pero, cuando se dio cuenta de que su vida no mejoraría a menos que él hiciera dinero propio, se abocó a eso. La suya fue una fortuna modesta, no como la de los Hanover, y, por supuesto, la mitad pertenecía a mi madre, y terminó en el galleo. Carter heredó la perspicacia para los negocios de mi fa-milia, y más que duplicó la fortuna de los Reynolds -comentó, orgullosa-. Pero no te mandé buscar para hablar de Carter. Es de Paris de quien quiero hablar. Sucede que, a pesar de todo lo que le quisieron hacer creer de tu madre y de ti, anoche me dijo que le caías muy bien.

Hasta ese momento, todo lo que había dicho había sido tan negativo que Sloan no estaba para nada preparada para los elogios que siguieron.

-Me parece claro que tienes coraje y espíritu, y quisiera que Paris tuviera un poco más de lo mismo. ¿Tal vez pudieras recordarlo cuando estés con ella? -Se interrumpió al oír los pasos de Paris y esperó en silencio hasta que la muchacha le dio un beso en la mejilla. -Tu juego fue un desastre esta mañana-dijo, severa-. Jugaste demasiado cerca de la red. ¿Qué te pasaba?

-Supongo que un mal día.

-Tonterías. Trataste de no hacer quedar mal a Sloan, porque el juego de ella es deplorable. Basta de hacer esas cosas -dijo, cuando Paris iba a responder-. ¿Tú y Sloan van a jugar golf esta tarde?

-Sí, tenemos un turno para un poco más tarde.

-Bien, quiero que las dos lo pasen muy bien juntas. ¿Qué planes tienen para la noche?

-Noah quiere llevarnos a cenar a Paul, a Sloan y a mí. -Excelente -dijo la anciana con una enfática inclinación de cabeza-. A tu padre se le ha metido en la cabeza un casamiento en Navidad para ustedes dos. Y tienes que pasar más tiempo con Noah.

Sloan no quería jugar golf, y sabía que Paris no quería casarse con Noah. Al parecer a Carter y a Edith Reynolds no les interesaba lo que querían aquellos que estaban bajo su control. Sloan no estaba segura de lo que quería, seguía bajo la impresión de las cosas que había dicho Edith, y estaba ansiosa por contarle los trechos relevantes a Paul. Más allá de eso, lo único de lo que estaba segura era que quería conocer mejor a Paris.

-Tengo que darme una ducha -les dijo a las dos y, en seguida, le dirigió una amplia sonrisa a Paris-. A mí me gustaría agradecerte que no te tomaras muy a pecho ganarnos a Paul .y a mí ese partido de tenis. Estuviste muy amable.

-¡Tonterías! -interrumpió Edith-. ¡Tendría que haber utilizado el tiempo para pulir sus habilidades, no para dejarlas oxidar!

Sloan se dio cuenta de que esta anciana no iba a respetar a nadie a quien ella o su nieto pudieran pisotear, aunque consideraba que tenía la prerrogativa del pisoteo.

-Paris tiene presente que Paul y yo somos sus invitados y su prioridad absoluta es hacernos sentir cómodos. Creo haber leído en un artículo sobre etiqueta que apareció en el diario

que ése es el primer y más importante de los deberes de una anfitriona. ¿No es así? -terminó Sloan, tratando de aparentar inocencia.

Edith Reynolds no se dejó engañar.

-Jovencita, ¿tienes el coraje de querer enseñarme modales?

Sloan se mordió el labio para disimular una sonrisa. -Sí, señora, creo que sí. Pero un poquito, nada más. -Muchacha insolente -dijo la anciana con un tono de censura al que le

faltaba enojo real-. No soporto verte con toda esa mugre ni un segundo más. Corre a darte una ducha. Excusada, Sloan comenzó a irse.

-Y no desperdicies agua -le dijo Edith, irritable. Cuando Sloan se hubo ido, Edith fijó sus ojos celestes en Paris.

-Es una joven impertinente. No tiene ningún respeto por la autoridad. Y poco por el dinero. ¿Qué piensas de ella? Hacía mucho, de niña, Paris Reynolds había aceptado el hecho de que era inútil y poco prudente para cualquiera, incluso para ella, oponerse a cualquier miembro de su familia. Eran indomables y despiadados, mientras que ella era cobarde y débil. Sin embargo, en la última hora había visto a su hermana menor plantarse, primero por sí misma y luego por ella. En vista de eso, ahora parecía imperativo que Paris debía hacer lo mismo. Los nervios le humedecieron las palmas de las manos, y se las restregó sobre los pantaloncitos.

-Yo... Perdóname, bisabuela -dijo Paris, y le temblaba la voz por lo extraño de estar tomando una posición de oposición-, pe..., pero ella...

-¡No tartamudees, muchacha! Hace años que superaste ese defecto.

Sacudida pero aún determinada, Paris levantó el mentón, miró a su bisabuela a los ojos, como había hecho Sloan, y anunció:

-¡Me encanta!

-Bien, ¿entonces por qué no lo dijiste directamente, sin vueltas?

Incapaz de responder ni de soportar un sermón, Paris miró el reloj.

-Si no me doy prisa y me ducho, perderemos el turno en el club.

-Échale un vistazo a la ropa que trajo -exclamó Edith-. Que no vaya a pasar vergüenza, ni hacernos pasar vergüenza a nosotros, mientras esté aquí. Va a encontrarse con nuestros amigos en el club y en la ciudad. Si necesita ropa, ocúpate. Paris se volvió, desolada.

-No puedo revisarle el armario, menospreciarle la ropa y decirle que no es adecuada.

-Claro que puedes. Tú tienes un excelente sentido del estilo. Diseñas ropa.

-Sí, pero...

-¡Paris! Ocúpate de ese asunto. Y, Paris... -llamó cuando la muchacha ya se iba-. No hay por qué derrochar dinero en tiendas caras, a menos que no tengas absolutamente nada que prestarle.

Capítulo 18

Sloan no tenía idea de cuánto sabía el FBI sobre su padre o sus finanzas, ni siquiera de qué era sospechoso, pero le pareció importante contarle a Paul de lo que se había enterado. Frustrada de que el intercambio de información fuera estrictamente una calle de una sola vía, golpeó a la puerta de la habitación de él. Como no hubo respuesta, siguió por el corredor hasta su propia habitación y se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave. Golpeó.

-¿Hola? ¿Hay alguien?

La puerta se abrió tan de repente que ella dio un paso atrás y se quedó mirando confundida a Paul, vestido con pantalones cortos y con la novela de ella en una mano, con el índice entre las hojas, como para marcar el lugar.

-Mi habitación no tiene balcón, así que se me ocurrió tomar la tuya prestada por un rato, hasta que volvieras -le explicó él.

Sloan sabía que Paul mentía por si alguien los escuchaba desde el corredor. Lo siguió dentro de la habitación y cerró la puerta.

-¿Qué estás haciendo en realidad?

-Revisando a ver si hay micrófonos. No encontré ninguno. La idea de que en una casa privada su propio dueño hubiera puesto micrófonos era ridícula, y eso dijo Sloan.

-Fue sólo una precaución. Se sabe que tu padre es un hombre muy cauteloso.

-No tanto, o tú .y yo no estaríamos aquí -bromeó Sloan-. Y hablando de por qué estamos aquí -prosiguió, con una sonrisa de satisfacción-, acabo de tener una reveladora conversación con mi bisabuela. ¿Sabías que ella controla la parte mayor del dinero de la familia?

-¿Te refieres al Hanover Trust?

Algo frustrada, Sloan asintió.

-¿Qué te dijo?

Sloan repitió casi palabra por palabra las partes pertinentes de la conversación con su bisabuela.

-Nada nuevo -dijo él-. Al menos nada significativo. Estuviste un rato largo con ella, ¿de qué más habló?

Sloan le contó el resto, y él pareció mucho más satisfecho con esto que con la información que ella había creído importante.

-Si ella quiere que pases bastante tiempo con Paris, hazlo. Yo me quedaré por aquí a ver qué puedo averiguar.

-¿Sobre qué? -preguntó Sloan, abriendo los brazos-. ¿Qué sospechas que hace él? Creo que corresponde que me des una mínima explicación.

-Tú viniste con la premisa de que sabrías lo que necesitaras saber. Cuando considere que necesitas saber algo más, te lo diré.

Luchando por igualar el tono indiferente de él, Sloan dijo: -Y cuando yo tenga algo que considere que tú necesitas saber, supongo que tendremos que negociar.

Ella esperaba que él reaccionara a la amenaza con una risa o enojándose, pero no fue así.

-Hay dos hombres en Palm Beach con los que será mejor que nunca tengas que negociar, Sloan. Yo soy uno de ellos. -¿Quién es el otro? -preguntó Sloan, desconcertada por la velada amenaza en la voz de él.

-Noah Maitland. Gracias por permitirme usar tu balcón -dijo, como remate teatral, y salió al corredor.

La puerta se cerró tras él y Sloan se dirigió despacio al baño para darse una ducha.

Ese hombre era completamente inescrutable, impredecible y testarudo, pero en algunas ocasiones también se había mostrado encantador y bastante amable.

Pero ahora tenía la incómoda sensación de que lo último podía ser una fachada falsa.

Capítulo 19

Cuando Sloan bajó, Paris estaba esperándola en el vestíbulo. -Traje el auto al frente -dijo, y Sloan la siguió afuera. Un convertible Jaguar oro claro con el techo bajo estaba estacionado en la entrada y, cuando cruzaron los portones de la mansión, Sloan miró la luz del sol que brillaba sobre los cabellos castaños de Paris. Pensaba en cómo su elegante hermana encajaba a la perfección con su elegante auto cuando Paris miró hacia el costado y sorprendió a Sloan mirándola.

-¿Te olvidaste de algo? -preguntó Paris.

-No, ¿por qué?

-Porque tienes una expresión rara.

Después de lo que había visto y oído de Paris ese día, Sloan quería desesperadamente quebrar la barrera de formalidad y llegar a conocer a su hermana. Se aferró a la oportunidad que le ofrecía la pregunta de Paris.

-Pensaba que este auto es muy hermoso y que encaja bien contigo.

Paris casi perdió el control del volante al volverse para mirar a Sloan.

-No sé qué decir.

-Puedes decir lo que te pase por la cabeza.

-Bien, entonces supongo que pensaba que eso era lo último que esperaba que dijeras.

Sloan había abandonado seguir sus intentos por entablar una conversación cuando Paris exclamó:

-Y pensaba que fue muy lindo que lo dijeras.

Le dio tal calidez a la palabra que Sloan supo que Paris lo había dicho como un gran cumplido. Doblaron a la izquierda a un gran bulevar y Paris dijo, dubitativa:

-¿No te parece raro estar aquí en el auto y saber que somos... Que somos hermanas?

Sloan asintió.

-Estaba pensando exactamente lo mismo.

-No eres en absoluto lo que yo esperaba.

-Lo sé.

-¿Lo sabes?

-Sí. Tu bisabuela me dijo qué te habían contado. Paris le dirigió una mirada de reojo.

-Es tu bisabuela también.

Algún demonio travieso le hizo decir a Sloan:

-De alguna manera me parece mucho más fácil creer que tú eres mi hermana a que ella es mi bisabuela.

-Es un poco difícil llegar a conocerla. Intimida a la gente. Incluyéndote a ti, pensó Sloan.

-¿A ti te intimida?

-En realidad, no. O puede que un poco -admitió Sloan. -Casi todo el mundo le tiene terror.

-No es la bisabuela típica. Al menos la imagen que tengo yo de una bisabuela típica.

-¿Cómo era tu abuela?

-¿La madre de nuestra madre? -dijo Sloan, suave. -Sí.

-Murió cuando yo tenía siete años, pero recuerdo que era muy..., "abuelota". Tenía olor a galletitas.

-¿A galletitas? Sloan asintió.

-Le encantaba hacer tortas. Era regordeta, supongo que por eso tiene que ver con lo de "abuelota". Siempre tenía galletitas para Sara y para mí.

-¿Sara?

-Una amiga de la infancia, que sigue siendo mi mejor amiga.

Siguió un silencio embarazoso, el silencio de dos personas que quieren avanzar pero que se sienten tan aliviadas por el lugar adonde han llegado que tienen miedo de dar los pasos siguientes. Sloan respiró hondo y rogó para que lo que iba a decir fuera lo correcto.

-¿Quisieras saber cómo es tu madre?

-Si quieres contarme. Depende de ti.

Sloan levantó la cara hacia el viento, echó la cabeza hacia atrás y consideró la respuesta evasiva de Paris.

-Si no somos honestas y francas -dijo, con serena sinceridad-, no tendremos oportunidad de conocernos de veras y yo no quiero perdérmelo. ¿Te parece que podríamos hacer un pacto de decirnos la verdad y lo que realmente sentimos? Hay que tener una confianza ciega, pero yo estoy dispuesta a intentarlo. ¿Tú?

Las manos de Paris se apretaron sobre el volante mientras pensaba en la propuesta de Sloan.

-Sí -susurró al fin-. Sí -volvió a decir, con una sonrisa tímida y una firme inclinación de cabeza.

Sloan puso a prueba el nuevo pacto.

-En ese caso, ¿quisieras saber cómo es en realidad tu madre?

-Sí, quiero.

-Es fácil -dijo Sloan, contenta-. Es muy parecida a la impresión que yo tengo de ti hasta el momento. Es buena. No le gusta lastimar a nadie. Adora la ropa linda y trabaja en la tienda más sofisticada de Bell Harbor. Todos los que la conocen la quieren, excepto Lydia, la dueña de la tienda. Lydia la tiraniza y la maltrata de una manera espantosa y se aprovecha permanentemente de ella, pero mamá siempre encuentra excusas para explicar la mala disposición de la otra. -Sloan se interrumpió porque apareció ante su vista la entrada del club de campo. -Paris, no juguemos al golf. Hagamos otra cosa.

-Pero papá quiere que te dé una lección.

-Ya sé, pero, ¿qué te parece si yo te digo que me niego terminantemente a jugar al golf? En ese caso, ¿qué puede hacer él? -Sloan se preguntó si él rezongaría o gritaría o algo peor. Tenía el temperamento de los tiranos. -¿Te gritaría? Paris se desconcertó ante la sugerencia.

-No, pero se sentiría terriblemente decepcionado.

-Ya veo. ¿Cuando dices decepcionado dices como esta mañana, cuando jugamos al tenis, que estaba "decepcionado" contigo?

-Sí, pero esta vez se decepcionará con las dos. Esta mañana fue sólo conmigo. No se recupera de las decepciones con la facilidad o la rapidez de otras personas -explicó, como si fue- ra un problema de ella, no de él... Un hecho justificable que Sloan debía aceptar y comprender como lo aceptaba y lo comprendía Paris.

Sloan lo entendía de mil maravillas: su padre no era físicamente violento. Por el contrario, se daba a la tiranía emocional, una forma brutal de dominación, más sutil pero igualmente efectiva.

-Si me niego por completo, entonces no puede decepcionarse contigo, ¿no?

-No, supongo que no. -¿Tú quieres jugar al golf?

Paris dudó tanto que Sloan no supo si su hermana no quería responder o si no sabía lo que quería y punto.

-No, en realidad, no. No me gusta tanto el golf como papá quisiera.

-Si pudiéramos hacer cualquier cosa que se nos ocurriera, ¿qué te gustaría hacer?

-Ir a almorzar a alguna parte y charlar.

-¡Me encantaría! Como yo me niego absolutamente a jugar al golf, él no puede sentirse decepcionado contigo, de modo que vamos a ir a almorzar y charlar.

Paris se mordió el labio y vaciló, en seguida dobló súbitamente a la derecha.

-Conozco un lugar ideal. Es un pequeño café donde podemos comer afuera. Nadie nos molestará ni nos apresurará. En Bell Harbor un "café" donde se pudiera comer era un lugar muy informal, primo hermano de una fonda. El café de Paris era un lujoso restaurante francés con toldo en la entrada, un patio cerrado, con fuente y todo, y un empleado que estacionaba el auto. El empleado la conocía, al igual que el maitre.

-Quisiéramos comer afuera, Jean -le dijo Paris a este último con esa sonrisa gentil que Sloan admiraba, ahora que se daba cuenta de que era genuina.

-¿Les traigo algo para beber? -preguntó él cuando estuvieron sentadas a una mesa cerca de la fuente con vista a las tiendas del otro lado de la calle.

Paris miró a Sloan para que decidiera, pero abruptamente decidió ella.

-Creo que vamos a tomar champaña... Una buena... Para una ocasión especial.

-¿Un cumpleaños? -quiso adivinar él. Paris negó con la cabeza y miró a Sloan con timidez.

-Más bien un renacimiento.

Cuando el maitre se fue, hubo una pausa incómoda mientras las dos pensaban cómo hacer para empezar a conocerse. Por la vereda de enfrente pasó una madre empujando un hermoso cochecito de bebé y una adolescente giraba alrededor de ella en una bicicleta de doce velocidades.

-Tuve mi primera bicicleta a los cinco años -dijo Sloan para quebrar el silencio-. Era demasiado grande para mí,y me chocaba contra todo el mundo hasta que al fin aprendí a mantener el equilibrio. El guardia del cruce decía que yo era una amenaza.

-¿Siempre supiste que querías ser diseñadora de interiores?

Aunque Sloan tenía que ocultar algunas cosas sobre su vida actual, estaba decidida a ser honesta con Paris sobre todo lo demás.

-En realidad -confesó-, mis metas primeras eran ser la Mujer Maravilla o la Batichica. ¿Y tú?

-Apenas tuve mi primera muñeca empecé a preocuparme de que tuviera un atuendo adecuado -admitió Paris-. Así que supongo que siempre me interesó la moda.

Llegó un camarero con una botella de champaña en un balde de plata y Sloan esperó a que terminara de servirles, mientras una pareja de adolescentes pasaba por la calle, de la mano.

-Parecen demasiado jóvenes para ya estar de novios y andar de la mano, ¿no? -comentó y, cuando Paris asintió, Sloan se aferró a eso como el siguiente tema de conversación-. ¿Cuántos años tenías la primera vez que saliste con un muchacho?

-Dieciséis -dijo Paris-. Se llamaba David y me llevó a mi baile de graduación. Yo quería ir con un muchacho llamado Richard, pero papá conocía a la familia de David y decidió que sería un acompañante más apropiado.

A Sloan le llamó la atención.

-¿Cómo fue?

-Horrible -confesó Paris con una sonrisa y un estremecimiento-. Camino a casa, después del baile, se puso a beber de una cantimplora que llevaba, entonces estacionó el auto Y empezó a besarme. No paraba, hasta que yo me puse a lloran ¿Cómo fue tu primera cita?

-Muy parecida a la tuya -dijo Sloan, riendo-. Fui con Butch Bellamy, que era treinta centímetros más alto que yo y no sabía bailar. Se pasó todo el tiempo en el baño, tomando cerveza con sus amigos del equipo de fútbol. Camino a casa, estacionó el auto .y se puso a besarme y a tocarme.

Riendo, Paris imaginó el final de la historia.

-¿Y tú también te pusiste a llorar, para que te llevara a casa?

-No. Le dije que si no me dejaba bajar del auto, les diría a todos sus amigos del equipo que era homosexual. Entonces me saqué mi primer par de zapatos de taco alto y caminé tres kilómetros calzada sólo con mi primer par de medias de nailon. No estaban en muy buen estado para cuando llegué a casa.

Paris rió y Sloan levantó la copa para hacer un brindis.

-Por nosotras... Por haber sobrevivido a nuestras primeras citas -dijo, con sonriente solemnidad.

Paris hizo sonar la copa contra la de Sloan.

-Por nosotras, y por todas las muchachas con primeras citas como las nuestras.

El camarero apareció justo entonces y entregó a cada una la carta abierta. Ansiosa por mantener el espíritu de alegre cercanía que había surgido entre ellas, Sloan la miró por encima del menú.

-¿Cuál es la comida que menos te gusta? -Los repollitos de Bruselas. ¿Y a ti? -El hígado.

-Dicen que si se cocina el hígado con... Sloan sacudió la cabeza.

-No hay manera de cocinar el hígado con nada y hacerlo comestible. Tal vez no seamos hermanas genéticas, después de todo. Tal vez a mí me adoptaron y... ¿De qué te ríes?

-Porque estaba repitiendo lo que dice la gente. Yo odio el hígado. Me da arcadas.

-El reflejo de la arcada es la prueba mayor. Definitivamente estamos emparentadas -decretó Sloan, contenta, pero Paris se puso muy solemne.

-No necesariamente. La pregunta clave absoluta es ésta, de manera que tómate tu tiempo antes de responder: ¿qué opinas de la sopa de tomate?

Sloan se estremeció y ambas lanzaron una carcajada.

El camarero había puesto una canasta de pancitos frescos sobre la mesa y Paris tomó uno.

-¿Estuviste casada alguna vez? -preguntó. -No -respondió Sloan-. ¿Y tú?

-Casi. Me comprometí a los veinticinco años. Henry tenía treinta y dos, nos conocimos en Santa Barbara en una fiesta del teatro. Dos meses después nos comprometimos.

Sloan se interrumpió en el momento de elegir un pancito, -¿Qué pasó.

-Al día siguiente del compromiso, papá averiguó que Henry tenía una ex esposa y dos hijos viviendo en París. A mí no me habría importado si no me hubiera mentido diciéndome que no había estado casado.

-Ha de haber sido horrible para ti.

-Al principio, sí. A papá no le había gustado desde el principio.

Sloan se imaginaba la escasa comprensión que París habría recibido de Carter Reynolds, y sintió una punzada de airada tristeza de que Paris no hubiera tenido a Sloan o a su madre para ayudarla a sobrellevar la situación.

-¿Cómo lo averiguó tu padre?

-Es tu padre también -le recordó París con una sonrisa encantadora, y después respondió la pregunta de Sloan-. Cuando Henry y yo empezamos a vernos con más frecuencia, papá lo hizo investigar, pero el informe de Europa no llegó hasta después del anuncio del compromiso.

Sloan trató de que no se notara la desconfianza que comenzaba a sentir sobre los motivos y la integridad de Carter Reynolds.

-¿Por lo general hace investigar a tus amigos?

Para sorpresa de Sloan, Paris asintió como si fuera lo más común del mundo en un padre.

-No sólo a mis amigos, sino a otras personas a las cuales él no conoce y que comienzan a pasar mucho tiempo junto a nosotros. Papá considera que es mejor ser cuidadoso con la gente con la que uno se relaciona. No entrega su confianza con facilidad. -Miró el

pancito que tenía en la mano y levantó la mirada hacia Sloan. -Hablemos de otra cosa. Mi compromiso roto no merece otro minuto de nuestro valioso tiempo.

Después de eso, las horas volaron, llenas de preguntas vacilantes, respuestas honestas y sonrisas cálidas, a medida que dos desconocidas, que habían comenzado a formar un lazo, descubrían que el lazo ya estaba allí. Ignorando a los camareros, la comida y las miradas admirativas de los hombres, una hermosa castaña y una exquisita rubia sentadas a una mesa en un patio bajo una sombrilla a rayas construían cuidadosamente un puente para cubrir treinta años.

Capítulo 20

Sentada junto a Paris en medio del tránsito de últimas horas de la tarde camino a casa desde el café, Sloan sintió que la magia de las últimas pocas horas había extendido su manto de belleza sobre todo Palm Beach. Por sobre su cabeza, el cielo era de un azul brillante y las nubes más blancas y más esponjosas. El mar estaba más majestuoso, la playa, más bonita. Los colores eran más vívidos, los sonidos, tranquilizantes, y la brisa marina que le soplaba en la cara era una bendición, no una brisa.

El día anterior, ella y Paris habían sido dos desconocidas que se veían como adversarias; ahora eran hermanas que se veían como aliadas. Miró a Paris, ,y la sonrisa que ésta le devolvió estaba plena del mismo azoramiento y la misma fascinación que sentía Sloan.

-No tuvimos tiempo de hablar de Paul y de ti -dijo Sloan cuando se acercaban a la casa-. ¿Es serio lo de ustedes? Sloan vaciló, conmocionada por el recuerdo súbito y penoso de que esta nueva relación maravillosa y frágil con su hermana sería arriesgada en el futuro por las mentiras que ella .y Paul le habían contado a Paris. Si Paul no encontraba evidencias que incriminaran a Carter, entonces al menos se le podría ahorrar a Paris la verdad sobre sus motivos para ir a Palm Beach. En ese caso, Sloan tendría que inventar alguna razón para haber mantenido en secreto su profesión. Pero si aparecían evidencias, entonces Paris sabría pronto hasta qué punto la habían engañado, y Sloan temía su reacción.

Fuera como fuese, Sloan estaba atrapada. No podía decir nada que pudiera obstaculizar la investigación de Paul asique decidió ajustarse lo más posible a la verdad para que Paris tuviera menos razones para sentirse burlada, sin desmedro de lo que pasara con Carter.

-La verdad es que somos sólo amigos. Yo..., me sentía incómoda con la idea de... De venir aquí. Paul me convenció de que viniera y.. Se ofreció a venir conmigo.

-Para darte apoyo moral -terminó Paris-. Es tan encantador. Es una de esas personas en las que uno sabe que puede confiar.

Sloan tomó nota mental de no confiar nunca en el Juicio de Paris sobre los hombres.

-¿Y Noah y tú? -dijo, ansiosa por apartar la conversación de sí misma-. Me dijo Carter que ustedes están prácticamente comprometidos.

-Papá está decidido. Yo le dije que no quiero casarme con Noah, pero parece que no puede entenderlo.

-¿Por qué no?

Paris le dirigió una sonrisa divertida.

-Probablemente porque Noah es sofisticado, brillante e increíblemente rico, .y las mujeres se portan como unas tontas con él. Pero, por otro lado, Noah tampoco quiere casarse conmigo, de manera que hicimos un trato secreto que soluciona el problema.

-¿Qué tipo de trato?

-Noah no va a declararse -dijo ella, con una risa, mientras tomaba la entrada para autos.

Los portones se abrieron automáticamente, sin que Paris tuviera que detenerse para oprimir el botón ni para usar ningún tipo de dispositivo electrónico. La atención de Sloan se concentró en el sistema de seguridad de la casa, por preocupación por la seguridad de Paris, y además porque se dio cuenta de que esa información podría ser vital para Paul y ella.

-¿Nunca tienes miedo aquí? -¿De qué?

-De ladrones. De merodeadores. Este lugar es grande como un museo. Si yo fuera un ladrón, supondría que hay muchas cosas aquí que valdría la pena robar.

-Estamos muy seguros -la tranquilizó Paris-. Además del muro, tenemos rayos infrarrojos en todo el perímetro de la propiedad. De noche se encienden automáticamente, junto con sistema de alarmas. Además, hay diez cámaras ubicadas en toda la propiedad. ¿Tú tienes miedo aquí?

-Yo... Creo que siempre pienso en la seguridad-dijo Sloan, tratando de ajustarse lo más posible a la verdad en aras de su futura relación con Paris.

-Por eso hiciste un curso de defensa personal -concluyó Paris, y de inmediato trató de tranquilizarla con más informaSi te inquieta algo puedes encender cualquier televisor en, la casa y ver lo que están viendo las cámaras. Pon el canal noventa y luego sigue hasta el canal cien. Eso te mostrará lo que están tomando todas las cámaras de la propiedad. Al menos, creo que los canales son esos, pero Gary sabe. Le preguntaré. Papá hizo que Gary se ocupara de contratar el nuevo sistema de seguridad.

-Gracias... -dijo Sloan, avergonzada.

-Otra cosa, si oyes o ves algo que de verdad te asusta, puedes usar cualquier teléfono de la casa, menos los de pared, apretar la tecla del asterisco y mantenerla apretada. Pero no lo hagas a menos que de verdad pienses que hay un problema. Yo lo hice por accidente una vez cuando recién habían instalado el sistema. Quería abrir los portones desde la casa, pero olvidé apretar el botón del intercomunicador antes de apretar la tecla del asterisco.

-¿Qué pasa cuando haces eso?

-Todo -dijo Paris, con una risa-. Una alarma suena directamente en la policía, las sirenas de la casa empiezan a funcionar, y todas las luces de la propiedad, de adentro y de afuera, se encienden y empiezan a prenderse y apagarse.

Sloan pensó que parecía como el sistema integrado de teléfono y seguridad que les había provocado tanto bochorno a Karen Althorp y al doctor Pembroke en Bell Harbor.

Paris fue por un costado de la casa a un garaje para seis autos y una de las puertas se abrió automáticamente.

-No te vi usar nada para abrir los portones y la puerta del garaje -dijo Sloan.

-Hay un dispositivo electrónico oculto en alguna parte en nuestros autos. Cuando el auto se acerca al garaje, el dispositivo del auto se comunica con el de la puerta del garaje y la abre. El mismo dispositivo abrió los portones para que entráramos hace un minuto.

-Parece que nadie que no tenga por qué estar aquí puede entrar ni salir -observó Sloan mientras Paris estacionaba el auto.

-Cualquiera puede salir una vez que Nordstrom le ha franqueado la entrada. Hay sensores debajo de las piedras del pavimento que abren los portones cuando el peso de un auto pasa

encima de ellas. De lo contrario, Nordstrom tendría que estar siempre disponible para abrir los portones cuando quisiera salir cada camión de entrega o cada sirviente.

-De verdad que son parte de la era electrónica -le dijo Sloan con una sonrisa.

-Papá es extremadamente cuidadoso con las cuestiones de seguridad.

Sloan tuvo miedo de que probablemente hubiera más de una razón para serlo.

Capítulo 21

Gary Dishler apareció en el corredor, saliendo de una habitación junto a la escalera, apenas Paris y Sloan pasaron por allí. -La señora Reynolds ha estado preguntando por usted -le dijo a Paris-. Está arriba, en su habitación.

-¿Se siente bien?

-Si le pasa algo, es aburrimiento -la tranquilizó él. Mientras Paris confirmaba que los canales de televisión del noventa al cien mostraban imágenes de las cámaras de seguridad, Sloan estudió al mayordomo, que estaba cerca. Nordstrom llegaba fácilmente al metro noventa, tenía cabellos rubios, ojos azules, piel rubicunda y un físico musculoso. Mientras subían, le confió a Paris sus pensamientos. -Parece más un guardia de seguridad que un mayordomo. -Lo sé -dijo Paris, con una sonrisa-. Es inmenso. Todavía sonreían cuando entraron en el dormitorio de Edith Reynolds. La anciana estaba sentada en un sofá de terciopelo violeta con flecos en la punta de una habitación casi del tamaño de toda la casa de Sloan y llena con tantos muebles oscuros Y tan adornados que Sloan se sintió un poco claustrofóbica. La señora Reynolds frunció el entrecejo, se quitó los anteojos y dejó el libro.

-Estuvieron afuera todo el día -las acusó-. Bien -le dijo a Paris-. ¿Qué tal la lección de golf de Sloan?

-No fuimos al club -dijo Paris.

Las cejas blancas de Edith se unieron en el entrecejo pero, antes de que pudiera decir nada, Sloan habló. Tratando simultáneamente de proteger a Paris del descontento de la anciana y de mejorarle el humor, Sloan hizo una broma sobre su negativa a jugar al golf.

-Paris intentó obligarme a jugar al golf, pero le rogué por lo que más quisiera en el mundo y después me negué a salir del auto. Trató de bajarme por la fuerza, pero soy más fuerte que ella. Intentó empujándome con un palo de golf y entonces le recordé que usted desaprueba cualquier espectáculo en público, y tuvo que rendirse.

-Estás siendo impertinente -declaró Edith, pero se le estaba haciendo muy díficil mantener el entrecejo fruncido, Sloan insistió.

-Sí, señora, lo sé, pero creo que no puedo evitarlo.

-¡Te dije que me dijeras bisabuela!

-Sí, bisabuela -se corrigió Sloan, deprisa, percibiendo que, cediendo en eso conseguiría su objetivo.

Tuvo razón. Edith Reynolds fruncía los labios, tratando de dominar la risa.

-Además eres increíblemente necia. Sloan asintió, sumisa.

-Mi propia madre dice lo mismo.

Al borde de perder su batalla de ingenio, Edith ganó la partida despidiendo a Sloan con un aletear de la mano.

-Vete. Ya he tenido suficiente de ti. Quiero hablar en privado con Paris.

Tranquila de que no reprendería a Paris por la abortada lección de golf, Sloan hizo lo que le ordenaban, pero no sin antes notar la expresión azorada de Paris.

Cuando Sloan se hubo ido, Edith le indicó a Paris la silla frente a sí.

-Siéntate. Quiero saber lo que hicieron y de qué hablaron. -Almorzamos en Le Gamin y hablamos de todo -dijo Paris, sentándose. Durante más de una hora Paris intentó repetir lo

que había dicho Sloan pero era constantemente interrumpida por las preguntas insidiosas de su bisabuela. -Estuvo maravilloso -dijo Paris cuando la inquisición terminó por fin-. Me podría haber quedado allí todo el día y toda la noche. A Sloan le pasó lo mismo. Lo sé.

-Y ahora -dijo Edith, con frialdad-, supongo que quisieras ir a Bell Harbor a conocer a tu madre.

Paris se dispuso a enfrentarse a una tormenta de oposición, pero no retrocedió como habría hecho normalmente.

-Sí, la verdad es que sí. Sloan me contó sobre ella, y no tiene nada que ver con la imagen que me dieron papá y la abuela.

-¿Hace menos de dos días que conoces a Sloan y ya estás dispuesta a creer en su palabra por sobre la de ellos?

Paris se concentró en sus palabras para no ponerse a tartamudear.

-No estoy creyendo en la palabra de nadie. Simplemente quiero verla con mis propios ojos.

En lugar de desollarla verbalmente como esperaba Paris, su bisabuela se reclinó en la silla y la miró. Después de un silencio largo y tenso, dijo:

-Al parecer el descaro y el empecinamiento de Sloan son fuertemente contagiosos.

-Eso espero -dijo Paris, levantando el mentón.

-Si te sigue interesando el consejo de otras personas sobre cualquier tema que sea, te sugiero que te abstengas de compartir tu nueva opinión de tu madre con tu padre.

Paris asintió y se puso de pie.

-¿Puedo irme?

-Por supuesto -respondió Edith.

Edith Reynolds la observó irse y durante varios minutos se quedó inmóvil, perdida en sus pensamientos; luego estiró la mano hacia el teléfono que tenía junto a la silla y marcó un número privado que no aparecía en las guías.

-Tengo un trabajito para usted., Wilson -le dijo al hombre que atendió el teléfono-. Debe ser realizado con muchísima discreción y muy rápido.

Entonces le dijo lo que quería.

Librodot

Capítulo 22

-¿Cómo fue el día? -preguntó Noah al entrar en el comedor diario donde su padre miraba una vieja película de John Wayne y Courtney estaba arrebujada en un sofá, hojeando una revista, con auriculares en las orejas. Courtney se sacó los auriculares y Douglas levantó la mirada.

-Mi día ha sido aburrido -se quejó, en el tono dolorido de un inválido que piensa que todo el mundo debe sufrir su encierro junto con él-. Leí y dormí la siesta. ¿Dónde estuviste toda la tarde?

-Esta mañana llevé unos papeles a la casa de Carter después hice algunas diligencias y me encontré con Gordon Sanders.

-Yo no confío en Sanders -dijo Douglas y luego preguntó, interesado-: ¿Viste a Sloan cuando estuviste en lo de Carter? -Sucede que sí -respondió Noah con divertida ironía-. Llegué justo cuando él la estaba desafiando a un enfrentamiento para ver qué había aprendido en no sé qué clase de defensa personal que se supone que hizo ella.

-¡Qué mal están las cosas para que las mujeres tengan que aprender defensa personal para poder sentirse a salvo en la calle! Pobrecita Sloan. Es dulce y suave como una palomita.

-Tu dulce palomita tiró a Carter sobre su traste. Dos veces.

Douglas quedó alelado por un momento.

-¿En serio? Bien, igual siento pena por las mujeres de hoy en día. Imagínate vivir con miedo de que te ataquen.

Noah rió.

-Guarda tu pena para el atacante. Si Sloan no tiene un cinturón negro en karate o lo que sea que haya usado contra Carter, anda muy cerca. -Miró el reloj. -Tengo que hacer una llamada.

-¿Vas a salir esta noche? -preguntó Douglas, reparando, tarde, que Noah estaba vestido con traje y corbata.

Cuando Noah dijo que sí, padre e hija lo miraron ambos como si, al dejarlos solos, los estuviera abandonando a un destino indecible. Courtney hasta se puso antipática.

-¿Y quién es la afortunada hoy? -Voy a cenar con Paris, Sloan...

-¡Este hombre no tiene el menor sentido del pudor! -exclamó Courtney, dirigiéndose al cielo-. Está saliendo con dos hermanas. ¡Eso es incesto!

-... y Paul Richardson -agregó Noah, ignorándola y hablándole a su padre.

-¿Quién es?

-El amigo de Sloan.

-Pobre hombre -se burló Courtney, mientras volvía a ponerse los auriculares en las orejas-. Está a punto de perder a su novia a manos del soltero más perseguido y más bello de Palm Beach.

El presagio de Courtney estuvo lejos de cumplirse. De hecho, por lo que sabía Noah, Sloan Reynolds casi no se daba cuenta de que él era parte del grupo de cuatro personas en el Ocean Club, lo que no lo habría molestado en lo más mínimo a no ser porque ella había comenzado a intrigarlo. Para empezar, era difícil hacerse a la idea de que la belleza delicada de cabellos dorados sentada frente a él con un sensual vestido negro de cóctel era la misma atleta desarreglada que esa mañana había tirado a Carter de traste al suelo.

Cuando la oía hablar con Paris o con Paul Richardson, Noah no se imaginaba cómo había podido creerla aburrida o tonta la noche anterior pero, si él le hacía una pregunta directa, ella Parecía incapaz de armar una frase completa, o renuente a hacerlo. Si él no le dirigía un comentario directo ella evitaba mirarlo, sin más ni más.

Richardson era otro enigma. Aunque había venido con Sloan, le estaba prestando mucha atención a Paris, lo que al parecer a Sloan no le importaba. Paris también estaba llena de sorpresas. Noah la conocía desde hacía años, pero esa . noche estaba más animada con dos perfectos extraños de lo que había estado nunca con él o con cualquiera que él hubiera vis, to con ella. Más aún, Noah tenía la imposible sensación de que a Paris se le estaba despertando un interés genuino por el novio de su hermana.

De no haber sido porque lo hicieron sentir un desconocido, a Noah la noche le hubiera parecido completamente fascinante. La pista de baile en el Ocean Club estaba separada del comedor por un enrejado cubierto de plantas tropicales y, mientras esperaban a que les sirvieran el postre, Noah decidió llevar a Sloan a bailar, donde ella no pudiera ignorarlo con tanta facilidad. En realidad, supuso que ella declinaría la invitación, de manera que se puso de pie y ya estaba detrás de su silla antes de invitarla a bailar.

Ella levantó bruscamente la cabeza y lo miró con un asombro desolado.

-Ay, no. Gracias. No.

Tironeado entre la diversión y la ira, Noah miró a Richardson.

-¿A ti te es difícil llevarla a la pista de baile, o me pasa sólo a mí?

-A veces -admitió el otro con una sonrisa tranquila, entonces miró a Sloan y dijo, bromeando-. Noah va a parecer una flor del empapelado si lo dejas parado ahí. Los hombres también tenemos sentimientos, ¿sabías? Sé compasiva y baila con él.

Noah vio con qué lentitud y desgano ella se levantó de la silla y vio que parecía, además, no darse cuenta de que todos los hombres junto a los que pasaba rumbo a la pista de baile la miraban. En su experiencia, las mujeres hermosas son siempre conscientes de su atractivo y el hecho de que a ella no le importara o no se diera cuenta aumentaba su encanto. Cuando la tomó en sus brazos en la pista, ella se mantuvo lo más lejos posible de él y clavó la mirada en el tercer botón de su camisa.

Sloan estaba tan tensa que su cuerpo parecía un pedazo de madera. Noah Maitland la había estado mirando toda la noche como un halcón, y ahora se veía obligada a bailar con él. La ponía tan nerviosa que no podía armar una respuesta coherente cuando él le hacía una pregunta directa. Era tan increíblemente buen mozo que las mujeres la habían mirado con envidia en la pista, y los hombres también la miraban preguntándose qué posible atractivo podía encontrarle a ella un hombre como él. Era el sueño de Sara, pero la pesadilla de Sloan.

Se dio cuenta de que, cuanto más lo ignoraba, más parecía interesarse él en ella, por lo tanto, le pareció lógico que la mejor manera de espantarlo sería probablemente hacerse la interesada en él. Pero no podía hacerlo, porque eso implicaba coquetear con él o, al menos, mirar fijo dentro de esos hechiceros ojos plateados suyos, y ella no podría intentar ninguna de las dos cosas.

Librodot

Noah se movía automáticamente al ritmo de la música, tratando de recordar la última vez que había bailado con alguien que hubiera actuado con la distancia de Sloan, y abandonó cuando ya iba por el colegio secundario. Decidió tranquilizarla coqueteando un poco.

-¿Qué hacen los hombres de Bell Harbor para impresionarte?

Sorprendida por el nuevo tono, apenas íntimo, de esa voz de barítono, Sloan dijo lo primero que se le ocurrió.

-No me impresionan. -Es un alivio. -¿Qué cosa?

-Es un alivio que ellos tampoco te impresionen. De esa manera, puedo consolar mi orgullo herido con la certeza de que no soy el único que no puede llegar a ningún lado contigo.

Por un segundo pensó que ella no iba a tomarse la molestia de responder, pero al final ella fijó esos maravillosos ojos color púrpura en él, y habló:

-Quise decir que no lo intentan -dijo, mirándolo como si él fuera muy absurdo.

Abruptamente, Noah abandonó las reglas de conversación sofisticada según las cuales vivía normalmente y tomó un enfoque directo.

-Dime algo.

-Trataré.

-¿Por qué eres perfectamente capaz de mantener una conversación, y lo haces con gusto, con cualquiera menos conmigo?

Sloan se sintió tan estúpida como sabía que sonaban sus palabras.

-No puedo explicarlo.

-Pero, ¿te das cuenta?

Ella asintió.

Noah miró esos ojos de largas pestañas que finalmente ella levantó hacia él y olvidó lo decepcionado que había estado hacía apenas un momento. Sonrió.

-¿Qué puedo hacer para ayudarte a que te relajes? Sloan percibió algo claramente sexual en sus palabras, y le dio mucha rabia.

-¿Estás tratando de seducirme? -preguntó, bruscamente. -Con muy poco éxito -respondió él, con la misma brusquedad.

-Me gustaría que no lo intentaras -dijo ella, honesta. Con un tono más suave, agregó: -Pero si alguna vez vienes a Bell Harbor, tengo una amiga a la que me gustaría presentarte. Sara sería perfecta para ti.

Noah se dio cuenta, sin poder creerlo, de que ella estaba tratando de encajárselo a una amiga, lo que le resultaba tan sin precedentes como ofensivo.

-Volvamos al silencio. Mi ego no soporta más esto.

-Lo siento.

-Yo también -dijo él, tajante. Apenas terminó la pieza la llevó a la mesa, y Sloan supo que no pensaba molestarse otra vez con ella. Tendría que haberse sentido muy aliviada. Se sintió..., desilusionada. El invitó a Paris a bailar y, apenas los dos estuvieron lejos de la mesa, Paul se volvió a ella con el entrecejo fruncido.

-¿Cuál es tu problema con Maitland?

-No tengo exactamente un problema. Es que no sé qué hacer con él. Se puso seductor conmigo.

-Entonces ponte tú también seductora. Sloan apretó el pie de su copa de vino. -No soy muy buena para esas cosas y él sí lo es.

-Bien, practica con Maitland. Piensa que se trata de alguien a quien estás investigando, sólo sonríele cuando le hagas preguntas sobre sí mismo y luego recuerda sonreírle cuando te esté respondiendo. Míralo fijo a los ojos. ¡No, así no! -dijo con una carcajada-. Pareces cataléptica.

-¿Qué sugieres que le pregunte, con exactitud? -replicó Sloan, molesta por su risa.

-¿Qué es lo primero que te preguntaste cuando pasó a buscarnos esta noche?

-¡Me pregunté cuánto paga para el ajuste de su RollsRoyce!

-Bien, pero eso no se lo preguntes -le advirtió Paul con otra risa.

-No tenemos lo que se dice muchas cosas en común -dijo Sloan. irritada otra vez por sus risas-. Es un aristócrata rico y consentido de otro universo. Mira el traje que tiene puesto. Cuánto te parece que cuesta?

-Eso tampoco se lo preguntes -dijo Paul.

-No soy tan estúpida. Pero me alegra que te parezca tan gracioso.

Se la oía herida de verdad, y Paul se puso serio.

-Sloan, tienes un trabajo que hacer. Me gustaría saber algo sobre esos documentos que trajo esta mañana a la casa. Haz las paces con él. Mejor aún, hazte amiga de él. Los amigos se cuentan cosas. Tu padre considera a Maitland un amigo, y sin duda le ha mencionado cosas a Maitland, al pasar, que a nosotros podrían resultarnos interesantes, aunque para Maitland no sean significativas. ¿Entiendes?

Sloan decidió aprovechar los momentos de privacidad que les quedaban para hablar de otro tema.

-Si te interesa, sé el sistema de seguridad de la casa. -Me interesa.

La música terminaba y Sloan se apresuró a proporcionar el resto de la información que necesitaba compartir con él. -Una cosa más... Paris me preguntó hoy por mi relación contigo y le dije que no hay una relación sentimental entre nosotros.

Le contó lo que había dicho .y por qué lo había hecho, y Paul asintió.

-Está bien. Muy bien. En realidad, por cómo vienen las cosas, creo que resultará en gran beneficio para los dos que ella y Maitland lo sepan.

-A Paris le gustas -le advirtió Sloan-. Te encuentra confiable.

-A mí también me gusta. -Ya sabes lo que quiero decir.

-Entiendo, y deja de mirarme con el entrecejo fruncido. No te queda bien. -Sloan alisó la frente y sonrió. -Así está mejor. Concéntrate en Maitland. Yo me ocupo de Paris.

Sloan no tuvo ni las ganas ni la oportunidad de seguir las instrucciones de Paul a ese respecto, porque Noah Maitland la trató con helada cortesía durante el resto de la velada.

Capítulo 23

Courtney asomó la cabeza en la cocina, donde una mujer robusta de poco más de sesenta años revolvía nueces picadas en una pasta de panqueques.

-Buenas, Claudine. ¿Dónde está todo el mundo?

-Tu hermano decidió desayunar en la terraza -dijo ella sin levantar la mirada-. Tu padre también está afuera. -Yo quiero un wafle. Qué suerte que no te enfermas casi nunca. Ayer tuvimos que hacernos el desayuno nosotros mismos. Yo quemé mi pancito.

-Es un milagro que hayan sobrevivido -respondió Claudine, no muy conmovida.

-¡Cuando pueda tener mi propia cocinera, va a ser un chef francés!

-Bien, entonces comerás mucha grasa con esa comida tan suculenta, y bien merecido que te lo tendrás.

Contenta luego de la sesión de boxeo verbal que era un rito de todas las mañanas, Courtney sonrió y volvió a la puerta. -Creo que voy a comer tostadas francesas en lugar de panqueques.

Afuera, se detuvo ante un carrito de servir donde Claudine había puesto una jarra con jugo de naranja recién hecho. Se sirvió jugo de naranja en un vaso y bajó los escalones de la terraza hasta el segundo nivel, donde estaba sentado Noah a una mesa bajo una sombrilla amarilla, leyendo uno de los varios diarios que tenía apilados al lado.

-¿Cómo te fue anoche con Sloan Reynolds?

-No me fue.

-No te puedo creer -dijo Courtney sin disimular la risa mientras se sentaba en una silla junto a él-. ¿Fallaste?

El buscó la página de finanzas antes de responder.

-Me estrellé y me incendié -murmuró sin levantar la mirada.

-¡Esa mujer ha de estar ciega!

Noah confundió su comentario por lealtad y le dirigió una fugaz sonrisa.

-Gracias.

Courtney se apresuró a corregir su error.

-Quiero decir que ha de estar ciega o no sabe leer, porque obviamente no ha visto tu estado de cuenta. Si lo hubiera hecho, en estos precisos momentos estaría sentada en tus rodillas. -Como eso no bastó para provocar una reacción en él, ella miró por encima del hombro hacia el parque y, más allá, a la playa. -¿Dónde está nuestro padre?

-La última vez que lo vi, estaba cavando en un cantero de flores cerca del borde del parque.

Courtney se inclinó hacia atrás y miró hacia unos arbustos, buscándolo.

-No es lo que está haciendo ahora. Está parado ahí, como si buscara a alguien. ¡Seguro que espera a Sloan! Fue más o menos a esta hora que la vio ayer.

Courtney vio que eso atrapaba la atención de Noah, que giró en su silla y entrecerró los ojos para evitar el sol.

-El hecho de que tú hayas fallado no quiere decir que a él le pasará lo mismo. Tal vez ella prefiera a los viejos. Me encantaría ver a esa mujer. Creo que voy a ir con él a esperar, a ver si aparece.

-No, no irás. No nos hagas pasar vergüenza. -Me encanta hacerte pasar vergüenza.

Noah tenía la impresión de que ella no se equivocaba con respecto a las razones de su padre para quedarse cerca de los arbustos al borde del parque, y suspiró de asco.

-Roger Kilman lo llamó hace un rato. Corre a decirle que tuvo una llamada telefónica. Es absurdo que esté ahí parado, esperando.

-¿Celoso?

-¡Basta! -advirtió Noah, cortante, pero en seguida lamentó el tono-. ¿Podrías hacer lo que te he pedido que hagas sin discutir, como de costumbre?

-Tal vez -respondió Courtney con una repentina sonrisa, mirando a su padre saludar a alguien y echar a andar. Un momento después una rubia con pantaloncitos de correr y blusa apareció trotando en la playa y se detuvo a hablar con él. Courtney la observó un momento. -Lo traeré de regreso, aunque tenga que hacer no sé qué -prometió, entusiasmada, retirando la silla.

Sloan le había dado a Douglas Maitland varias razones po$_r$ las cuales no podía aceptar su invitación a acompañarlo a desayunar en la terraza, pero él ignoraba sus protestas con encantadora insistencia, señalando que los de su familia dormían todos hasta tarde, luego la tomó del brazo y comenzó a caminar con ella.

Un hermoso parque en desnivel cubría los dos metros de distancia desde la playa hasta la casa, donde terminaba en una amplia terraza de piedra caliza en tres niveles. En cada nivel había, dispuestas de manera que invitaban a sentarse, mesas con sombrillas, reposeras y sillas de hierro forjado blanco con almohadones amarillos y, cuando ellos se

acercaron a la terraza, Sloan se dio cuenta, tarde, de que una de las mesas ya estaba ocupada por un hombre y una muchachita.

Sloan no necesitó verle la cara al hombre para estar segura de que era Noah Maitland. Había estado sólo tres veces con él, pero su perfil cincelado, sus brillantes cabellos negros y su físico de espalda ancha le habían quedado grabados en la mente, y su sistema nervioso reaccionó al estímulo de su presencia con una irritante secreción de adrenalina.

Sloan trataba de inventar alguna excusa de último momento para retirarse rauda cuando la muchacha sentada a la mesa se levantó de un salto y bajó trotando los escalones de la terraza, dirigiéndose a ellos.

-Va a conocer a mi hija Courtney-le avisó Douglas, contento, y apretó más el brazo de Sloan como si adivinara el deseo de ella de huir y de alguna manera lo atribuyera, automáticamente, a la inminente llegada de la muchacha-. Es una experiencia que a la mayoría de las personas les resulta difícil olvidar. Su madre era mi cuarta esposa. Una mujer encantadora, pero se dio cuenta de que no quería tener hijos después del nacimiento de Courtney. Courtney la ha visto muy pocas veces, de modo que no ha tenido el beneficio de la influencia de una madre. Le perdonamos muchas cosas por eso.

Alta y delgada, la adolescente tenía cabellos oscuros con permanente que usaba en una espesa cola de caballo sobre la oreja izquierda, y caminaba con la exuberancia de un potrillo, lo que no encajaba con la imagen de adolescente malcriada, engreída y quejosa contra la cual al parecer Douglas la alertaba. Las primeras palabras de Courtney tampoco encajaron con esa imagen.

-Tú eres Sloan, ¿no? -Sloan iba a hacer una inclinación de cabeza a modo de saludo cuando Courtney le tendió la mano. -Me moría por conocerte. Yo soy Courtney.

Sloan quedó no sólo desconcertada sino además muy encantada con el descaro de la muchachita, su sonrisa pícara y esos ya conocidos ojos grises.

-Estoy muy contenta de conocerte -dijo Sloan, estrechándole la mano.

-A veces la gente empieza sintiendo lo mismo, pero por lo general cambia de idea.

Sloan trataba todo el tiempo con adolescentes en Bell Harbor, y tuvo la impresión de que si no le seguía la corriente a Courtney con su apertura, estaría mostrándole falta de interés en lugar de buenos modales.

-¿Por qué?

-Porque yo digo lo que pienso.

-No, querida -la contradijo Douglas, con suavidad-, es porque te niegas a pensar, directamente.

Courtney no le hizo caso y corrió hacia los escalones, obligándolos a los dos a apresurarse para ir con ella.

-Noah se va a alegrar mucho de verte -dijo mientras se acercaban a él desde un costado-. Noah, mira a quién encontré...

Sloan vio que Noah no se alegraba de verla. Él miró por encima del hombro y Sloan vio un relámpago de irritación que le cruzaba la cara antes de que dejara el diario y se pusiera cortésmente de pie.

-Buenos días, Sloan -dijo con una formalidad impecable pero sin calidez.

-La embosqué en la playa -confesó Douglas, acercando una silla para Sloan frente a Noah y ubicándose él a su derecha. Courtney tomó la silla a la izquierda de Sloan, y apareció una mujer en la terraza con una bandeja con una cafetera y tazas.

-Vamos a ser cuatro para el desayuno, Claudine -dijo él-. Sloan, ¿qué quieres comer?

Librodot

-Lo que ustedes coman está bien -dijo Sloan, tratando de no pensar en lo hostil que parecía Noah y lo tieso y embarazoso que sería en consecuencia el desayuno para ella.

Pero no tendría por qué haberse preocupado. Mientras Claudine todavía estaba sirviendo las tazas de café, Courtne incendió una fogata de palabras. Apoyando el mentón en los puños, miró a Douglas, luego a Noah y luego a Sloan. -¿Qué se siente siendo la única mujer en Palm Beach perseguida por los dos hombres Maitland? ¿Y cuál de los dos rivales va adelante?

Sloan pensó que había entendido mal. Parpadeó.

-¿Perdón?

-Courtney, por favor... -dijo Douglas, queriendo intervenir, pero cambió de idea cuando Courtney se explicó. -Noah dijo que anoche Sloan lo había plantado. Douglas volvió una mirada intrigada hacia Sloan. -¿Eso hiciste?

-No, yo... -Sloan miró a Noah, que miraba con el entrecejo muy fruncido a Courtney, que no se inmutaba.

-Sí -le dijo Courtney a su padre-. Me lo contó Noah esta mañana. -Se volvió a Sloan y dijo: -Le pregunté cómo le había ido contigo anoche, y él me dijo "me estrellé y me incendié"...

-No -balbuceó Sloan, desesperada-. Le entendiste mal. Él no... No despegó siquiera...

No se dio cuenta de lo que había dicho hasta que Douglas lanzó una carcajada y se dio una palmada en la rodilla. Sloan sintió como si el gato de Cheshire de *Alicia en el país de las maravillas* iba a materializarse si ella no lograba controlar la situación. Ya que Noah parecía la otra persona relativamente normal sentado a la mesa, lo miró a él directamente.

-Lo que quise decir -explicó muy clara y sucintamentees que no podías haberte "estrellado e incendiado" porque ni siquiera tratabas de... De...

Un destello de risa le iluminó los ojos grises.

-¿De despegar?

-Exacto -dijo Sloan, con énfasis. Hacía menos de dos minutos que estaba sentada a esta mesa y se sentía como si ya se hubiera abierto camino a través de un traicionero campo minado. -Gracias -agregó, dolida.

Noah había pensado inventar una excusa para ausentarse del desayuno pero la gratitud encantadora en la expresión de Sloan le hizo cambiar de idea.

-No me agradezcas nada todavía. Esto puede ponerse mucho peor.

-Creo que no estuviste en muy buena forma anoche, Noah -dijo Courtney, para terminar.

-Supongo que no -dijo él.

Courtney decidió pasar a un blanco más vulnerable y apuntó a Sloan.

-Noah dice que tienes un cinturón negro en karate y que te vio tirar a Carter sobre su trasero...

-No era karate -la interrumpió Sloan, tratando de no dejar ver su impresión.

-¿Qué era?

-Eran algunos movimientos de artes marciales que se enseñan en las clases de defensa personal. Probablemente provengan del tae kwon do o del jujitsu.

-¿Sabes karate?

-Sí.

-¿Eres cinturón negro?

-Enseño defensa personal a mujeres -la eludió Sloan-. Como voluntaria.

-¿No me mostrarías algunos movimientos para que pueda defenderme?

-Somos nosotros los que necesitamos defendernos de ti -dijo Douglas, secamente.

Sloan se inclinaba por estar de acuerdo con él, pero no pudo resistirse a esta adolescente irrefrenable.

-Sí, si quieres.

-¿Prometido?

-Prometido.

Tratando de ganar tiempo, Sloan bebió un sorbo de agua mientras buscaba alguna manera de distraer a Courtney de la inquisición en la cual era claro que encontraba un deleite ilimitado. Casi se ahogó con el agua cuando Courtney sugirió, solidaria:

-A esta altura de las conversaciones, la mayoría de la gente me pregunta qué cursos estoy tomando en el colegio y qué pienso seguir estudiando.

Sloan se mordió una risa culpable, miró hacia otro lado y se encontró con una mirada de entendido y una sonrisa comprensiva de Noah. Ella había supuesto que él vivía una vida de elegante ocio, muy por encima de las tensiones que sufría la humanidad común y corriente, y darse cuenta de que él tenía que "soportar" los caprichos de una adolescente precoz lo hacía parecer muy humano y agradable. Sin tener conciencia de que su expresión se había suavizado tanto como su actitud, le sonrió y entonces se dirigió a Courtney. Quería decir algo que fuera verdadero y no superficial y, después de un momento, dijo, con serena sinceridad:

-Estoy segura de que tu coeficiente de inteligencia es altísimo.

-Tienes razón. El de Noah también. Pero, ¿adónde fueron anoche? ¿Dónde estaban cuando lo bajaste de un disparo y él se estrelló y se incendió?

-Fuimos al Ocean Club, y él no... -dijo Sloan, desesperada.

-Estábamos bailando -aclaró Noah, piadoso-. Yo hacía lo imposible por halagarla y ella me ofreció presentarme a una amiga.

Douglas rió alto y Courtney miró a Sloan con los ojos muy grandes y llenos de respeto.

-¿De verdad eres inmune a su extrema belleza, y a su legendaria fortuna? ¿0... O te estabas haciendo la dificil?

Mortificada, Sloan miró a Noah, quien esperaba a escuchar su respuesta.

-No nos mantengas en suspenso, querida -la instó Douglas con una sonrisa de expectativa.

Toda la conversación era tan ridícula que Sloan se tapó la cara con las manos, se reclinó hacia atrás en la silla y se echó a reír. Se rió con tantas ganas que hizo reír a los demás y, cuando trató de explicarse, las expresiones en las caras de ellos la hizo reír otra vez.

-Yo no sé nada de cómo hay que hacer para seducir -le dijo a Courtney-. Si hubiera tenido un..., un teléfono..., habría llamado a mi amiga Sara desde la pista de baile... y le hubiera preguntado.

-¿Le hubieras preguntado qué? -dijo Courtney, ansiosa.

-Le hubiera preguntado qué decirle a un hombre que te pregunta qué puede hacer para... Para impresionarte.

-Háblale de joyas -le aconsejó Douglas, en seguida-. Habla de una pulsera de diamantes.

Semejante e increíble sugerencia lanzó a Sloan otra vez a una catarata de carcajadas.

-¿Eso hacen las mujeres de dinero en Palm Beach? -alcanzó a decir entre los ataques de risa. Ya menos avergonzada, levantó la mirada hacia Noah. -¿Qué hubieras hecho si... Si te hubiera hablado de una pulsera de diamantes?

-Noah miró su boca suave y provocativa y levantó los ojos.Debajo de las espesas pestañas claras, sus resplandecientes ojos eran de un asombroso azul lavanda, hipnóticos justamente por su falta de astucia, y un suave rubor rosado cubría los suaves huesos de la

Librodot

mejilla. Unos mechones de cabellos se le hablan escapado de la trenza, y le brillaban sobre las sienes como oro batido. Valiente, sencilla y franca, brillaba desde adentro y relucía por fuera. Era, pensó él, la mujer más hermosa y más sana que había visto jamás. También se estaba sintiendo incómoda bajo su observación: la risa se borraba de los labios temblorosos y las largas pestañas se agitaban para ocultar los ojos.

-Pensándolo bien -bromeó Douglas, interpretando correctamente los pensamientos de Noah-, no te gastes pidiendo una pulsera, Sloan. Puedes ir directo al collar de diamantes.

El tiempo pasó muy rápido después de eso. Para cuando retiraron la vajilla del desayuno, Sloan se sentía casi una amiga de la familia, -y en gran parte esto se debía a Courtney. Con imparcialidad democrática, la adolescente sin pelos en la lengua había dejado de concentrarse en Sloan y apuntado una serie de comentarios igual de impertinentes y frecuentemente risibles a su padre y luego a su hermano. No se salvó nadie y, para el final del desayuno, sus tres víctimas se habían unido para compartir la impotencia, la solidaridad y la risa.

En ese breve lapso, Sloan se enteró de muchísimas cosas de los dos hombres, de boca de Courtney, incluyendo el hecho de que Noah había estado tres años casado con una mujer llamada Jordanna, que supuestamente lo había dispuesto mal para siempre contra el matrimonio, y que dos de las esposas de Douglas habían sido de la edad de Sloan.

Courtney no le daba tregua a su padre, y él se lo permitía, pero Noah tenía límites, según vio Sloan, y esos límites tenían que ver, evidentemente, con su trabajo. Él ignoró las numerosas chanzas de Courtney sobre su vida privada e incluso sobre algunas de las mujeres con las que había tenido algo que ver pero, cuando Courtney comenzó a hacer comentarios sobre sus "socios de negocios", Noah apretó la mandíbula y su voz se puso amenazadora.

-Yo que tú no me metería en ese terreno -le advirtió.

Para sorpresa de Sloan, la irreprimible muchachita de quince años se interrumpió en medio de una frase y no "se metió en ese terreno".

Claudine llegó con una cafetera y comenzó a servirle más café a Sloan, pero ella miró el reloj y le indicó que no con la cabeza.

-Esos panqueques son los más deliciosos que he comido en mi vida -le dijo a la cocinera, y Claudine le dirigió una inmensa sonrisa-. Tengo que irme -les dijo a los otros- Todos han de estar buscándome.

-Espera -dijo Courtney, tratando de impedir *su* partida-. ¿Por qué aprendiste artes marciales?

-Para compensar mi falta de altura -dijo Sloan, con una sonrisa, mientras empujaba la silla hacia atrás y se ponía de pie, luego le sonrió a su joven anfitriona y dijo-: Gracias por

el desayuno más memorable que he tenido nunca. Y gracias por hacerme sentir como parte de la familia.

Sloan se dio cuenta de que Courtney pareció no saber qué decir por primera vez desde que había posado los ojos en Sloan, pero Noah interrumpió sus pensamientos al ponerse de pie y decirle:

-Te acompaño a tu casa.

En silencio, Courtney y Douglas observaron a la pareja caminar juntos por el parque.

Courtney puso los pies descalzos sobre la silla de Noah, los cruzó a la altura de los tobillos y movió los dedos, estudiando la pintura de uñas castaño oscura que se había puesto.

-¿Y? -dijo al fin-. ¿Qué piensas ahora de Sloan? -Creo que es encantadora y toda una delicia -respondió Douglas-. También pienso -agregó, pensativo, mientras le ponía una cucharadita de azúcar al café- que te extralimitaste con algunos de tus comentarios. En otros tiempos ejercías un mínimo de discreción frente a los extraños, pero esta mañana no lo hiciste.

-Lo sé -dijo Courtney, divertida-. ¡Fue genial! Noah tendría que duplicarme mi mensualidad por lo que conseguí hoy. -¿Qué piensas que conseguiste?

-¡Es tan... obvio! Hice que Sloan se relajara. Al principio estaba tensa, ¿cómo culparla? Es decir, no conoce a nadie en Palm Beach; ni siquiera a su propia familia. Ha vivido toda la

vida en una ciudad pequeña, no sabe seducir, y seguro que nunca tuvo dinero.

-Estoy seguro de que Carter ha de haberse ocupado con generosidad de ella y de su madre.

-¿Ves? Si hubieras escuchado sus respuestas a mis preguntas en lugar de quedarte mirando sus grandes y hermosos...

-¡Courtney!

- Ojos. Iba a decir "ojos" -dijo, con sinceridad-. Bien, si hubieras estado escuchando en lugar de mirarla, te habrías enterado de que la madre trabaja de empleada en una tienda y

de que Sloan fue a un colegio local y trabajaba medio horario. ¿Me sigues? ¿Te das cuenta de adónde voy con esto? -Todavía no, pero troto tras tu huella, tratando de no perderte de vista.

Courtney hizo girar los ojos, impaciente ante su falta de visión.

-Considerando toda la información que nos proporcionó sobre su persona, ¿te imaginas lo abrumada que ha de sentirse por Noah? Fíjate, además del hecho de que es alto, morocho, espléndido y sensual, además es rico y refinado. Me fue muy difícil hacerlo parecer más normal y accesible para ella.

-Ah, ahora me doy cuenta -dijo Douglas, seco-. Supongo que eso explica por qué te pareció necesario referirte a su ex esposa como "la bruja que vino de Occidente" y dar a entender que su amante tiene los dientes salidos.

-¡En ningún momento dije que Nicole fuera su amante! -protestó Courtney, indignada-. La palabra "amante" tiene un dejo elitista que podría haber espantado a Sloan. Hablé de ella como "Nicole".

Se inclinó hacia delante para inspeccionar una posible cascadura de la pintura de sus uñas y suspiró teatralmente.

-Pobre Sloan. Noah va a tratar de seducirla. Va a sacarla a pasear en uno de sus ,yates, a colmarla de atenciones, a impresionarla con joyas y a llevársela a la cama. Ella se rendirá ante él, como hacen todas las mujeres, y *entonces* ella descubrirá que él es un hombre más duro que el mármol y que lo único que le interesa es hacer dinero. Estará muy ocupado con sus "negocios" para ocuparse de ella, y ella se pondrá quejosa, él se aburrirá y entonces la dejará y ella quedará destrozada. Tú sabes -dijo, divertida, para terminar-,si yo no fuera su hermana leal y amantísima, ¡le diría a Sloan que es un soberano hijo de su madre!

La vergüenza embarazosa que Sloan pensó que había superado durante el desayuno comenzó a regresar caminando junto a él, pero Noah la suavizó preguntándole

Librodot

si quería ir a navegar .y contándole luego de cuando Douglas y Courtney una vez estuvieron a punto de naufragar cerca de la costa de Nassau.

A dos casas antes de la del padre de Sloan, un grupo de niños construía un castillo de arena. El menor, una criaturita de aproximadamente un año y medio, no se mantenía muy

firme sobre sus piernitas pero trataba valientemente de seguir a los otros dos muchachitos mayores y corría hacia las olas con su baldecito. En el camino de regreso pasó junto a Sloan, tropezó, cayó y se le derramó toda el agua en la arena.

-¿Necesitas ayuda? -le preguntó Sloan, agachándose hasta él. Aferrado con el puño cerrado al baldecito, el niño giró sobre su gordo trasero, la miró ,y se echó a llorar. Sloan lo levantó, niño, balde ,y arena, todo junto, y lo abrazó, riendo. -No llores, chiquito -lo consoló, palmeándole la espalda mientras que la niñera, con quien Sloan había hablado antes esa mañana, había comenzado a ir hacia él ,y se detenía a mitad de camino. -No llores. Te voy a ayudar.

El niño se calló, se pasó el puñito lleno de arena por los ojos e hipó. Sloan lo puso en el suelo y le tomó la mano libre. -Vamos a ayudarte -volvió a decirle, y miró a Noah-. ¿Verdad que sí?

Noah miró esos ojos brujos color azul pensamiento y luego los esperanzados ojos castaños del niño. En silencio, tomó el balde. Sloan le sonrió. El niño le sonrió. Su cerebro captó el momento como una fotograba.

Quería tener a esta mujer.

Capítulo 24

-Es tan lindo estar con niños -dijo Sloan unos minutos después cuando se alejaban del castillo de arena, que seguía en proceso de construcción, ahora con abundante agua.

-Estar contigo es muy agradable -la corrigió él con un gesto de encogerse de hombros que a Sloan le pareció significativo.

-Gracias. ¿No te gustan los niños? -No hay de qué y no, no me gustan.

-¿En serio? -La informalidad de la conversación durante el desayuno llevó a Sloan a hacer la pregunta, pero no había terminado de hacerla cuando se sintió entrometida. -¿Es por eso que no tuviste hijos?

-Yo ya tenía veinticinco años cuando nació Courtney y ella me curó de cualquier ilusión que pude haber tenido sobre querer tener un hijo o sobre que un hijo pudiera querer tenerme de padre.

-No fue mi intención ser indiscreta -dijo Sloan, con sinceridad-. No tendría que haberte hecho esa pregunta. -Puedes preguntarme lo que quieras, que yo seré todo lo honesto y directo que pueda. Lo prefiero así.

Desde el desayuno, Sloan se había estado preparando mentalmente para hacer el intento de mostrarse seductora, pero ahora él le pedía honestidad y franqueza, y eso era tan alarmante como imposible.

-Muy bien -dijo, apenas.

-Esa fue tu oportunidad de asegurarme que yo también puedo preguntarte cualquier cosa, y que tú también serás honesta y directa.

-No sé si es muy buena idea -dijo Sloan, con cautela, y él lanzó una carcajada.

-Probemos, ¿qué te parece? -Le puso una mano en el brazo para hacer que se detuviera detrás del seto que ocultaba el muro de la propiedad del padre de ella de la playa. -¿Dices ahora mismo?

-Ahora mismo. -Con una franqueza sorprendente, dijo:-Me gustaría pasar tiempo contigo mientras estés aquí. Empezando por esta noche.

-No puedo -respondió Sloan, sonando absurdamente aterrada a sus propios oídos.

-¿Por qué no?

-Hay tres razones muy importantes -dijo ella, recuperando el control de su voz-. Que son Paris, Paul y Carter.

-Anoche Paris me dijo que tú no tienes ninguna relación sentimental con Paul. Yo no la tengo con Paris y, dado que ninguno de nosotros tiene una relación con Carter, no veo ningún obstáculo.

-Quise decir que debo pasar tiempo con ellos.

-Eso podemos arreglarlo. ¿Hay algo más que impida que lleguemos a conocernos?

-¿Como qué? -preguntó Sloan, evasiva, pero él en seguida vio el truco de ella.

-No juguemos jueguitos. Yo ya los jugué todos y a ti no te parecerían divertidos, aun cuando supieras jugarlos. Tratando de hacer tiempo, Sloan miró el caracolito que había recogido y se puso a observarlo. Él esperó en silencio hasta que a ella no le quedó otra opción que mirarlo a los ojos, y entonces él dijo:

-Una de las cosas que me gustan de ti es que eres franca y honesta y eso es como una brisa de aire fresco. Sin embargo, hay algo que te incomoda cuando estás sola conmigo. ¿Qué es?

Sloan se preguntó cuán honesta y brisa de aire fresco la encontraría él si ella le contara la verdad*. Lo que me molesta cuando estoy a solas contigo es que no soy diseñadora de interiores. Soy una policía trabajando de incógnito ,y no he venido aquí a estar con mi padre. Estoy aquí para espiarlo. Paul no es mi amigo; es un agente del FBI que ha venido por la, misma razón. Ah, a propósito, a él también le gustaría que averigüe lo que pueda sobre ti*. No era inocente y honesta, en realidad, probablemente era la persona más falsa que él hubiera conocido jamás- También se sentía tan atraída por él que se le hacía do un nudo en el estómago de sólo pensar en cómo reaccionaría él cuando averiguara la verdad.

-¿Te gusto? -preguntó él, sin rodeos.

Sloan tuvo la clara sensación de que él ya conocía la respuesta.

-¿Sabes qué? -dijo, temblorosa-. No seamos demasiado honestos.

Él no había parado de reírse cuando se inclinó y la besó apenas en los labios.

-Ya está, ya nos deshicimos de esto. El primero es el más difícil. Ahora las cosas van a ser más fáciles.

Sloan lo miró: la cabeza le daba vueltas de asombro, de emoción y de miedo.

Sloan esperaba que Noah la dejara en la puerta de atrás, pero él la siguió dentro de la casa. Ella oyó la voz de Paul seguida de una carcajada que pareció extrañamente disonante en esa casa de rígida dignidad y maderas oscuras.

-Parece que están en el comedor -le dijo a Noah y siguió los sonidos por el corredor.

La familia había terminado de desayunar, y Paris miraba un álbum de fotos abierto mientras Paul miraba por encima de su hombro.

-Esa raqueta era tan grande como tú -dijo, con una risa. -En esa foto Paris tenía tres años -dijo Edith-. Yo tenía la misma edad cuando empecé mis lecciones.

Levantaron las cabezas cuando entraron Noah y Sloan, y la sonrisa de Carter se le congeló en los labios.

-¿Ustedes estuvieron juntos toda la mañana?

-Mi padre y Courtney emboscaron a Sloan en la playa y la obligaron a desayunar con nosotros -dijo Noah, con suavidad.

Carter se tranquilizó y le volvió el buen humor.

Librodot

-Será mejor que tengas cuidado con Douglas, Sloan. Es muy mujeriego.

Cuando Edith le dirigió a Noah una mirada ominosa, Sloan se dio cuenta de que la anciana nunca estaba del todo de buen humor.

-Tendrías que ponerle un bozal a esa criatura, Noah. Sus modales son un espanto.

-Se siente sola y se aburre -la contradijo Sloan, con delicadeza-. Es brillante, no conoce a nadie aquí y está rodeada de adultos. Su única diversión es impresionar e irritar a los demás. Los niños suelen hacer eso. -Como pidiendo disculpas por haber estado abiertamente en desacuerdo con ella, Sloan le dio una palmadita en el hombro a Edith y dijo: -Buenos, días. bisabuela.

El ceño de la anciana se suavizó a niveles normales, Meno$_s$ intimidatorios.

-Buenos días -respondió, rígidamente.

-A Sloan le gustan mucho los niños -dijo Noah, sirviéndose una taza de café de la cafetera de plata que había sobre una repisa-. Incluida Courtney.

-A mí no me gustan los niños -le recordó Edith, tajante-. Tú y yo tenemos eso en común, si mal no recuerdo.

-Así es -le respondió Noah.

-Ésa ha sido mi única objeción a que te cases con Paris. El comentario tan personal hizo que el mucamo que estaba junto a la repisa saliera de la gran habitación por una puerta lateral, y Sloan decidió seguir su ejemplo.

-Tengo que ir a lavarme las manos -dijo, con la primera excusa que se le ocurrió mientras ya trasponía la arcada que daba a la sala principal-. Me ensucié los dedos con jalea de arce cuando torné el frasco. Permiso.

Paul se puso de pie.

-Yo tengo que sacar algo del auto -dijo pero, al salir del comedor, fue sólo hasta la sala del otro lado del vestíbulo. Recogió una revista de la mesa baja y se puso a hojearla.

-Hablo muy en serio, Noah -decía Edith, con tono severo, en el comedor-. No he sobrevivido noventa y cinco años para ver que la línea de mi familia llegue a su fin con Paris.

-¿No se está olvidando de Sloan? -preguntó Noah en un intento simultáneo por recordarle que Sloan era parte de la farríilia y por evitar hablar de los planes matrimoniales no existentes entre Paris y él.

-Sí, me olvidé de Sloan -admitió ella, con un aire ligeramente culpable-. Supongo que como no hace tanto que la conozco no pienso automáticamente en ella, pero tienes toda la razón del mundo.

Noah quedó muy satisfecho con su respuesta, pero el siguiente comentario de Carter disparó una reacción de sorpresa en cadena seguida por una instantánea explosión de ira.

-Tenga hijos o no, Sloan jamás podrá continuar la línea de la familia -dijo Carter, tajante-. Esa idea es ridícula. No tiene la menor idea de lo que es ser una Reynolds, y es treinta años demasiado tarde para empezar a enseñarle. Sus hijos reflejarán su propia educación, sus valores, no los nuestros.

-Podría aprender -terció Paris, con valentía.

-No pedí tu opinión, Paris. Aunque tú ya la consideres un miembro pleno de nuestra familia, nadie más lo hará. Nuestros;amigos no la conocen, nunca han oído hablar de ella, y jamás aceptarían...

-Tengo una solución para tu problema, Carter -interrumpió Noah con un dejo helado en la voz-. ¿Qué planes tienes para esta noche?

-No he hecho planes específicos para el tiempo en que Paul y Sloan estén aquí -dijo, desconcertado por el tono de Noah-. Pensaba que tal vez Paris ,y tú quisieran pasar algunas veladas con ellos, yendo a la ciudad y haciendo lo que sea que hacen ustedes los jóvenes.

-Bien. Dado que nadie tiene planes específicos para esta noche, puedes dar una fiesta para presentar a Sloan a tus amigos y asegurarte de que la acepten.

-Imposible -se burló Carter, sacudiendo la cabeza negativamente.

-Imperativo -lo contradijo Noah, fríamente-. Cuanto más lo demores, más conjeturas habrá sobre ella y sobre por qué tienes miedo de que la gente la conozca. Mi padre seguramente se la ha mencionado a sus amigos, y el rumor se extenderá como la pólvora.

-¡Sé razonable! Ella va a estar aquí apenas dos semanas, y después de eso se irá. Además, creo que una fiesta será una tensión muy grande para Sloan.

-Tendrá que soportar la tensión -dijo Noah con un sarcasmo apenas velado.

-Creo que una fiesta para Sloan es una idea magnífica -dijo Paris, encogiéndose apenas bajo la mirada helada de su padre pero sin bajar la vista.

-Paris -le advirtió él con voz tensa-, tu actitud está comenzando a irritarme...

-Siempre te irritas cuando no tienes razón, Carter -dijo Edith-. Sucede que yo estoy de acuerdo con Noah y Paris. Tenemos que dar una fiesta para presentar a Sloan a todo el mundo, y cuanto antes, mejor.

-Bien -dijo él, levantando los brazos. Luego se vengó de Paris señalándole fríamente los resultados negativos de su oposición sin precedentes hacia él. -Dijiste que querías pasar

todo el tiempo posible con Sloan mientras ella estuviera aquí. En lugar de hacer eso, vas a tener que pasarlo organizando una fiesta que ella no va a disfrutar y enviándoles invitaciones a personas que vendrán a observarla pero que no la aceptarán.

-La aceptarán -dijo Noah, con frialdad-, si tú actúa$_s$ como ellos esperan que actúes. Si temes no tener suficiente influencia para asegurar eso, entonces yo con gusto prestaré

la mía en la fiesta, ya que conocemos a las mismas personas. -Habiendo arrojado el guante, Noah suavizó la voz y miró a Paris. -No tienes por qué renunciar a pasar tiempo con Sloan, Paris. Voy a pedirle a la señora Snowden que organice la fiesta y se ocupe de todos los detalles. ¿Tienes alguna lista de invitados para darme, supongo? -Ella asintió, y él agregó: -Bien, entonces todo lo que tienes que hacer es decirle a tu personal que ponga la casa en condiciones para hoy, y yo haré que la señora Snowden haga el resto.

-Yo me ocupo del personal -anunció Edith-. Que Sloan y Paris pasen el día arreglándose el cabello y lo que sea que hacen las jóvenes que les consume todo el día cuando tienen que ir a una fiesta especial.

Sloan entró justo en ese momento y miró confundida la sonrisa de Paris y el entrecejo fruncido de Carter.

-¿Vamos a ir a una fiesta? -preguntó, cuando vio que todo el mundo dejaba de hablar y la miraba.

-¡Vamos a dar una fiesta en tu honor y será maravillosa! -exclamó Paris-. Noah, muchas gracias por ofrecer a la señora Snowden. Supongo que tendrá que hacer las invitaciones por teléfono.

-A la señora Snowden le divierten los desafíos.

-Pero no hace falta una fiesta -aventuró Sloan, con cautela-. No quiero que nadie se moleste por mí.

Carter miró a los otros tres.

-Les dije que ella pensaría eso -dijo, triunfante.

Sloan iba a reforzar la opinión de Carter cuando Noah le informó, arrogante:

-No es decisión tuya. Es apropiado que tu familia te presente a sus amigos, y una fiesta es la manera ideal de hacerlo. Sloan percibió la hostilidad oculta entre los dos hombres y no pudo imaginarse cómo una simple fiesta podría haberla producido. Pensó en ignorar la orden de Noah de guardarse su opinión, pero Paris parecía tan contenta que Sloan no pudo seguir protestando, y Edith se veía tan empecinada que Sloan supo que no tenía el menor sentido intentarlo.

-En ese caso -le dijo a Noah con una sonrisa insegura-, me gustaría que se invite a Courtney. -Cuando él asintió, ella decidió retirarse de la conversación y de la sala, y miró a Paris.-Creo que me voy arriba a darme una ducha.

Paris apartó la silla y se puso de pie.

Librodot

-Tengo las listas de invitados y las listas de las tarjetas de Navidad y todas esas cosas en la computadora. Te las traigo en seguida -le dijo a Noah. Para sorpresa y placer de Sloan, Paris la alcanzó en el umbral, la tomó del brazo y dijo: -¡Va a ser tan divertido! Ahora vamos de compras, a arreglarnos el cabello, a hacernos dar un masaje. Paul dijo que tenía algunas cosas que hacer...

Sloan estaba tan desolada ante la perspectiva de ser exhibida como una curiosidad para que la observaran, la juzgaran y conjeturaran sobre ella un grupejo de desconocidos que permitía que Paris la llevara, más allá de la escalera, a una puerta cerrada, sobre la derecha, detrás de la sala. Cuando Paris la soltó para abrir la puerta, Sloan recordó la ducha y dio un paso atrás, pero entonces se dio cuenta de lo que estaba viendo y cambió de idea. La puerta abierta revelaba una habitación amplia y lujosa, con paneles de madera en las paredes, que sólo podía ser la oficina de Carter. Era de allí que a veces salía Gary Dishler.

Al final de la habitación había un escritorio de caoba .y, en la pared detrás de éste, una biblioteca. Paris se acercó al escritorio, sacó una llave de un cajón y abrió un par de puertas en la pared detrás de éste. Abrió las puertas y la mirada de Sloan se detuvo en el monitor de la computadora oculto tras ellas. La pantalla estaba iluminada, la computadora lista para ser utilizada, y había un mensaje que pedía al usuario que escribiera su clave personal.

Paris se ubicó en una silla de cuero oscura .y de respaldo alto ante el escritorio y giró hasta quedar frente a la computadora.

Del entusiasmo, a Sloan le empezó a latir el corazón con fuerza. Se ubicó junto a Paris.

-Mi clave es FRANCIA -dijo Paris, con inocencia.

Sloan observó a Paris abrir un archivo titulado "Lista de invitados de Palm Beach" de una carpeta llamada "Listas de direcciones", y luego imprimir el archivo. Se inclinó hacia delante y abrió otro armario, a la derecha de su rodilla, que dejó ver una impresora láser de alta velocidad y la unidad central de procesamiento de la computadora.

Sloan miró el gabinete, pero su interés principal eran los iconos exhibidos en el monitor que indicaban a qué programas y posiblemente a qué información Carter tenía acceso con la computadora. Antes de que pudiera mirar más, Paris sacó una página de la impresora y se reclinó en la silla, bloqueándole a Sloan la pantalla.

-¿Te parece que a Carter le molestaría que usara la computadora más tarde? -preguntó Sloan con toda la indiferencia que pudo.

-Me gustaría ver mi correo electrónico y quisiera enviar algunos mensajes.

-Me hace gracia que lo llames por su nombre -le confesó Paris con una sonrisa-. No, estoy segura de que no le molestará que la uses, a menos que él la necesite.

-¿La usa con frecuencia? -preguntó Sloan, cada vez más interesada.

-Sí, pero no por mucho tiempo. Tiene acceso al Banco en San Francisco y mira qué está pasando. Más que nada la usa para eso ,y para otros asuntos de negocios.

Sloan sabía que el Banco significaba el Reynolds Trust en San Francisco.

-¿De qué otros negocios se ocupa?

-No lo sé. A papá no le gusta hablar de negocios. Dice que es demasiado complicado para que lo entendamos la bisabuela o yo. -Sacó las páginas restantes de la impresora, cerró y volvió a pasarles llave a las puertas, volvió a guardar la llave en el cajón superior derecho del escritorio y sacó un lápiz del portalápices que había sobre el escritorio. -Le llevaré esto a Noah. Ya estoy vestida para salir... -dijo. Cuando salían de la oficina de Carter, dijo, contenta: -Nos divertiremos mucho. Pasaremos el día haciéndonos mimar y vendremos a casa ,y nos vestiremos para tu debut.

Sloan la dejó junto a la escalera y subió a su habitación. Paris llevó al comedor la lista de los invitados para la fiesta y se sentó a una mesa. Marcó varios nombres de la lista y luego miró a su padre y a su bisabuela.

-¿A cuántas personas quieren invitar? Es tan tarde que la mitad de la gente ya tendrá otros planes, de manera que deberemos invitar el doble de los que queramos que vengan.

-Que no sean muchos -dijo Carter.

Noah lo ignoró y miró a Paris.

-Marca a los que quieras invitar especialmente y yo elegiré a los otros. Conocemos a la misma gente.

Paris marcó varios nombres en cada una de las once páginas y le dio la lista a Noah.

-Haré que la señora Snowden se haga cargo del resto -dijo y se puso de pie-. ¿Les parece bien a las siete de la noche?

-Está bien -dijo Edith-. El tiempo ha estado tan lindo, cómo me gustaría que pudiéramos tener la fiesta en el jardín.

-Veré qué se puede hacer -dijo Noah, ya volviéndose para irse.

-Que no sean muchos -le recordó Carter.

Los pensamientos de Edith se volcaron, inexorablemente, al dinero.

-No hay necesidad de ser extravagante -le dijo-. Bocaditos, no un banquete. Dos de nuestros criados pueden ocuparse de servir la comida y la bebida, no hay por qué pagar personal extra.

-Yo me ocupo -dijo Noah, cortante, por encima del hombro.

-Necesitaremos champaña -le recordó Paris.

-Champaña *nacional* -determinó Edith.

Ya estaba casi fuera de la habitación, dirigiéndose al vestíbulo, cuando lo alcanzó Paris.

-Noah -le dijo, preocupada, bajando la voz-. Tal vez debamos esperar para dar la fiesta.

Él apretó la mandíbula.

-¿Qué te preocupa? ¿El costo? ¿El hecho de que el esqueleto de la familia salga del armario? ¿O lo que te preocupa es tener que competir con Sloan?

Ella retrocedió como si él la hubiera golpeado.

-¿Qué estás diciendo?

-¿Qué estás diciendo tú? -replicó él.

-Pensé... Que a lo mejor sería mejor esperar y tener una fiesta verdaderamente hermosa y no armar una reunión pequeña como la que quieren papá y la bisabuela. Siempre hemos dado fiestas lindas, y si la fiesta de Sloan no está a la altura de las usuales, la gente pensará que ella no nos importa tanto y que por eso no nos tomamos muchas molestias. Los

buenos proveedores necesitan mucho tiempo para planear los menús y contratar el personal, y ahora ya van a estar todos comprometidos. Además está el asunto de las flores, la música las sillas y las mesas, los manteles... No hay manera de organizar todo en dos o tres días, mucho menos en unas pocas horas.

El enojo de Noah con ella había desaparecido, y su expresión se suavizó.

-Te pido disculpas por interpretar mal tus motivos -dijo, con suavidad-. Tendría que haber sabido que no eres capaz de eso. Deja los detalles en mis manos.

Courtney y su padre levantaron la mirada cuando Noah entró enérgicamente en la casa.

-¿Qué pasa? -preguntó ella, en seguida, notando la mandíbula tensa de él y los pasos largos y rápidos.

-Carter va a dar una fiesta para Sloan -respondió él, sin detenerse-. ¿La señora Snowden está arriba?

Courtney lanzó un gruñido no muy delicado.

-¿Dónde va a estar? Te sigue de una ciudad a la otra, de una casa a la otra, de un hotel a otro, siempre a tu absoluta disposición, veinticuatro horas al día...

Era una exageración, pero Noah no se molestó en señalarlo. La hermana de la señora Snowden vivía a sesenta y cinco kilómetros de Palm Beach y cada vez que él iba allí, dos veces por año, ella lo acompañaba. Era bueno para los dos: Noah siempre tenía trabajo para ella, aunque él estuviera de vacaciones, y, a cambio de trabajar unas pocas

horas todos los días, la señora Snowden se garantizaba un viaje con todos los gastos pagos para ver a su hermana.

-Buenos días -dijo ella, volviéndose de un archivo cuando él entró en una biblioteca que hacía las veces de oficina cuando estaban en Palm Beach.

-¿Cómo está su hermana? -preguntó, automáticamente.

-Bien.

Cumplidas las formalidades sociales, Noah se sentó a su escritorio y le hizo una señal con la cabeza a ella para que se sentara frente a él.

-Vamos a dar una fiesta -anunció, empujando una libreta y una lapicera hacia ella por encima del escritorio.

-Me pareció haber oído que Carter Reynolds iba a dar la fiesta -dijo Courtney, dejándose caer en una silla junto a la señora Snowden y apoyando una pierna en el apoyabrazos. Noah la ignoró y entonces la señora Snowden tomó la libreta y la lapicera.

-¿Cuándo es la fiesta? -preguntó, con la lapicera lista. Esta noche.

Ella llegó a la conclusión obvia.

-¿Una cena para pocos invitados?

Algo un poco más grande.

-¿Cuánto más?

En lugar de responderle de inmediato, Noah miró las hojas con nombres y direcciones de los amigos de los Reynolds en palm Beach. Tomó una lapicera y trazó una raya tachando los nombres de las personas que a él personalmente no le gustaban, y de las personas que suponía que no le gustarían a Sloan; luego le pasó las hojas.

-Unas ciento setenta y cinco personas, más o menos.

-Con tan poco tiempo por delante y si quiere servir cena, supongo que querrá hacerlo en uno de sus clubes, ¿verdad? Aunque no creo que haya tiempo, en realidad, para...

-Quiero que se haga en el jardín de la casa de Carter Reynolds.

Ella parpadeó.

-¿Quiere dar una cena en el jardín esta noche para ciento setenta personas? Eso significa contratar el servicio de cena...

Él obvió ese problema.

-Se lo puede hacer tipo comidas frías, como hicimos la última aquí, pero que haya muchos camareros para pasar la comida en bandejas para los invitados que no quieran hacer fila. Quiero que todo sea de primera.

-Por supuesto -dijo ella, pero se la veía asustada.

-Que haya mucha champaña... Dom Pérignon. Ah, y quiero también una de esas cosas de hielo. Quedan muy lindas en las mesas...

-¿Esculturas de hielo? -preguntó ella, con voz débil.

-Sí. Y flores, por supuesto.

-Por supuesto -repitió ella, desfalleciente.

-También necesitaremos una orquesta. Ya sabe, lo de siempre. Lo ha hecho cientos de veces para mí.

-¡Sí, pero no con tan poco tiempo! -exclainó ella, con aire de echarse a llorar en cualquier momento por tener que admitir que había algo que no podía hacer-. Señor Maitland, realmente no creo que pueda organizar esto sola.

-No espero que lo maneje sola -dijo él, impaciente-. Acabamos de comprar dos hoteles aquí. Que lo organicen ellos.

Entonces la señora Snowden vio una manera de lograrlo que seguía siendo, de todas maneras, una tarea hercúlea, desde el punto de vista logístico y diplomático, y de inmediato estuvo a la altura del reto.

-Convenceré a los gerentes de los hoteles -dijo, sornriendo.

-No me cabe duda -respondió él, secamente-. Tendrá que hacer las invitaciones por teléfono. Dígales a todosque llama de parte de Carter y que él invita a una fiesta para pre. sentar a su hija Sloan.

Ella asintió.

-Necesitaré ayuda. Hay dos mujeres en la oficina de San Francisco en las que se puede confiar; son perfectamente capaces de transmitir una invitación por teléfono y a último

momento para una cena y conseguirlo con donaire. Podría enviarles la lista por fax, pero las llamadas serán de larga distancia. ¿Está bien?

-Está bien.

-Hay un problema más: es muy probable que las personas que invitemos lleguen a la conclusión de que las invitamos a último momento para llenar huecos y que no estaban en la

lista original. En ese caso, se ofenderán y declinarán la invitación.

Noah tomó el correo que ella había abierto y colocado en una caja de cuero sobre el escritorio.

-Dígales que acabamos de percatarnos de que las invitaciones originales no fueron enviadas. Échele la culpa al correo, si quiere. Todo el mundo lo hace.

Courtney bajó la pierna del brazo de la silla y se levantó.

-Por lo que oigo va a ser otra aburrida fiesta de Palm Beach. Me alegro como la mierda de que mi nombre no aparezca en esa lista. Nadie podría arrastrarme a una de esas fiestas.

Noah levantó los ojos de la carta que tenía en la mano.

-Sloan me pidió especialmente que te invitara. Por favor, no me obligues a arrastrarte.

En lugar de ponerse belicosa e impertinente, como esperaba Noah, se la veía anonadada.

-¿Sloan me invitó? Mentira.

-No, no es mentira.

-Entonces supongo que no tengo opción -dijo, con voz de martir-. De lo contrario, estará rodeada de gente aburridísima, nada mas

Iba a irse, pero se volvió a medio camino.

-¿Noah?

-¿Qué? -preguntó él, sin levantar la vista de la carta que leía.

-¿Por qué haces esto por Sloan? ¿Por qué no se ocupan Carter o Edith o Paris de la fiesta?

-Carter se está comportando como un arrogante hijo de puta y Edith es demasiado avara y está demasiado vieja como para confiarle tantas decisiones. Paris estaba dispuesta a organizar todo,. pero es demasiado nueva en esto de desafiarlos, y al final se terminaría por hacer la voluntad de esos dos. Si no dan una fiesta como la gente para presentar a Sloan como corresponde, ella jamás podrá ocupar aquí el lugar que le pertenece. -Pasaron unos instantes antes de que Noah se diera cuenta de que Courtney no se había ido. Exasperado, levantó la mirada y la encontró observándolo, con la cabeza inclinada hacia un lado. -¿Y ahora qué Pasa? -preguntó, impaciente.

-Eso explica por qué no la organizan ellos. No explica por qué la organizas tú.

Irracionalmente irritado con las preguntas inquisidoras de ella, Noah la miró con furia.

-No sé por qué -dijo, sucinto-. Supongo que me dio pena porque Carter actuaba como un nariz parada y hablaba de ella como si se tratara de una parienta pobre.Me puso loco.

-Es una parienta pobre -señaló Courtney, sencillamente-. Y tú también eres un nariz parada.

-Gracias -dijo él, sarcástico-. ¿Terminaste, o tienes algún otro oscuro comentario que hacer?

-Ya que estamos, sí tengo un comentario que hacer -respondió Courtney-. Una vez vi una película, que se llamaba *The Caipetbaggers.* Se trataba de un tipo muy rico, dueño de un gran estudio de cine, que gastó una fortuna para convertir a una prostituta rubia en una estrella de cine. ¿Sabes por qué lo hizo?

-No. ¿Por qué lo hizo?

-Porque quería casarse con ella, pero primero tenía que hacerla importante como para que lo mereciera.

-¿Qué diablos tiene eso que ver con nada? Courtney se encogió de hombros.

-Era un comentario, nada más.

-Si quieres dar a entender que yo pienso casarme con Sloan o que me importa un bledo lo que la gente piense de ella, estás equivocada con ambas cosas. Ahora vete y déjame trabajar.

Cuando ella se fue, Noah releyó el primer párrafo de la misma carta dos veces; luego la arrojó sobre el escritorio y se reclinó en la silla, mirando ceñudo el campo de acianos en el óleo impresionista colgado en la pared de enfrente.

No sabía por qué había insistido con la fiesta para Sloan, cuando eso atentaría en contra de sus objetivos personales. Esa noche, otros hombres la conocerían y la encontrarían tan fascinante y tan encantadora como él. Reconocerían las mismas atormentadoras cualidades, su belleza inconsciente y ese risueño candor, que lo intrigaban, y percibirían que había mucho más detrás de eso. Considerando que ya se sentía ridículamente posesivo con ella, la fiesta era un obstáculo.

No sabía por qué había perdido los estribos con Carter ni por qué se había erigido en el defensor personal de Sloan, salvo porque había algo tan franco y puro en ella, una bondad y un orgullo tan serenos, que se sentía absurdamente protector hacia ella incluso tratándose de su propio padre.

Librodot

Capítulo 25

Paul esperaba en el vestíbulo cuando Sloan bajó, lista para enfrentarse a lo que Paris describía, feliz, como un día de mimos.

-Iba a dejarlas a ti y a Paris y luego iba a hacer mis diligencias -le dijo Paul-, pero Paris dice que el maratón de belleza que ha pensado para las dos va a tomar más de una o dos horas, de manera que voy a llevar mi auto, y tú irás con ella. Ya trajeron el Jaguar al frente.

-Te acompaño al auto -dijo Sloan con un significativo movimiento de cabeza hacia la puerta del frente.

El auto de Paris estaba estacionado frente al porche, pero el de Paul estaba un poco más lejos, y Sloan esperó a que estuvieran junto a él antes de hablar.

-Hay una computadora en la oficina de Carter en línea con su Banco. Paris me dijo que puedo usarla, y me dio su clave de acceso.

-No te ilusiones mucho. Él es demasiado cuidadoso para permitirle a Paris acceder a sus archivos o meterse en las computadoras del Banco -dijo Paul-. Seguramente él tendrá su propia clave.

-Lo sé. Simplemente te informo de lo que averigüé. -Me gustaría tener una copia de esa lista de nombres y direcciones que Paris le dio a Maitland para la fiesta.

-Se la pediré a Paris -dijo Sloan-. Puedo decirle, con toda honestidad, que será un lindo recuerdo y que me ayudará a recordar los nombres.

-Bien. -Miró hacia la puerta del frente, que se abría. -Paris acaba de salir de la casa. A propósito, por si aún no lo sabías, fue Maitland el que obligó a que hicieran esta fiesta para ti. Pensé que te iba a gustar saberlo.

-Me di cuenta de que Carter no tenía muchas ganas, pero, ¿cómo puede ser que Noah pueda "obligarlo" a hacerme una fiesta si él estaba tan decidido a no hacerla?

-Tendrías que haber estado ahí para apreciar en su justa medida cómo lo logró. A mí me impresionó -admitió Paul. Sloan bajó la voz porque Paris se acercaba.

-Sí, pero, ¿qué le importa a Noah que Carter no quiera que sus amigos me conozcan?

-Creo -respondió él, con una sonrisa sabelotodo-, que tú ya tienes la respuesta. Noah Maitland picó.

Sloan sintió un enorme placer por el hecho de importarle a Noah y mayor aún porque éste había sido capaz de manejar a Carter Reynolds.

-¡Vamos a estar horas afuera! -exclamó Paris, contenta, acercándose al auto de Paul-. Sloan, vamos a hacernos "todo": masaje facial, manicura, pedicura, masaje corporal y después peinado. Pero tenemos que apresurarnos, porque nos incluyeron entre otros turnos, y tenemos que llegar a hora.

-Vayan, entonces -les dijo Paul, y luego se subió a su auto alquilado. Esperó a estar a varias cuadras de distancia de la casa antes de abrir la guantera y sacar el celular. Marcó

un número y el teléfono fue atendido por otro agente del FBt que estaba sentado en el muelle, con una gomita con adornos de pesca en la visera, .y que sostenía en la mano una caña de pescar. -¿Puedes hablar? -preguntó Paul.

-¿Que si puedo hablar? -dijo el otro, como si no pudiera creer lo que oía-. Será mejor que hables tú, Paul. No me dijiste que estás aquí en tu tiempo libre y por iniciativa propia.

Anoche me llamó el hombre de la oficina grande, apenas se enteró, y está en pie de guerra. Dice que has permitido que un rencor personal te nublara el sentido y que estás obsesionado con este caso. Hablo en serio, compañero, creo que caminas por el filo de la navaja. Te estás arruinando la carrera y, aunque consigas evidencia, los abogados de Reynolds la destruirán en la corte, por el modo en que la estás consiguiendo.

-Pero yo no estoy buscando evidencia y, cuando aparezca, no seré yo el que la haya encontrado -dijo Paul, interrumpiendo con el tono hastiado y aburrido de alguien a quien obligan a explicar lo obvio-. Estoy aquí apenas como el ¯facilitador" de Sloan. Yo no tuve nada que ver con la decisión de Carter Reynolds de invitar a su hija aquí. Y si resulta que su hija se topa con algo que lo incrimine durante su visita, es natural que lo entregue a las autoridades, esté yo aquí o no. Después de todo, ella es policía.

-No es a mí a quien tienes que convencer; llama al viejo y convéncelo a él.

-En estos momentos estoy de vacaciones. Ya se va a calmar cuando haga un héroe de él. Mientras tanto, aquí yo me estoy comportando como un perfecto caballero invitado que disfruta de sus vacaciones en la casa de alguien. Juego al tenis, descanso junto a la piscina, ceno, voy a bailar. No he abierto un cajón, ni siquiera un álbum de fotos, sin que me invitaran a hacerlo. No le digo a Sloan dónde buscar ni qué buscar. Nunca le dije que Reynolds está utilizando su Banco para lavado de dinero, ,y nunca le dije de quién es el dinero que está lavando. No tendré que hacerlo, porque el destino ha aparecido en el camino y la ha colocado en el lugar exacto.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que mi hermosa compañera de viaje ha adquirido un admirador persistente, y no hay juez federal vivo que pueda ignorar una evidencia que ella consiga de él, porque yo no tendré absolutamente nada que ver con ella.

-¿Quién es? -Noah Maitland.

El agente aspiró hondo y largó el aire en un susurro triunfante.

-¡Gol!

Capítulo 26

Sloan estaba junto a la baranda de su balcón, hipnotizada por la vista que se presentaba a sus ojos allá abajo. Todo el parque trasero estaba iluminado con antorchas y salpicado de mesas vestidas con manteles de lino blanco y adornadas con flores y velas en recipientes de vidrio. Camareros de esmoquin pasaban con bandejas de champaña y canapés entre lo que parecía una concurrencia de al menos doscientos invitados. En el sector de la derecha del parque habían dispuesto mesas de banquete y en el de la izquierda, al lado de la piscina, una orquesta tocaba cerca de una tarima portátil para el baile. En una mesa, en el medio del parque, había una inmensa escultura de hielo de unas gráciles gaviotas en vuelo.

-¿Lista para hacer tu gran entrada? -preguntó Paris, atravesando el dormitorio de Sloan y saliendo también al balcón. -No pensé que iba a ser una fiesta tan importante y tan grande -dijo Sloan.

-La secretaria de Noah es una maga -dijo Paris, observando la reunión con mirada de aprobación-. Yo nunca habría conseguido algo igual con tan poco tiempo. Vamos. -Estoy nerviosa -admitió Sloan.

-Yo también -dijo Paris, con una risita temblorosa-. Nadie se ha puesto un diseño mío antes. Veamos el efecto total.

Sloan se apartó de la baranda y la siguió dentro del dormitorio, donde hizo una lenta pirueta para que Paris pudiera inspeccionarla. El vestido de gasa color limón tenía una falda en capas que flotaba sobre las rodillas de Sloan a cada paso que ella daba y se le ajustaba al torso con un escote cuadrado y una piedra haciendo las veces de broche en la nuca.

-Jamás volveré a estar tan linda -dijo Sloan, medio en serio.

-El color hace un juego perfecto con tu bronceado -dijo parir, retirándose un poco y estudiando el efecto general-. Y el vestido te cae de mil maravillas. Me siento muy... profesional.

-Tú eres una profesional -dijo Sloan, con solemne sinceridad.

-Papá no opina lo mismo. El mes pasado, cuando hice éstos, me dijo que estaba perdiendo el tiempo...

-No le permitas que te haga eso -dijo Sloan, con una fuerza serena-. Por favor, no le permitas que te haga eso. Se equivoca. Mírame. Míranos -dijo Sloan, con énfasis, mientras entraba en el cuarto de vestir y se detenía frente a un espejo de cuerpo entero-. Tú diseñaste estos dos vestidos.

Estaban de pie frente al espejo, juntas, Paris con un vestido de seda bordada color durazno con los cabellos oscuros recogidos a los lados con broches de oro .y Sloan en amarillo pálido con los cabellos cayendo como una nube sobre los hombros.

Librodot

-Después de esto, mi vestido de novia será un anticlímax -dijo Sloan.

-No, no lo será -dijo Paris, apartando su inseguridad con un enérgico movimiento de cabeza-.¡Porque ese vestido también voy a diseñarlo yo! -Se alejó del espejo. -Venid, princesa Sloan, es hora de ir al baile. Papá nos esperará en el patio y yo te acompañaré cuando él te lleve para presentarte a todo el mundo.

Noah estaba de pie cerca del patio, escuchando a un grupo de hombres que intentaban convencerlo de participar en la compra de un haras que ellos planeaban adquirir como un proyecto conjunto.

Estaba de espaldas a la casa, pero supo con exactitud el momento en que Sloan apareció en el parque, porque los hombres de su grupo dejaron de hablar y se dedicaron a mirarla. Lo mismo hicieron muchos a su alrededor.

-¡Dios santo, miren eso! -balbuceó uno de los hombres. Noah se volvió despacio, demorando el suspenso, pero, cuando la vio, le fue difícil mantener la compostura y dejarla que se mezclara con los invitados. Se quedó parado allí casi media hora, observando a Carter moverse entre los invitados con Sloan de un brazo y Paris del otro. Vio a Sloan sonreír cuando la presentaban a cada uno de los invitados, y la vio ganarse a todos con su actitud natural y su calidez sin afectaciones.

Pero Courtney sí lo estaba sacando de quicio.

-Creo que voy a ir a rescatarla -anunció-. Carter ya la arrastró entre todos los invitados.

-Quédate quieta -le ordenó Noah-. En un ratito la traeré aquí.

-¡Ahí viene, y sin Carter, gracias a Dios! -anunció Courtney, contenta, unos minutos después, pero frunció el entrecejo cuando vio a varios amigos de Noah que, habiendo adivinado el destino final de Sloan, comenzaban a acercarse a ellos-. Y ahí vienen los lobos, en plena persecución, tu padre como el que más. Da asco. -Solucionó el problema dándoles la espalda a todos, incluido Noah, y luego dio un paso adelante y se colocó entre Sloan y todos los demás. -Hola, Sloan -dijo, con una sonrisa-. Noah me dijo que querías que viniera, así que... Aquí estoy. Hasta me vestí para la ocasión, ¿te diste cuenta? -preguntó, agarrándose la falda y echándola hacia un costado para que Sloan viera bien.

Sloan consideró el conjunto de ella, que consistía en un anticuado vestido de promoción con encaje, largos guantes de satén sin dedos y un par de botas militares. Estaba tan ridícula y tan adorable que Sloan lanzó una carcajada y la envolvió en un fuerte abrazo.

-¡Me alegro tanto de que hayas venido! -Sí, pero, ¿te gusta mi ropa?

-Es... Eres tú -respondió Sloan.

-La señora Reynolds me dijo que parecía una refugiada mal vestida.

-Es muy anciana y creo que no ve bien -dijo Sloan, sofocando una risa horrorizada.

-¿No vas a saludar a Noah?

Sloan casi no había pensado en otra cosa desde el principio de la fiesta, pero ahora que el momento había llegado le daba vergüenza. Levantó los ojos hacia él y dijo, apenas:

-Hola.

-Hola -respondió él, y los ojos grises brillaban de admiración.

-A Noah también tendrías que abrazarlo -dijo Courtuey -. No vas a creer lo que hizo para conseguir esta fiesta sólo para ti.

-¿Qué quieres decir? -Sloan sabía que él había insistido para que Carter diera la fiesta y sabía que su secretaria había trabajado mucho en la organización, pero no tenía idea de que hubiera hecho más hasta que Courtney le dio todos los detalles.

-Noah cerró el restaurante principal de uno de sus hoteles, porque necesitábamos mesas y sillas aquí, y puedes estar segura de que en ese hotel no quedó ni una flor, tampoco. ¿Ves ese inmenso arreglo floral en la mesa de banquete, donde está la comida?

Haciendo un esfuerzo, Sloan apartó la mirada de los risueños fijos grises de Noah y miró hacia donde le indicaba Courtney.

-Sí, lo veo.

-Bien, esta mañana ese ramo gigante estaba sobre una gran mesa en el vestíbulo...

-Basta, Courtney.

Ella lo ignoró.

-Es la verdad. Y seguro que no quedó servilleta, camarero ni tenedor tampoco en todo el lu...

Riendo, Noah se acercó hacia ella desde atrás y puso la mano con suavidad sobre la boca de su hermana, ahogando el resto de su entusiasta informe.

-La última vez que te invité a bailar -le dijo a Sloan-, me rechazaste. ¿Qué posibilidades tengo esta noche?

Sloan estaba profundamente conmovida por todas las molestias que se había tomado él por ella, y ya estaba sucumbiendo al hechizo de su voz profunda y sus ojos de plata.

-Diría que excelentes -dijo, en voz queda.

Cuando Sloan estuvo en sus brazos, en la pista de baile, tuvo la primera imagen clara y de cuerpo entero de él bajo la luz de las antorchas, y se quedó sin aliento. Su elegante traje azul noche vestía a la perfección su cuerpo alto y espléndido, rodeando la espalda ancha y las caderas estrechas, y enarcando sus largas piernas. Contra el bronceado del cuello, la camisa era de un blanco resplandeciente, tanto como la sonrisa que se le dibujó en los labios cuando le pasó la mano por la espalda y la atrajo hacia él.

-¿Te gusta tu fiesta? -preguntó, mientras la orquesta comenzaba a tocar Alguien que me cuide.

-Mucho -dijo Sloan, suavecito, tratando de no prestar atención a las piernas de él contra las suyas, ni a la solidez del brazo de él bajo su mano, ni cuánto estaba afectándola su profunda voz-. No sé cómo darte las gracias.

La mirada de él con los párpados entrecerrados se clavó, significativamente, en los labios de ella.

-Habrá que pensar en algo.

Sloan buscó un desesperado refugio en el humor.

-Por ejemplo, podría darte clases de defensa personal.

Sus ojos de plata volvieron a los suyos y los labios se estremecieron en una media sonrisa.

-¿Me van a hacer falta?

-Es posible. Soy más dura de lo que parezco.

-Yo también.

Sloan sintió la boca seca.

Estaba tan confundida por lo que le estaba ocurriendo que casi ni se dio cuenta de lo fácil que era bailar con él ni del poco esfuerzo con que sus cuerpos se movían al ritmo de la melodía

dulce y conocida. Se dijo a sí misma que la atracción que él le despertaba era peligrosa y debía terminar pero, cuando la mano de Noah se apoyó en su espalda y sus dedos juguetearon sobre su columna, acercándola a él, Sloan se olvidó del peligro. Se dijo que era sólo un baile, y que probablemente él no se daba cuenta de lo que estaba haciendo.

Noah sabía perfectamente lo que estaba haciendo, y ya estaba pensando en hacer mucho más. Observó cómo la luz de las antorchas le ponía los cabellos color oro derretido, Sloan

olía a flores, y bailar con ella era como bailar con una nube. Cuando terminó la música, ella se apartó apenas de él y levantó la mirada y Noah miró ese rostro que

comenzaba a hechizarlo con sus mejillas delicadas, la deliciosa naricita, y los ojos violeta con las pestañas oscuras.

-Cuando termine la fiesta llevaré a Courtney y a mi padre a casa, ,y volveré. .Espérame en la playa.

-¿Por qué? -preguntó Sloan, temblando.

-Ya inventaremos alguna razón cuando estemos allí -le dijo, con una sonrisa irónica.

Su "razón" era tan clara para Sloan como lo fue darse cuenta de que él quería que ella lo tuviera claro desde el principio. Paul y Paris habían estado bailando juntos y, cuando las dos parejas se encontraron cerca del borde de la pista, Paul sugirió que cambiaran compañeras.

-Noah -dijo Sloan cuando él se alejaba.

Sorprendido por el sonido de' esa voz tan suave pronunciando su nombre, Noah se detuvo y se volvió.

-¿Sí?

-Sería lindo que después sacaras a bailar a Courtney.

-¿A Courtney? -repitió él. En ningún momento se le habia pasado por la cabeza sacar a bailar a su hermana. Divertido pero con un poco de miedo, Noah pensó en las botas militares de Courtney, pero asintió. -Lo haré.

Cuando terminó la pieza, ubicó a Courtney cerca. Casi seguro de que ella se reiría de él y lo rechazaría -esperaba, en realidad, que así fuera-, Noah dijo:

-Señorita Maitland, ¿querría bailar? Ella lo miró boquiabierta.

-¿Contigo'?

-No, con el camarero -dijo él, seco, pero entonces se dio cuenta de que ella se había agachado y estaba desatándose una de las botas. Antes de que se desatara la segunda, vaciló y lo miró. -Es de verdad, ¿no?

La culpa le oprimió el corazón cuando se dio cuenta de cuánto había querido ella que la invitaran.

-Claro que sí.

En la pista, ella lo sorprendió por su gracia.

-¿Dónde aprendiste a bailar?

Ella revoleó los ojos.

-Es un don femenino. Las mujeres nacemos sabiendo bailar. ¿Vas a tratar de acostarte con Sloan?

-No te metas en lo que no te importa.

-Hazme un favor... Déjala tranquila. Vas a terminar abandonándola, como siempre, y ella sufrirá, y no volveremos a verla nunca más. Es amorosa. Me encantaría tenerla de amiga.

Noah miró la cara de su hermana, muy seria y levantada hacia él, y se sintió pequeño ante la generosidad de espíritu de Sloan, su compasión por otras personas, que la había llevado a preocuparse por los sentimientos de Courtney en el medio de una fiesta donde ella estaba bajo una presión constante y un escrutinio despiadado. Con serena certeza, dijo:

-Sloan ya es amiga tuya.

Pasó casi todo el resto de la noche charlando con amigos y deseando que se fueran. El tiempo parecía no pasar más, de manera que se le ocurrió volver a presentar a Sloan a algunos de sus amigos para, de esa manera, tenerla cerca, pero nada más que en el tiempo que quedaba entre los bailes que ella les daba a su padre a todos los otros hombres solos de la fiesta. Noah bailó otras dos veces con Courtney.

Capítulo 27

Sloan estaba en la puerta del frente con Paris y su padre despidiendo a una pareja de íntimos amigos de él, que se Habían quedado a hablar de política cuando hacía ya rato que se habían ido Noah y todos los demás. Edith se había retirado mucho más temprano y Paul, evidentemente, había previsto que el senador Thurmond Meade y su esposa iban a quedarse un largo rato porque se había disculpado y se había ido a la cama hacía media hora.

-Buenas noches, Sloan -dijo la señora Meade-. Ha sido un inmenso placer conocerte. Voy a probar esa receta de pastel de lima que me diste...

Se volvió hacia Paris, se inclinó para adelante y rozó la mejilla de Paris con la suya en un gesto ya repetido que. pensó Sloan, pasaba por un beso entre los que estaban a la moda en Palm Beach.

-Muchacha pícara -le dijo a Paris-. No puedo creer que hayas mantenido tu talento oculto tanto tiempo. ¡Si Sloan no nos hubiera dicho que tú habías diseñado su vestido y el tuyo, ninguno de nosotros lo habría sabido! Oí que Sally Linkley te pidió que le muestres tus bosquejos, pero yo quiero verlos primero. Es justo que me des la primera opción... Yo te conozco desde hace más tiempo que Sally.

El senador Meade se acercó y se despidió formalmente de Paris y de Sloan pero, al darle la mano a Carter, sus felicitaciones fueron entusiastas y genuinas.

-Eres un hombre de suerte, Carter. Tienes dos hijas hermosas. Paris siempre ha sido un crédito para ti, pero puedes estar muy orgulloso de Sloan, también. Esta noche se ha ganado a todo el mundo.

Carter sonrió y le estrechó la mano

-Sé que sí.

Cuando cerró la puerta y se volvió a Sloan, Carter fue tan sincero como lo había sido el senador Meade.

-Sloan, no puedo decirte lo orgulloso que estuve de ti esta noche.

De verdad, ella le gustaba mucho en ese momento, no porque ella lo mereciera, pensó Sloan, sino porque él era un narcisista Y esa noche ella había aumentado su prestigio al impresionar a sus amigos. Pero Sloan no podía sentir simpatía por él, y trató de disimularlo con todas sus fuerzas, mientras sonreía y decía:

-Gracias.

Cuando él comenzó a subir la escalera, ella miró el reloj de pie del vestíbulo y le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de lo tarde que era. El destino... Y el senador Meade habían interferido y la habían salvado de hacer una tontería. Tendría que sentir alivio. Sentía una espantosa desilusión.

Paris no compartía su desilusión por lo tarde que era. Envolvió a Sloan en un fuerte abrazo y dijo:

-¡Estuviste fabulosa! Todo el mundo hablaba de lo hermosa que eres, de lo encantadora, de lo inteligente... Y la fiesta también fue todo un éxito. Por eso todo el mundo se quedó hasta tan tarde.

Sloan recorrió todo el camino hasta su dormitorio antes de comenzar a perder la batalla contra bajar a la playa a ver si Noah todavía estaba allí.

-Buenas noches -susurró Paris.

-Buenas noches -dijo Sloan, pero vaciló, con la mano en el picaporte.

Paris se dio cuenta.

-Estás en pie desde esta mañana temprano. ¿No estás cansada?

Sloan negó con la cabeza y luego confesó el resto de la verdad.

-Noah me pidió que lo viera en la playa después de la fiesta -admitió.

-¿En serio?

-Sí.

-¿Y entonces por qué no estás en la playa? -preguntó Paris, con una sonrisa.

Fue todo el aliento que Sloan necesitaba.

El parque de atrás estaba muy iluminado y había mucha actividad, pues los empleados del hotel estaban trabajando, guardando y cargando todo lo que habían traído para la fiesta.

Sloan vio que algunos de los empleados de Carter los ayudaban, y saludó a dos de las camareras, a las que reconoció. Nadie dio señales de que le pareciera extraño que ella quisiera caminar un rato bajo la luna en la playa desierta a la una de la mañana vestida con un fabuloso vestido de gasa y delicadas sandalias de taco alto, pero Sloan se sentía, de todas maneras, increíblemente ridícula.

Se sintió aliviada cuando por fin llegó a la playa y quedó fuera de su vista, pero su alivio dio en seguida lugar a una abrumadora sensación de desilusión cuando vio que no había señales de Noah.

Miró en dirección a su casa pero, a menos que el arbusto de algún vecino lo ocultara de su vista, obviamente se había ido. Sloan se sacó las sandalias y caminó despacio por la costa, con las sandalias colgadas de un dedo, esperando contra toda esperanza a que él emergiera de algún lugar entre las sombras. Cuanto más se acercaba a la casa de él más desgraciada se sentía. Su corazón traicionero le recordaba cómo había sido bailar con él y cómo los ojos de él se habían clavado osados en su boca cuando ella había dicho que no sabía cómo darle las gracias por la fiesta. *"Habrá que pensar en* algo", había dicho. Y cuando ella le había preguntado por qué quería encontrarla en la playa después de la fiesta,

su respuesta había sido directa de una manera estremecedora: *"Ya inventaremos alguna razón cuando estemos allí".*

Sloan se detuvo al borde del parque de la propiedad de él, escudriñando las terrazas, viendo sólo sombras vagas y perfiles difusos.

Era para mejor, se dijo, juntando coraje. Noah Maitland era demasiado sofisticado, demasiado experimentado y demasiado seguro de sí para ella. Le había parecido lo más común del mundo tratar de seducirla en la pista de baile, a apenas dos días de haberla conocido. Le rompería el corazón si ella le daba la menor oportunidad.

Tenía mucha, pero mucha suerte, de haber escapado por Gegunda vez esa noche, y con tan poco margen, de un desastre seguro.

Se alegraba de que él no la hubiera esperado.

Le encantaba que él se hubiera ido a dormir.

Tragó saliva para ver si diluía el nudo que tenía en la garanta y ya iba a dar vuelta para regresar cuando, en la terraza, una de las formas se movió, se hizo más alta, y ella oyó su nombre, bajo, imperativo:

-¡Sloan!

Se alegró tanto de que él no se hubiera ido a dormir que casi salió corriendo cuando lo vio bajar los escalones de la terraza y detenerse allí, esperándola. Se había quitado el saco y la corbata, se había abierto algunos botones de la camisa blanca y se había doblado las mangas hasta los codos. De alguna manera conseguía estar mucho más atractivo de esa manera que antes.

Sloan se detuvo frente a él, contenta, nerviosa, avergonzada, y tratando desesperadamente de aparentar normalidad. -Los últimos invitados se fueron muy tarde.

Él aceptó la explicación con una leve inclinación de cabeza, luego se metió las manos en los bolsillos y la miró en medio de un largo silencio.

Sloan había esperado que él se aproximara apenas la tuviera cerca y, cuando vio que él seguía mirándola, casi deseó que así fuera. Cuando se dio cuenta por fin de que él no iba a hacer nada, atribuyó su vacilación al mismo problema por el cual ella había estado preocupándose desde que habían bailado en la fiesta. Ya que el problema la había preocupado a ella, supuso, naturalmente, que le preocupaba a él también. Conteniendo su íntimo arrepentimiento, dijo, en voz baja:

-No podemos hacer esto. Si Carter llega a darse cuenta de que pasa algo entre nosotros, culpará a Paris por no haberte alentado más.

En un tono indiferente, él dijo:

-En ese caso, supongo que yo podría decirle honestamente que no estoy interesado en el matrimonio.

-Entonces te culpará a ti.

-¿Siempre te preocupas por los demás?

Noah se dio cuenta de que ella tomaba la pregunta con toda seriedad, suspiraba y luego asentía, con gesto sombrío.

-Es uno de mis muchos defectos.

¿Defectos?, pensó él, con humor ácido. Se preguntó si ella en realidad sabría lo que era un defecto de verdad. A la luz de la luna, con el viento que le movía la falda y le agitaba los cabellos dorados contra la mejilla, le recordaba, irresistible. mente, a un ángel descalzo con las sandalias colgando de las manos en el lugar del arpa celestial.

Ella era el tipo de mujer que ayudaba a los niños a llevar baldecitos con agua para hacer castillos de arena y se detenía a ayudar a viejos jardineros enfermos. Pensó en la alegría de Courtney porque Sloan había sugerido, con mucha consideración de su parte, que él la invitara a bailar, y de cómo Paris había florecido en los dos últimos días. Courtney no se había equivocado esa noche: Noah no tenía razones, no tenía derecho a hacer nada que pudiera opacar el brillo de Sloan ni disminuir el asombroso efecto que ella tenía sobre las personas.

Por otro lado, tenía treinta años... Ya era edad suficiente como para saber qué significaba ir allí esa noche, suficiente como para comprenderlas reglas y jugar el juego. Suficiente como para saber cómo manejar el juego cuando terminara.

Pero, ,y él bien lo sabía, ella no tenía idea de cómo se suponía que debía jugarse este juego. Sloan misma había admitido que ni siquiera sabía cómo empezar a seducir. Una sonrisa sardónica le frunció los labios a Noah al imaginar el desastre que podría causar entre la población masculina si alguna vez se le ocurría aprender. En su fiesta, esa noche, él había visto a hombres sensatos .y sofisticados convertirse en payasos cuando ella les sonreía o les hablaba.

Lo que lo asombraba era que, o no se daba cuenta del efecto que tenía sobre los hombres o no le importaba. En realidad, había sólo dos cosas de Sloan sobre las que él estaba completamente seguro: no sabía nada de hombres como él y se merecía mucho más de lo que él estaba dispuesto a ofrecerle.

-¿En qué piensas? -preguntó por fin Sloan, sintiendo que la abandonaban los últimos vestigios de coraje, y la dejaban sintiéndose tonta y ridícula.

-Pensaba que pareces un ángel descalzo -respondió él, sin emoción.

Sloan quedó alelada. Pensó en quién era ella en realidad y por qué estaba en Palm Beach, y la voz le tembló de culpa.

-Créeme si te digo que no soy ningún ángel. Lejos de eso.

Él sacó las manos de los bolsillos y la atrajo hacia sí.

-Bien -dijo, bruscamente, y bajó la cabeza para besarla.

Fue por lo brusco de la reacción de él, tanto como por la reacción misma, que Sloan se dio cuenta de que probablemente él hubiera creído que ella se refería a su conducta sexual. Ya lo había engañado sobre tantas otras cosas que se sintió obligada a ser completamente honesta sobre esto.

-Cuando digo que estoy lejos de ser un ángel -se apresuró a explicar-, no me refiero a nada que tenga que ver con... Con relaciones sexuales.

El levantó la cabeza y *sus ojos* se entrecerraron, escudriñando los de ella.

-¿Ah, no?

Sloan negó con la cabeza e intentó valientemente proyectar una actitud inteligente, madura y abierta sobre algo que le resultaba terriblemente incómodo de hablar con él.

-Con respecto a... A ese tipo de relaciones... No he tenido lo que se... Lo que algunas personas podrían considerar mucha experiencia.

Noah miró ese rostro embriagador y esos *ojos* gloriosos. La misma díscola emoción que a veces lo hacía sonreír también le endureció la voz.

-¿Ah, no?

-En realidad, he tenido sólo dos relaciones así.

-¿Sólo dos? -bromeó él-. Es una gran desilusión para iní. Puede que una hora antes ella no supiera cómo seducir, pero le llevó menos de cinco segundos darse cuenta de la risa que le acechaba a él en la mirada, adivinar la causa de ella, y provocar más. Con un destello en los ojos azules y una voz tan apenada -y poco sincera- como había sido la de él, ella asintió y dijo:

-Ojalá pudiera decirte que he tenido docenas, pero sólo he tenido dos.

-Qué pena. ¿Puedo tener el consuelo de que hayan sido ambas muy breves y completamente insignificantes?

La belleza que tenía entre los brazos asintió solemne y lentamente, mordiéndose los labios para ocultar una sonrisa.

-Ah, sí -susurró, trágica-. Fueron extremadamente breves Y totalmente insignificantes.

-¡Excelente! -Él bajó la cabeza, para besarle la sonrisa, pero se detuvo, con la boca a un centímetro de la de ella. -¿Es verdad? -preguntó, serio, sin poder controlar el ridículo impulso, la necesidad sin precedentes, de saber de los otros amantes de una mujer.

Las largas pestañas de ella se agitaron, ella abrió los ojos y lo miró, luego apoyó los dedos contra las mejillas y la mandíbula de él.

-Sí -susurró, como dolida-. En verdad, así fueron.

Sin poder apartar su mirada de la de ella, Noah movió la cara dentro de la mano de ella y le besó la palma. El temblor que la recorrió pareció sacudirlo a él también.

En el segundo piso de la casa, Douglas se estiró para apagar la lámpara que había sobre la mesa de noche cuando Courtney entró en su habitación como un bólido.

-No vas a creer lo que está pasando en la terraza -exclamó, yendo hacia la ventana-. Hace cinco minutos oí la voz de Noah, miré por la ventana de mi habitación y vi a Sloan caminando hacia la casa. ¡Ahora mira lo que está pasando! -Descorrió la cortina, se salió del camino y señaló la ventana. -¡Mira eso!

Preocupado, Douglas se bajó de la cama, se apresuró a llegar a la ventana y miró hacia la oscuridad. Su entrecejo fruncido dio lugar a una lenta sonrisa complacida cuando contempló la escena que se desarrollaba en la terraza de abajo. Noah tenía a Sloan en un fuerte abrazo, con un brazo sobre las caderas de ella, sosteniendo su cuerpo contra el suyo, mientras la besaba y ambos caían sobre una de las reposeras. Y Sloan no se resistía, le devolvía el beso.

Douglas le hizo soltar a Courtney el borde de la cortina para que ésta quedara en su lugar.

-¿Dices que empezaron hace apenas cinco minutos?

-¡Sí!

-Asombroso -dijo, contento.

-Tiene mujeres por todas partes. ¡No veo por qué tiene que seducir a Sloan!

-Yo no llamaría a eso seducción.

Ella estaba tan furiosa que daba patadas en el suelo.

-¿Cómo lo llamarías?

-Combustión espontánea -dijo él, con una sonrisa en la voz, luego encendió el televisor y tomó un mazo de cartas de un cajón-. Tengo ganas de ver una película de trasnoche y de jugar un campeonato de canasta.

-Yo me voy a la cama -dijo ella, tomando el camino de su dormitorio, desde donde, él lo sabía, seguiría espiando a Noah.

-Te vas a quedar aquí, mi querida.

-Pero...

-Tus planes son espiar a tu hermano -dijo Douglas, con suavidad-, pero eso no sería sólo grosero, sino, además, una pérdida de tiempo, porque ya viste todo lo que hay para ver. No va a pasar nada más ahí afuera esta noche, puedes creer en mi palabra.

Se sentó en una silla y comenzó a dar la primera mano de cartas.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -preguntó ella, instalándose en la silla frente a él con expresión rebelde.

-Porque conozco a tu hermano. Noah no es tan estúpido ni tan bruto como para fornicar con una mujer en una reposera en el patio de su casa.

Ella vaciló, reflexionando sobre esto, y luego se encogió de hombros, como dando el tema por terminado. El gesto silencioso fue lo más cercano a admitir que tal vez él tuviera razón. Tomó las cartas que él había repartido y las miró.

-Todavía me debes ciento cuarenta y cinco dólares de la última vez -le recordó-. Si no me pagas esta noche, voy a cobrarte intereses.

-¿A qué tasa? -preguntó Douglas, arreglando las cartas que tenía en la mano.

-Dieciocho por ciento a cualquier plazo por encima de los treinta días. Tengo que empezar a pensar en mi futuro.

-No tendrás ningún futuro si me vas a cobrar el dieciocho por ciento.

Ella le ganó quince dólares y los dos se quedaron dormidos mirando una película muy de trasnoche.

-Es muy tarde -susurró Sloan cuando por fin Noah apartó su boca de la de ella-. Tengo que volver.

-Lo sé. -Noah sacó el brazo de debajo del cuerpo de ella, miró el reloj y se asombró al ver que eran más de las tres de la mañana. Se levantó y le ofreció la mano para ayudarla a incorporarse de la reposera.

Al levantarse, Sloan se miró los pies descalzos y el vestido horriblemente arrugado y rápidamente se llevó las manos a los cabellos, para tratar de darles una apariencia de orden. De pronto sintió que le molestaba su aspecto y le daba vergüenza lo que habían estado haciendo durante dos horas. Si alguien la veía entrando a hurtadillas en la casa y con esa apariencia, ella se iba a sentir la ramera de Babilonia. Peor, probablemente en esos momentos eso pensaba Noah de ella.

Noah pensaba que se la veía encantadora en su desarreglo: una mujer totalmente vestida que había estado tendida junto a un hombre que no podía sacarle las manos de encima, que había entrelazado las manos en sus cabellos y la había besado hasta hinchársele los labios. No podía creer que había pasado dos horas comparativamente castas con ella en una incómoda reposera y, sin embargo, lo que había hecho con ella había sido tan excitante como tener relaciones sexuales con otras mujeres y, en cierto sentido, más satisfactorio.

Ella bajó con él los escalones de la terraza, con las manos entrelazadas en la espalda y las sandalias colgadas de los dedos. Tenía la cabeza baja, como perdida en sus pensamientos, y Noah comenzó a ver las últimas horas a través de los ojos de ella... En realidad, él se había portado como un adolescente de dieciséis años descontrolado, sin experiencia, ansioso, de los que pasan horas toqueteando ,y besuqueando a una mujer sin el sentido común o la cortesía de llevarla a algún lugar donde tuvieran privacidad y comodidad. Se avergonzaba de su actitud, se avergonzaba porque había algo que lo avergonzaba...

Cuando se acercaban a las palmeras en el extremo del parque, Noah dijo, sin más:

-Lamento todo esto. No tendría que haber permitido que se extendiera tanto ni que llegara tan lejos. Prácticamente te acosé en una inmunda reposera.

A Sloan le volvió el alma al cuerpo al darse cuenta de que ella no era la única que se sentía incómoda y avergonzada. -¿Una reposera? -repitió, pensativa y entonces levantó los ojos risueños hacia él-. ¿Acosarme? ¿Es eso lo que hiciste? Sofocando una carcajada, Noah la atrajo hacia sus brazos. Ella lo miró, muerta de risa, y apoyó las manos en su pecho.

-Puede que me falle la memoria, pero...

-No quiero que te falle la memoria -susurró Noah, inclinando la cabeza-. Hice esto... -Le rozó un beso en la sien. -Y esto... -Arrastró los labios hasta la oreja de ella ,y se la besó, sonriendo para sus adentros al sentirla estremecerse y apretarse contra él. -Y también hice esto... -Ella cerró los ojos y él le dio un beso sobre cada párpado antes de bajar la boca por la mejilla y hasta la boca de ella. -Y esto... -le abrió los labios con los suyos y la besó con un hambre derretida, explorando despacio su boca con la lengua, apretándola más contra su cuerpo tenso pero, cuando ella se apretó contra él y comenzó a devolverle los besos, Noah perdió la cabeza por segunda vez esa noche. La apoyó contra un árbol, le tomó ambas manos con las suyas y las sostuvo cerca de la cabeza de ella, mientras apretaba el beso ,y oprimía con su cuerpo el de ella.

Su lengua se movía dentro de su boca, su cuerpo se movía despacio contra el de ella, y los pechos de Sloan se tensaban tentadores contra el pecho de él. Noah le soltó una de las manos y bajó la palma de la mano sobre su suave piel desde la garganta hasta su seno, lo rozó primero con los nudillos y luego lo cubrió, con gesto posesivo. La mano libre se curvó sobre el cuello de ella, y el cuerpo de Sloan se arqueó contra el del hombre, mientras él trataba de desprender el broche de la piedra que le sostenía el vestido. Un segundo antes de soltarlo, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y pudo controlar el impulso.

Luchando por mantener el control, apartó la boca de ella y miró ese rostro iluminado por la luna.

-Esto es una locura -susurró, ronco. Luego. Lentamente, bajó la cabeza y volvió a hundir los labios contra los de ella.

Capítulo 28

-¿Nos acostamos tarde anoche? -preguntó Paris, divertida, apoyándose contra la cama de Sloan y ya vestida.

Sloan giró y quedó de espaldas.

-Muy tarde -dijo, con una sonrisa soñolienta, pensando en Noah-. ¿Qué hora es?

-Las diez y media.

-¿Tan tarde?

Paris asintió.

-Es una suerte que me haya acordado de decirle a Dishler que no conectara el sistema de seguridad cuando se fuera a dormir. De lo contrario, habrías activado la alarma al pasar por los rayos infrarrojos que hay al borde del parque del lado de la playa.

Sloan abrió grandes los ojos. Ni se le había ocurrido apagar el sistema de seguridad de la casa la noche anterior. Es más, ni siquiera había pensado en cómo entraría hasta que buscó la puerta trasera y la encontró abierta. Se imaginaba lo contento que se habría puesto Carter si de pronto se ponían a sonar las alarmas de la casa, se encendían todas las luces y al levantarse descubría que ella había estado con Noah.

Librodot

-Esta mañana misma te voy a conseguir una llave de la casa y un abridor para el portón. Hay un tablero junto al portón, y puedes apagar la alarma desde allí con un código de seguridad. Si no lo haces, activarás la alarma cuando pases por el primer juego de rayos infrarrojos. Rodean la propiedad por todas partes, de manera que no hay manera de eludirlos.

Le dijo a Sloan cuál era el código de la alarma y Sloan asintió, pero no quería que Paris creyera que normalmente se portaba como la noche anterior o que tenía intenciones de continuar.

-No pienso convertir en una costumbre..., eso -dijo, torpe, mientras se incorporaba hasta quedar sentada.

.¿No me digas? -bromeó Paris-. Bien, "eso" ya llamó por teléfono esta mañana para organizar algo para la noche.

-¿Llamó? -preguntó Sloan, sin poder disimular su sonrisa de felicidad.

-Sí, y los cuatro vamos a ir a cenar juntos -dijo, con alegría infantil por el plan-. Vestido formal, esmoquin para ellos, pero el destino es desconocido. El chofer de Noah nos recogerá antes de que oscurezca. Es todo lo que quiso decirme.

Sloan llevó las rodillas al pecho y se las abrazó.

-¿Y tú? ¿Lo pasaste bien anoche?

Paris asintió.

-Paul me hace reír, y me siento cómoda estando con él, pero me dijo cosas muy extrañas mientras bailábamos.

-¿Qué te dijo? -preguntó Sloan, disfrutando la íntima conversación sobre hombres con su hermana.

-Me dijo que yo lo intrigaba porque tengo tantas capas. No... No estoy muy segura de que haya sido un cumplido.

-¿Cómo puede ser otra cosa que un cumplido? -dijo Sloan, con tanto énfasis y lealtad que las dos rieron, pero la siguiente afirmación de Paris le borró la sonrisa de los labios a Sloan.

-Lo interesante -continuó Paris- es que a mí es Paul el que me parece que tiene muchas capas. ¿No te parece?

-No... No sé.

-Estoy segura de que tengo razón. Yo suelo notar cosas pequeñas que otras personas no ven. Papá siempre dice que puedo identificar a alguien falso desde el otro lado de una habitación.

-A excepción de Henry -señaló Sloan, rápidamente, refiriéndose al novio deshonesto de Paris.

-Cierto -admitió Paris con una sonrisita-. Y no quiero decir que Paul sea falso, porque no es así, para nada.

Sloan no estaba del todo segura de que Paris no lo creyera, en realidad. Tironeada entre tratar de cambiar de tema o abrirlo más, Sloan eligió, si bien sin ganas, lo último.

-¿Qué ves en Paul que te parezca fuera de lo normal?

-Por ejemplo, a los hombres les encanta hablar de sí mismos, a Paul, no. Lo que es más, es tan bueno haciendo preguntas y tan atento cuando uno responde que uno no se da cuenta de que él está siempre escuchando y uno está siempre hablando. Ahora bien, lo entendería si fuera tímido, pero no es tímido para nada. Y eso es otra cosa que me parece extraña...

-¿A qué te refieres? -preguntó Sloan, algo débilmente.

-Me refiero a que no le intimida en lo más mínimo nadie a quien se le presenta, ni siquiera papá, que siempre intimida a los hombres jóvenes que no son tan... Tan exitosos como él.

-A mí no me intimida -señaló Sloan.

-No, pero los hombres se juzgan a sí mismos por sus logros y el dinero que han hecho, y nosotras no.

Era tan directa y perceptiva que a Sloan se le estaba haciendo difícil identificar en esta Paris a la hermana reticente que había conocido.

-Hay otra cosa. Paul está en el negocio de seguros, y papá ha estado rezongando por el costo de las pólizas grupales para sus empleados del Banco. Sin embargo, cuando le di a Paul la oportunidad para que hablara con papá y le vendiera uno de sus planes grupales, Paul no la aprovechó.

-Tal vez haya pensado que era mala educación tratar de venderle un seguro a su anfitrión.

-No habría sido así, porque yo saqué el tema, no él.

-Tal vez a Paul le dio vergüenza que lo hayas hecho.

-No me parece que Paul se avergüence con mucha facilidad.

Sloan tomó rápida nota mental de decirle a Paul que comenzara a hablar de sí mismo y que comenzara a vender seguros. A Paris le dijo algo completamente honesto.

-Yo no entiendo muy bien a los hombres, de manera que le preguntas a la persona equivocada. Lo que puedo decir es que Paul es un hombre honesto, confiable, probablemente hasta galante.

Paris asintió, con aire sabio.

-Ésa es también la impresión que yo tengo de él.

Sonriendo, se puso de pie: sus pensamientos volaron al día que les esperaba.

-Sería bueno que te levantaras y te vistieras. Pensé que podríamos salir a pasear y a hacer algunas compras. Paul se va a quedar por aquí, haraganeando.

-¿Y el esmoquin para Paul para esta noche? -preguntó Sloan mientras apartaba la sábana y bajaba las piernas de la cama.

-Le pregunté, y me dijo que le había pedido uno prestado a un amigo y lo había traído, por si llegaba a necesitarlo aquí.

Sloan se dio una ducha rápida y se vistió también rápido para poder tener tiempo de llamar a su madre antes de salir. Como se había dormido, tendría que llamarla a la tienda, lo que significaba que a Kimberley le sería difícil hablar. Se sentó en la cama .y sacó la tarjeta de crédito de la cartera.

Apoyó el auricular en el hombro, pidió la llamada a cargo de su tarjeta de crédito y se dispuso a un encontronazo con la dueña de la tienda, Lydia Collins, que tenía el estilo de un guardia en una cárcel de alta seguridad.

Aunque Sloan casi nunca llamaba a su madre allí, invariablemente Lydia se comportaba como si una llamada personal fuera motivo suficiente para despedir a su mejor empleada.

-Lydia -dijo Sloan cuando la dueña de la tienda atendió el teléfono-, habla Sloan, y estoy llamando desde Palm Beach...

El tono profesionalmente encantador de Lydia se disolvió rápidamente y se convirtió en irritación.

-Tu madre está ocupada con una clienta en este momento, Sloan.

Kimberley siempre estaba ocupada con clientas porque todas las adoraban y preferían esperar para que ser atendidas por ella.

-Entiendo, pero necesito hablar un minuto con ella.

-¡Ah, está bien!

Soltó el auricular sobre el mostrador con tanta fuerza que Sloan se encogió, pero un momento después la voz cálida y alegre de Kimberley hizo sonreír a Sloan.

-Querida, qué alegría oír tu voz. ¿Cómo está todo por ahí?

Sloan le aseguró que su padre y su bisabuela la estaban tratando muy bien y que parecían agradables. Se guardó para el final las noticias sobre Paris y, apenas mencionó el

nombre de Paris, Sloan notó que su madre se quedaba muy callada, muy expectante¿ Le contó todo lo que pudo de Paris y terminó diciendo:

-Te va a encantar, y tú le vas a encantar a ella. Quiere Venir pronto a Bell Harbor. -Listo, ahora Sloan quería escuchar el comentario de su madre, pero su madre no decía nada.

¿Mamá, ¿estás ahí?

-Sí -susurró su madre, con un hilo de voz, y Sloan se dio cuenta de que lloraba.

A Sloan le dolió el corazón al comprender cuánto haba luchado su madre durante todos esos años para simular que se había acostumbrado hacía tiempo a vivir sin Paris. Ahora la mera posibilidad de ver a esa misma hija hacía llorar a Kimberley. Sloan no recordaba haber visto nunca llorar a su madre, y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

-Me recuerda tanto a ti -dijo Sloan, suavemente-. Y le encanta la ropa, también, diseña. -Al fondo, la voz estridente de Lydia llamaba a Kimberley. -Creo que será mejor que vayas -dijo Sloan-. Te volveré a llamar dentro de unos días.

-Sí, por favor. –Adiós.

-Espera -dijo Kimberley, con urgencia-. ¿Te parece... Te parece que está bien si le mando mi cariño a Paris? Sloan parpadeó para librarse de las lágrimas.

-Sí, por supuesto que sí. Se lo diré.

Capítulo 29

Edith estaba sentada en su silla preferida en el dormitorio, con otro sombrío vestido negro, pero con un inmenso prendedor de rubíes y diamantes en el peto. Sloan se preguntó si no tendría algo más vivo para ponerse, aunque fuera una chalina.

-Bisabuela -dijo Paris, dándole un beso en la frente-. Dijiste que querías ver a Sloan antes de que nos fuéramos. -Quiero hablar con ella en privado, si no te molesta, Paris. Paris se sorprendió pero asintió y se fue.

Sloan no había terminado de acomodarse en la silla frente a Edith cuando la anciana le preguntó, directamente:

-¿En qué pensabas hace un minuto? Sloan se sorprendió, sintiéndose culpable.

-Me preguntaba si te pondrías una chalina de colores si te compro una hoy.

Las cejas blancas se elevaron.

-¿No te gusta cómo me visto?

-No, no dije eso.

-No agregues deshonestidad a la impertinencia. Es exactamente lo que quisiste decir.

Atrapada, Sloan se mordió el labio para ocultar una sonrisa.

-Mi madre siempre dice que los colores vivos levantan.

- Y tú crees que a mí hay que levantanne, ¿es eso?

-No exactamente. Es que tienes unos ojos preciosos, y pensé que una chalina azul...

-Ahora recurres a la adulación. Parece que hoy todos tus vicios están saliendo a la luz -a interrumpió la anciana, pero

con una sonrisa áspera-. Sucede que nuestras mentes trabajan en la misma dirección. -Miró el cielo raso, como si eso indicara a qué dirección se refería

Sloan siguió su mirada y luego la miró a ella, intrigada.

-¿En qué dirección?

-Hacia arriba. Supongo que, cuando yo me vaya, iré hacia, arriba, y no hacia abajo, ¿no estás de acuerdo?

Sloan se dio cuenta de que hablaba de la muerte, y borró la sonrisa.

-Preferiría no pensar en eso.

Ante esa actitud, Edith se puso enérgica y fría.

-La muerte es un hecho de la vida. Tengo noventa y cinco años, por lo tanto, estoy mirando ese hecho a la cara. Sin embargo, ése no es el punto. Voy a ser absolutamente franca contigo, y no quiero ningún tipo de exabrupto emocional...

Como siempre era absolutamente franca sin dar preaviso, Sloan se dispuso a oír algo espectacular de tan desagradable. En lugar de hablar. Edith tomó una gran caja de terciopelo azul oscuro que había sobre la mesa a su lado ,y se la entregó a Sloan, luego comenzó a tironear del cierre del prendedor que tenía puesto. La edad y la artritis le habían retorcido mucho los dedos, pero Sloan sabía que no debía ofrecerse a ayudarla, de modo que permaneció sentada en un perplejo silencio, sosteniendo la caja sobre el regazo.

-Abre la caja -le ordenó Edith cuando por fin pudo desabrochar el prendedor.

Sloan abrió la gran caja chata. Acomodado sobre terciopelo había un impresionante collar de rubíes y diamantes de unos cinco centímetros de ancho, con aros y pulsera haciendo juego.

Como Edith se estaba quitando el prendedor, Sloan supuso que había decidido ponerse las joyas de la caja.

-¿Qué te parece?

-Bueno, esto sí que es vivaz -dijo Sloan, sin saber bien qué decir, y recordando su sugerencia de comprarle una chalina a Edith para darle un poco de color a su vestido negro.

-Esas piezas, junto con este prendedor, pertenecieron a tu tatarabuela Hanover. Han estado en mi familia más tiempo que cualquier otra pieza, y por esa razón tienen un profundo significado para mí. Tú has estado un tiempo mínimo en esta familia, aunque no ha sido por culpa tuya y, aunque por lo normal no me dejo llevar por los sentimentalismos, se me ocurrió que estas joyas serían lo adecuado para servir de puente a esa larga brecha de tiempo, por decirlo de alguna manera. Hoy use el prendedor porque será la última vez que me lo ponga, sin embargo, quisiera verte usándolo, cuando luzcas algo más apropiado que esos pantalones masculinos que te has puesto.

-¿A mí? -repitió Sloan, luego recordó la cena formal de esa noche y comprendió-. Es encantador que me las prestes...

-¡Muchacha tonta! No te estoy prestando estas joyas. Te las estoy regalando. El rubí es tu piedra de nacimiento. Cuando yo me haya ido, te harán acordar de mí y de los antepasados, que nunca tuviste oportunidad de conocer.

La impresión hizo que Sloan se levantara de la silla como impulsada por un resorte, con tanta fuerza que tuvo que agarrar la caja de terciopelo para que no se cayera al suelo. Ahora entendía por qué antes de esto había habido una conversación sobre la muerte.

-Espero que vivas mucho tiempo y tengas muchas más ocasiones de usarlas. No necesito todo esto para recordarte cuando te hayas... Cuando te hayas...

-Muerto -dijo Edith, directamente.

-No quiero pensar en eso ahora, no ahora, que acabo de conocerte.

-Insisto en que te lleves las joyas ahora.

-No me las]levaré -dijo Sloan, empecinada, y puso otra la vez la caja sobre la mesa junto a la anciana.

-Pero de todas maneras algún día serán tuyas.

-No quiero hablar de ese "algún día".

-Confío en que no serás tan obstinada como para cuestionar mi testamento, porque he decidido cambiarlo de manera de que recibas lo que te corresponde.

-¡Sí, voy a ser todo lo obstinada que quiera! -interrumpió Sloan .y, para su sorpresa, Edith Reynolds lanzó una carcajada, un ruido tan áspero y estruendoso que resultaba tan reconfortante como poco melodioso.

-Qué criatura necia eres -la acusó Edith, secándose las lágrimas de la risa con una punta del pañuelo-. No recuerdo la última vez que alguien, de veras, supusiera que podía hacerme cambiar de idea cuando yo he tomado una decisión. Hasta Carter sabe lo inútil que es contradecirme cuando he tomado una posición.

Sloan no quería parecer desagradecida ni grosera, y suavizó el tono.

-Es que no quiero hablar de tu muerte ni de nada relacionado con eso. Es... Deprimente.

-Con frecuencia a mí me afecta de la misma manera Edith, rezongando, y Sloan se dio cuenta de que le estaba haciendo una broma.

Se agachó e impulsivamente le dio un beso a Edith en la mejilla arrugada.

-Hoy te voy a comprar una chalina de las que "levantan", para contrarrestar el efecto -le prometió Sloan, y se incorporó.

-Que no sea muy cara... -le gritó Edith, cuando Sloan ya salía.

Capítulo 30

Como ninguna de las dos había comido, Paris sugirió que primero se detuvierna para almorzar, y Sloan estuvo de acuerdo. Estaba ansiosa por darle a Paris el mensaje de su madre, pero era plenamente consciente de que de allí en adelante cada paso que dira Paris hacia Kimberly sería un paso que la alejaría de su padre.

Una cmarera llenó las copas de agua y les dio menús encuadernados con cuero. Sloan tomó el suyo mecánicamente y lo abrió. Mientras miraba sin ver la lista de fiambres, pensó en la conversación que le esperaba y trató de ser objetiva: a pesar de su opinión personal de Carter, no podía negar que para Paris había sido un padre devoto, si bien había ejercido un control sofocante sobre ella, y por eso Paris era comprensiblemente leal a él. Había sido relativamente seguro y fácil para ella que Sloan le cayera bien, porque, al hacerlo, Paris no se había visto obligada a enfrentar el hecho de qu padre era un villano y un mentiroso. Noera lo mismo cuando se trataba de Kimberly.

Carter y su madre le habían hecho creer a Paris que Kimberly era tan condenable que un juez había expedido una orden judicial para proteger a la niña. Para aceptar que todo eso era una mentira, Paris tendría que aceptar también que su padre y la madre de éste eran unos soberanos mentirosos. Sloan ya sabía que a Paris le resultaría especialmente difícil enfrentar eso, y tenía miedo de que Paris intentara escapar del dolor de la única manera que conocía:ignorando los intentos de acercamiento de Kimberly e inventando razones para no ir a verla.

ÇLa camarera apareció para tomar el pedido y Sloan pidió el “especial” sin haber leído lo que era. Apenas la mujer se fue, Sloan decidió tocar el tema de Kimberly, pero Paris tenía otra cosa que conversar.

-¿De qué quería hablarte la bisabuela esta mañana?

-De joyas –dijo Sloan, quitándose importancia-. Quería darme parte de una herencia, a lo cual me negué.

A Paris se le tensaron los músculos de la cara.

-¿También te mencionó el testamento?

Cuando Sloan asintió, Paris se llevó los dedos a las sienes y comenzó a restregárselas como si le hubiera dado un súbito dolor de cabeza.

-Perdóname –dijo con pesar-. Ya sé que algún día va a tener que morirse.- Sloan esperó en un silencio comprensivo a que la otra siguiera hablando, pero Paris suspiró y dejo caer las manos. –Vi una caja de terciopelo sobre su mesita, y tuve la impresión de que iba a hacer algo por el estilo. Lo que me pasa es que no soporto que hable de morirse. Tal vez me dé miedo que hablar de la muerte sea como llamarla. No lo sé. –Sacudió la cabeza para alejar los pensamientos mórbidos, se inclinó hacía delante y cruzó los braazos sobre la mesa. –Hablemos de algo más alegre.

Era el pie que Sloan necesitaba.

-¿Quiéres hablar de tu madre?

-Bueno.

-Hablé con ella esta mañana y le conté de ti. Le dije que querías ir a verla.

-¿Qué dijo?

Sloan miró a Paris a los ojos y le dijo, con suavidad:

-Se puso a llorar. Yo nunca la vi llorar.

Paris tragó saliva como si entendiera el impacto emocional.

-¿Dijo algo más?

-Sí, me pidió que te mandara su cariño.

La mirada de Paris se posó en la copa de agua.

-Es muy buena.

La reacción emocional en cadena que Sloan esperaba estaba teniendo lugar, y ella se devanaba los sesos para encontrarle la vuelta.

-Yo sé que esto es difícil para ti. Sé que te contaron cosas espantosas de ella, y ahora te digo que es una de las personas más dulces y más bondadosas de la tierra. No hay manera de eludir el hecho de que, si lo que yo te digo es verdad, entonces alguien te mintió. No, no “alguien”, sino tu padre y su m adre.

-También es tu padre –dijo Paris con voz plañidera, como pidiéndole a Sloan que reconociera esa relación antes de que ella pudiera formar una relación con Kimberly.

-Claro que lo es –dijo Sloan, y decidió usar el mismo criterio de no formar juicio que había usafo Paul camino de Palm Beach cuando presentó su hipótesis sobre el rompimiento del matrimonio entre sus padres. Primero hizo una pregunta: -¿Te llevabas muy bien con la madre de tu padre?

-¿Con la abuela Frances? –Paris vaciló y luego, con aire culpable, sacudió la cabeza. -Le tenía terror. Como todo el mundo. No orque fuera mezquina, que lo era, sino porque además era fría.

Ésa era exactamente la respuesta que Sloan había esperado oír.

-Entonces echémosle a ella la culpa por lo que sucedió y por lo que te contaron –dijo, medio en serio-. De todas maneras, probablemnte tuvo más culpa que nadie.

Slon le contó a Paris su versión del día en que la madre de Carter llegó a Florida en una limusina, sola, y partió hacia San Francisco con Carter y Paris. Mientras Paris escuchaba la historia, Sloan la vaía retrayéndose dentro de sí misma, como si no pudiera soportar la idea de que su padre y su abuela hubieran sido capaces de semejante crueldad.

-Lo que tenemos que recordar es lo siguiente –terminó Sloan con un tono deliberadamente optimista-. Cuando nuestro padre aceptó volver a San Francisco con su madre y contigo, tenía apenas veintisiete años. No era el hombre que conocemos ahora. Probablemente estaba aterrorizado. Probablemtne, su madre lo convenció de que ella sabía qué era lo mejor para todos. Probablemente, lo convenció de que se lo necesitaba

Librodot

imperiosamente en San Francisco, porque el padre de él estaba enfermo. Probablemente él necesitaba creer todo eso. ¿Quién lo sabe?

-Nadie – diojo Paris, luego de un momento.

:Hay otro factor que agregar a esta ecuación: nuestra madre y nuestro padre no tenía absolutamente nada en común. Él no la amaba. Ella era apenas una muchacha pueblerina, hermosa e ingenua, que se había enamorado de un hombre "mayor" adinerado y sofisticado, y había quedado embarazada.

-Y él trató de hacer "lo correcto" y se casó con ella –interpuso Paris.

-No exactamente. Cuando ella fue a San Francisco a contarle que estaba embarazada, los padres de él estaba allí. Se pusieron tan furiosos que esa noche, cuando él llegó a su casa, le dijeron que se fuera y se llevara a mamá con él.

Por prudencia, Sloan omitió contarle a Paris que Carter había estado borracho al llegar a casa, y que sus padres consideraban que una adolescente pueblerina embarazada era la última en la intolerable lista de acciones irresponsables de Carter.

Con mucho cuidado, Sloan presentó el verdadero problema que había que superar.

-Después de roto el matrimonio, te dijeron cosas horribles de nuestra madre que no son ciertas, y eso estuvo mal, pero, si uno lo piensa, no es para nada sorprendente.

-En realidad, era la abuela Frances la que me contaba las cosas peores.

-No es para nada sorprendente basándonos en lo que acabas de contarme de ella –trató de bromear Sloan.

-Sí, pero papá la oía y nunca la contradecía.

Sloan no estaba preparada para ese comentario, pero tuvo un momento de inspiración y encontró una explicación perfecta.

-Para entonces, él era mayor y tenía más experiencia, y probablemente estuvera íntimamente avergonzado de lo que había hecho, o de haberles permitido que lo convencieran de hacer. Obviamente te adora, así que no habría querido quedar como un sinvergüenza ante tus ojos.

Después de darle un minuto a Paris para que pudiera absorber lo último, Sloan tommó la copa de agua y pensó en otro buen punto:

-Creo que no es nada extraño que los padres separados les hagan a sus hijos comentarios desagradables cada uno del otro.

-¡Tienes razón! ¿Qué cosas malas decía nuestra madre de él?

Sloan la miró, y una sonrisa impotente se dibujó en sus labios, mientras la copa de agua quedaba olvidada en su mano.

-A nuestra madre – le explicó-, hace unos años un adolescente le robó la cartera. El día del juicio, ella atestiguó a favor del acusado y le rogó clemencia al juez.. –Con una risita, Sloan agregó:- ¡Estaba tan decidida a salvarlo que fue de una eluciencia maravillosa!

Paris sonrió.

-¿Lo salvó?

Sloan asintió.

-El juez dijo que si mandaba al muchacho a la cárcel, iba a sentir que la estaba castigando a ella.

-¡Qué linda historia!

-No tanto. Una semana más tarde él le robó el auto. Habrá pensado que era fácil de esquilmar, y lo es.

Sloan tuvo la certeza de que había contribuido a resolver el dilema de Paris porque, a partir de ese momento, su hermana la brumó con rpeguntas sobre Kimberly y no dejó de hacerlo durante toda la jornada de paseo y compras.

Capítulo 31

La conversación sobre su madre le había permitido a Sloan pensar en algo que no fuera Noah durante esa tarde, pero el reloj parecía moverse al revés hasta que por fin llegó la hora de vestirse para la noche. Estaba tan ansiosa por verlo que se apresuró cuando no había necesidad y, cuando todavía faltaba mucho para la hora de salir, ya no le quedaba nada por hacer más que decidir qué vestido ponerse.

Paris entró entonces en su habitación para ayudarla a elegir. Después de inspeccionar la ropa de Sloan y de admirar lo que había traído, Paris sacudió la cabeza y le dijo que esa noche en particular pedía un vestido largo.

-Nada demasiado elaborado -estipuló-, pero sí algo que flote cuando te muevas. -Luego de comprobar que Sloan no tenía nada por el estilo entre sus cosas, Paris le apoyó la mano en la espalda y suavemente la impulsó por el corredor hasta su propio dormitorio.

Con una sonrisa divertida Sloan notó que el armario de Paris era más grande y tenía más barrotes para la ropa que la tienda de Lydia en Sell Harbor, y se conectaba con otra habitación más grande llena de ropa sin terminar que Paris estaba diseñando. Sloan observó que su hermana sacaba un vestido maravilloso tras otro y los rechazaba a todos por razones que mayormente a Sloan le parecían oscuras.

-¡Éste! -exclamó Paris, triunfante, sacando de un barrote lleno de vestidos largos, un vestido tubo blanco, sin breteles--¯. ¿Qué te parece?

A Sloan le parecía muy similar al vestido tubo de lino rojo de Sara, excepto por el color y el largo, hasta que Paris se lo hizo poner, le corrió el cierre y la hizo volverse hacia el espejo.

La parte superior era recta y le quedaba como un guante, luego se ensanchaba apenas sobre las caderas y caía en línea recta hasta el piso. Unos ramitos de florecitas blancas bordadas con resplandecientes hojas y tallos dorados adornaban el corpiño y el borde inferior.

-Ah -susurró Sloan-, es hermosísimo.

-Todavía no viste el resto -anunció Paris mientras sacaba de una percha y sacudía una chalina de gasa con un diseño de hojitas blancas y doradas y se la ponía a Sloan sobre los brazos-. Ahora necesitamos las joyas adecuadas -dijo, abriendo cajones empotrados en la pared.

-¿Y el cabello? -preguntó Sloan por encima del hombro--. ¿Cambio y me lo dejo suelto? -En lugar de hacerse raya al medio y dejárselo suelto como lo usaba siempre, esta vez se lo había apartado de la cara y se había hecho un pequeño rodete en la nuca.

Paris tenía en la mano dos gargantillas de filigrana de oro y las observaba, pero miró a Sloan para dar su opinión.

-Tu cabello está perfecto así, y el maquillaje también, pero necesitas aros -dijo, mostrándole un par que parecían largas gotas de lluvia de oro resplandeciente-. ¡Y yo tengo los aros perfectos!

Sloan se puso los aros, se ajustó la ancha gargantilla de oro a la garganta y se miró al espejo, maravillada ante la diferencia que Paris había podido conseguir en su apariencia. Se volvió para decírselo a Paris, pero Paris no había terminado. Había desaparecido, y volvió un minuto después con tres pimpollos de rosa en la mano.

-Los robé de uno de los centros de mesa de anoche -explicó, mientras se los colocaba en el rodete a Sloan.

-¿Alguien tiene idea de adónde vamos? -preguntó Paul mientras un chofer uniformado le abría la puerta de atrás del Rolls-Royce de Noah.

-Yo no -le dijo Sloan. siguiéndolo-, pero, sea donde sea, ¡las chicas van a caer muertas cuando te vean!

La excitación y el entusiasmo de Sloan eran tan contagiosos que hasta Paul estaba alegre.

-No van a tener suerte -bromeó-. Ya estoy con las dos

mujeres más hermosas de toda Florida. Paris, ¿tienes idea de adónde vamos?

Paris se sentó en el auto junto a Sloan, muy parecida a un ave del paraíso con un sarong de seda de colores brillantes.

-La tengo -bromeó Paris, con la boca fruncida-, pero no estoy autorizada a divulgar toda la información. -Miró a Sloan y se apiadó un poco. -Creo que puedo darte una pista: vas a cenar en el restaurante más exclusivo de Palm Beach.

-¿Y éste es ...? -la urgió Paul, sonriendo al verla tan contenta.

-Se llama Apparition.

Una expresión extraña le cruzó el rostro, y Sloan tuvo la sensación de que él había reconocido el nombre.

-¿Ya comiste ahí?

Él pareció muy confundido por la suposición. -No. Nunca lo había oído nombrar.

-Ha de ser un lugar muy lujoso si hay que vestirse así -comentó Sloan.

Un ratito después, el auto llegó a un puerto privado con unos grandes yates guardados en lugares espaciosos a lo largo de los muelles.

-Tendría que haberlo adivinado -dijo Sloan. encantada, volviéndose a Paris-. Apparition es un barco.

París no respondió. Estaba inclinada hacia delante, con el entrecejo fruncido, mientras el Rolls se deslizaba pasando el último muelle y se detenía en una zona de estacionamiento donde ya esperaba un pequeño helicóptero blanco, con las hélices levantando aire.

-Ay, no... -dijo, cuando el chofer bajó y le abrió la puerta. Paul y Sloan bajaron del auto pero Paris dio dos pasos y paró en seco. Su mirada iba del pequeño helicóptero al chofer y de vuelta al helicóptero.

-Creí que el señor Maitland nos iba a mandar la lancha, Martin -le dijo, con un tono ligeramente acusador.

Martin, el chofer, era un hombre grande de cerca de cincuenta años, que parecía lo suficientemente fuerte como para levantar el Rolls, no sólo conducirlo, y habló con más autoridad que deferencia.

-La lancha tiene un problema en un motor -le informó-. El señor Maitland espera que todos vuelen al Apparition. donde van a disfrutar de una velada muy agradable, no me cabe duda.

Sloan quedó sorprendida por esa orden implícita de subir al avión y dejarse de dudas, pero Paris estaba más intimidada por el helicóptero que por el chofer.

Librodot

-¿Qué pasa? -le preguntó Paul con delicadeza.

Ella chocó contra él al retroceder, tratando de poner entre ella y el helicóptero la mayor distancia posible.

-Perdónenme, pero no puedo subirme a eso. Sé que no puedo. No soporto siquiera los helicópteros grandes, ¡mucho menos éstos de miniatura!

A Sloan le dio un vuelco el corazón. A ella no le importaba no subirse al helicóptero o llegar al yate, pero no quería perderse una noche con Noah.

-¿Somos los únicos invitados que Noah espera? -preguntó, ocultando la pena detrás de una sonrisa comprensiva-. En ese caso, tal vez él pueda venir con nosotros a algún lugar en tierra...

-No sería justo -dijo Paris, enfática-. Noah ha hecho que su chef prepare una cena especial, y planeó toda la velada porque quería sorprenderte. -Giró en redondo y miró a Paul, muy apenada. -No quiero estropearle la noche a nadie. Vete con Sloan, que yo vuelvo a casa.

Sloan abrió la boca para vetar el plan, pero Paul intervino, galantemente.

-No sería muy justo para mí -dijo-. Que vaya Sloan, y tú y yo cenaremos en algún lugar de por aquí.

-¿Estás seguro de que no te importa? -preguntó Paris, vacilante, mirándolo con una mezcla de pena e inmensa gratitud.

A él la situación parecía resultarle más graciosa que lamentable. Hizo una seña con la cabeza hacia el helicóptero y le dijo a Sloan:

-Será mejor que te pongas en camino antes de que ese aparato se quede sin combustible. -Entonces se volvió a París y le indicó la puerta abierta del auto. -¿Nos vamos?

En el auto, Paris observó al helicóptero elevarse desde el estacionamiento y hacer un giro sobre el agua y hacia el poniente, entonces se volvió a Paul.

-Espero que no estés demasiado desilusionado.

-En absoluto -dijo él, con suavidad. Cruzó los brazos sobre el pecho, apoyó la espalda contra la puerta del auto y la contempló en un divertido silencio.

Algo incómoda por su actitud y su observación, Paris exclamó;

-Te pareceré una tonta y una neurótica.

En silencio, él negó con la cabeza, indicándole que no lo pensaba.

-Le tengo miedo a los helicópteros.

Él la miró.

-Eso ha de disminuir un poco la diversión.

-¿La diversión de qué?

-De volarlos.

Riendo, ella se echó contra el respaldo de su asiento y admitió la derrota.

-¿Cómo lo sabías?

-Tu padre está muy orgulloso de todos tus talentos. Por curiosidad -agregó, con ironía-, ¿qué habrías hecho si yo decidía irme con Sloan?

Ella le sostuvo la mirada sin pestañear.

-Sabía que no lo harías.

En el asiento de adelante, el chofer hablaba por el teléfono del auto, informándole al Apparition que el helicóptero acababa de despegar llevando a la señorita Reynolds. Colgó y miró a Paris por el espejo retrovisor, esperando sus instrucciones.

-No tenemos que simular nada, Martin -dijo ella, apenada-. Me pescaron. El señor Maitland dijo que iba a hacernos reservas en algún otro lado. Llévanos donde sea.

El chofer asintió, hizo un giro en U, condujo hasta el muelle tres y detuvo el auto. El entrecejo de Paris se frunció.

-¿Qué pasa ahora?

Librodot

-Por una extraña coincidencia -mintió el chofer, con aire serio, recitando lo que tenía preparado-, el chef y el capitán del Apparition regresarán pronto en el helicóptero. Cuando llamé al señor Maitland hace unos minutos para informarle que la señorita Reynolds iba en viaje, se sintió muy molesto por no haber recordado su antiguo temor a los helicópteros. Me dio instrucciones de que insistiera en que le permitieran proporcionarle una cena de reemplazo y un crucero a bordo del Star Gazer. -Asintió, sin que hiciera falta, señalando un velero de sesenta y cinco pies anclado directamente frente a ellos en el primer lugar.

Paris miró a Paul, le resplandecía la cara de la risa.

-¿Qué te parece? ¿Es justo permitir que Noah se tome tantas molestias?

-Es lo único justo -dijo Paul, pero no podía resistirse a la alegría infantil de ella esa noche. Con una sonrisa pícara, agregó: -Se lo tendría bien merecido si nos fuéramos sin la tripulación.

-¿Sabes navegar un barco tan grande?

-Con un poquito de ayuda de tu parte. -Lo dijo tan al pasar, que Paris llegó de inmediato a la conclusión de que era perfectamente capaz. -¿Y tú sabes cocinar?

-No sin un mucho de ayuda de tu parte.

Él le tendió la mano.

-Vamos.

Capítulo 32

El Apparition estaba a la altura de su nombre, pensó Sloan cuando el helicóptero se inclinó hacia la izquierda y ella contempló, incrédula y asombrada, el barco que veía abajo, a cinco minutos de la costa. Recortado contra una puesta de sol que llameaba en rojos, anaranjados y púrpuras, el resplandeciente barco blanco se veía tan grácil y sólido como un Taj Mahal marino.

-Bienvenida a bordo, señorita -dijo un hombre de uniforme blanco, haciendo una profunda inclinación y extendiendo la mano para ayudarla a bajarse del helicóptero. La llevó hasta la cubierta principal, dos niveles más abajo, y la acompañó hasta la proa, donde había una mesa tendida con un mantel de lino blanco y vajilla y copas de cristal

Librodot

para una cena formal para dos personas. -El señor Maitland tiene una llamada telefónica urgente, pero no demorará -explicó, y entonces se fue.

Hipnotizada, Sloan miró a su alrededor. Nunca había esperado que Noah tuviera algo así; ella nunca había visto algo así excepto en documentales sobre lugares como Monte Carlo, donde los fabulosamente ricos llegaban a puerto en yates gigantescos.

Pasó la mano por la baranda pulida y paseó despacio por la cubierta principal hacia la popa. Al parecer, casi todo este nivel estaba ocupado por un salón espacioso con grandes ventanas que daban al mar, y puertas de vidrio que se abrían a la cubierta. Las cortinas estaban descorridas, y a Sloan le sorprendió el hecho de que el interior pareciera más un departamento muy moderno en un último piso que parte de un barco. La alfombra era blanca con toques de ciruela y platino en un diseño de ondas que creaba un reborde ancho en los bordes y un Medallón surrealista en el centro. Una escalera circular con baranda cromada llevaba a los niveles superior e inferior. Alrededor de unas mesas con gruesas tapas de cristal había grupos de sofás y sillas, organizados de manera acogedora. Sobre las mesas había esculturas modernas en resplandecientes oro y plata, sobre unos pedestales había geodas gigantes que mostraban interiores de rocas en un arco iris de colores, incluyendo la amatista y el verde azulado.

Como Noah no estaba en el salón, ella esperaba verlo aparecer de una de las puertas por las que pasó, pero no. Lo encontró en el punto de partida de ella, en proa. Estaba de pie junto a la baranda, hablando por un teléfono celular, el rostro de perfil, la voz baja y áspera.

-Ya no me interesan las excusas de Warren, me interesan los resultados -le decía a alguien-. Dile a Graziella que si Warren vuelve a meter la pata, no lo voy a salvar con el gobierno de Venezuela, y se va a pudrir en la cárcel.

Hizo una pausa, escuchaba.

-Por supuesto que hablo en serio. -Hizo otra pausa, pero muy breve. -Bien, entonces ocúpate de Graziella y vete de una buena vez.

Sin decir adiós cortó la llamada y arrojó el teléfono sobre una mesa. Su tono era totalmente diferente de cualquier otro que Sloan le había oído usar, y a ella le resultó un poquito difícil identificar a este hombre frío y autoritario con el hombre afable que había llegado a conocer.

Él vio a Sloan al arrojar el teléfono sobre la mesa y toda su expresión se suavizó.

-Hola -dijo, con una sonrisa demorada y encantadora casi tan hechicera como la imagen de parangón de la elegancia que presentaba con su esmoquin negro de corte perfecto, la camisa color nieve y el moño negro.

Sloan se detuvo apenas fuera del alcance de él, tan desconcertada por su barco, su helicóptero, su conversación telefónica y su apariencia en esmoquin que no se le ocurría qué decir. Noah parecía un desconocido inalcanzable.

-Hola -dijo, con voz amable pero formal.

Si es que notó la reserva de ella, él no lo dejó ver. Se inclinó para tomar una botella de champaña que se enfriaba en un balde de plata sobre la mesa a su lado y sirvió dos copas. Le tendió una a ella, obligándola a acercarse para tomarla.

Ambos levantaron los fijos cuando el rotor del helicóptero comenzó a girar y Sloan vio a tres hombres que subían al aparato junto con el piloto.

-Todo esto es un poco impresionante -dijo en voz alta, mirando el helicóptero que comenzaba a elevarse.

Noah contuvo el impulso de acercarse y recorrer con los dedos la perfección del perfil de ella y, en cambio, apoyo un codo sobre la baranda, deleitándose en mirarla, con ese vestido sin breteles, seguro en el convencimiento de que esa noche se lo quitaría.

Sloan utilizó el helicóptero que se iba como excusa para ganar tiempo hasta donde pudo, luego se volvió a mirarlo con una sonrisa demasiado amplia y dijo lo primero que le vino a la mente.

Librodot

-Paris no vino conmigo... Le tiene miedo a los helicópteros.

-Qué pena -dijo él, solemne. Sloan asintió.

-Paul se quedó con ella en tierra.

-Estoy desolado.

Entonces ella se dio cuenta del brillo de risa contenida en sus hermosos ojos grises que ahora lo volvían otra vez infinitamente más familiar. Al mismo tiempo, se le ocurrió otra cosa, y miró la mesa rápidamente, reparando en las flores, las velas que oscilaban en sus recipientes de cristal y en los lugares dispuestos con la vajilla y la plata. Dos lugares. Dos sillas. Dividida entre la culpa por Paris y la gracia que le hacía el despotismo de él, Sloan decidió aparentar indignación.

-¡Todo el tiempo tuviste presente que Paris les tiene miedo a los helicópteros!

-Esa posibilidad no se me ocurrió en ningún momento -dijo él, contrito.

-¿Ah, no? -Sloan estaba sorprendida pero no convencida. Despacio, él negó con la cabeza, y sus ojos reían ante la expresión de ella, porque ella sabía a ciencia cierta que él le ocultaba algo y no iba a rendirse hasta no averiguar qué.

-¿Hace años que la conoces y no te enteraste hasta hoy de que le tiene miedo a los helicópteros...? -resumió Sloan, desconfiada. De pronto se le ocurrió una nueva posibilidad, y la puso en palabras. -A propósito, ¿puede ser porque en realidad Paris *no* les tiene miedo?

Noah ya no pudo soportarlo. Se inclinó hacia ella, le dio un mordisconcito en la oreja y susurró.

-Paris tiene licencia para volar helicópteros.

Riendo, Sloan trató de ignorar el efecto que le había provocado su aliento caliente en la oreja y señaló la mesa y el barco.

-Pero, ¿por qué te tomaste todas estas molestias sólo para nosotros dos?

-Quería compensar lo de la reposera de anoche.

-¿Con todo esto? -bromeó ella-. ¿Nunca haces las cosas a medias?

-Anoche -dijo él, con doble intención.

El cambio sutil en el tono de él y la implicancia de su comentario se le pasaron a Sloan por un momento.

-Pero a mí me gustó la reposera.

-Las comodidades del barco te van a gustar más. -Era una honesta advertencia de sus intenciones, y a Sloan se le hizo un nudo en el estómago. -¿Quieres una visita guiada?

-Sí -dijo ella, rápido, imaginando una visita a los motores, las calderas y las bombas.

Él la tomó de la mano, entrelazando los dedos con los de ella, pero ni el calor de su firme mano pudo eliminar los violentos temores que ella sintió al darse cuenta de que él pensaba hacerle el amor esa noche. Ella sabía que eso llegaría, pero él había elegido el momento inadecuado y el lugar inadecuado, porque para donde fuera que ella mirase veía la prueba clara e inconfundible de que el mundo que él habitaba no era apenas diferente del de ella sino que estaba como en otro sistema solar. Esto era para él una fugaz vacación, una diversión de dos semanas, si es que duraba dos semanas. Para ella, era... Sloan no podía soportar ni pensarlo, pero no había manera de evitarlo: la historia que volvía a repetirse.

Ella era su madre, sólo treinta años después. Estaba loca por Noah Maitland, y él era tan inalcanzable como irresistible. Había esperado toda la vida para enamorarse, y ahora pasaría el resto de su vida comparando a todos los hombres con él.

Él la llevó un piso arriba por la escalera exterior más cercana, y se detuvo ante la primera puerta en cubierta.

-Éste es el dormitorio principal -dijo, abriendo la puerta. Sloan se liberó de su pánico creciente, miró la habitación amplia y opulenta y su mirada se demoró en la cama

Librodot

inmensa. La espesa colcha ya estaba retirada, como una invitación, la luz indirecta estaba baja y seductora. En un intento deliberado por aparentar indiferencia, Sloan dijo:

-No es el motel Six, pero supongo que ustedes los marinos tienen que conformarse con lo que hay. -Le dio tal asco lo que terminaba de decir que se disculpó en seguida. - Perdónam_e. Fue una grosería, una estupidez.

Él la observó en silencio, con expresión inescrutable.

-¿Por qué lo dijiste?

Sloan suspiró y optó por la honestidad. Levantó los ojos hacia él y admitió, con serena ingenuidad:

-Lo dije porque estoy nerviosa e incómoda. Estoy acostumbrada a pensar en ti como eres con Courtney y Douglas. -Hizo un gesto truncado, que los abarcaba a él y al barco. -No esperaba encontrarte aquí, en medio de todo esto. Ni siquiera reconocí tu voz hablando por teléfono. En realidad, no te conozco para nada -terminó diciendo, con una voz llena de desolación.

Noah la comprendió a la perfección, porque él no se reconocía a sí mismo cuando ella estaba cerca. Observando su rostro tan atractivo vuelto hacia él, consideró la dulzura de lo que ella decía y admiró el coraje que hacía falta para decirlo, mientras trataba de decidir si lo que más quería era hundir la cara en sus fragantes cabellos y reírse de los temores de ella o hundir los labios en los suyos y ahogar allí toda duda. Ella consideraba que el dinero de él era un obstáculo y no su atributo más importante, y eso la hacía mucho más única para él, y veinte veces más deseable.

Como respuesta al temor de ella de no conocerlo, Noah le tomó el mentón entre el pulgar y el índice.

-Tú me conoces, Sloan -susurró, y bajó la cabeza. De una manera lenta, enloquecedora, rozó con sus labios los de ella, una y otra vez, haciendo que se abrieran para los suyos. -¿Recuerdas? -murmuró, deslizando las manos sobre los hombros y la espalda de ella. Abruptamente, su boca se abrió contra la de ella y el beso se hizo profundo.

Le llevó menos de quince segundos llevar la memoria de Sloan al recuerdo y todas las defensas de ella comenzaron a desmoronarse. Como si sus manos tuvieran voluntad propia, se deslizaron por dentro del saco de él y acariciaron su pecho fuerte, curvándose sobre los hombros y alrededor del cuello.

Él levantó por una fracción de segundo su boca de la de ella, con los ojos hechos un fuego y la voz espesa de deseo.

-¿Ahora me recuerdas?

Sloan se dio cuenta de que era demasiado tarde para volver atrás, porque ella jamás podría olvidarlo. Era inútil negarse el resto de los recuerdos que él crearía para ella en esa habitación. Ya habría tiempo para la soledad y el arrepentimiento en Bell Harbor. Entretanto, quería estar con él al día siguiente y al otro, y tal vez al otro... Tanto como durara su atracción sobre él.

Él esperaba una respuesta, y Sloan asintió, reducida su voz a un suave gemido de rendición.

-Sí.

Poniéndose en puntas de pie, aplastó su boca contra la de él. Lo besó con todo el amor y la desesperación de su corazón, y la respuesta de él fue estremecedora. Su boca se volvió insistente y sedienta, sus brazos la rodearon, apretándola contra su cuerpo tenso, y sus manos recorrieron posesivas su espalda y los lados de sus senos.

Con un pie cerró la puerta y Sloan sintió un estremecimiento de excitación y nervios pero él, en lugar de apresurar el apasionamiento, lo demoró. La besó hasta que ella quedó hecha un nudo de deseo, con besos largos y lánguidos, seguidos por otros más duros, exigentes, mientras sus manos la exploraban y la acariciaban, igualando la intensidad de cada beso.

Librodot

Sloan sintió los dedos de él en el cierre del vestido justo antes de que él apartara la boca de la suya. Noah dio un súbito paso atrás para sacarse el saco del esmoquin y el vestido sin breteles cayó al suelo a sus pies. Automáticamente, ella se agachó para recogerlo.

-No -dijo él, y su mirada se demoró en sus pechos rosados, mientras sus manos se apresuraban a desabrocharse la camisa.

Era obvio que él no tenía inhibiciones para desvestirse frente a ella, pero a Sloan le daba vergüenza por los dos.

Cuando se volvió de espaldas para terminar de desvestirse, Noah se dio cuenta simultáneamente de que ella estaba avergonzada y de que su cuerpo era un milagro de curvas maduras, de miembros esbeltos, de piel resplandeciente. Soltó los gemelos de los puños de la camisa mientras la observaba levantar los brazos para quitarse los invisibles del cabello. Con las manos levantadas y la cabeza apenas inclinada así, le recordaba una pintura de un desnudo que había visto en el Louvre. Cuando Sloan terminó de sacar el último invisible, sacudió fuerte la cabeza, y los cabellos cayeron sobre sus hombros en una cascada de reluciente oro.

Era espléndida, pensó Noah con una oleada de puro deseo.

Era tímida, se recordó.

Vino por detrás y la abrazó, atrayéndola hacia sí.

-Me dejas sin aliento -le susurró contra el cuello.

A modo de respuesta, ella se estremeció. Él la hizo girar y la llevó a la cama, luego se tendió a su lado y se apoyó en el brazo izquierdo, con la mano sobre la nuca de ella.

Sloan esperó con creciente ansiedad mientras la mirada de él viajaba por cada curva y cada hueco de su cuerpo. Cuando su mirada volvió otra vez a fijarse en los ojos, no había manera de confundir el brillo de esos ojos grises y esos párpados entrecerrados. La mano se tensó, levantándole el rostro, y ella instintivamente se preparó para un ataque inmediato. Pero fue un beso suave, tan delicado y calmante como la lenta caricia de la yema de los dedos de él en su nuca. Un beso muy tranquilizador.

Más tranquila, Sloan se volvió a él y le devolvió el beso y, apenas lo hizo, la mano derecha de él se deslizó del hombro al seno, lo cubrió, y el pulgar giró despacio alrededor del pezón. Era un roce inquietante, estremecedor.

Estremecida, Sloan abrió la mano contra la pared sólida del pecho de él, deslizando los dedos a través del vello corto y ensortijado. La piel de él parecía satén caliente sobre acero, el pezón de él era duro y pequeño y ella lo acarició suavemente. El brazo de Noah era puro músculo y su garganta una columna de cuerdas. Bajo los dedos exploradores de ella, la mandíbula de él estaba cincelada en granito y su mejilla en mármol. Era magnífico, pensó ella, con dolor. Y era suyo. Por el momento. Los cabellos eran muy suaves en las sienes...

Para Sloan esas caricias eran un agudo descubrimiento, para Noah, eran caricias tan delicadas e inesperadas que le resultaban profundamente conmovedoras. Levantó la boca de la de ella y la miró con tierno descreimiento mientras ella lo llenaba de un palpitante deseo.

Ignorante del efecto que producía sobre él, Sloan le pasó la yema de los dedos por los labios. Esos labios... Esculpidos en un material maravilloso que era firme, era cálido y era móvil.

Sus cejas... Espesas y derechas, sus hermosos ojos... Que estaban abiertos.

Sorprendida, lo miró. El rostro de él estaba tenso y oscurecido por la pasión Y un músculo se le movía espasmódicamente en el cuello. Ella entendió lo que veía, no le importó cómo lo había logrado. Curvó la mano en la nuca de él, cerró los ojos, se pegó contra él y lo sintió respirar con dificultad contra su boca cuando lo besó.

Noah abrió la boca exigente y urgente sobre la de ella, la lengua de él empujaba la de ella y la mano de él se deslizó por su cuerpo. Sus dedos se enredaron en los pelos

enrulados entre los muslos de Sloan y suavemente entraron en ella. Sloan se contorsionó bajo el asalto sensual de esos dedos que la acariciaban por dentro y por la intimidad de esa lengua contra la suya.

Él apartó los labios de los de ella y deslizó la boca por su cuello hasta los pechos y, para cuando volvió a sus labios. Sloan se aferraba a los hombros de él, le clavaba los dedos en la espalda.

Las manos de él la sostuvieron por el trasero y la atrajeron hacia él, acomodándola a su largo, y entonces él entró en ella con suficiente fuerza como para hacerle arquear el cuerpo. Cada empujón lento y exigente la llevaba un poquito más hacia el borde hasta que, sin aviso previo, él la envolvió entre sus brazos y giró de espaldas, llevándola consigo.

Ella lo miró, sorprendida, sentada sobre él, y Noah rió de la expresión atónita en el rostro sonrojado de ella. De haberse tratado de cualquier otra mujer, él habría acabado sin hacer esto, pero quería que ella experimentara todo lo que el cuerpo de él pudiera darle antes de perder el control. Al menos se dijo que era por eso que lo hacía, pero, en alguna parte de su cerebro drogado de pasión, Noah sabía que la razón estaba de alguna manera relacionada con esos otros dos amantes de ella. Que habían sido torpes e ineptos. Él no era ninguna de las dos cosas. Y quería estar absolutamente seguro de que Sloan lo supiera cuando se fuera de esa habitación.

Levantó una mano y la enredó en sus cabellos.

-Eres deliciosa -susurró.

Apoyó las manos en sus pechos pero en seguida los abandonó, a desgano, y las apoyó en sus caderas, ayudándola a moverse. Unos minutos después, mientras sofocaba un gemido, Noah se dio cuenta de que ella no le había mentido sobre su falta de experiencia. No tenía idea de cómo manejar el ritmo para él: lo aminoraba cuando él quería que fuera más rápido y lo cambiaba cuando él quería que lo mantuviera. Él no podía predecir el momento siguiente ni depender de su siguiente movimiento y, por eso mismo, ahora ella lo tenía en un permanente estado de suspenso excitado que resultaba más enloquecedor que si ella hubiera sabido lo que estaba haciendo.

Justo cuando él decidió eso, ella comenzó a mirarlo a la cara y a ajustar la presión sobre sus caderas, y a Noah se le fue la risa. La pasión que creía tener bajo control se le agolpaba en la entrepierna con tanta fuerza que tuvo que agarrar a Sloan de las caderas para detenerla. La atrajo contra su pecho y trató de detener el tumulto. Como no pudo, la hizo girar suavemente hasta quedar de espaldas. Se subió sobre ella y con las caderas la sostuvo contra la cama mientras comenzaba a hundirse hondo dentro de ella. Le recorrió la mejilla con la boca, deseando fijarse en la mente de ella de la misma manera en que se clavaba en su cuerpo.

-Abre los ojos -le dijo, con una voz que no era más que un ronco susurro.

Las largas pestañas de ella se agitaron, abrió los ojos. En silencio, los ojos de ella rogaban ser liberada y, en silencio, él se lo prometió. Con los hombros y los brazos rígidos de la tensión de contenerse, él comenzó a aumentar la intensidad de cada golpe.

Sloan sintió la fuerza que comenzaba en lo más hondo de su cuerpo. Un empuje que creció y creció hasta que al final explotó en un estallido de extravagante placer que le arrancó un gemido de la garganta. Noah se hundió una vez más en ella y su cuerpo se estremeció con el mismo placer que acababa de darle a ella. Echó la cabeza hacia delante, respirando con dificultad. Le pasó un brazo por las caderas y se dejó caer al lado de ella.

Sloan quedó tendida, demasiado conmocionada por lo que había sentido para pensar, regodeándose en la simple emoción de estar entre sus brazos. Pero a medida que lentamente volvió la cordura, se le hizo obvio que el hombre que acababa de hacerle el amor había perfeccionado su técnica, sin duda, con mucha práctica con muchísimas mujeres. Por otro lado, no creía que él la hubiera encontrado tan falta de experiencia como para aburrirlo y como para que no la quisiera otra vez. De ser así, seguramente ahora no estaría abrazándola

Librodot

como la abrazaba, acariciando con abandono la curva de su cintura. Como precaución, ella decidió decirle algo.

-¿Noah?

-¿Hmm?

-Aprendo rápido -dijo, hablando en serio.

Noah levantó la cabeza para ver ese rostro hermoso, y sus labios dibujaron una tierna sonrisa.

-Me di cuenta -susurró.

-Lo que quiero decir es que mejoraré con la práctica.

La cama se estremeció con las carcajadas de él, que la abrazó y escondió la cara contra el cuello de ella.

-Que Dios me ampare.

La risa de Noah se desvaneció, pero le siguió el buen humor mientras la abrazaba. Normalmente, un orgasmo lo dejaba primero relajado y luego lleno de energía, no lo dejaba sintiéndose absurdamente feliz. No podía entender por qué la mujer que tenía en sus brazos tenía un efecto tan profundo sobre él en la cama y fuera de ella. Lo excitaba con una mirada, lo animaba con una sonrisa y lo derretía con un roce de la mano. No tenía avaricia, vanidad ni astucia.

Noah se dio cuenta de que ella tampoco había comido nada. Giró la muñeca y miró el reloj. Había querido tenerla temprano a bordo para ver el atardecer, y la noche, afortunadamente, recién empezaba.

Le apartó los pesados cabellos de la cara y ella lo miró. -Las actividades de la noche incluyen cena y una visita guiada -bromeó.

Ella le dirigió una mirada soñolienta y sus largos dedos se extendieron sobre su pecho.

-¿Esto estaba incluido en el precio de la entrada o es extra?

-No me mires así porque va a haber otra cosa además de la cena y de la visita guiada.

-¿En serio? -preguntó ella-. ¿Qué?

-Postre.

Para evitar más tentaciones, él tomó el teléfono y ordenó que se sirviera la cena en media hora, entonces, aunque sin muchas ganas, se levantó de la cama.

Cenaron a la luz de las velas, vestidos de gala, y con una suave música de fondo, pero la atmósfera entre ellos era diferente. Sin la obsesión del deseo sexual insatisfecho, Pudieron hablar como nuevos amigos que se están conociendo.

Para el final de la cena, ella estaba tan relajada que no le pareció mal responder a la pregunta de él sobre Carter y su madre.

-Mi madre ganó un concurso de belleza cuando tenía dieciocho años, y el premio era un viaje a Fort Lauderdale y una semana en el mejor hotel -explicó Sloan-. Un fotógrafo de un diario de Fort Lauderdale le estaba sacando fotos en la playa. Cerca había una recepción, parte de una cena a la que Carter asistiría, y él se acercó a mirar qué pasaba. Estaba vestido con un traje de etiqueta blanco. Mi madre quedó fascinada. Y eso es lo que pasó.

-No pudo haber sido todo -señaló Noah, bromeando.

-Fue *casi* todo. A mi madre la había criado su abuela, y era tan ingenua como hermosa. Pasó los tres días que le quedaban del viaje con él, en su habitación del hotel. Le dio su virginidad, y Carter le dio a Paris. Ella volvió a su casa completamente convencida de que estaban enamorados y de que él quería casarse con ella... Apenas pudiera convencer a su familia, una familia prominente de San Francisco. Naturalmente, mamá se sorprendió de no volver a tener noticias de su "novio". Y se sorprendió más cuando su médico le dijo que lo suyo no era gripe sino embarazo.

Noah levantó la copa de vino, observando las emociones que atravesaban el hermoso rostro de Sloan. Ella estaba tratando de simular indiferencia, pero se le suavizaba

la voz al mencionar a su madre y se le endurecía casi imperceptiblemente al mencionar a Carter.

-¿Y después qué pasó?

-Lo usual -dijo ella con una sonrisa irónica-. Mi madre fue a la biblioteca y ubicó al padre de su hijo buscando el apellido en el *Quién es quiera.*-Como Noah no sonrió ante su intento de burlarse del tema, ella dijo, seria. -Seguía tan convencida de que él la quería y de que seguramente la familia de él lo estaba presionando que tomó el resto del dinero del premio y se compró un pasaje de avión. Llegó a la puerta de la casa de Carter de noche, con su valijita (también parte del premio), pero le dijeron que Carter no estaba. Ella les explicó que era la novia y pidió esperarlo allí. Te puedes imaginar el resto.

-Supongo que sí -dijo Noah-, pero prefiero que me lo cuentes tú.

Eres muy insistente -bromeó Sloan. En lugar de abandonar, él frunció el entrecejo en un gesto de interrogación y esperó a que ella continuara. Sin poder ignorar su silenciosa orden de que continuara, ella suspiró y dijo: -En pocos minutos le sacaron toda la historia y se pusieron furiosos. -Hizo una pausa, tratando de encontrar la manera de terminar el relato. Carter era amigo de Noah y el padre de Paris, y ella no quería empañar su imagen sin necesidad. -Naturalmente sintieron que él había cometido un error y, cuando Carter llegó a cu casa, aceptó la responsabilidad y se fue con mi madre...

El se burló del intento de ella de suavizar la verdad.

-No funcionará. Sloan. Yo conocí a los padres de Carter, ya de viejos, y no pudieron haber cambiado tanto. ¿Qué ocurrió en realidad?

Algo inquieta por la franqueza de él. Sloan alisó la servilleta sobre la falda y por fin se animó a mirarlo a los ojos.

-En realidad -dijo, con un suspiro-, cuando Carter llegó a su casa esa noche, estaba borracho, y sus padres ya estaban furiosos con él por una larga lista de transgresiones. Lo echaron, y a mi madre con él. Ha de haber sido una experiencia fuerte, que lo puso sobrio, porque se detuvo en Las Vegas y se casó con mi madre antes de irse a Florida. Tenía suficiente dinero en algún lado para comprar un velero y en los dos años siguientes lo alquilaba. Nació Paris y luego nací, yo.

-¿Y después?

-Entonces un día llegó la madre de Carter en una limusina a decirle que su padre había sufrido un ataque. Le dijo que sería bienvenido otra vez en el seno de la familia y le dijo que se llevara a una de sus hijas consigo. Ese mismo día se fueron con Paris.

-Courtney cree que tú.y tu madre no salieron muy bien paradas económicamente con ese trato.

-A mi madre le dieron una modesta cantidad -dijo Sloan, vagamente.

-¿Qué tan modesta?

-Modesta -dijo Sloan, terca, pero en seguida sonrió y sacudió la cabeza-. No habría importado aunque hubiera sido mucho más grande. Mi madre es tan ingenua y tan buena que se la hubiera dado a cualquiera que le hubiera pedido un préstamo o se lo habría dejado birlar por algún "asesor financiero" corrupto.

-¿Eso es lo que pasó con lo que le dieron?

-Con casi todo -confirmó Sloan.

-Nunca te refieres a Carter como tu padre, ¿no? -preguntó él.

Ella le dirigió una mirada risueña y revoleó los ojos.

-Él no es mi padre.

Noah bajó despacio la copa de vino.

-¿No lo es?

-No en lo que importa.

-¿Qué es lo que específicamente consideras que importa:

-Es mi padre biológico y punto. Un padre es mucho más que eso. Un padre es alguien que te seca las lágrimas cuando eres pequeña y mira debajo de tu cama porque

tienes miedo de que haya un monstruo escondido. Es el que te defiende del que te quiere pegar en la escuela y el que quiere a tu mejor amiga. Va a las reuniones de padres y a los partidos de sóftbol en el que uno juega, aunque uno sea demasiado pequeño para jugar y lo tengan todo el tiempo en el banco. El que se preocupa por uno cuando uno está enfermo y se preocupa cuando los varones se acercan demasiado en la adolescencia.

Noah sonrió ante la información sobre sí misma que, sin querer, ella le estaba dando. Una imagen de una nena rubiecita con uniforme de sóftbol, sentada en un banco, se le cruzó por la cabeza. Sus grandes ojos violeta estarían tristes porque no la dejaban jugar.

-¿Jugabas sóftbol? -preguntó, tratando de recordar si conocía aunque más no fuera a una mujer que hubiera jugado sóftbol de niña en lugar de tenis o hockey de césped.

-Sería una exageración decir que sí -dijo ella, y a él su risa le sonó en los oídos como el suave tintinear de campanas-. Era tan chica para mi edad que, si jugaba con las de mi edad, mis compañeras de juego me confundían con el pasto y me pasaban por encima. Ya era adolescente cuando por fin di un estironcito.

-No fue un estironcito muy grande -dijo Noah, con ternura.

-Sí que lo fue -le aseguró ella, riendo.

Pensándolo bien, decidió Noah, tenía que haber sido un excelente proceso de maduración, porque ella tenía un cuerpo espléndido, perfectamente proporcionado a su altura. Perfectamente proporcionado en todos los sentidos para el cuerpo de él... El sólo pensarlo lo excitó, y, con una mezcla de exasperación y diversión, dijo:

-Te prometí una visita guiada.

Se puso de pie, fue hasta ella para retirarle la silla y le echó sobre los hombros la chalina que ella había traído.

Sloan quedó fascinada con la visita. Había estado en barcos muchas veces, pero el Apparition era más un crucero que un, yate. Exploró la impecable sala de máquinas y luego la cocina y, cuando vio que a ella le interesaba de verdad, Noah sacó las llaves y le mostró lugares que normalmente habría pasado por alto, deteniéndose a abrir puertas que daban al pasillo y que ocultaba cualquier cosa desde los elementos de limpieza hasta el equipo náutico.

-Adoro los barcos -confesó ella con ojos resplandecientes.

-¿Todos los barcos? -bromeó él. Ella asintió con solemnidad.

-Todos... Los remolcadores y los botes de pesca, los barcos lentos y los rápidos. Adoro el mar y todo lo que tenga que ver con él.

Estaban en el medio del barco, un nivel debajo de la cubierta principal, y ella se detuvo automáticamente ante la siguiente puerta.

-Ésa podemos dejarla -dijo él, firme, poniéndole la mano en la cintura para que siguiera.

A Sloan de inmediato se le despertó la curiosidad.

-¿Por qué? ¿Qué escondes ahí?

-No hay nada ahí adentro que pueda interesarte. Ella largó una carcajada.

-No hagas eso, no es justo. Ahora me dio curiosidad. No soporto los misterios insolubles. Soy detective por... -Se interrumpió, espantada. -Soy detective por afición -se corrigió, rápidamente y, para distraerlo, dijo, con fingida indignación-: Éstos son los aposentos de las mujeres, ¿no es cierto? Traes mujeres para que la tripulación no se amotine en los viajes largos.

Librodot

-Para nada -dijo él, pero no abría la puerta y la fascinación de Sloan se acrecentó.

-¿Un tesoro pirata? -aventuró, tratando de obligarlo a responder-. ¿Contrabando? Drogas... -pero se le borró la sonrisa.

Él se dio cuenta y, con un suspiro de resignación, abrió las puertas y encendió una luz. Sloan miró, boquiabierta. El cuartito contenía un arsenal de armas de fuego, incluyendo una ametralladora.

-Courtney vio esto y se negó a volver a salir al mar conmigo.

Sloan sacudió apenas la cabeza, tratando de recuperarse.

-No dramatices -le advirtió él con más fuerza de la que a Sloan le parecía necesaria.

Sloan registró armas de asalto y otras que eran ilegales en los Estados Unidos.

-Sí, pero esto... Esto... ¿Para qué quieres todo esto?

Él trató de restarle importancia, como si fuera algo rutinario.

-Los dueños de barcos por lo general tienen armas a bordo.

La incomodidad de Sloan era tal que se estremeció, y Noah llegó a una conclusión equivocada.

-No tengas miedo. No están cargadas.

Sloan avanzó un paso. Le estaba mintiendo, pero ella trató de aparentar ignorancia al señalarlo.

-Si es cierto, ¿qué es ese cinturón con balas que sale de la ametralladora?

Noah ahogó una risa, la sacó del cuarto y apagó la luz.

-No tendría que estar ahí. Ésa es una vieja ametralladora que le confiscamos a un invitado sorpresa en el último viaje.

A Sloan la cabeza le daba vueltas con las mismas palabras que había oído antes: no lo conocía, en realidad, no lo conocía. Se había acostado con él y había hecho cosas íntimas con él. Pero no lo conocía.

De pie junto a ella contra la baranda de la cubierta principal, Noah percibió el distanciamiento de ella y supuso que la causa había sido la reserva de armas, pero atribuyó la reacción de ella al mismo miedo indefinido que había sentido Courtney.

-La mejor manera de superar el miedo a las armas es aprender a manejarlas.

Sloan tragó saliva y asintió.

-Puedo enseñarte a disparar.

-Sería lindo -dijo ella, distraída, tratando de controlar sus reacciones. Estaba dejando volar la imaginación, se dijo a sí misma con severidad, un error tonto que probablemente respondiera a un coletazo emocional. Se había estado enamorando de él prácticamente desde el momento en que lo vio en la sala de Carter; acababa de unir su cuerpo al suyo y de gemir de pasión en sus brazos. En vista de todo eso, tenía más sentido pedir una explicación que inventarla. -Sería más lindo entender por qué las tienes. No estamos en guerra, ¿no?

-No, pero yo hago negocios en países donde los gobiernos no son siempre estables. Con frecuencia, en esos países los h$_o$mbres de negocios andan armados.

Ella se volvió hacia él y sus ojos escudriñaron su rostro.

-¿Haces negocios con personas que quieren matarte?

-No, hago negocios con personas cuyos competidores quieren matarlos a ellos. O a mí, sí me interpongo en su camino. Por esa razón, hace varios años que me di cuenta de que no sólo es prudente, sino mucho más saludable, hacer negocios en mi propio territorio. Este barco es mi territorio. El mes que viene tengo una reunión frente a la costa de una importante ciudad en América Central. Se llevará a cabo en el Apparition, y mis colegas serán traídos a bordo en helicóptero.

-Tal vez sería bueno que comenzaras a hacer negocios más seguros -dijo Sloan.

Él rió.

Librodot

-No es sólo un asunto de seguridad; además es para impresionar. -Ella lo miró intrigada y Noah se explicó: -En un puerto extranjero, tratando con personas que se dejan impresionar por el éxito, el Apparition sigue dándome la ventaja del territorio propio que te decía.

Sloan aflojó la tensión. Lo que él decía tenía sentido.

-¿Qué tipo de negocios haces con esas personas?

-Importación y exportación. Básicamente, estoy en el negocio de armar tratos.

-¿En Venezuela?

-Ése es uno de los lugares.

-¿El señor Graziella anda armado?

Sloan se dio cuenta de que a él no le hizo gracia la pregunta.

-No -dijo, impasible-, no anda armado. Si anduviera armado, alguien le quitaría el arma y lo mataría con ella.

Él supo que ella sospechaba y, en lugar de decir cualquier cosa para mitigar sus sospechas, esperó a que ella tomara su propia decisión. Sloan percibió que, de alguna manera, la estaba probando... ¿Qué? ¿Su potencial de lealtad? ¿O la probaba como amante? Le gustaba pensar que lo último pero, incluso si no eran ésas las intenciones de él, el instinto le decía que Noah le estaba diciendo la verdad. En su trabajo, esos instintos eran un arma en cuya infalibilidad se podía confiar, y ella ahora confiaba en ellos.

-Perdóname, no tendría que haber husmeado -dijo, y se volvió a la baranda para mirar el mar.

-¿Quieres hacerme más preguntas? Ella asintió lenta y sombríamente.

-Sí, una.

-Adelante.

-¿Por qué omitimos la visita al salón?

Noah estaba completamente fascinado por su inteligencia, su ingenio y, en ese momento, por cómo se la veía a la luz de la luna con ese vestido sin breteles y los cabellos agitados por el viento. La abrazó desde atrás, la apretó contra su cuerpo y la voz ya se le puso ronca con el deseo que se le despertaba.

-Hay una puerta que va desde el salón a mi dormitorio, y, si entras en uno, tendrás que entrar también en el otro... En esta visita guiada no se permiten los desvíos -bromeó. Esperó la reacción de ella y se sintió inundado por el deseo cuando la vio asentir. -Hay otro problema -susurró-. Antes cometí un error. El precio del paquete no incluía esta parte de la visita. Hay un cargo extra... Y tengo que cobrarlo por adelantado. Su boca rozó la comisura de los labios de ella, que esperaban, y, estremeciéndose ante el deseo de rendirse, Sloan volvió la cabeza para recibir plenamente su beso.

Capítulo 33

Para Sloan, el resto de la semana pasó en una dulce procesión de días soleados y noches sensuales. Pasaba al menos parte de cada día con Paris y al menos parte de cada noche con Noah. Su velero, el Star Gazer, se convirtió en una morada secreta, cercana y al mismo tiempo privada ,y móvil. Su casa de la playa le era a ella casi tan cómoda como su propia casa en Bell Harbor y Douglas y Courtney parecían considerarla parte de la familia. Nada de todo esto era permanente, y ella lo sabía. Sabía que sólo una cosa de su viaje a Palm Beach era permanente y duradera: estaba enamorada de Noah.

Librodot

Al parecer había una relación entre Paul y Paris y con frecuencia los cuatro pasaban el día juntos, aunque por lo general durante las noches se separaban. Sloan no sabía qué tipo de relación tenía el agente del FBI con su hermana. Paul no era el tipo de persona que invitaba preguntar sobre sus sentimientos personales .y, aunque Paris estaba perfectamente dispuesta a compartir los suyos, la verdad era que ella tampoco sabía qué sentía Paul por ella.

Éste era un tema frecuente de conversación entre Sloan y Noah cuando estaban juntos, pero al octavo día después de su noche decisiva a bordo del Apparition, Sloan no lo tuvo para conversar. En realidad, por primera vez, se enfrentaba a una noche solitaria y, aunque hacía algunas semanas semejante perspectiva le habría gustado, ahora se sentía inquieta y sola.

Noah tenía una reunión de negocios en Miami y no volvería hasta el día siguiente. Sloan había pensado pasar el día con Paris y Edith, pero Paris tenía dolor de cabeza esa tarde y había tomado un remedio que la había hecho dormir. Paul también se había ido todo el día por un "asunto personal" y había dicho que no sabía si volvería esa noche o a la mañana siguiente. Después de una cena temprana, Edith quiso mirar programas de entretenimiento por televisión de satélite y a las nueve y media Sloan no podía soportar otro minuto más de programas de entretenimientos. Carter tenía un partido de póquer con unos amigos y no volvería hasta después de las once.

Sloan tenía la espantosa premonición de que cuando se fuera, cuando Noah ya no estuviera cerca, la inquietud y la soledad serían sus constantes compañeros. No se engañaba en cuanto a las intenciones de él, había escuchado suficientes comentarios de Douglas y Courtney, y del mismo Noah, para saber que era contrario al matrimonio y a los hijos. Más aún, había llegado a conocer a algunos de sus amigos cuando él la había llevado al club de campo y, a partir de cosas que había oído, era claro que Noah cambiaba de mujer con la misma indiferencia con que cambiaba de camisa... Y casi con la misma frecuencia.

Sin embargo, incluso sabiendo todo eso y sabiendo cuánto iba a sufrir cuando esto terminara, Sloan no se habría perdido ni un segundo de lo que estaba viviendo, suponiendo que hubiera podido elegir.

Hasta la semana anterior, Sloan se había sentido como un bicho raro cerca de Sara y de casi todas sus antiguas arraigas. A excepción de ella, todas habían estado locas por tener novios durante la adolescencia y, ya más grandes, habían tenido varias relaciones sexuales y se habían enamorado y desenamorado constantemente. A diferencia de todas ellas, Sloan había tenido sólo dos relaciones sexuales en toda su vida, y una de esas relaciones jamás hubiera tenido lugar de no haber sido porque ella, en todo momento se había sentido una completa extraña.

Su madre era la única que no la consideraba extraña. aunque a medida que Sloan se acercaba a los treinta años sin ningún hombre en su vida, hasta ella comenzaba a sugerirle que saliera con hombres con más frecuencia. Kimberley no podía hablar mucho en ese sentido, los hombres la invitaban a salir todo el tiempo, y ella no salía casi nunca. "No me atrae", le decía a Sloan. "Prefiero quedarme en casa que salir con amigos."

Según Sloan estaba descubriendo, ella era más parecida a su madre de lo que había supuesto. A ninguna de las dos la atraía cualquier hombre atractivo y adecuado, rara vez se sentían atraídas pero, cuando sucedía, era evidentemente una experiencia que les cambiaba la vida. La frase "mujer de un solo hombre" se le cruzó por la cabeza a Sloan mientras entraba en su dormitorio, salía al balcón y observaba el reflejo de la luna en el agua.

Miró el reloj .y decidió ir a caminar por la playa. Eran casi las diez, y una caminata en la playa la tranquilizaría y la haría dormir bien. Entonces, se puso un par de vaqueros y zapatillas y se enfundó en un suéter de algodón rosado claro, se ató el pelo en una cola de caballo y se dirigió escaleras abajo.

Cuando llegó a la playa, decidió tomar hacia la izquierda, lejos de la casa de Noah, para no verla y usarla como hito. Tenía que dejar de depender de él de esa forma. Tenía que

Librodot

pensar en su futuro, cuando él ya no estuviera. Tenía que hacerlo, pero no podía. Era tanto más dulce pensar en las cosas que él hacía y decía cuando estaban juntos. Era brillante e ingenioso y siempre estaba dispuesto a hablar de cualquier cosa que le interesara a ella... Es decir, cualquier cosa menos sus sentimientos hacia ella. Nunca, ni siquiera en lo más tórrido de la pasión, había usado la palabra amor ni había hablado del futuro luego de que ella se fuera de Palm Beach. Nunca, incluso, había utilizado una palabra íntimamente cariñosa ni un apodo cariñoso. En Bell Harbor, Jess la llamaba "Cortita" y, cuando estaba inspirado en su estilo Humphrey Bogart, le decía "Oye, chiquita". La mitad de los muchachos de la fuerza policial le habían puesto algún apodo, pero el hombre con el que hacía el amor durante horas la llamaba "Sloan".

Más que preocuparse por todo esto, Sloan decidió pensar en la gloria de estar con él.

Seguía haciéndolo una hora después cuando volvió a acercarse a la casa de Carter, ya de regreso. Con las manos en los bolsillos traseros del pantalón, miró hacia el agua, .y sonrió al pensar en él navegando y con el viento ensortijándole los cabellos. Era tan tranquilo y competente al timón de ese exigente velero como conduciendo un auto, y se había ofrecido a enseñarle a navegar. Como maestro, tendía a esperar demasiado al principio, dándole órdenes que ella no entendía más rápido de lo que ella podía cumplirlas. Ella lo había curado de eso durante la segunda lección llamándolo "Capitán Plaga" con voz bastante seria.

Sloan estaba tan absorta en sus recuerdos de ese día que, cuando oyó su voz, pensó por un momento que era su imaginación.

-¡Sloan!

Apartó la mirada del agua, escudriñó la playa y luego miró hacia su derecha. Dejó de caminar y se quedó mirando, sin poder creer lo que veían sus ojos. Noah estaba en Miami, por negocios... Noah caminaba hacia ella desde el jardín trasero de la casa de su padre vestido con vaqueros y una remera. Echó a caminar otra vez y él apresuró el paso.

-¿Ibas a algún lugar en particular? -preguntó él con una sonrisa pícara, deteniéndose frente a ella.

Sloan negó con la cabeza.

-A propósito, ¿no te has sentido como perdida y sola y sin poder concentrarte en nada durante todo el día?

-Sí, en realidad, así fue -dijo ella, feliz porque, evidentemente, él también se había sentido así-. ¡Creo que ha de ser una epidemia de gripe!

-¿Gripe? ¿La gripe te pone irritable e imposible de complacer?

En la última semana, Sloan había notado que él tenía su carácter y, que, cuando algo no le gustaba, podía ser tajante e incluso brusco, pero él nunca mostraba ese aspecto de sí mismo a su familia ni a ella. Sloan lo miró con un aire de desenvuelta superioridad.

-No podría decírtelo. Mi carácter es siempre extremadamente dulce.

Él rió y abrió los brazos.

-Entonces ven y compártelo conmigo.

Sloan corrió y los brazos de él se cerraron alrededor de su cuerpo con asombrosa fuerza.

-Te extrañé -susurró él-. Eres adictiva.

Su boca atrapó la de ella en un beso hambriento, obligándola a entreabrir los labios para dar paso a su lengua. Cuando estuvo satisfecho, se volvió, le pasó un brazo por la cintura y comenzó a caminar con ella hacia su casa.

-¿Adónde me llevas?

-Al lugar donde más me gusta verte. Era tarde, y Sloan trató de adivinar. -¿La cocina?

-¿Cómo supiste? -bromeó él-. Volví esta noche en lugar de esperar hasta mañana porque quería verte. No comí nada desde el desayuno, y Claudine ya se acostó. Courtney incinera cualquier cosa que toca y Douglas no toca nada en la cocina a menos que sus planes sean llevárselo directamente a la boca. ¿Te parece que podrías hacer una tortilla como la que me hiciste la semana pasada?

Sloan sofocó una risa.

-Me parte el corazón pensar que te habrías ido a dormir con hambre si no hubieras encontrado a una mujer en la playa lo suficientemente inteligente como para adivinar cómo se hace para encender una cocina. Es muy triste.

Noah la miró.

-A ti no se te ve demasiado triste -dijo.

-No sólo eres buen mozo, brillante e increíblemente sensual -dijo Sloan, tratando de bromear con lo que de verdad sentía-, sino que además eres muy perceptivo. No estoy triste porque tengo una solución.

-¿Me va a gustar?

Courtney entró corriendo en el estudio de su padre, le agarró la mano a éste y lo hizo levantar de la silla.

-¿Qué haces? -protestó él, porque se le cayó al suelo el libro que estaba leyendo.

-Tienes que bajar. Vino Sloan y no vas a creerlo a menos que lo veas con tus propios ojos.

-¿Ver qué?

-¡Noah está cocinando!.

¿Quieres decir cocinando como cuando uno dice "ardiendo de rabia"? -especuló Douglas, caminando rápido junto a ella.

-No, quiero decir cocinando de "cocina".

A medida que se acercaban a la cocina dejaron de hablar y caminaron sin hacer ruido, queriendo presenciar ese hecho sin precedentes sin ser vistos.

Noah estaba de pie en el medio de la cocina observando a Sloan, que reunía los ingredientes para una tortilla.

-Tengo una filosofía con respecto a la cocina -anunció él con el tono profesional de quien está a punto de exponer un análisis teórico de un tema sobre el que es experto.

Sloan le sonrió, tomó una cebolla, un par de tomates y un pimiento rojo y verde de un cajón y los puso sobre la mesada para cortarlos.

-¿Tu filosofía dice algo así como: "yo pagué por la comida, que alguien más se ocupe de prepararla"?

-¿Ah, ya leíste mi libro, éxito de ventas, sobre el tema? Ignorando el comentario, Sloan dijo:

-¿Me equivoco si colijo que ese "alguien más" en tu filosofía es probablemente una mujer?

-¿Cómo lo adivinaste?

-¿No es discriminatorio?

-Yo no lo veo de esa manera -declaró él con increíble descaro-. Yo lo veo como relegar responsabilidades. -El tocino se cocinaba en el microondas y Noah olfateó, apreciando el aroma. -Eso huele delicioso.

Ella le sonrió por encima del hombro.

-¿Te parece?

-Soy fanático de las tortillas y estoy muerto de hambre.

-¿Quieres oír mi filosofía sobre la cocina? -preguntó Sloan.

-Creo que no.

Pero ella igual se la contó.

-El que no ayuda a cocinar no ayuda a comer.

-Está bien, estoy listo. Dame algo para hacer. Que sea difícil.

Sin volverse, ella le pasó un cuchillo .y un pimiento verde por encima del hombro.

-Toma. Un pimiento verde.

Él le sonrió.

-Yo había pensado en algo más viril. Ella le pasó la cebolla.

Noah rió, se estaba divirtiendo como loco. Empezó a pelar la capa exterior de la cebolla.

-Espero que los muchachos del club de bochas no se enteren de esto. Sería mi ruina.

-No, para nada. Los cuchillos son algo bueno. Son de machos.

Como respuesta, él tomó un repasador y lo hizo restallar, pegándole a Sloan suavecito pero con ruido en el trasero.

-Será mejor que conmigo ni lo intentes -dijo Courtney. avanzando. Apoyó los codos en la mesada y el mentón en los puños y lo miró con presumida afectación. -Sloan me estuvo enseñando unos pases de defensa personal espectaculares. Puedo tirarte de... ¡Ay! -dijo, cuando el repasador aterrizó con más fuerza sobre su propio trasero.

Ella lo miró simulando una gran ofensa y se dirigió a Sloan.

-¿Quieres que lo tire al suelo o lo harás tú?

Antes de que Sloan pudiera responder, Noah puso un tomate de la pila de Sloan sobre la tabla de cortar frente a Courtney y le dio un cuchillo.

-Sloan estaba comentándome su filosofía sobre la cocina. permíteme compartirla contigo.

Courtney tomó el cuchillo e hizo un intento no muy entusiasta de cortar el tomate.

-Ay, esto es asqueroso -dijo-. Nunca voy a triunfar en el programa de Sally. Esta casa está empezando a funcionar como si aquí viviera gente de verdad.

Douglas entró en seguida, cuando la cebolla cortada se saltaba y todo el trabajo de preparación estaba terminado.

-A propósito -le preguntó a Sloan-, ¿hay suficiente para otro comensal?

-Más que suficiente -dijo ella. Courtney estaba indignada.

-No puedes comer porque no hiciste nada.

-Pero... No hay nada para hacer -respondió Douglas, mirando a su alrededor con aire de inocencia.

Noah le dirigió una mirada de conocedor.

-Bien planeado.

-Eso creí -respondió Douglas, sin el menor asomo de vergüenza, y se sentó en una silla a la mesa de la cocina.

Capítulo 34

-Son más de las doce de la noche -dijo Sloan mientras caminaba por la playa hacia la casa de Carter, con la mano fuertemente apretada por la mano de Noah, y los largos dedos de él entrelazados con los suyos. Los sentidos de ella estaban despiertos a su roce, a su cercanía, incluso al sonido de su voz profunda y melodiosa.

-Me divertí -dijo él. -Me alegro.

-Contigo todo parece divertido.

-Gracias.

En voz queda, y sin énfasis, él dijo:

-Estoy loco por ti.

A Sloan se le estrujó el corazón. Te amo, pensó ella.

-Gracias -murmuró, porque no podía decirle la verdad. Él le dirigió una mirada de soslayo.

-¿Eso es todo? -preguntó, algo decepcionado. Sloan se detuvo.

-No, no lo es -dijo, suave y, empinándose en punta de pie, le dijo con su beso lo que no osaba decirle en palabras. Los brazos de él la rodearon, la besó y, de inmediato, el cuerpo de él respondió al estímulo.

Él también la amaba, pensó ella.

Estaban en la mitad del jardín trasero, cerca del putting green de Carter, cuando Sloan se acordó, tarde, de los rayos infrarrojos, y se llevó la mano a la garganta.

-¡Me olvidé de esas cosas!

-¿Qué cosas?

Ella rió de su propio susto.

-De los rayos infrarrojos... Si el sistema de seguridad hubiera estado conectado, habríamos tropezado con los rayos al poner el pie en el jardín. Seguramente Dishler me vio salir y desconectó los rayos para que no se activaran cuando se conectó el sistema de seguridad.

-O eso -bromeó Noah-, o los policías están aporreando la puerta del frente en este preciso momento.

-No -lo tranquilizó Sloan-. Paris me dijo que cuando se activa la alarma se encienden todas las luces de la casa y suenan las sirenas.

-¿Qué? -bromeó él-. ¿Nunca oíste hablar de las alarmas silenciosas que suenan directamente en el Departamento de Policía?

No sólo había oído hablar sino que podría haberle explicado cómo instalarlas. Pero en lugar de agregar otro elemento a la lista de cosas por las cuales él iba a sentirse engañado por ella más adelante, dijo, sonriente:

-Lo sé todo sobre ese tema. Él le apretó la mano, juguetón.

-No lo dudo -dijo, y Sloan se puso de pronto cautelosa.

-¿Por qué dices eso?

-Una sencilla lógica y una perspicacia brillante. Combinados, me llevan a llegar a la conclusión de que una mujer que aprende defensa personal para protegerse cuando camina por la calle, sin duda ha de tener un excelente sistema de seguridad para protegerla cuando duerme. ¿Tengo razón? dijo, con presumida superioridad.

-No puedo negar... -comenzó a decir Sloan en el momento en que una figura en sombras llamó desde un balcón superior. -¡Eh, ustedes!

Era Paris, en bata, de pie junto a la baranda.

-¿Cómo te sientes? -preguntó Sloan.

-Mucho mejor. Pero dormí todo el día, y ahora estoy desvelada. Paul y papá llegaron a eso de las once, y se fueron derechito a la cama. Estaba pensando en bajar a la cocina para prepararme un poco de chocolate caliente. ¿Quieren?

Sloan dijo que sí, hubiera dicho que sí aunque se estuviera durmiendo parada, pero Noah sacudió la cabeza y se detuvo ante la puerta de atrás.

-Estoy un poco cansado, y no podría ingerir una molécula de nada más. -No estaba demasiado cansado como para no darle a Sloan un beso de buenas noches largo y muy intenso ni para seguir apretándola entre sus brazos después, lo que a ella le dio la emocionante sensación de que él no quería dejar, la. Noah se inclinó hacia delante, abrió la puerta con la llave que ella le dio y la abrió. -Te llamo maña...

El grito de Paris lo interrumpió.

-¡Bisabuela! ¡No! ¡Socorro!

Sloan giró sobre sí misma, entró corriendo en la casa y siguió corriendo por el salón trasero en dirección más o menos hacia donde provenía el grito de Paris, con Noah siguiéndola. Detrás de la cocina había un cómodo estudio donde Edith había estado mirando televisión temprano, y la escena que recibió a Sloan le puso el terror en el corazón. Edith estaba hecha un ovillo sobre el sofá con Paris inclinada sobre ella, tratando de ponerla boca arriba.

-Ay, Dios mío, ay, Dios mío -gemía Paris-. Un ataque al corazón. Y no había nadie con ella...

-Llama al 911-le ordenó Sloan a su hermana, haciéndose cargo. Despacio, Sloan puso a la anciana de espaldas. -Comenzaremos a hacerle rehabilitación cardiaca y en seguida... -Sloan se paró en seco cuando vio en el pecho de su bisabuela la herida de bala. Se incorporó de un salto. -¡Busca a Paul! -gritó Sloan por encima del hombro, ya corriendo-. ¡No toques nada! Enciende las luces de la casa...

Por una fracción de segundo, Noah pensó que ella corría para buscar un teléfono, pero había uno sobre el escritorio, y entonces fue cuando oyó la puerta trasera que se golpeaba contra la pared al abrirse.

-¡Llama al 911! -le gritó a Paris y salió corriendo de la habitación detrás de Sloan. No podía creer que fuera tan impulsiva como para salir a buscar a un asesino.

Salió corriendo por la puerta trasera y su mirada voló por el jardín vacío, entonces dobló hacia la derecha y corrió a lo largo de la parte trasera de la casa porque ésa le pareció la

ruta más lógica. Dobló una esquina en el momento en que ella aparecía por un segundo entre las sombras adelante. Cuando él volvió a verla, ella se aplastaba contra una pared, en el frente, y se asomaba por la esquina.

-¡Sloan! -gritó, pero ella ya había echado a correr, atravesaba el jardín del frente, esquivaba los arbustos y saltaba por encima de los obstáculos como si fueran obstáculos en una carrera.

El corrió tras ella, acercándose, demasiado furioso y asustado por ella para darse cuenta de la eficiencia y de la agilidad de los movimientos de ella o para pensar por qué lo que ella hacía le resultaba extrañamente conocido.

Sloan se detuvo cerca de los portones del frente. Bajó la cabeza, vencida, y los hombros comenzaron a agitarse con un llanto silencioso. Noah la alcanzó, la tomó entre sus brazos y la hizo girar hacia él.

-¿Qué mierda...?

-Está muerta -sollozó Sloan-. Está muerta...

Las lágrimas que le resbalaban por las mejillas aplacaron la rabia de él por la temeridad de ella, la atrajo contra sí y la abrazó con fuerza.

-Lo siento -susurró-. Lo siento.

A lo lejos, se oyeron unas sirenas que se acercaban, y Noah vio que los portones eléctricos comenzaban a abrirse. Sacó a Sloan de la entrada para coches en el momento en que dos patrulleros llegaban desde direcciones opuestas, con las sirenas a todo lo que daban y las luces titilando.

Capítulo 35

Sloan comprobó, hastiada, que el Departamento de Policía de Palm Beach no sólo era eficiente sino que además sabía cómo tratar a sus ciudadanos ricos y prominentes sin desacomodarles las plumas.

A los pocos minutos de la llegada a la escena de los primeros policías, habían tomado conocimiento de la situación, habían reunido a los ocupantes de la casa para que no se interfiriera con la evidencia y habían notificado al médico forense del condado de Palm Beach. El equipo de forenses del Departamento de Policía había llegado en seguida, aislado el área y comenzado a levantar las huellas digitales. Mientras tanto, dos detectives comenzaron el proceso de hablar con todos los de la casa.

A la cocinera, al ama de llaves, al mayordomo y al cuidador los ubicaron en el comedor. En cambio, a los miembros de la familia y amigos los reunieron en la sala para que tuvieran privacidad y comodidad. Como Gary Dishler pertenecía a ambos grupos, se le pidió a Carter que determinara dónde se lo debería hacer esperar, y él eligió la sala.

Habían hecho levantar de la cama al capitán Walter Hocklin para que se asegurara en persona de que Carter Reynolds y su familia no fueran sometidos a ningún tipo de molestia innecesaria por los detectives Dennis Flynn y Andy Cagle o los otros funcionarios policiales apostados dentro y fuera de la casa. En el estudio donde estaba el cuerpo de Edith, los flashes de las cámaras se encendían una y otra vez con las fotografías que el forense sacaba del cadáver cuando lo movían. Sloan se encogía por dentro cada vez que veía el flash de la cámara reflejado en el espejo del corredor fuera de la casa, y rogaba que Paris no lo viera o no se diera cuenta de lo que estaban haciendo.

Sentada en la sala con Noah, Carter y los demás, Sloan era un montón de atónita futilidad y furioso descreimiento. Los detectives Flynn y Cagle habían terminado de hablar con todos individualmente pero, luego de conversar en el estudio con el equipo, dijeron que debían aclarar y confirmar parte de la información que tenían.

Los detectives hacían referencia a sus notas mientras el capitán Hocklin tomó asiento en una silla y le explicó a su público, con toda cortesía, por qué era necesario hacerlo.

-Sé que están todos cansados e impresionados -dijo, dirigiéndose en especial a Carter y Paris-. Antes de que comencemos a molestarlos con más preguntas, les diré lo poco que sabemos en este momento. Lo más importante para ustedes será saber que la señora Reynolds no sufrió. La bala le atravesó el corazón y murió instantáneamente. Hay evidencias de que forzaron la entrada... En la habitación donde la encontraron había una ventana rota y abierta. Sin la ayuda de ustedes no podemos saber qué se llevaron, pero todos los cajones fueron revisados. No tenemos idea de cuánto tiempo pasó el asesino adentro ni de si estuvo en otras partes de la casa. Por la mañana necesitaremos que revisen y nos digan qué es lo que falta, si es que falta algo.

Hizo una pausa y Carter asintió, brevemente.

-Vamos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para terminar estos penosos procedimientos con la mayor rapidez y delicadeza posibles -agregó-. Estamos levantando huellas digitales en los dormitorios que están usando en estos momentos los miembros de la familia y los invitados, para que esta noche ya puedan dormir en ellos. No toquen nada en ningún otro lado. Vamos a trabajar toda la noche, y esperamos dejarlos solos mañana. La prensa local ya se enteró, de manera que, probablemente, para mañana se conozca la noticia en todo el país. Los portones del frente los mantendrán alejados. Por desgracia, su propiedad es accesible también desde la playa. Hemos puesto cintas de las que se colocan

Librodot

en las escenas donde ha ocurrido un delito, y esta noche y mañana pondré a un hombre para evitar que pase alguien. Creo que deberían contratar a un par de guardias de seguridad y apostarlos en la parte de atrás durante unos días, después de que nos vayamos nosotros. De lo contrario los curiosos y la prensa no los van a dejar en paz.

-Gary se ocupará mañana a primera hora -dijo Carter y Gary asintió, confirmándolo.

-Se van a alegrar de haberlo hecho. Bien, casi hemos terminado de interrogar al personal que vive en la casa, y quisiera tenerlos fuera del camino hasta que terminemos mañana.

¿Podrían enviarlos a un motel cercano, de manera de que estén accesibles por si queremos hacerles más preguntas? Carter miró a Gary, quien asintió, y dijo:

-Yo me ocupo.

-Tengo entendido que emplea también dos mucamas que viven en otro lado. Las interrogaremos mañana apenas lleguen a trabajar. Después, quisiera que las manden a sus casas. -Satisfecho de haber terminado con esa parte de su tarea, Hocklin se concentró en otro asunto. -Lamento tener que someterlos a más preguntas en estos momentos, pero es imperativo que obtengamos toda la información posible, porque ahora sus recuerdos van a estar mucho más vívidos. Los detectives Flynn y Cagle ya han hablado con cada uno de ustedes, pero será de gran ayuda hablar con ustedes en grupo. A veces alguien puede decir algo que sirva de estímulo al recuerdo de otra persona. El detective Flynn... -dijo, haciendo una señal con la cabeza al detective sentado a su derecha.

Dennis Flynn era un hombre de casi cincuenta años, algo regordete, de altura normal y una cara redonda y graciosa más apropiada para un sacerdote irlandés o un pintor irlandés. Sin embargo, había algo en él que inspiraba confianza..., y confidencias, lo que Sloan suponía que esa era la razón por la cual lo habían convocado para este trabajo.

Andy Cagle era su opuesto. De cerca de treinta años, Cagle era alto y flaco, con un rostro delgado dominado por un par de gruesos anteojos de intelectual que él permanentemente se acomodaba sobre el puente de la nariz. Había una torpeza vergonzosa en todo lo que hacía. En realidad, tres veces le pidió disculpas a Sloan por tener que molestarla preguntándole nombre y dirección y dónde había estado esa noche. Parecía uno de esos hombres aniñados reticentes e ingenuos más dispuestos a disculparse que a expresar su desacuerdo y que no reconocerían una mentira aunque se la presentaran con nombre y apellido. Sloan sospechaba que en realidad debía de ser el más sagaz de los dos detectives.

Como Paul le había dicho que se plantara en sus historias falsas, la mitad de lo que Sloan le dijo al detective Cagle había sido mentira pero, dadas las circunstancias, no era muy importante que ella fuera diseñadora de interiores de vacaciones o una policía en misión con el FBI: Edith Reynolds estaba muerta, de todas maneras. Si Sloan se hubiera quedado en la casa, Edith podría seguir con vida. El único frágil consuelo de Sloan, al que se aferró, era que su bisabuela no había sufrido.

-Señor Reynolds -comenzó a decir Flynn-, usted dijo que había llegado a su casa a eso de las once de la noche. Sloan vio que a Carter le tembló la mano cuando se apartó los cabellos de la frente. Estaba blanco de la impresión, y el corazón de Sloan se condolió un poquito por él. No habría sido muy fácil vivir con Edith, pero él estaba evidentemente muy impresionado por la muerte de su abuela. Asintió en respuesta a la pregunta de Flynn y se aclaró la garganta.

-Sí, así es. Jugué al póquer con un grupo de amigos hasta las once menos cuarto. Vine directo a casa, y el trayecto suele llevarme unos quince minutos. Estacioné el auto y me fui a la cama.

-Ahora piense con cuidado. Cuando llegó a la casa, ¿vio algún vehículo estacionado en la calle o notó algo sospechoso?

-Ya me preguntó eso .y he estado tratando de pensar. Me parece haber visto una camioneta blanca estacionada en la esquina.

-¿Qué le encontró de extraño a eso?

Librodot

-Sólo que esta semana ya había visto una camioneta igual. Flynn asintió e hizo una anotación en su libreta.

-Dijo que entró por el garaje. Hay cuatro entradas traseras en la casa... Se puede entrar en la cocina desde el garaje y se puede entrar en la cocina desde el jardín trasero. Las otras dos también dan al jardín trasero pero desde habitaciones diferentes. Después de haber estacionado en el garaje, ¿qué entrada utilizó?

Carter lo miró como si fuera un imbécil.

-Usé la puerta del garaje que da a la cocina, por supuesto. Sin inmutarse por la actitud de Carter, Flynn tomó nota en su libreta.

-¿Pasó por la habitación donde fue encontrada la víctima camino de su dormitorio u oyó ruidos provenientes de allí?

-No. Salí de la cocina, me dirigí a la escalera y subí.

-¿Era usual que la señora Reynolds estuviera sola en esa habitación, con la puerta cerrada, por las noches?

-No con la puerta cerrada, pero a ella le gustaba esa habitación de noche porque da al parque, y tiene un televisor con una pantalla grande. De noche no le gustaba el solárium porque tenía que encender muchas luces para estar cómoda. -Carter estaba sentado con los antebrazos sobre las rodillas y las manos entrelazadas, pero ahora puso la cabeza entre las manos como si no pudiera soportar el recuerdo de cómo había sido ella hacía apenas unas horas.

-¿Diría entonces que era usual que ella se sentara allí, con las cortinas descorridas?

Él asintió.

-¿De manera que, si alguien observaba la casa desde la playa, podía verla?

El levantó bruscamente la cabeza.

-¿Está sugiriendo que algún psicópata ha estado merodeando la casa, noche tras noche, esperando la oportunidad para asesinarla?

-Es posible. ¿Tenía la señora Reynolds algún tipo de incapacidad?

-Tenía noventa y cinco años. Eso ya es una incapacidad.

-Pero, ¿podía caminar?

Carter asintió.

-Estaba muy bien para su edad.

-¿Cómo estaba de la visión?

-Necesitaba anteojos muy gruesos para leer, pero eso era desde que yo tengo uso de razón.

-¿Tenía problemas auditivos?

Él tragó saliva.

-Sólo cuando le interesaba. ¿Por qué me pregunta todo esto?

-Es de práctica.

Flynn mentía, y Sloan lo sabía. Apenas Hocklin mencionó una ventana rota en el estudio, a ella le había empezado a sonar una alarma en la cabeza. Edith habría oído o visto algo que la habría alertado si alguien estaba intentando romper una ventana para entrar, y habría intentado escapar. Pero no había sido así. Cuando Sloan la encontró, estaba acostada boca abajo sobre el sofá. Por otro lado, Sloan sabía que Edith tenía las articulaciones rígidas y que a veces le llevaba mucho tiempo ponerse de pie. Tal vez lo había intentado y no lo había conseguido a tiempo. Fuera como fuese, Flynn ,y Cagle tenían que saber de sus limitaciones.

-La señora Reynolds tenía artritis -dijo Sloan, con cautela, atrapando instantáneamente la atención de Flynn y Cagle-. Sé que eso no es exactamente una incapacidad, pero a veces le dolía mucho y se le hacía especialmente difícil po$_n$erse de pie.

Librodot

-Me alegra que lo haya mencionado, señorita Reynolds -se apresuró a decir Hocklm-. Puede ser muy útil. Gracias.

Sloan miró a Paul, sentado frente a ella en un sofá con Noah, para ver cómo había reaccionado al hecho de que ella hubiera proporcionado una información que a los detectives no se les había ocurrido pedir. Paul miraba a Paris, con una expresión tan inescrutable como intensa.

Noah la miró y le dirigió una sonrisa de manso aliento y apoyo, y ella deseó con toda el alma poder apoyar la cabeza en su pecho y llorar. Era policía, y sin embargo no había podido evitar que un miembro de su propia familia fuera asesinado. Era policía, entrenada para notar cualquier cosa sospechosa, estuviera de servicio o no, y sin embargo posiblemente había pasado caminando a pocos metros del asesino de Edith al salir de la casa hacia la playa, y no había visto *nada.*

-Señorita Reynolds -dijo Flynn, mirando a Paris luego de repasar sus notas-. Usted dijo que esta tarde había tomado un remedio para el dolor de cabeza y que despertó a eso de las diez. ¿Sabe qué fue lo que la despertó?

-No. Había estado durmiendo horas, y probablemente se pasó el efecto de las pastillas.

-Después de despertar, ¿qué hizo?

-Ya se lo dije... Tenía ganas de tomar un poco de aire, y salí al balcón.

-¿Vio algo sospechoso?

-No, nada sospechoso.

-Eso fue muy cerca de la hora de la muerte y al parecer el asesino entró por una ventana del estudio. El balcón de su dormitorio no queda lejos.

-¡Lo sé! Pero no vi nada sospechoso.

-¿Nada en absoluto? ¿Nada en lo más mínimo sospechoso? -Todo lo que vi fue a Noah que salía de... -Se interrumpió, con una expresión de horror tal que casi hizo sentir culpable a Noah. -Noah, no quise...

El detective Cagle habló por primera vez. Con su expresión vacilante e insegura, dijo:

-Señor Maitland, no mencionó haber venido a la casa. Dijo que se había encontrado con la señorita Reynolds en la playa.

Noah pareció no preocuparse por el rumbo que, de manera súbita, había tomado el interrogatorio.

-Había empezado a atravesar el parque y estaba a medio camino de la casa cuando vi a una mujer caminando por la playa que podía ser Sloan, de manera que me detuve y esperé hasta estar seguro de que era ella; entonces volví a la playa. Que es, técnicamente, donde la encontré.

-¿Usted acostumbra venir aquí tarde por las noches sin llamar antes?

-Llamé, pero no me respondió nadie.

-¿A qué hora llamó?

-Quince minutos antes de decidir venir. El contestador recibió la llamada.

-Es cierto, así es -interpuso Gary Dishler con firmeza-. Nordstrom se acuesta temprano, porque se levanta muy temprano, así que yo recibo todas las llamadas después de las nueve y media. Oí sonar el teléfono cuando me estaba duchando, pero para cuando llegué al teléfono de mi habitación, el señor Maitland ya había cortado. Escuché el mensaje en el contestador para ver que no fuera una llamada urgente. El señor Maitland le había dejado un breve mensaje a la señorita Reynolds. Hizo una broma, dijo que él sabía que ella estaba aquí y que vendría a tirar piedritas contra la ventana del dormitorio de ella. Yo llamé a la habitación de la señorita Reynolds por el intercomunicador, pero ella no estaba. La llamé por el intercomunicador de la casa y no me respondió. Supuse que había salido.

-¿Usted fue a algún lado?

-Sí, antes de acostarme, un rato después, desconecté los rayos infrarrojos para que no se activaran con el resto del sistema de seguridad, automáticamente, después de la medianoche. -¿Por qué desconectó los rayos infrarrojos?

-Para que la señorita Reynolds o el señor Maitland pudieran atravesar el parque después de la medianoche si así lo deseaban, sin interrumpir los rayos infrarrojos y activar la alarma. Es muy sencillo desactivar los rayos, aunque tuve que repasar el manual de instrucciones cuando llegó la señorita Reynolds.

-¿Por qué?

-Porque a la señorita Reynolds le gusta correr por la playa temprano y salir a caminar tarde. El señor Reynolds y la señorita Paris no practican esas actividades.

Sloan siempre había tenido sentimientos ambivalentes con respecto a Dishler, de manera que se sorprendió cuando se enteró de que él se había tomado todas esas molestias para protegerlos, con tanta lealtad, tanto a ella como a Noah, de irás sospechas. Parecía que había percibido las dudas de los detectives sobre la llamada de Noah y el trasnochado paseo en la playa de Sloan y estaba decidido a dejar las cosas en claro.

-Nadie me lo ha preguntado, pero puedo corroborar que el señor Maitland no llegó a la casa porque yo había ido a abrir la ventana de mi dormitorio para que entrara un poco de aire y vi al señor Maitland cuando comenzaba a atravesar el parque de atrás, detenerse ,y dirigirse hacia la playa.

-¿Vio a la señorita Reynolds?

-No, no la vi. Me di cuenta de que el señor Maitland iba hacia el norte de la propiedad, no hacia el sur, donde está su casa. Sabiendo lo que sé ahora, supongo que la señorita Reynolds estaría volviendo desde el norte cuando él la vio, y atravesó la propiedad en esa dirección para salirle al encuentro.

Cagle pareció satisfecho, impresionado y profundamente apenado por molestar.

-No fue mi intención dar a entender que se sospecha de la señorita Reynolds o del señor Maitland. Sólo quería saber dónde estaban todos, y en qué lugar, porque así podremos descartarlos mañana cuando revisemos el terreno y la casa en busca de evidencias. No hace mucho que estoy en la policía. Considérenme una especie de aprendiz...

Le dirigió una mirada compungida a cada uno de los que estaban en la habitación, incluyendo al capitán Hocklin, se acomodó los anteojos sobre la nariz y trató de volverse invisible mientras el detective Flynn se hacía cargo.

-Casi hemos terminado por esta noche -dijo Flynn-. Señor Richardson, usted dijo que había estado el día afuera con unos negocios y que regresó a eso de las once.

-Así es.

-Tocó el timbre en el portón, habló con el señor Dishler por el intercomunicador y él le franqueó la entrada.

-Así es. -Gracias, señor.

-Correcto -agregó Dishler.

-Y gracias a usted, señor -dijo Flynn, contento.

-¿Señorita Reynolds? -dijo, mirando a Sloan-. ¿Le importaría repasar las últimas horas del día? Nos dijo que había cenado con la víctima. ¿Qué pasó después, por favor?

Sloan se llevó las manos a las sienes y se las restregó sin darse cuenta de que le había empezado a doler mucho la cabeza.

-Después de cenar, miré televisión con ella en la habitación donde la encontraron, hasta eso de las nueve y media, entonces decidí subir y escribir una carta. A la señora Reynolds le gustan mucho los programas de juegos, en especial *Jeopardy!* Y yo ya había visto tres con ella. No soportaba ni uno más. Ella es muy parcial con esos programas y no lo deja hablar a uno a menos que haya un comercial. Hacía horas

Librodot

que estaba sentada con ella y, cuando subí, decidí que tenía más ganas de caminar en lugar de sentarme otra vez a escribir una carta.

El detective Flynn se mostró muy comprensivo y solidario.

-Espero que no se culpe por haberla dejado sola. Si no lo hubiera hecho, es probable que el asesino la hubiera matado también a usted.

-Puede ser -dijo Sloan, sintiendo un acceso de furia con el monstruo que había hecho esto y con ella misma, que no había estado allí para impedirlo. De no haber estado tan obsesionada con Noah, esto podría no haber sucedido jamás.

Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral. Noah lo percibió y la ira le dio a su voz una nota de hielo cuando interpeló al capitán de policía.

-Ya ha tenido suficientes respuestas como para mantenerlos ocupados toda la noche -dijo, cortante-. Permita que estas personas descansen un poco.

Para alivio de Sloan, el capitán se puso de pie de inmediato, con aire culpable. Los detectives lo imitaron.

-Tiene razón, señor Maitland.

Carter se fue en seguida a la cama, y Paris se puso de pie para imitarlo. Parecía un fantasma, con la cara pálida y sin expresión, y un pañuelo apretado en el puño, pero no se había permitido desmoronarse frente a extraños. Sloan fue con ella hasta la puerta de la habitación, se detuvo, y vio que Paris comenzaba a perder el control.

-¿No te vas a acostar? -preguntó Paris, con voz ya temblorosa.

Parecía que le daba miedo quedarse sola, una reacción a todo lo sucedido que Sloan entendía por experiencia.

-En unos minutos -prometió Sloan-. Antes quiero hablar con Paul. Estaba pensando -agregó, con suavidad-, ¿te molestaría quedarte en mi habitación esta noche? La cama es inmensa y...

Paris asintió, aliviada, y Sloan la envolvió en un fuerte abrazo, tratando de imbuirle algo de su propia fuerza. Cuando Sloan giró para irse se encontró con su propia imagen en el espejo pero no quiso admitir que se veía casi tan desencajada como Paris ni que temblaba por dentro de pena y de agotamiento.

Pero Noah vio las señales y, una vez que Carter hubo salido de la habitación, hizo a un lado la simulación de ser un amigo de la familia. Ignorando a Paul, tomó a Sloan en sus brazos y le hizo apoyar la cabeza sobre su pecho.

-Ven a casa conmigo -dijo, en un susurro lleno de dolor-. Te cuidaremos. No te quedes aquí esta noche, querida.

Era la primera vez que le decía una palabra de cariño, y esa ternura tan intensa fue demasiado para Sloan. Estaba tan acostumbrada a cuidar a los demás, a ser la fuerza de los otros, que casi se echó a llorar al darse cuenta de que Noah estaba allí para ofrecerle su fuerza.

-No puedo -dijo, pero una lágrima le corrió por la mejilla. Él se la secó con un dedo, pero otra lágrima cayó. La ternura estaba consiguiendo lo que la adversidad no había conseguido... Sloan estaba a punto de perder el control de sí misma. -Voy a estar bien -dijo, zafándose de su abrazo y secándose los ojos, impaciente. Vio a Paul observándolos y por un momento lo vio tan furioso que quedó paralizada, pero en seguida se concentró en Noah. -En serio, voy a estar bien -dijo, con una sonrisa falsa y, como él seguía dudando, enganchó el brazo de él con el suyo y lo llevó hasta la puerta trasera.

Capítulo 36

Como Sloan esperaba, Paul ya se había ido a su habitación, donde podrían hablar en privado. Había dejado la puerta apenas abierta y ella entró y la cerró a sus espaldas.

Él estaba de pie frente a la ventana, con un trago en la mano, observando a Noah, que cruzaba el parque en camino a su casa.

-Ha sido una noche de mierda -dijo, furioso. Cerró la ventana y se volvió. A excepción de la ira que ella había notado cuando Noah se iba, durante toda la noche Paul había representado el papel de un vendedor de seguros bien educado e impresionado, pero ahora se lo veía tan furioso como se lo oía. Le señaló un par de sillones con escabel cerca de la cama. -¿Qué diablos hay entre tú y Maitland? -preguntó.

No era asunto suyo, pero Sloan se sorprendió demasiado como para ofenderse. Por otro lado, no se creía en la obligación de darle ningún detalle.

-¿Qué piensas tú que hay? -preguntó, con suavidad, sentándose frente a él.

-A juzgar por lo que observé durante toda la semana pasada -dijo, sarcástico-, diría que probablemente están viviendo un romance. Pero es más que eso, ¿no? Vi la escenita antes de que se fuera, y vi cómo lo mirabas hoy.

-¿Y qué? -preguntó Sloan a la defensiva. Él apretó la mandíbula.

-¿Cómo puedes ser tan inteligente en todas las demás cosas y tan estúpida en lo que a él respecta? Según tus propias palabras, tiene un arsenal en un barco y una considerable provisión de armas de fuego en el velero.

-¡Los que tienen botes siempre llevan armas a bordo! No las vende ni trafica con ellas. Hay puertos en todo el planeta que no son del todo seguros. ¡Noah protege su vida, su tripulación y su propiedad!

-¿Con una ametralladora? -se burló Paul, enojado-. ¿Con un cuarto lleno de armas automáticas? A mí me suena como si hubiera algún tipo de carga que necesita proteger.

-Ese comentario sobre la carga es ridículo, y ya te dije que la ametralladora la había confiscado. Lo que es más, nunca dije que esas armas fueran automáticas.

-¡No podías saberlo porque nunca te acercaste lo suficiente como para poder averiguarlo!

-No tenía idea de que te preocupara eso -dijo Sloan, tratando de no perder el control-. Si te tranquiliza, le pediré a Noah que vuelva a mostrármelas.

-No. No lo hagas. ¡Deja ese tema tranquilo! Lo único que quiero es que no te involucres emocionalmente con ese hombre. No me importa si te acostaste con él o no: los dos son adultos. Por otro lado, basándome en tu historia pasada, tuve la idiota impresión de que eso no sucedería. ¡En Bell Harbor no te acostabas con cualquiera!

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Sloan, llena de ira.

-¿Cómo lo sé? -repitió él con sarcasmo-. ¡Sé hasta cuándo te salió el primer diente! ¿Cómo mierda piensas que lo sé? -Se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en las rodillas y miró su bebida mientras hacía girar el vaso entre las manos. Cuando volvió a hablar, parecía más cansado y preocupado que enojado. -¿Qué tan involucrada estás con Maitland? Quiero decir, emocionalmente.

Hizo la pregunta con una preocupación casi paternal, y Sloan respondió con firmeza pero sin rencor.

-No es asunto tuyo.

El llegó por sí solo a la conclusión correcta, y sus labios dibujaron una media sonrisa sardónica mientras seguía mirando el vaso y ponía su conclusión en palabras.

-Parece que muy involucrada...

-¿Paul?

El la miró.

-¿Por qué estamos hablando de Noah cuando alguien en esta casa ha sido asesinado? ¿No hubo nada en esa reunión en la sala que te resultara muy extraño?

Para su alivio, él no insistió en seguir hablando de Noah.

-No lo sé. Supongo que estaba pensando en otra cosa. ¿A qué te refieres, específicamente?

-Dijeron que se supone que el asesino rompió una ventana en el estudio y entró por allí. No tiene sentido. Las cortinas estaban descorridas y ella estaba a la vista de cualquiera, mirando televisión. Aunque ella no hubiera alcanzado a ver a nadie, habría oído cuando rompieron el vidrio de la ventana.

-Tal vez no, si el ladrón tuvo cuidado y si el volumen del televisor estaba lo suficientemente alto.

-Pero, ¿por qué un ladrón iba a arriesgarse de esa manera cuando podría haber entrado por cualquiera de los otros cuartos? ¿Y por qué ella no lo vio cuando entraba y no trató de escapar?

-Su vista no era muy buena y las ventanas estaban hacia su izquierda. Si estaba concentrada en el televisor, puede que no lo haya visto hasta que fue demasiado tarde.

-¡Su vista no era buena, pero estaba lejos de ser ciega! La encontraron en el sofá, lo que significa que el ladrón tuvo que romper la ventana, abrirla, entrar, acercarse a ella y dispararle antes de que ella lo viera. Eso -terminó Sloan, significativamente-, o ella no consideró que debía temerle a la persona que le disparó.

-El forense podrá decirnos quién estaba dónde cuando sucedió.

Sloan tuvo la sensación de que él seguía preocupado por Noah por alguna razón, y se sintió frustrada hasta el punto de enojarse o tener ganas de llorar.

-¿No te das cuenta de adónde apunto con esto?

-Sí, claro que me doy cuenta -dijo él con un sombrío suspiro-. Salvo por el detalle de la ventana rota, apunta a un trabajo desde adentro.

-Tarde o temprano, Flynn y Cagle van a investigar mis antecedentes. Estoy segura de que a ti no te descubrirán, pero no van a tener que mirar dos veces para enterarse de que yo no soy diseñadora de interiores en Bell Harbor.

-Tengo esperanzas de que lo hagan más tarde que temprano. Después de todo, eres un sospechoso improbable. ¿Por qué entrar por la ventana en una casa de la que tienes llave? -Para hacerlo parecer como un trabajo de afuera –dijo Sloan, cansada. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. -Andy Cagle es perspicaz. Me hará investigar aunque sea para descartarme. Tendría que decirles la verdad, para que puedan eliminarme como sospechosa y concentrarse en las posibilidades reales. Creo que tendría que hablar con ellos a primera hora de la mañana.

-No -dijo él, cortante-. Hay demasiadas posibilidades de que Carter se entere. Necesito treinta y seis horas. Dentro de treinta y seis horas no importará.

Sloan abrió los ojos y lo miró.

-¿Qué va a pasar dentro de treinta y seis horas?

Él volvió a mirar la bebida con el entrecejo fruncido, haciendo girar el vaso entre las manos.

-No puedo decírtelo.

-Me estoy cansando de todo esto...

-Créeme -dijo él-. Quisiera decírtelo, te lo habría dicho a esta altura de las cosas, pero no puedo. No después de lo que pasó esta noche.

Sloan pensó que se refería al asesinato de Edith. No encontraba la menor conexión, pero era obvio que él no iba a darle ni una palabra de pista.

-¿Tienes alguna sospecha de quién pudo haber hecho lo de esta noche, o es otro "secreto" que consideras que tienes que guardar? -preguntó, con amargura.

Para sorpresa suya, él le dio una respuesta completa. -Eso depende. Si Flynn o Cagle tienen algo sustancial que apunte a un robo con ayuda, yo comenzaría por las mucamas locales, no por el personal regular que vive en la casa. Reynolds comentó más de una vez que hace años que están con la familia. De cualquier modo, haya sido quien haya sido el asesino, usó un arma de nueve milímetros, porque vi la cápsula en el suelo, y además no era un profesional.

-¿Dices porque se arriesgó tanto entrando por el estudio... Si es que entró por el estudio?

-No, porque pasó por alto algunas cosas que un profesional no habría olvidado. Mientras tú estabas afuera tratando de rastrearlo, yo estaba en el estudio con Paris. El asesino le sacó a Edith el anillo de diamantes que siempre usaba, pero no vio un carísimo broche de diamantes ni el anillo que llevaba en la otra mano. Ésa es otra razón por la cual Cagle y Flynn te descartarán como sospechosa. ¿Para qué ibas a simular una irrupción en la casa, matarla y luego dejar las joyas?

Como Sloan no encontró ninguna respuesta, él dijo:

-A propósito, ¿qué te llevó a buscar en el frente de la casa. y no en el fondo?

-Yo acababa de entrar por la parte de atrás con Noah y no había visto a nadie, ni en el parque ni en la playa. Sabía que el frente era difícil, pero tuve que intentarlo.

El cansancio se estaba apoderando de Sloan en oleadas, y las lágrimas que había estado luchando por contener amenazaban con escapársele de los ojos. Pensó en el cuerpo de Edith

en el sofá, con los cabellos tan bien arreglados, el vestido cubriéndole modestamente las rodillas. Alguien le había robado la vida y las joyas, pero, incluso en la muerte, mantenía su dignidad. Sloan exhaló un suspiro hondo y tembloroso y se secó una lágrima.

-No puedo creer que esté muerta.

-Mañana caerás en la cuenta -dijo Paul con la certeza filosófica de quien ha vivido la experiencia en carne propia y la ha visto muchas veces-. Vamos a dormir un poco. Te va a hacer falta, y a mí también.

Sloan no se había dado cuenta hasta entonces de lo cansado que se lo veía. Él había dicho que había estado "distraído", pero ella tenía la clara impresión de que estaba preocupado. Muy preocupado. Siempre parecía tan seguro de sí mismo y tan decidido que era difícil imaginarlo de otra manera.

-Hasta mañana -dijo ella.

En su dormitorio, Sloan se quitó la ropa y se puso una vieja remera que Sara no había sacado de la valija. Con cuidado de no molestar a Paris, se metió en la cama y se sumió inmediatamente en un sueño agitado.

Capítulo 37

La llamada que Dennis Flynn esperaba llegó a las 10:30, mientras él estaba encaramado en su silla frente a la computadora, mirando los bancos de datos del Centro Regional de Información sobre el Crimen Organizado, en Nashville, que respondía a su última pregunta con otro informe en blanco. Ya había incluido todos los otros nombres de su lista de familia, amigos y empleados de la residencia Reynolds.

Sentado al escritorio frente al suyo, Andy Cagle hizo girar la silla .y se acomodó los anteojos sobre el puente de la nariz. Ya había interrogado antes a las mucamas que faltaba y había terminado de escribir su informe.

-¿Te apareció algo interesante?

-Nada -dijo Flynn-. Cero. Vacío. Según el Centro de Información, la casa de los Reynolds es una gran reserva de ciudadanos respetuosos de la ley.

El teléfono que había sobre su escritorio sonó, él levantó el auricular y se incorporó al oír la voz del otro lado de la línea.

-Cuéntame algo bueno-le dijo al teniente a cargo del equipo de investigación en la casa de Reynolds-. ¿Qué tienes?

-Tenemos un robo que no fue robo.

-¿Qué quieres decir?

-Que al parecer no falta nada, a excepción de los anillos de boda de la anciana, lo que ya sabíamos anoche.

Flynn frunció el entrecejo.

-¿Estás seguro?

-Hemos recorrido todas las habitaciones con el mayordomo, el asistente, el ama de llaves y Paris Reynolds. Ninguno ha visto nada que se hayan llevado o hayan movido, excepto en el estudio.

-No me digas.

-Seguimos buscando, pero hasta el momento así es. -Eso es malo -dijo Flynn, mirando al capitán Hocklin que se paseaba en su oficina-. La prensa ha inundado el lugar como un enjambre de avispas y no paran de llegar más. La CNN acampó en la puerta, el *Enquirer* está intentando entrar por la ventana del baño de hombres, y la NBC busca un lugar para estacionar. Hocklin ha recibido llamadas del intendente y tres senadores exigiendo un arresto inmediato, no ha pegado un ojo y está un poco chiflado. Pórtate como un héroe y dame algo para decirle y sacármelo de encima.

-Está bien -dijo el teniente Fineman-. Prueba con esto: la ventana del estudio fue rota desde adentro.

-Eso nos lo imaginamos anoche.

-Sí, pero ahora estamos seguros. Además, descartamos el muro del frente como ruta de escape. Los canteros de flores están intactos, no hay huellas. ¿Qué hay del forense?

-No mucho. Hora de la muerte: aproximadamente las diez. Basándose en el ángulo de entrada, le dispararon desde una distancia de casi un metro. Estaba sentada en el sofá, y el atacante estaba de pie. Es todo lo que tenemos. Manténte en contacto.

Flynn colgó y miró a Cagle.

-No falta nada en la casa -dijo, y su máscara de alegría desapareció. Se puso la mano en la nuca y se masajeó los músculos tensos. -¿Qué hacemos ahora?

-Ahora dejamos de buscar un ladrón de mal carácter y nos ponemos a buscar a alguien que estaba en esa casa anoche y que tenía un motivo para asesinarla. Verifiqué con los vecinos a ambos lados de la casa Reynolds y tienen rayos infrarrojos que estaban activados anoche a eso de las diez, de modo que el asesino no escaló el muro por los costados de la propiedad. No se fue por atrás, o Maitland o Sloan Reynolds lo habrían visto. Flynn suspiró.

-No se fue por el muro del frente, porque Fineman acaba de decirme que no hay huellas en los canteros por ese lado.

-Lo que significa que nuestro hombre..., o nuestra mujer..., estuvo muy probablemente todo el tiempo allí, anoche, charlando con nosotros.

Flynn se hamacó en la silla, absorto, y de pronto se inclinó Hacia delante y tomó un lápiz.

-Bien, revisemos la lista de nombres, uno por uno, motivos y posibilidades. Todos tuvieron la oportunidad. Espera... -dijo.-. Ahora que sabemos que no buscamos a un profesional, démosle una copia de la lista a Hank Little y que él se dedique a corroborarlos con la TBD.

-Me tomé la libertad de hacerlo temprano -respondió Cagle con una sonrisa de modestia.

El acceso a los bancos de datos del Centro de Información estaba limitado a las instituciones policiales. Era gratis y estaba a disposición de todo el personal del Departamento de policía de Palm Beach en sus computadoras. Por otro lado, costaba un dólar el minuto consultar los gigantescos bancos de datos de Tecnologías de Bases de Datos en Pompano Beach, y el acceso estaba disponible a una gran variedad de usuarios legítimos, desde compañías de seguros hasta organizaciones de crédito. En todo el país, los departamentos de policía utilizaban sus servicios, pero cuando entraban en la línea su acceso quedaba amparado para evitar que cualquier otra persona pudiera saber quién estaba investigando a quién.

-Seguramente en unos minutos Hank vendrá con un carrito lleno de legajos -bromeó Cagle, refiriéndose al enorme caudal de información que el TBD generaba hasta sobre el ciudadano menos interesante.

-Muy bien -respondió Flynn-. Vamos a buscar café y a empezar con la lista.

Al ser el miembro más joven del dúo, Cagle aceptaba que ir a buscar café era parte de sus obligaciones. Volvió con dos tazas de café negro y fuerte y las puso sobre el escritorio de Flynn, luego hizo girar su silla para que pudieran trabajar juntos.

-Si la intención fue el asesinato, creo que en principio podemos descartar al mayordomo, al ama de llaves y al cuidador -dijo Flynn.

-¿Por qué? Yo tuve la impresión durante los interrogatorios que la anciana era bastante avinagrada.

El otro sonrió.

-Si era tan desagradable, la cocinera o uno de los otros la habría ayudado a morirse mucho antes. Hace años que la soportaban. -Pasó una línea tachando los cuatro nombres. -¿Las mucamas que interrogaste esta mañana te dieron alguna razón para suponer que arriesgarían ir presas por asesinarla?

Cagle negó sacudiendo la cabeza, luego bebió un sorbo hirviente de café mientras Flynn tachaba otros dos nombres.

-¿Y qué te parece Dishler? -preguntó Flynn.

-No creo. Hace años que trabaja con Reynolds y es obviamente leal. Se apresuró a confirmar la historia de Maitland. Me parece muy improbable.

-Estoy de acuerdo, pero investiguémoslo -dijo Flynn-. ¿Y Maitland?

-¿Cuál sería su motivo?

Flynn hizo girar el lápiz entre los dedos.

-No me gusta.

-Entonces, ¿por qué estamos perdiendo el tiempo? Consigamos una orden de arresto -dijo Cagle, secamente. Como Flynn seguía mirando su lápiz, pensativo, a Cagle le dio curiosidad. -¿Por qué no te gusta?

-Tuve un encontronazo con él hace un año cuando traté de interrogar a su hermana menor sobre algunos amigos suyos que nosotros sabíamos que estaban consiguiendo droga en algún lugar.

-¿Y?

-Y tiene un carácter de mierda. Es arrogante, y sus abogados son una jauría de dobermans. Lo sé porque nos los largó después de un episodio insignificante como ése.

-Omitamos la orden de arresto .y metámoslo en la cárcel -dijo Cagle, muy serio.

Flynn lo ignoró.

-Su hermana menor es una malcriada. Todo el tiempo me decía "Sherlock".

-Qué caramba, metámosla a ella también en la cárcel junto con él. -Como Flynn lo miró con cara de pocos amigos, Cagle le dijo, con suavidad. -¿Qué tal si pasamos a alguien más probable?

-Casi no queda nadie. -Miró la lista. -¿París Reynolds? Cagle asintió, pensativo.

-Posible.

-¿Por qué? -preguntó Flynn-. Dame un motivo. -Cuando le pregunté a Carter Reynolds sobre el testamento de su abuela, me dijo que él y Paris eran los únicos beneficiarios.

Flynn lanzó una risita sin alegría.

-¿Estás sugiriendo que alguno de los dos tiene una necesidad urgente de dinero?

-Tal vez Paris se cansó de esperar su parte. Tal vez quiera ser independiente de su papito.

Pero Edith Reynolds ya tenía noventa y cinco años. No podía vivir mucho tiempo más.

-Lo sé pero no taches a Paris de la lista todavía.

-Muy bien, no la tacharé. ¿Y el tipo de seguros..., Richardson?

-Sí, claro -dijo Cagle con un bufido-. Viene de visita con su novia, que no heredará nada, según Reynolds, y que, Por consiguiente, no gana nada con la muerte de Edith

Reynolds. No sólo eso, sino que además lo hace por control remoto porque, según Dishler, Richardson no volvió hasta eso de las once.

-Tienes razón -dijo Flynn-. Estoy más cansado de lo que creía. Me olvidé de su coartada. -Tachó a Paul Richardson. -¿Y Carter Reynolds? Dijo que no había regresado a su casa hasta las once, y Dishler lo confirmó, pero Dishler podría mentir para salvar a su empleador.

Cagle asintió.

-Dishler podría, pero no creo que el senador Meade lo haría. Fue una de las personas que llamó esta mañana para exigir el inmediato arresto de alguien.

-¿Y?

-Y, según el capitán Hocklm, durante su perorata el senador mencionó que había estado jugando a las cartas con el pobre Carter anoche mientras se estaba perpetrando el asesinato. -¿Cómo sabía él a qué hora se perpetró el asesinato? -Está en todas las noticias.

-Cierto -dijo Flynn, con un suspiro-. Además, Reynolds no tiene motivo. Ha soportado a su abuela casi sesenta años, y no necesita dinero.

-Además de eso, me parece difícil creer que su reacción de anoche haya sido falsa. No sólo estaba dolorido, sino que había quedado blanco como la tiza de la impresión.

-Me di cuenta. -Flynn tachó el nombre de Carter Reynolds. -Eso nos deja a Sloan Reynolds.

Cagle se iluminó.

-Bien, esa. sí que es una situación interesante. Nunca antes había visto a ninguno de ellos, nunca había tenido nada que ver con ellos, y de pronto uno de la familia aparece muerto.

-Lo sé, pero esa no sería una buena manera para ella de congraciarse con su nueva familia rica.

Cagle se resistía a tachar su nombre con una excusa tan frágil.

-Estaba allí, tuvo la oportunidad.

-¿Cuál es su motivo?

-¿Venganza por haber sido dejada de lado durante todos estos años?

-No. Habría tenido más sentido mantener viva a la bisabuela y tratar de congraciarse con la anciana. Sloan no era heredera pero, si la bisabuela hubiera vivido un poquito más, podría haberla convencido de incluirla en un pedacito de la torta. Así como están las cosas, no le toca nada.

-Nada más que la venganza -le recordó Cagle.

-¿Cuál es tu problema con Sloan Reynolds? ¯preguntó Flynn, pero, a pesar del ligero sarcasmo que tiñó su tono, no descartaba las corazonadas de Cagle. El muchacho era una maravilla con las corazonadas, observador como el diablo, y perseguía todas pistas potenciales por mucho esfuerzo que le demandara. -Empezaste a porfiar con que ella era sospechosa desde que dejamos la casa, cuando todavía creíamos que el motivo era el robo. Ahora es asesinato y tú sigues obsesionado con ella.

-Entre otras cosas, la hora de su partida y de su regreso son altamente convenientes. Además, no pude evitar darme cuenta de la facilidad con que nos contó que, si bien no era discapacitada, Edith Reynolds no podía moverse con rapidez. Tuve la impresión de que ella sabía que apuntábamos a que el asesino fuera alguien conocido de la víctima porque, evidentemente, Edith Reynolds no había intentado escapar.

Flynn pensó y asintió.

-Acepto eso, pero ella no tiene para nada el perfil del asesino con premeditación. Una persona tiene que desear la venganza más que nada en la vida para juntar el coraje necesario para conseguir un arma, planear todo, y luego apuntar con esa arma a una anciana desvalida y dispararle. Además, si quería vengarse por haber sido abandonada tantos años, ¿por qué no matar a papito?

Librodot

Cagle tamborileó con los dedos sobre el escritorio, hizo una pausa para acomodarse los anteojos y miró a Hank, que estaba en un apartado de paredes de vidrio, enganchado a la TBD. -

-¡Eh, Hank! -llamó. ¿Cuánto te falta?

-No mucho.

-¿Sabes lo que pienso? -preguntó Cagle.

-Esa pregunta es una burla. Yo nunca sé qué piensas ni por qué, lo piensas.

Cagle ignoró la broma.

-Hay sólo un detalle significativo que no hemos verificado. ¿Tienes el nombre del abogado de Edith Reynolds... El que, según Reynolds, preparó el testamento?

Flynn tomó su libreta y comenzó a pasar página tras página de notas.

-Wilson -dijo por fin.

-Vayamos a tener una conversación personal con el señor Wilson -dijo Cagle, poniéndose de pie y desperezándose-. El ejercicio nos va a hacer bien... Nos ayudará a fortalecernos para poder revisar los informes.

Capítulo 38

Paul estaba sentado junto a la piscina, observando al equipo de criminalística que registraba palmo a palmo los arbustos en la parte de atrás de la casa.

-Están buscando un arma -le dijo a Sloan cuando ésta se sentó al borde de una silla junto a él.

Sloan asintió, distraída, y se sacó el pelo de la frente.

-Gary Dishler te estaba buscando -agregó él-. Maitland llamó dos veces por teléfono y quiere que lo llames... Inmediatamente. El equipo de criminalística no le permite pasar la línea.

-Gary me dijo. Voy a ir en un ratito, pero primero quería hablar contigo.

Paul percibió la tensión en la voz de ella, vio lo pálida que estaba, y se sintió más culpable en ese momento de lo que se había sentido en años. Esta mujer estaba sufriendo, y él le

haría las cosas mucho peores. Sintió un loco deseo de sentarse junto a ella, levantarle la cabeza con un dedo en el mentón y pedirle perdón por anticipado. *"Perdóname. Tú no te merecías esto. Me he sentido tan orgulloso de ti en tantas ocasiones. Creo que eres maravillosa. "*

-¿Qué pasa? -preguntó, en cambio.

-No me despegué de Paris y del teniente Fineman, ,y además estuve escuchando lo que he podido sin que me vieran. No falta nada, Paul. Nadie entró en la casa y no robaron nada excepto el anillo de diamantes. Vi al equipo de criminalística recoger el vidrio de la ventana rota. Casi todo estiba afuera, entre los arbustos, no adentro. Alguien quiso asesinarla. Creo

que quisieron hacerlo pasar por un robo fracasado. Y creo que el asesino era alguien que vive en la casa. Alguien a quien ella conocía.

El la escuchaba con atención, pero su atención pasó a Paris cuando ésta apareció con una bandeja con gaseosas.

-Estoy de acuerdo.

-Yo seré la principal sospechosa.

La mirada de Paul volvió como un rayo hacia ella.

-¿Tú? ¿Por qué tú?

-Porque soy la hija perdida. Vengo aquí por primera vez. Asesinan a Edith y el anillo desaparece.

-¿Un asesinato por represalia? Si fueras a hacer eso te la agarrarías con el viejo Carter, que fue el que te abandonó, o incluso con Paris, porque ella lo ha tenido todo durante todos estos años, y tú no has tenido nada.

En cierto sentido, Sloan sabía que él tenía razón, y se sintió mucho mejor.

Paul siguió mirando a Paris, que se detenía ante cada uno de los del equipo de criminalística y, con toda cortesía, le ofrecía algo fresco para beber, luego volvió a centrar toda su atención en Sloan e intentó tranquilizarla con una sonrisa.

-Ahora bien, si fueras beneficiaria del testamento de Edith, sería otra historia.

Sloan sonrió con el recuerdo.

-Ella quería incluirme en el testamento. Me llamó al solárium y trató de darme algunas joyas de la herencia, y después se puso a hablar de cambiar el testamento. Yo me negué a hablar del tema.

Paul se le borró la sonrisa de golpe.

-¿Le mencionaste algo de esa conversación a Paris?

-No lo creo... Sí, se lo conté. Se lo conté mientras almorzábamos, ese mismo día.

A él se le tensó la mandíbula. Volvió la cabeza hacia Paris y la observó con intensidad. La maldición fue en voz baja y furiosa.

-¡Hija de puta!

-No puedes estar pensando lo que yo creo -se burló Sloan. Él pareció no oírla, era como si cada fibra de su ser estuviera concentrada en la escena que observaba.

-¡Hija de puta!

-¡Estás diciendo ridiculeces! -dijo Sloan. Lo tomó del brazo para llamarle la atención, y él apartó la mirada de Paris.

-¿Te parece? -se mofó él, cortante-. Deja de jugar el papel de tonta y ciega con tu hermana, Sloan. Abre los ojos. Ésta es la realidad: en primer lugar, tu hermana no quería que vinieras aquí. Nunca tuve el coraje de decírtelo, pero lo supe por nuestro informante.

Sloan ignoró el comentario.

-Lo sé. Me lo dijo Edith. Durante toda su vida, le hicieron creer a Paris que mi madre y yo éramos una especie de basura... O peor. Claro que no quería que yo viniese, pero todo cambió cuando nos conocimos.

-Correcto -se burló él-. A Paris le llevó menos de un día revertir los sentimientos de toda una vida. En un día, se convirtió en tu amantísima hermana mayor. ¿No te parece demasiado "bonito"?

-¡No! ¡No me parece!

-Entonces piensa en lo siguiente. Durante treinta años Paris ha sido una esclava emocional de su padre y de su bisabuela pero llegas tú y, en menos de una semana, la bisabuela comienza a colmarte con ese afecto tan particular suyo y luego quiere que recibas algo de la parte de Paris de su dinero. No sólo le has robado a Paris el amor y el dinero de la bisabuela; también le robaste al hombre con quien se suponía que iba a casarse. Y, después de todo eso, ¿no crees que Paris te odie? Y ya que hablamos del tema, ¿no te parece algo extraño que el pasatiempo de Paris, tan "dulce, gentil y tímida", sea piloteahelicópteros?

Librodot

-Tú no la entiendes...

-Tú tampoco -la cortó él-. Se necesitaría un equipo de psicólogos para entenderla, y a mí me daría miedo leer el informe que prepararan.

Atónita, Sloan lo miró. -La odias, ¿no?

-¿Odiarla? -Rió con una risa tensa. -La mitad de las veces me aterra.

-Dios mío, creo que está algo enamorada de ti, y tú la consideras una especie de monstruo.

-Es un monstruo o una santa, y yo no creo en los santos. Eso nos deja sólo la posibilidad del monstruo.

Sloan sacudió la cabeza, completamente estupefacta y muy triste.

-Yo pensé que te gustaba. En serio lo pensé. -Sloan no podía dejar de mirarlo, buscando en su rostro algún tipo de pista de lo que era este hombre en realidad. -Yo sé que esta misión para ti es trabajo, pero a veces te he sorprendido mirando a Paris con una sonrisa extraña... Casi tierna.

-Es fácil mirarla -dijo él, con amargura-. Mirarla... -Inclinó la cabeza hacia Paris, que charlaba con uno de los hombres. -Es hermosa, graciosa, bien educada. Un poco tímida, hasta que uno llega a conocerla, y entonces florece delante de tus ojos, y uno se convence de ser la razón.

Sloan estaba más y más perpleja. No se había equivocado con respecto a la atracción que Paul sentía por Paris. Él se sentía muy atraído... Y por completo en contra de su voluntad. A Sloan la situación le pareció alentadora y divertida.

-Dime una cosa -dijo-. Si Paris fuera todas las cosas buenas que tú crees y ninguna de las malas, ninguna de esas cosas perversas que también crees que es, ¿cómo la describirías?

Los ojos de Paul se elevaron por un segundo, sin quererlo, al objeto de la conversación, que en ese momento volvía a entrar en la casa.

-La describiría como un milagro.

Sloan se puso de pie, disimulando una sonrisa.

-A mí eso me sirve.

Él se encogió de hombros.

-Por desgracia, no creo en los milagros.

Sloan se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón y miró al hombre sentado en la silla.

-Ella es idéntica a mi madre: son como pequeños sauces. Parecen frágiles y se doblan con la brisa, pero no se los puede quebrar. No te dejan. De alguna manera siempre encuentran una razón, una manera, para seguir creciendo. Uno empieza creyendo que son débiles y que necesitan protección, y es cierto. Pero, mientras uno las protege a ellas, ellas la están protegiendo a una. Mi madre me engañó toda la vida, y hasta ahora no había conocido a nadie como ella. Pero mi hermana Paris es igual a ella.

Paul la miró fijo, pensando si decirle la verdad o no, y decidió hacerlo.

-Te equivocas, Sloan -dijo, con voz queda-. Ésa no es Paris. Ésa eres tú.

Se levantó y se fue, dejándola mirándolo, atónita.

-¿Señor Richardson? -Paul se volvió al oír la voz del mayordomo. -Tiene una llamada urgente de su oficina. Paul fue rápido a su habitación y tomó el teléfono. Era la llamada que había estado esperando, y la noticia no era sólo buena sino que además llegaba un día antes de lo esperado.

-Paul -dijo el otro agente, usando términos que serían significativos sólo para Paul y transmitiéndole la noticia de que un juez federal acababa de firmar una orden de cateo que autorizaba al FBI a registrar los barcos de Maitland-. Lamento molestarte en

tus vacaciones, pero tenemos buenas noticias. El cliente firmó el contrato. Lo tengo en la mano. ¿Quieres esperar a mañana para endosarlo? ¿O te lo llevo hoy mismo?

-Hoy. Definitivamente hoy. Los Reynolds no me van a extrañar ni se van a molestar si me voy, porque ha habido una muerte en la familia.

-Me enteré. Qué lamentable. -El hombre hizo una pausa apropiada para que sonara que le importaba, luego le preguntó a Paul si quería sólo al FBI cuando abordaran los barcos ese día o si quería también la participación de la Prefectura Marítima y/o del Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego. -Hay un par de detalles sobre la política grupal que yo no tenía muy claros. ¿Quieres una cláusula de exclusión para fumadores?

-No, no los excluyas.

-¿Y cobertura por muerte por accidente?

-Inclúyelo también. Así será un paquete sólido. Que no queden cabos sueltos, pase lo que pase. ¿Cuándo podrás tener todo listo?

-Seguimos adelante con los planes con la esperanza de que el cliente firmara el contrato. De manera que puedo tener todo listo en una o dos horas, si nos movemos rápido.

-Muévanse. Te esperaré en el sitio y te mostraré el lugar en persona. Cuanta más luz del día tengamos mejor será. Paul colgó y exhaló un suspiro de alivio.

Capítulo 39

En lugar de devolverle la llamada a Noah, Sloan fue a verlo. Tenía algo que decirle, y no quería hacerlo por teléfono. Courtney estaba yendo a un colegio privado de Palm Beach, de manera que fue Douglas quien la recibió, le dio un abrazo tranquilizador y le dijo cuánto lamentaba lo de Edith.

-Noah está arriba, en su oficina, y se alegrará mucho de verte. -Confidente, agregó: -Puedes interpretarlo como que está como un oso enjaulado porque no ha podido hablar contigo para saber cómo estabas.

Arriba, Sloan saludó a la señora Snowden, que ocupaba una oficinita al lado de la de Noah.

Noah hablaba por teléfono, absorto en la que parecía una llamada importante, pero levantó la mirada y vio a Sloan en la puerta.

-Hablamos más tarde -dijo y, sin ceremonias, le cortó a quienquiera que fuese la persona con la que estaba hablando. Dio la vuelta al escritorio y envolvió a Sloan en un fuerte abrazo. -Me moría de preocupación por ti. ¿Cómo estás, querida?

-Bien -susurró Sloan, apretando la mejilla contra la tranquilizadora fortaleza de su pecho.

Él la había llamado "querida", y la dulzura de la palabra combinada con la ternura de su voz era tan conmovedora que Sloan tuvo que esforzarse por contener un súbito impulso de llorar.

-¿Los policías encontraron algo importante?

-Lo que es importante es lo que no encontraron -dijo

Sloan, levantando sin ganas la cara de su pecho e inclinando la cabeza hacia atrás.

Noah percibió su palidez y la expresión atormentada de sus ojos violetas.

-Cuéntame mientras bajamos. Le pediré a Claudine que nos prepare algo de comer. Pareces un fantasma. Ojalá te hubieras quedado aquí anoche, te hubiéramos cuidado.

El concepto de que la cuidara alguien en realidad más capaz que ella era algo nuevo para Sloan, y, en su estado emocional, era tan conmovedor como que la llamara "querida".

Él le pasó la mano por la cintura y bajaron.

-Tengo algo que contarte, y quisiera hacerlo en privado, sin Douglas -dijo Sloan. Él asintió y la llevó a la sala, una zona imponente con un cielo raso altísimo, piso de mármol blanco y puertas ventana que daban al parque del frente, donde una fuente arrojaba agua sobre un pez vela de bronce tamaño natural. La casa de Noah era abierta, luminosa y mucho más hermosa, para Sloan, que la de Carter. -Anoche robaron muy poca cosa -comenzó a decir mientras él se sentaba junto a ella en el sofá, pero la primera prioridad de Noah era evidentemente cuidarla. Antes de que ella pudiera contarle nada más, él tomó el teléfono y marcó el botón del intercomunicador. Le pidió a Claudine que les sirviera el almuerzo en la sala, luego le dedicó toda su atención a Sloan. -Nadie entró en la casa -comenzó ella otra vez-. El que la mató quiso que pareciera que fue alguien de afuera, pero casi todo el vidrio roto estaba del lado de afuera, lo que significa que rompieron la ventana desde adentro. Lo único que falta hasta ahora es un anillo que Edith tenía puesto, pero no le quitaron el otro anillo ni un broche. El motivo no fue el robo, Noah, fue el asesinato.

Él frunció el entrecejo apenas, mientras trataba de imaginar por qué alguien podría querer matar a Edith.

-¿Estás segura?

-Tan segura como puede estarlo cualquiera sin una confesión del asesino.

-Es increíble. Ella casi no salía, no pudo haberse hecho de enemigos. ¿Quién podría querer matarla?

Sloan respiró hondo y lo miró directo a los ojos.

-Creo que la policía me pondrá en el primer lugar en su lista de sospechosos.

-¿A ti? -dijo él, riendo-. ¿A ti? -repitió-. ¿Por qué diablos iba a creer alguien que tú querías matarla o que eres capaz de violencia?

Sloan era totalmente capaz de manejar la violencia, pero no podía hablar de eso. En cambio, le explicó por qué la policía podría sospechar de ella. Noah escuchó en silencio, y su sonrisa se desvanecía lentamente a medida que ella hablaba. Sloan se dio cuenta, aliviada, de que él no era ingenuo con respecto al funcionamiento de la ley, ni intentó tampoco convencerla de que no tenía por qué preocuparse porque era inocente. En realidad, hizo algo que a ella la asombró.

Apenas ella terminó de hablar, él tomó el intercomunicador y le habló a la señora Snowden.

-Busque a Robbins, esté donde esté, y después comuníqueme con Kirsh. Está aquí en la ciudad, en el Windsor. Colgó y, en respuesta a la mirada curiosa de Sloan, dijo: -Robbins es mi jefe de seguridad, y Kirsh es uno de los mejores abogados criminalistas de Florida. Está alojado en mi hotel.

Sloan abrió muy grandes los ojos. -¿Kenneth Kirsh?

-El mismo -dijo él, con una sonrisa tranquilizadora.

La señora Snowden tuvo a Kirsh en la línea en menos de un minuto, y Noah levantó el auricular.

-Ken, te necesito aquí sin demora. -Apenas había terminado de hablar cuando la señora Snowden lo llamó otra vez por el intercomunicador para decirle que tenía a Robbins en la línea. Noah tomó el teléfono. -¿Dónde estás? Bien. Puedes llegar aquí en dos horas. -Escuchó durante un minuto. -Esto es más importante.

Kenneth Kirsh era un poco más bajo de lo que a Sloan le había parecido cuando lo había visto en programas nacionales de noticias hablando sobre el último asesino culpable a quien él había ayudado a escapar del castigo. En todos lados, para los policías, era un azote de Dios. En ese momento, para Sloan, era un encanto.

El escuchó con atención cuando ella le contó lo que sabía y lo qu$_e$ temía que podría suceder. No descartó la posibilidad de que Sloan fuera considerada una sospechosa importante pero, como Paul, hallaba tranquilizador el hecho de que Sloan no tendría ninguna ganancia financiera con la muerte de Edith Reynolds.

-¿Supongo que no ha sido condenada por ningún crimen violento en el pasado? -preguntó, medio en broma, y, cuando Sloan le dijo que no, sonrió y le dio su tarjeta-. Llámeme si la llaman para interrogarla. -Tendió la mano y estrechó la de Noah -Gracias por pensar en mí. Es un halago -dijo.

Sloan todavía estaba digiriendo el hecho de que el arrogante Kenneth Kirsh se sintiera halagado por una oportunidad de interrumpir sus vacaciones y presentarse en la casa de Noah cuando miró el reloj.

-Tengo que volver a la casa -le dijo a Noah-. No quiero dejar a Paris sola mucho tiempo. Carter se está ocupando de los trámites para el funeral, pero Paris está muy ocupada y parece a punto de desmoronarse.

-Quiero hacer un par de llamadas más para asegurarme de que estamos preparados para cualquier eventualidad, así que esta vez te dejo volver sola -dijo Noah, tomándola en sus brazos para besarla.

-Creo que podré hacerlo-dijo Sloan, tratando de bromear.

-Sí, pero a mí no me gusta -dijo Noah con una sonrisa sombría hacia su rostro, levantado hacia él-. Me gusta acompañarte a tu casa. Me gustaría llevarte los libros, también, y pasar tus apuntes después de clase.

Sloan lo miró confundida, y él volvió a besarla antes de explicar, con ternura:

-Me haces sentir un adolescente enamorado por primera vez.

¿Enamorado? Sloan escudriñó su rostro, y vio la ternura en sus ojos, la sonrisa que se dibujaba en sus labios firmes, y supo que él hablaba en serio. La sonrisa de él se acentuó bajo la mirada de ella, y ella se dio cuenta de que él le estaba di*ciendo* que hablaba en serio.

Capítulo 40

-Ha de ser una emergencia de verdad para que me saques del trabajo en Atlanta -dijo Jack Robbins mientras cerraba la puerta de la oficina de Noah, dos horas más tarde-. ¿Qué pasa?

Noah miró al hombre robusto y enérgico a cargo de la seguridad de todas las empresas de Noah en el mundo entero. Como muchos de los hombres que manejaban la seguridad de clientes de perfil alto, Robbins era un ex agente del FBI. Tenía cincuenta años y la imagen de un hombre de negocios agradable, en buen estado físico y de buen carácter. Debajo de esa imagen era un hombre tenaz, duro e infatigable. Noah lo consideraba uno de sus grandes aciertos comerciales. Además, era el único empleado a quien Noah permitía que fuera también su amigo.

-No estoy seguro de lo que pasa -respondió Noah, reclinándose en la silla-. Probablemente no sea nada, pero quiero estar seguro de que siga siendo "nada". ¿Sabes que anoche asesinaron a Edith Reynolds?

-Salió en todos los noticiarios pero lo que yo oí es que se trató de un robo que falló.

-Yo no creo que fuera así. -Noah le contó quién era Sloan Y luego le transmitió la información que le había dado ella. Cuando terminó, dijo: -Van a buscar a alguien para endilgarle esto, alguien que tuviera acceso a la casa o que estuviera cerca en el momento del crimen.

Robbins frunció el entrecejo, confundido.

-¿No creerás que te puedan considerar seriamente como sospechoso?

-No me importaria un bledo. tampoco.

-Entonces, ¿qué hago yo aquí?

-No quiero que consideren sospechosa a Sloan.

Robbins estudió a su empleador en silencio durante un buen rato y luego comenzó a esbozar una sonrisa mordaz.

-¿Conque ésas tenemos?

Esperaba que Noah lo negara o que ignorara el comentario. Pero Noah asintió.

-Así es.

La sonrisa de Robbins se acentuó y dijo, en voz baja.

-Que me aspen.

-Probablemente, lo hagan en el infierno pero, antes de eso, quiero estar seguro de que encuentren al asesino y que no se conformen con Sloan porque es la recién llegada. Palm Beach no tiene una alta tasa de homicidios, que digamos, y los policías no están acostumbrados a ese tipo de investigación. -Si Sloan Reynolds es heredera, será su elección lógica, por poca experiencia que tengan.

-Entonces ayudémoslos a encontrar una opción mejor. -Noah le pasó por encima del escritorio una lista preparada por Sloan, y Robbins la tomó. -Ésos son los nombres de las personas que estuvieron en la casa durante el día y el anochecer. Uno de ellos mató a Edith o le franqueó la entrada al asesino. Usa tus conexiones, compáralas con los registros. Uno de ellos tendrá un pasado sucio si buscas bien. Temo que la policía local vaya a decidir que la culpable es Sloan y deje de investigar. Quiero que tú investigues y sigas investigando hasta que encuentres la bosta, y quiero que sea rápido.

Una vez que terminó, Noah esperó a que Jack se incorporara y pusiera manos a la obra.

-¿Alguna pregunta? -dijo.

-Sí, una -dijo el amigo con una sonrisita-. ¿Tienes alguna foto de esa mujer?

Noah interpretó mal las razones del otro para hacerle ese pedido.

-No quiero que investigues a Sloan -dijo, impaciente¯· Quiero que investigues a los otros. Sloan no es capaz de matar una mosca. Si hasta les tiene miedo a las armas guardadas en un cuarto.

-No quiero investigarla, sólo quiero echarle una Ojeada a la mujer que por fin te ganó la pulseada.

-Vete de aquí y ponte a trabajar. No quiero que el nombre

de Sloan aparezca siquiera en la prensa como una sospechosa posible. -A pesar de su última afirmación, Noah sintió un impulso súbito de exhibir a la mujer que amaba, y buscó dentro del cajón del escritorio. -Por otro lado -dijo, en el momento en que Robbins se ponía de pie-, no quiero que tu curiosidad por la apariencia de Sloan te distraiga de tu trabajo.

Le pasó por encima del escritorio el artículo del diario sobre la fiesta de Sloan. En la parte superior había una foto panorámica que mostraba un momento de la fiesta de aquella noche. Sloan estaba en primer plano, con su padre.

-¿Conque rubia? -bromeó Jack-. Creía que te gustaban las castañas.

-Me gusta esa rubia. -¿De dónde es?

-De Bell Harbor. Es diseñadora de interiores.

-El que diseñó su exterior hizo un trabajo espectacular -dijo Jack, admirativamente-. Veo que el senador Meade agració la velada con su torcida presencia política.

-Naturalmente. El y Carter se encuentran eternamente útiles el uno al otro -agregó Noah, pero Jack no lo escuchaba. Le devolvió el recorte a Noah y señaló a una pareja que bailaba en un segundo plano.

-Paris, la hermana de Sloan.

-A Paris la conozco. ¿Quién es el tipo con el que está bailando?

-Un amigo de Sloan que vino con ella para darle apoyo moral en el primer encuentro de ella con su familia. Está en seguros.

-¿Cómo se llama?

-Paul Richardson. ¿Por qué?

-No sé. Me resulta..., conocido.

-Tal vez te vendió un seguro. Investígalo junto con los otros de tu lista.

-Eso haré.

-La señora Snowden te llevará a tu cuarto. ¿Necesitas una computadora?

-No. -Jack levantó su maletín y mostró la computadora portátil que contenía. -No salgo de mi casa sin ésta.

Capítulo 41

Andy Cagle se repantingó satisfecho en el asiento del acompañante mientras Dennis Flynn ponía el cambio del auto ,y salía de frente del edificio de Grant Wilson. El abogado se había demorado en el tribunal sucesorio y ellos tuvieron que esperar durante más de dos horas en la oficina de éste hasta que regresó, y entonces hubo que convencerlo de que poseía evidencia material que ayudaría a resolver este asesinato.

El esfuerzo había valido la pena. Lo que averiguaron los dejó a los dos en un estado de excitación y asombro, porque hacer un arresto en este caso sería mucho más fácil de lo que habían creído.

-Me da hasta miedo creerlo -dijo Flynn-. ¿Por qué crees que Edith Reynolds no le dijo a Carter que había cambiado su testamento .y convertido a Sloan en heredera?

-No lo sé. Tal vez pensó que él iba a oponerse. Tal vez consideró que no era asunto de Carter. Tal vez no tuvo la oportunidad de decírselo.

-No importa -dijo Flynn, con una sonrisa-. Todo lo que importa es que Wilson dijo que Edith le había asegurado que había hablado con Sloan del nuevo testamento.

Cagle se acomodó los anteojos sobre el puente de la nariz y asintió con satisfacción.

-Ajá. Y la única manera que tenía Sloan de asegurarse de que la bisabuela no cambiara de idea más tarde, cuando ella se hubiera ido, era eliminarla de inmediato.

Flynn asintió.

-Tenemos el motivo y la oportunidad. Necesitamos el arma. ¿La traemos para interrogarla aquí a ver si podemos sonsacarle dónde la escondió o notificamos al equipo que está trabajando en la casa y les contamos lo que sabemos? Pueden empe$_{za}$r a registrar el dormitorio de ella y seguir a partir de ahí. -Tratemos de encontrar el arma sin ponerla a ella sobre aviso de que la tenemos en la mira.

Flynn tomó su teléfono celular, llamó al teniente Fineman a la casa de los Reynolds y lo puso al tanto de los últimos acontecimientos.

Cuando Flynn estaba a punto de cortar, Cagle tuvo una inspiración.

-Diles a los muchachos que no olviden revisar toda la línea de arbustos en la parte norte de la propiedad hasta la playa. Maitland dijo que ella venía desde el norte cuando la vio esa noche. Probablemente ella no sea tan estúpida como para haber escondido el arma en su valija ni en cualquier otro lugar fácil de encontrar. Y diles que se cuiden de que ella no se entere de lo que están haciendo. No quiero que cambie el arma de lugar.

Flynn habló por teléfono y transmitió el mensaje junto con una sugerencia:

-Manténganla ocupada escribiendo lo que recuerda de esa noche o algo así. -Cortó. -Vamos a alegrarle el día al capitán -dijo, secamente-. Si encontramos el arma pronto, Hocklin tendrá tiempo de ponerse bonito para enfrentarse a la nación en la cadena de noticias.

Las noticias de las novedades en el crimen Reynolds se desparramaron en todo el Departamento de Policía y trajeron consigo un clima de felicidad absoluta.

-Pura suerte, muchachos -bromeó el sargento al pasar. -Felicitaciones -dijo Hank mientras depositaba un montón de informes de la TBD sobre los ex sospechosos sobre el escritorio de Andy Cagle-. Creo que esto no les va a hacer falta.

Cagle hojeó los informes y sacó el único legajo que le interesaba, detrás de él, Flynn atendía el teléfono.

-¡Salimos para ahí! -exclamó Flynn, saltó de su silla y agarró su saco-. Encontraron el arma del crimen -le dijo a

Cale -. Una Glock nueve milímetros y al cargador le falta un cartucho. Vamos a conseguir una orden de arresto.

Cagle ya estaba de pie y se ponía el saco.

-¿Dónde estaba?

-No vas a creer lo tonta que es esa rubia -dijo Flynn, sacudiendo la cabeza-. La había escondido bajo el colchón. Como si a nosotros no se nos fuera a ocurrir buscar ahí.

Capítulo 42

Sloan estaba en el comedor con Paris, tratando de escribir un informe sobre los acontecimientos de la noche anterior, lo que le parecía una absurda pérdida de tiempo, mientras Paris atendía constantes llamadas telefónicas de horrorizados amigos de la familia. El teniente Fineman andaba dando vueltas por el corredor hablando en voz baja con alguien del equipo de criminalística. Sonó el timbre del frente, y Sloan levantó la cabeza cuando Nordstrom vino desde el corredor para ir a atender. Cuando volvió a levantar la cabeza un minuto después, los detectives Cagle y Flynn entraban rápidamente en el comedor.

Sloan vio las expresiones frías y determinadas en sus rostros y la lapicera se le cayó de entre los dedos.

-Sloan Reynolds -dijo Flynn, levantándola de la silla ,y empujándola hacia la pared-. Está bajo arresto por el asesinato de Edith Reynolds. -Le puso los brazos detrás de la espalda y la esposó. -Tiene derecho a permanecer en silencio...

-¡No! -gritó Paris, apretando las manos sobre la mesa y tambaleándose como si estuviera a punto de desmayarse-. ¡No...!

-Es un error -le dijo Sloan por encima del hombro mientras la arrastraban afuera-. Es un error. Todo se va a aclarar. Dos patrulleros esperaban en la entrada de autos, con los motores encendidos, y a Sloan la metieron en el asiento trasero de uno de ellos.

La prensa estaba apostada en la calle y hubo una gran conmoción cuando se dieron cuenta de que la policía se llevaba a alguien de la casa. Cuando el auto pasó por los portones, las cámaras la apuntaron y por las ventanillas del auto le acercaron *minicams.*

En el asiento de adelante, Andy Cagle se volvió y la miró como si ella fuera una extraña especie de bacteria mortífera.

-¿Le interesa hablar o prefiere esperar a que formulemos cargos?

La frase *"Están cometiendo un error"* le vino a los labios, pero se contuvo porque era demasiado trillada. La había oído cientos de veces de labios de cuanto sinvergüenza culpable había llevado para interrogar o para acusar formalmente, y no podía pronunciarla ella, ahora.

Pasaron por la casa de Noah y ella vio la fuente que salpicaba el pez vela detrás de los portones. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que él se enterara.

Paul había salido de la casa en no sabía qué diligencia urgente y había dicho apenas que volvería "más tarde". Era obvio que Cagle y Flynn no pensaban interrogarla antes de acusarla formalmente, de manera que Paul no llegaría a ella hasta que ya la hubieran procesado por la red del sistema, y eso la ponía furiosa. ¡No le hacía la menor gracia que le tomaran las huellas digitales y la fotografiaran con un número sobre el pecho! Eso no había sido parte del trato cuando aceptó venir a Palm Beach.

Lo que no alcanzaba a entender era por qué no parecían considerar necesario interrogarla. Olvidó que Cagle le había hecho una pregunta hasta que él se la recordó.

-¿Su silencio significa que prefiere hablar después de ser acusada formalmente?

-No -dijo Sloan con toda la calma que pudo-. Mi silencio significa que espero una explicación sobre por qué al parecer no consideran necesario tener pruebas.

Flynn la miró por encima del hombro mientras esperaba a que dos camiones hicieran caso de su sirena y se corrieran del camino.

-Ahora bien, ¿qué le hace pensar que haríamos algo tan ridículo como arrestarla sin ninguna prueba?

La jovial arrogancia de su tono hizo que Sloan disfrutara de una fugaz fantasía de cerrar el puño y darle.

-No pueden tener ninguna prueba porque yo no cometí ese asesinato.

-Guardemos esta charla para dentro de unos minutos hasta que podamos hacer un careo -respondió él, pisando el acelerador y pasando a los camiones.

La entrada principal del Departamento de Policía estaba rodeada de una multitud de equipos de televisión, periodistas fotógrafos, y Sloan estaba segura de que, justamente, por eso la habían llevado por la entrada principal del edificio y no por otra: Flynn y Cagle estaban exhibiendo su presa esposada para que la multitud la fotografiara y la filmara.

Sloan tuvo un fugaz pensamiento sobre su madre viendo esto en las noticias de la noche y eso la hizo sentir peor que cualquier otra cosa... Hasta que Cagle y Flynn la pusieron en una habitación con una ventana de esas que son de vidrio opaco de un lado y transparente del otro y le acercaron por encima d(la mesa su pistola dentro de una bolsa de plástico.

-¿Reconoce esto?

Después de recuperarse de la impresión de ver su arma, Sloan sintió un gran alivio de que el arma fuera todo lo que tenían para justificar su arresto. Abrió la boca para decir que era suya y que tenía permiso para portarla pero, antes de que lo hiciera, Flynn dijo algo que la dejó muda.

-Adivine dónde la encontramos: ¡debajo de su colchón! Ahora cuéntenos, ¿cómo cree usted que llegó allí?

Ella había escondido el arma en un lugar mucho menos obvio que debajo de un colchón, y esa mañana había revisado para asegurarse de que seguía donde la había dejado.

-No sé... -Se inclinó hacia delante, mirando su propia Glock nueve milímetros. -No sé cómo llegó ahí -dijo, honestamente-. Yo la había escondido en otro lado.

Flynn se puso cálido y amable.

-Ahora está actuando como debe. -Acercó la silla y miró a Cagle. -¿Por qué no le traes un vaso de agua a la señorita Reynolds?

-No quiero un vaso de agua -le informó Sloan a Flynn, pero Cagle la ignoró y salió de la habitación-. ¡Quiero respuestas! ¿Encontraron el arma debajo del colchón?

Flynn lanzó una carcajada.

-Qué graciosa que es usted, mi querida señorita. Es increíble. Voy a explicarle cómo funciona esto, señorita Reynolds. Somos nosotros los que hacemos las preguntas. Y usted la que da las respuestas.

A Sloan la cabeza le daba vueltas de la impresión y el susto, cuando llegó a una conclusión inconcebible. Ignorando el discursito de él sobre protocolo, dijo:

-¿Cuántos cartuchos había en el cargador?

-Nueve. Falta uno. ¿No es una coincidencia? ¿Y quiere que le cuente otra? Creo que balística va a decirnos que la bala que mató a la señora Reynolds salió de esta pistola.

Sloan lo miró y sintió un frío que le corría por la espalda. Esa mañana había revisado que el arma siguiera en el lugar donde la había escondido, pero no se le había ocurrido revisar el cargador para verificar que siguiera lleno.

-¡Ay, mi Dios! -susurró.

Andy Cagle se sentó en la silla ante su escritorio y tomó los datos de la TBD sobre Sloan Reynolds. Había algo que le molestaba sobre la reacción de ella al ver el arma, no... Algo sobre cómo había reaccionado ante toda la traumática experiencia de ser llevada al Departamento de Policía para ser acusada formalmente. Se puso a revisar el legajo.

-Buen trabajo, Andy -dijo el capitán Hocklin, que volvía al edificio después de haber hecho una breve declaración a la prensa anunciando el arresto de Sloan Reynolds por el asesinato de Edith Reynolds. Lo palmeó en el hombro a Andy para demostrar su reconocimiento, pero detuvo el gesto cuando Cagle levantó la mirada con una expresión de azoramiento y alarma. -¿Qué mierda pasa? -exclamó Hocklin, temiendo lo peor porque a Cagle jamás lo alarmaba nada.

-Es policía -dijo Cagle.

-¿Qué?

Cagle levantó las treinta y cinco páginas de información sobre Sloan Reynolds.

-Ella. Es policía -repitió.

El primer pensamiento de Hocklin fue que, si tenía que decirle a la prensa que había cometido un error, iba a quedar como un soberano idiota, pero en seguida se conformó un poquito.

-¿Y qué? Los policías no ganan mucho y ella quería su parte del dinero de la anciana.

-Puede ser.

-¿Negó que la Glock era suya?

-No. Negó haberla escondido bajo el colchón. De todos modos, está registrada a su nombre. Mire... Acá. -Señaló el informe.

Hocklin lo ignoró.

-Tuvo el motivo, los medios y la oportunidad. Presenta cargos.

-No creo...

-Te di una orden.

-Pero podríamos estar cometiendo un error.

-Presenta cargos y, si nos equivocamos, pediremos disculpas.

Cagle miró con rabia la espalda de Hocklin cuando éste se alejaba. De inmediato se levantó del asiento. Entró en la habitación donde Flynn seguía interrogando a Sloan Reynolds.

-Perdón -le dijo a ella, automáticamente y miró a Flynn-. Tengo que hablarte a solas. -Sacudió la cabeza hacia la puerta. Flynn se extrañó, pero Sloan no. Supo, apenas Cagle la miró y dijo "Perdón", que acababa de enterarse de su secreto. A juzgar por el montón de papeles que el policía traía en la mano con datos impresos de arriba abajo, supuso que por fin Cagle se había tomado la molestia de buscar informes sobre ella en la TBD, porque, obviamente, no había aparecido en los legajos del Centro Regional de Información sobre el Crimen Organizado cuando lo revisaron. Ahora que él lo sabía, ella seguía en una situación comprometida, porque no podía decirles por qué había mentido que era diseñadora de interiores y no podía decirles que estaba trabajando para el FBI

Esperó a que Flynn y Cagle volvieran y comenzaran a tratarla más como un enigma misterioso que como a una asesina. En eso se equivocaba.

-Señorita Reynolds -dijo Flynn, seco-. ¿Quisiera usted por favor acompañarme?

Sloan se puso de pie. No podía creer que fueran a ponerla en libertad tan fácilmente.

-¿Por qué?

-Ya sabe cómo es el procedimiento. Ha pasado otras veces por él, aunque del otro lado del mostrador.

-¿En serio van a presentar cargos? -explotó ella, enojada-. ¿Sin pedirme explicaciones?

Los dos detectives se miraron. Cagle se acomodó mejor los anteojos sobre la nariz y logró parecer al mismo tiempo compungido y enojado.

-Le pediremos explicaciones más tarde. Pero, si yo estuviera en su lugar cuando empecemos a hacer las preguntas, diría que le metieran las preguntas en el culo al capitán Hocklin luego exigiría que llamaran a su abogado.

Sloan tenía su respuesta. Hocklin quería que presentara$_n$ cargos contra ella, de cualquier manera. Se dio cuenta con amargura de que era probable que Hocklin ya hubiera anunciado el arresto a los periodistas de afuera.

Fue con ellos, negándose a darles la satisfacción de pronunciar una palabra. Sabía en qué hotel se alojaba el abogado y, si éste no estaba en el hotel, sabía que podía llamar a Noah y que Noah lo encontraría. No tenía mucho sentido tratar de ubicar a Paul, ya que él esperaría a que ella se quedara sentada en la cárcel hasta que pasaran las treinta y' seis horas que había dicho que necesitaba.

Capítulo 43

Jack Robbins se reclinó en la silla, mirando su computadora que bajaba legajos de Tecnologías de Base de Datos, pero sus pensamientos volvían una y otra vez al recorte periodístico y a la cara de ese hombre que le resultaba conocido.

Sacudió la cabeza como para apartar ese inquietante pensamiento. Se inclinó hacia delante y pidió información sobre "Reynolds, Sloan". En la parte inferior del monitor de la computadora titilaban las palabras "En línea", seguidas por los nombres de las entidades que en ese momento investigaban a la TBD.

Cuando escribió el nombre de ella, no esperaba que le deparara nada extraordinario y no sentía curiosidad por los detalles de la vida personal de la mujer. Simplemente hacía un trabajo por el que le pagaban muchísimo dinero, que era aislar a Noah de problemas potenciales de cualquier tipo. En la cabeza de Jack, la posibilidad de que la mujer que había hecho que a Noah se le suavizaran la voz y la cara pudiera también llegar a ser sospechosa en un caso de asesinato, constituía "un problema potencial muy serio".

Aparecieron siete personas bajo el nombre "Sloan Reynolds" y daba el número de seguridad social y la ciudad de residencia de cada una de ellas. Sólo una vivía en Florida, en Bell Harbor, Florida. Eligió esa. Sería fácil individualizarla, pensó, con alivio. Cuando los datos terminaron de bajar, él salió de la línea y grabó los datos en el disco de su computadora.

La primera sección de la información proporcionaba todas sus direcciones en los últimos diez años, el valor impositivo de cada casa en la que había vivido, y los nombres de las personas a quienes ella había pagado hipotecas o alquileres. Jack vio que era dueña de una casa muy modesta.

La siguiente sección enumeraba los nombres de las personas que, en algún momento, habían vivido con ella en cualquiera de las direcciones o incluso recibido correspondencia en una dirección de ella. Era evidente que nunca había vivido con un hombre, ni siquiera por un mes.

Librodot

Apretó la tecla de "página siguiente" un segundo más de lo que quería y la computadora saltó a una de las últimas secciones, donde aparecía la lista de nombres y teléfonos de todos sus vecinos, con sus direcciones. En lugar de volver adonde había quedado, comenzó a subir a partir de allí. Sloan Reynolds no tenía auto, lo que le pareció muy extraño, pero tenía un barco económico. Nunca había tenido un embargo, un juicio ni una bancarrota. Nunca había estado involucrada en un problema criminal o civil y ni siquiera de tránsito.

Estaba increíblemente limpia, pensó Jack a medida que volvía a la primera sección. Era una santa. Era... Se levantó de la silla de un salto y se quedó mirando la pantalla de la computadora.

...¡Era policía!

¡Era detective en el Departamento de Policía de Bell Harbor! No era diseñadora de interiores, era policía. Y, por alguna razón, no quería que Noah lo supiera.

Jack metió un disco en la computadora .y grabó en él el archivo sobre ella. Mientras se grababa, tomó el teléfono y llamó al número local de informaciones para pedir datos sobre Bell Harbor. Le pidió a la operadora el número del Departamento de Policía de Bell Harbor y luego llamó al número que le dieron.

-Con la detective Sloan Reynolds, por favor -le dijo al hombre que atendió.

-Está de vacaciones hasta la semana que viene. ¿Puede ayudarle otra persona?

Jack colgó y se encaminó a la oficina de Noah, con el disco en la mano. Llegó a la puerta de la oficina de Noah al mismo tiempo que la señora Snowden, y la impasible señora Snowden, que parecía conmocionada por primera vez desde que Jack la conocía, se apresuró y le ganó de mano.

-Señor Maitland -exclamó.

Noah estaba hablando por teléfono con el presidente de una compañía aeronáutica en Francia y le frunció el entrecejo primero a ella y luego a las dos luces que titilaban en otras dos líneas telefónicas.

-Perdóneme por interrumpir, pero Paris Reynolds está en la línea dos. Es la segunda vez que llama. Usted estaba hablando la última vez que llamó pero ahora dice que es urgente.

Noah le dijo un abrupto adiós al industrial francés y se arrojó sobre la línea dos, pero Jack lo interrumpió.

-¡No recibas esa llamada todavía, Noah! Tengo algo que decirte.

Noah se detuvo, con el brazo extendido hacia el teléfono.

-¿Qué diablos pasa? ¿No...?

-Es policía, Noah.

En todos los años que había trabajado para Noah Maitland, Jack nunca lo había visto paralizado ante ninguna emoción ni ningún acontecimiento. Cuanto peor era la presión, cuanto mayor el desastre, más energía parecía tener hasta que lo solucionaba. Pero ahora Noah lo miró como si fuera incapaz de absorber lo que Jack acababa de decirle.

-Estás completamente loco -dijo por fin, volviendo a estirar el brazo hacia el teléfono-. Sloan les tiene miedo a las armas.

-Escúchame, Noah -dijo Jack, con urgencia-. Es detective de la fuerza de policía de Bell Harbor. No sé qué hace aquí, pero obviamente está de incógnito.

Una súbita mezcolanza de imágenes le pasó por la cabeza a Noah: Sloan en el jardín del fondo con Carter, arrojándolo al suelo, Sloan enseñándole a Courtney algunos movimientos de defensa personal, Sloan persiguiendo a un asesino, esquivando obstáculos y saltando setos como una grácil gacela. No... ¡Como una policía!

Estiró el brazo hacia el teléfono, despacio esta vez, y tomó la llamada de Paris. Escuchó un momento.

Librodot

-¿Cuánto hace que se la llevaron? Está bien. Tranquilízate. Tu padre está conmocionado y no piensa con claridad. Yo me ocuparé de todo y te llamo después. -Cortó el teléfono y miró a Jack, con una expresión totalmente en blanco. -¿Por qué me mintió?

Antes de que Jack pudiera comenzar a especular, volvió a aparecer la señora Snowden en la puerta.

-Ross Halperin está en el teléfono y dice que es urgente.

Courtney se chocó con ella al entrar corriendo en la oficina de Noah.

-¡Arrestaron a Sloan! -exclamó Courtney, lanzándose hacia el televisor y encendiéndolo.

-Páseme la llamada de Halperin -dijo Jack, tomando el teléfono para hablar con el principal asesor de Noah. Cuando cortó, miró a Noah y ocultó su rabia detrás de una voz suave e inexpresiva. -El FBI tiene una orden de cateo. En estos momentos, junto con la Prefectura Marítima y el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, invadieron todos tus barcos buscando cargamentos de armas automáticas ilegales. Noah se puso de pie lentamente.

-¿Qué? ¿Por qué diablos me mintió ella?

Courtney estaba de pie frente al televisor, insultando por el comercial que interrumpía las noticias.

-Noah, mira, mierda... -dijo, señalando, pero la noticia siguiente no era sobre Sloan.

-Hoy ha sido un día muy difícil para los ricos y famosos de Palm Beach, Florida -decía el periodista-. En una hora, dos yates pertenecientes al millonario e importante miembro de la sociedad local, Noah Maitland, han sido secuestrados y abordados por el FBI, la Prefectura Marítima y el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego. Tenemos imágenes.

Jack reconoció el perfil del agente del FM que estaba de pie en la popa del Apparition al mismo tiempo que Noah.

-¡Richardson! -El nombre explotó en los labios de Noah como una maldición.

-Tu novia es policía, Noah -dijo Jack, sin expresión-, y su amigo es del FBI.

-¡Courtney! -dijo Noah-. Sal de aquí.

Ella vio la expresión en la cara de Noah y comenzó a salir de la oficina. A pesar de sus comentarios irrespetuosos e impertinentes sobre los negocios de su hermano, Courtney nunca había creído de verdad que Noah hiciera nada malo.

-¿Sloan es policía? -preguntó, aturdida-. ¿Y Paul es agente del FBI? ¿Y los dos querían sacarte los yates? Pero, ¿por qué?

Él se volvió y la miró, un músculo le saltaba en la mandíbula apretada. La señora Snowden terminó de sacarla de la oficina de Noah y dijo, vacilante, mientras cerraba la puerta:

-Señor Maitland, Sloan Reynolds está en la línea.

De pie detrás de su escritorio, con la mirada clavada en la cobertura de la CNN del registro de su propiedad, Noah estiró la mano y oprimió un botón en el teléfono. Sloan parecía tranquila pero algo conmocionada.

-Noah, el señor Kirsh no está en su habitación del hotel. Me arrestaron.

-¿No me digas? -dijo Noah, con voz sedosa-. ¿Tienes derecho a sólo una llamada telefónica?

-Sí...

-Qué pena, detective Reynolds, porque acabas de desperdiciarla.

Estiró la mano y desconectó la llamada.

Noah se metió las manos en los bolsillos y observó la invasión de su propiedad privada. Recordó la reacción de Sloan al ver las armas a bordo, las preguntas que le había hecho sobre ellas. Y luego había ido al dormitorio con él y habían hecho el amor. Habían

hecho el amor durante horas esa noche... Después de que ella le había sacado suficiente información para que el que conspiraba con ella pudiera convencer a un juez federal de firmar una orden de cateo.

Pensó en cuando él la había tomado de la mano y le había confesado que estaba loco por ella, y cuando le dijo que se sentía como un adolescente enamorado por primera vez.

-¡Hija de puta! -dijo. en voz alta.

La noticia terminó, y él se volvió al escritorio y se puso en movimiento. Le dijo a la señora Snowden que le consiguiera a cuatro personas por teléfono. Dos eran abogados, uno era un juez federal retirado y el otro era un juez de la Suprema Corte. Cuando terminó de dar instrucciones, le dijo a Jack lo que quería que hiciera.

-¿Entendiste? -exclamó. -Considéralo hecho -respondió Jack.

-¡Cuando termine con esa hija de puta -dijo Noah con un dejo salvaje en la voz-, no va a conseguir trabajo ni como guardia de seguridad!

Capítulo 44

Paul se aseguró de que los barcos de Maitland estuvieran a buen resguardo y vigilados durante la noche y, cansado, caminó hasta su auto alquilado. Las noticias de las diez empezaron cuando él salía de los muelles. "El día de hoy ha sido negro para dos de las familias más respetadas de Palm Beach", decía el periodista. "Esta tarde, Sloan Reynolds, hija del financista Carter Reynolds, fue arrestada por el asesinato de su bisabuela, Edith Reynolds."

Maldiciendo bajo, Paul hizo un giro en U en la calle, pisó con fuerza el acelerador y se dirigió al Departamento de Policía. En su celda del Departamento de Policía, Sloan escuchaba las mismas noticias, pero fue la segunda parte lo que la hizo poner de pie incrédula y aterrada.

"Poco después, el FBI, en colaboración con la Prefectura Marítima y un equipo del Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, secuestraron y abordaron dos yates pertenecientes al multimillonario Noah Maitland. Fuentes cercanas a la investigación han informado que el FBI tiene razones para creer que Maitland ha estado utilizando los yates para transportar armas ilegales."

El exterior del Departamento de Policía se veía moderno y arreglado, y el interior estaba bien iluminado, pero los funcionarios que iban de un lado a otro y escribían informes parecían estar en una noche tranquila.

-¿Quién está a cargo? -le preguntó Paul a un policía que había estado tomando agua de un bebedero.

-El sargento Babcock, el que está ahí hablando con el oficial de guardia.

-¿Usted es Babcock? -preguntó Paul, interrumpiendo una ¸onversación de los otros dos sobre el secuestro de los yates de Maitland.

Babcock hizo la venia.

-Sí, ¿quién es ...? -Antes de que pudiera terminar de formular la pregunta una funda abierta con una credencial del FBI estaba frente a sus ojos.

-¿En qué podemos ayudarlo, señor Richardson?

-Tienen a una de mi gente. Quiero que la dejen en libertad. Ya.

La celda estaba vacía con la excepción de un adolescente borracho, que esperaba a que su padre fuera a buscarlo, y de Sloan Reynolds, cuyo arresto había hecho del capitán Hocklin una persona famosa y eufórica ese día.

-¿De quién habla? -Sloan Reynolds.

El sargento palideció, el oficial de guardia abrió la boca y los agentes dejaron de escribir sus informes y se volvieron, escuchando sin disimulo.

-¿Me está diciendo que Sloan Reynolds trabaja para el FBI?

-Es lo que acabo de decirle. ¿La tienen aquí o no?

-Bien, sí, pero yo no puedo... No tengo autoridad para... -¿Quién la tiene?

-Tendría que ser el capitán Hocklin en persona. Pero se acuesta temprano, y anoche se quedó hasta tarde...

Paul tomó el teléfono que había sobre el escritorio del oficial de guardia y se lo puso en las manos.

-Despiértelo -ordenó.

Babcock vaciló, consideró la expresión del agente del FBI e hizo lo que le decían.

Sloan firmó por sus pertenencias, que eran la cartera y el reloj, y caminó en un rígido silencio hacia el auto de Paul en el estacionamiento.

-Esta noche nos alojaremos en un motel -dijo él-. Lo siento, Sloan. No tenía idea de que te habían arrestado hasta que lo vi en las noticias de las diez.

Con una voz suave y extraña, ella dijo:

-Estoy segura de que estabas ocupado o habrías venido antes.

Paul la miró, sin saber qué hacer, y decidió esperar a que ella se hubiera instalado en una habitación antes de contarle exactamente lo que lo había retenido.

Librodot

Se detuvo ante un motel de aspecto decente, pidió dos habitaciones contiguas y la dejó frente a la puerta de la suya.

-Tengo que hacer una llamada, hablaremos después. Ella no dijo nada. Puso la llave en la cerradura de la puerta y entró en su habitación, dejando la puerta unos centímetros entreabierta.

Dentro de la habitación, Sloan se dirigió al televisor y puso el canal de la CNN. Parecía un día de maniobras de agentes federales invadiendo los barcos de Noah. Lo hacían parecer un criminal que había hecho su dinero transportando y vendiendo armas ilegales. Vio a Paul en el borde de una toma rápida. Cuando Paul entró en su habitación, Sloan estaba parada a los pies de la cama, mirando todavía las noticias sobre la operación del FBl contra los barcos de Maitland.

-Sé cómo te sientes -comenzó a decir él, tranquilizador, Ella dejó caer los brazos a los costados del cuerpo y se volvió hasta quedar de frente a él. Su rostro era una mezcla de emociones que él no alcanzaba a reconocer.

-¿Encontraste algo? -preguntó, con una voz muy extraña.

-No, todavía no -admitió Paul. Con un suspiro de resinación, agregó: -Mira, sé que tienes ganas de insultarme por todo esto. Si piensas que te puede hacer sentir mejor, hazlo. -Eso no me haría sentir mejor, pero esto sí.

El puño derecho de Sloan hizo impacto contra la mandíbula de él, le tiró la cabeza hacia atrás y lo hizo trastabillar. Paul se agarró de la pared con una mano para no perder el equilibrio y se llevó la otra a la mandíbula. Para alguien tan pequeño y tan delgado como ella, tenía un puño muy duro. Sloan dio otro paso adelante. Atrapado entre el dolor, la admiración y el asombro, él levantó la mano y dijo:

-¡Basta! Ya está. Dejaré pasar ése, pero no otro. Desprovista de una salida para su rabia, ella pareció desmoronarse ante sus *ojos.* Se dejó caer sobre la cama, se abrazó el estómago y se hamacó despacio, como tratando de contenerse físicamente. Los cabellos le cayeron hacia delante, escondiéndole la cara, y los hombros comenzaron a agitarse.

Su llanto silencioso y angustiado fue para Paul aún más difícil de soportar que su gancho de derecha.

-Voy a tratar de arreglar las cosas.

Ella dejó de hamacarse y levantó hacia él un rostro empapado en lágrimas.

-¿Con quién? -preguntó, con la voz sofocada por las lágrimas-. ¿Con Noah? Antes de saber lo que estabas haciendo hoy, estaba moviendo cielo y tierra para tratar de protegerme de un posible arresto. Una hora más tarde, me odiaba tanto que me colgó, y me dejó en la cárcel.

-Eso no lo puedo evitar.

Con furia, ella le gritó:

-¿Qué puedes evitar? ¿Puedes hacer olvidar a Paris que manché el nombre de su familia, haciéndolo aparecer en las noticias del mundo entero? ¿Puedes ayudarla a olvidar que me sacaron de su casa a rastras y esposada? Se puso a gritar cuando me llevaron. ¿Me oyes? -gritó Sloan, histérica-. ¡Se puso a gritar!

Paris era una actriz del calibre de un Premio de la Academia, en opinión de Paul, pero sabía que no tenía sentido decirlo ni tratar de convencer a Sloan de que lo único que Paris podría haber sentido era alivio porque arrestaban a su hermana por un crimen que había cometido ella. Él no sabía si ahora Paris no jugaría el papel de la hermana dulce, ingenua y solidaria mientras Sloan siguiera siendo sospechosa de homicidio o si decidiría que no se tomaría esa molestia. Esperaba, por Sloan, que Paris decidiera hacer lo primero. Haría que las cosas fueran un poco más fáciles para Sloan si podía volver a la casa de los Reynolds. Hizo un gesto hacia el teléfono que había junto a la cama.

-Llámala -dijo-. Si estaba tan conmocionada por lo que te estaba pasando, seguramente querrá que vayas directamente a casa.

Librodot

La esperanza que relampagueó en los ojos de Sloan, la manera vacilante en que se acercó al teléfono y lo levantó, hizo que Paul se sintiera tan asqueado como cuando se dio cuenta de que la asesina tenía que ser Paris.

La llamada telefónica fue en extremo breve y, cuando Sloan cortó, ya no había esperanza en sus ojos. Miró a Paul, y habló con voz seca.

-Gary Dishler dice que Paris le ordenó que me dijera que ella y Carter no querían volver a verme ni a hablar conmigo nunca más. En este preciso momento, él está poniendo nuestro equipaje en el porche. Si no lo recogemos dentro de media hora, mañana de mañana lo harán recoger por el basurero.

-Voy a buscarlo -dijo Paul, sintiendo una súbita necesidad de poner las manos alrededor de la garganta delicada y frágil de Paris y apretar hasta quitarle la vida.

Sloan asintió y, con gesto cansino, tomó el teléfono.

-Voy a llamar a mi madre y a Sara. Han de estar medio locas de preocupación si se enteraron de todo esto.

Al parecer, el Departamento de Policía proporcionaba seguridad mientras el equipo de criminalística todavía tuviera trabajo que hacer, porque había dos patrulleros estacionados en la entrada para coches, pero, obviamente, el equipo había suspendido los trabajos hasta el día siguiente. Los medios también, verificó Paul con alivio cuando al anunciarse en los portones, lo atendió Gary Dishler.

Paul tomó el equipaje del porche y lo puso en su auto; luego caminó hasta la puerta del frente y tocó el timbre.

Dishler le abrió, con cara de piedra.

-Como le dije a Sloan Reynolds hace unos minutos, no es bienvenida aquí. Tampoco usted.

Iba a cerrar la puerta pero Paul se lo impidió con la mano derecha y sacó con la izquierda la funda con su credencial. Sabía perfectamente que Dishler estaba enterado, a esta altura de los acontecimientos, de que él era del FBI, pero mostrar la credencial era una formalidad necesaria antes de hacer valer su autoridad. Mantuvo la funda abierta ante los ojos del asistente.

-Ahora que se ha cumplido con las formalidades -dijo Paul, hastiado-. Llame a Paris Reynolds.

-El FBI no tiene autoridad aquí.

-Aquí se cometió un crimen que involucra a alguien que está trabajando para el FBI. Ahora bien, ¿quiere traer a Paris o quiere que yo vaya hasta ese auto, tome el teléfono y tenga todo este lugar lleno de agentes en menos de una hora?

-Espere -exclamó Dishler, y cerró la puerta golpeándola.

Cuando volvió a abrirla, Paris estaba de pie en el umbral con una pálida bata de brocado y un rostro que era una máscara helada y hermosa.

-¿Ya no les has hecho suficiente daño a todos? -preguntó.

Impasible, Paul le dio una tarjeta con el número de su teléfono celular escrito al dorso.

-Llámame a ese número si decides que quieres hablar. Ella lo miró desde su altura patricia.

-¿Sobre qué?

-Sobre por qué mataste a tu bisabuela.

Por segunda vez esa noche, Paul fue sorprendido con la guardia baja por una mujer. La mano abierta de ella estalló contra su mejilla. Después la puerta se cerró.

Librodot

Capítulo 45

-¿Vas a tratar de ver a Maitland antes de volver a Bell Harbor? -le preguntó Paul a Sloan a la mañana siguiente. Ella estaba tan pálida y desencajada como la noche anterior, y él se sentía todavía más culpable porque parecía que a ella no le quedaban ni fuerzas para estar enojada con él.

Sloan puso un estuche con sus cosméticos en la valija y la cerró.

-Sí, pero no servirá de nada -dijo, sin mirarlo.

No lo había mirado en ningún momento, salvo cuando le abrió la puerta para que entrara.

-¿Te serviría de algo saber que me siento muy mal con todo esto?

-No me importa cómo te sientas con nada.

Paul no podía creer lo mal que se sentía. Ella había confiado en él y había cumplido con su trabajo, y él la quería mucho.

-Está bien. ¿Te serviría de algo saber por qué estoy tras Carter y qué me trajo aquí?

-¿Por qué vas a decírmelo ahora si antes era "clasificado"?

-Porque ahora quiero que lo sepas.

Ella lo miró por primera vez, en seguida apartó la mirada y se encogió de hombros.

Paul la tomó del brazo y la obligó a sentarse sobre la cama. Él se sentó en una silla frente a ella.

-Sé que Carter lava dinero para un cartel de drogas de América del Sur que deposita efectivo en el Banco y en el Reynolds Trust. Reciben el dinero, lo acreditan en alguna cuenta falsa y eluden los formularios de impuestos internos. El dinero es transferido por cable, por el Banco Reynolds, a las cuentas bancarias fuera del continente que tiene el cartel, donde se convierte en dinero limpio. Dinero listo para gastar.

Ella lo miró directo a los ojos y lo que dijo fue de una astucia dolorosa.

-Tú no sabes que Carter esté involucrado en nada de eso, crees que lo está, eso es todo. Si tuvieras pruebas, tendrías micrófonos y órdenes de cateo.

-Nuestro informante sufrió un extraño accidente el día en que iba a darnos algunas pruebas. Los del cartel con el que nos manejamos son una jauría de animales, pero más astutos que

la mayoría de sus competidores. Han contratado a prestigiosas firmas de abogados para representar sus negocios legales aquí, y lentamente están adquiriendo protección política. El senador Meade es un buen amigo suyo. Quiero desenmascarar a Carter pero, todavía más, quiero encontrar a su contacto con el cartel.

-¿Qué tiene todo eso que ver con Noah?

-Maitland es el mayor cliente del Banco Reynolds, tiene una cantidad asombrosa de cuentas en ese Banco. También tiene grandes barcos que periódicamente viajan a América del Sur...

-La línea de cruceros Holland América también -dijo Sloan, sarcástica.

Paul ignoró el sarcasmo.

-Maitland tiene algunos "socios de negocios" dudosos en esos puertos.

-¿Delincuentes comprobados? -preguntó Sloan.

-No, pero no discutamos por eso. Volvamos al punto. Alguien tiene que entrar el dinero del cartel de contrabando, primero en los Estados Unidos y luego en el Banco Reynolds y en el Reynolds Trust. Creo que la persona que lo hace es Maitland. También creo que de vez en cuando trae drogas junto con el dinero.

Ella asintió apenas, se puso de pie y tomó la valija y la cartera.

-No crees nada de lo que te dije, ¿no? -preguntó Paul. -Sobre Noah, no. Sobre Carter... No lo sé.

Ante la puerta ella se volvió.

-Me dejaron en libertad bajo tu autoridad, pero todavía no se levantaron los cargos de homicidio. Te agradecería que te ocuparas de ese tema.

Paul se puso de pie y la miró, impotente. Ella tenía una dignidad mansa y estaba tan disgustada con él que él se sentía como uno de los delincuentes de los que acababa de hablar.

-Adiós -dijo ella.

Él asintió en silencio, porque no se le ocurrió nada que decir.

Capítulo 46

El problema con las propiedades de Palm Beach era que, muchas de ellas, incluida la de Noah, tenían portones eléctricos sobre la calle que impedían que los visitantes indeseables llegaran a la puerta principal.

Como temía Sloan, ella se había convertido en uno de esos visitantes indeseables. La señora Snowden se lo hizo saber mientras Sloan esperaba en su auto alquilado del otro lado de los portones. En un tono tan helado como implicaba ese nombre suyo que remitía a nieves nórdicas, la secretaria de Noah dijo:

-Es mi deber informarle que si vuelve a acercarse a esta casa o a cualquier otra perteneciente a la familia Maitland, el señor Maitland no se molestará en llamar a la policía. Se hará cargo personalmente de usted. -Hizo una pausa, como sin saber si era necesaria una advertencia personal, y luego obviamente decidió que sí: -Yo en su lugar no lo pondría a prueba. Adiós.

Como no quería llorar donde la señora Snowden pudiera verla por un monitor de circuito cerrado, Sloan comenzó a poner marcha atrás, pero entonces vio a Courtney que bajaba corriendo los escalones del frente hacia ella.

Sloan bajó del auto y caminó hasta los portones. Courtney se detuvo del otro lado y midió a Sloan con una mirada desdeñosa.

-¡Cómo pudiste hacer eso! -le gritó, llena de furia-. ¿Cómo pudiste hacernos esto, a nosotros, que siempre fuimos buenos contigo?

-Sé que eso parece -dijo Sloan, dolorida-. No espero que me creas, pero no tenía idea de lo que iba a suceder. -Tragó saliva antes de poder continuar. -Yo... yo quería a tu familia, a todos.

Los ojos grises de Courtney eran tan parecidos a los de Noah que Sloan inconscientemente se puso a memorizar el color a la luz del sol, aunque la miraban con helada animosidad.

-No soy tan estúpida como para creerme eso. Sloan aceptó la condena sintiendo con la cabeza.

-Te entiendo. -Iba a volverse, pero se dio cuenta de algo tan intenso que tuvo que contener las lágrimas antes de hacerlo. -Gracias por no acusarme de ser una asesina además de una espía.

Courtney ignoró su gratitud con un indiferente encogerse de hombros.

-No soy tan estúpida como para creer que tú mataste a Edith.

Sloan se volvió porque no había nada más que decir, pero Courtney no había terminado.

-Hoy no fui al colegio porque me imaginé que vendrías, pero será mejor que no vuelvas nunca más. Noah no está, tienes suerte. No sólo está furioso. Además te odia.

Sloan asintió.

-Entiendo. ¿Te parece que si espero un tiempo y luego le escribo una carta, la leerá?

-Ni lo pienses -dijo Courtney, le dio la espalda a Sloan y se fue.

Courtney esperó a que Sloan comenzara a salir de la entrada de coches, entonces se volvió y regresó a la casa, despacio, mirándola irse. Se llevó las manos a los ojos y se los apretó para detener las lágrimas.

Librodot

Capítulo 47

Sloan se había sentido demasiado desgraciada durante el camino de regreso como para preocuparse por el impacto que tendría en su vida y en su trabajo en Bell Harbor la noticia de su arresto pero, a pocas horas de su regreso, no le quedaron dudas.

Cuando Sloan llamó a su madre a la tienda de Lydia para decirle que estaba en casa, Kimberley ignoró los rezongos de Lydia y se tomó el resto del día libre "por razones privadas". Sara dio por terminada una reunión con un cliente importante y llegó inmediatamente después que la madre de Sloan, y entonces las dos la mimaron como si estuviera enferma, llevándole cositas y sus comidas preferidas en sus intentos por devolverle el buen humor y el apetito.

Sloan no se dio cuenta de que lo hacían porque ella parecía enferma. Estaba con los brazos alrededor de un almohadón, acurrucada en un extremo del sofá contándoles lo que sabía del asesinato.

Ambas reconocieron a Paul a bordo del yate de Noah cuando lo vieron en las noticias, y Sloan no vio razón alguna para no contarles la verdad sobre su relación con Paul. Pero, en lugar de preocupar a su madre, Sloan las dejó creer que Paul había ido a Palm Beach a investigar a Noah Maitland, y dejó a Carter fuera de la historia. Les contó de Paris y de Carter, de las personas que había conocido y las cosas que había hecho, pero omitió su breve romance con Noah. No sabía cómo hablar de él y no sabía si era capaz de hacerlo sin desmoronarse.

Cuando a Sloan se le terminaron las cosas para contar, Kimberley fue a la cocina a prepararle una taza de té mientras Sara hizo un intento por levantarle el ánimo que resultó en un fiasco total.

-¿Viste en algún lugar al "señor perfecto"? -bromeó. Sloan tuvo que hacer un esfuerzo por controlar su expresión.

-Sí... Digamos que sí.

-¿Cuántos?

-No muchos. Uno.

-¿Sólo uno? Palm Beach es el punto de reunión de una inmensa cantidad de "señores perfectos". Seguro que no buscaste bien.

Sloan cerró los ojos y vio un rostro masculino bronceado con mandíbula cuadrada, hermosos ojos grises, y una boca insistente que se inclinaba hacia ella. Tragó saliva.

-Era todo lo perfecto que se pueda pedir.

-¿Te lo presentaron?

-Ah, sí -dijo Sloan, débilmente-. Me lo presentaron.

-¿Y saliste con él?

-Sí.

-¿Y? -la instó Sara.

La voz de Sloan se convirtió en un susurro, y tuvo que aclararse la garganta.

-Nos gustamos. -¿Cuánto se gustaron?

A Sara se le borró la sonrisa cuando vio la expresión de Sara y escuchó su voz. Sloan apoyó la mejilla contra el almohadón al que estaba abrazada y tragó saliva.

-Mucho.

-¿Tenemos un nombre? -preguntó Sara.

-Noah Maitland.

-¿Noah Maitland?-dijo Sara-. *¿Noah Maitland?* -Como muchos residentes de Bell Harbor, Sara estaba suscrita al Palm *Beach Dady News* y se mantenía al tanto de la vida social allí. -Escúchame. Aun suponiendo que él no fuera contrabandista de armas, tú no podrías tener nada que ver con él. En cada fotografía en la que se lo ve está acompañado de una mujer diferente, hermosa y sofisticada, pero jamás se ha quedado con ninguna.

Antes de que Sloan pudiera responder, su madre volvió de la cocina con el té ,y habló, con tono suave pero firme.

-No creo que Sloan deba abandonar la esperanza de que todo esto se va a resolver. Van a encontrar al asesino de Edith Reynolds, y entonces Paris y Carter se van a dar cuenta de que

ella era inocente, y la van a perdonar. Y, hasta el momento, nadie ha dicho que hayan encontrado nada ilegal en los yates de Noah Maitland. Estoy segura de que es inocente, de lo contrario Sloan nunca... -Miró con ternura a su desdichada hija y dijo, con certeza: -De lo contrario Sloan nunca se habría enamorado de él. La verdad sobre la inocencia de él se va a saber pronto, y Sloan podrá pedirles disculpas. -Miró a Sloan. -¿No es cierto, querida?

Sloan pensó en su última llamada a Noah y levantó hacia su madre los ojos llenos de lágrimas.

-No.

Unos minutos más tarde, Sloan se dio cuenta de que debería tomar medidas de inmediato para superar todo lo que le pasaba. Tomó el teléfono y llamó al Departamento de Policía.

-Matt, habla Sloan -le dijo al teniente Caruso-. Quisiera ir mañana de mañana en lugar del lunes, si te parece. -¿Estás de vuelta en la ciudad? -preguntó él y, cuando ella le respondió que sí, él le dijo que se presentara a la mañana siguiente.

Caruso cortó y caminó hasta el escritorio de Jess Jessup. Espero que el capitán Ingersoll no tenga objeciones. Quiero decir... Ha sido acusada de homicidio...

Jess se puso de pie.

-Caruso, eres un burro.

-¿Adónde vas? -le preguntó Caruso.

-Puedes llamarme por la radio si me necesitas -respondió, pero, antes de irse, se detuvo ante el escritorio del oficial de guardia-. Volvió Sloan -le dijo al oficial de guardia-. Está en la casa.

Antes de que Jess hubiera llegado a su auto, el oficial de guardia ya había informado a todos los policías de turno en Bell Harbor. A los diez minutos, un desfile de patrulleros policiales comenzó a llegar frente a la casa de Sloan.

Jess llegó primero y Sara atendió la puerta. No se veían desde que él había ido a la casa de ella luego de la fiesta en la playa y Sara titubeó al verlo parado allí.

-Ven aquí un momento -le ordenó Jess, sacando a Sara al porche de Sloan-. ¿Cómo está?

-Está bien -dijo Sara, con firmeza-. Está espléndida.

Jess no se dejó engañar. -¿Cómo está de verdad`?

-Más o menos.

Él asintió como si lo esperara y entonces hizo lo último que Sara esperaba que hiciera o quería que hiciera. Estiró la mano .y la tomó del mentón y en su sonrisa no había ni burla ni seducción.

-¿Te parece que podríamos guardar el hacha por un rato, por ella?.

Sara asintió, con cautela, sorprendida por la gentileza de la expresión de él mientras la miraba.

-Me gustaría, Jess.

Durante el resto de la tarde y hasta la noche llegó a casa de Sloan una procesión permanente de patrulleros que desaparecía al rato. Cajas de pizzas y sándwiches de restaurantes de comida rápida se acumularon sobre la mesa de la sala a medida que los amigos de Sloan en la fuerza inventaban excusas para pasar a saludarla.

Sloan sabía cuál era la verdad.

Habían ido a mostrar su apoyo y a animarla. Funcionó hasta que se fue a acostar esa noche. Sola en la cama, no había nada que la distrajera y le impidiera recordar a Noah. Se quedó dormida pensando en las veces en que había dormido recostada contra él después de hacer el amor, con la cabeza en su hombro, mientras la mano de él la acariciaba, lánguidamente, hasta que se quedaban los dos dormidos. O hasta que volvían a hacer el amor.

Capítulo 48

Paris no se dejó engañar en lo más mínimo por el tono amable de los detectives Cagle y Flynn. Estaban sentados en la sala al día siguiente del funeral de su bisabuela, y trataban de hacer que ella se incriminara en el asesinato de la anciana.

-Sin duda usted comprenderá por qué estamos intrigados -decía Flynn-. Lo que quiero decir es lo siguiente: si Sloan mató a la señora Reynolds, ¿por qué iba a limpiar las huellas de su propia arma y luego "esconderla" donde no podíamos dejar de encontrarla? Sus huellas en su propia arma no la hubieran incriminado. El arma la incriminó, porque disparó el tiro que mató a la señora Reynolds.

-Ya les dije -dijo Paris-, que ignoro la respuesta a esa pregunta.

-Sloan dijo que la pistola estaba en el lugar donde ella la había escondido originalmente, y no debajo del colchón, la mañana siguiente a la muerte de la señora Reynolds. Ella lo revisó. ¿No le parece que alguna otra persona pudo haber puesto la pistola debajo del colchón?

-¿Quién?-respondió Paris, enojada-. Ustedes enviaron a todos los criados a sus casas. Las únicas personas que había en la casa esa mañana que no trabajan para ustedes eran Paul Richardson, Sloan, mi padre, Gary Dishler y yo.

-Eso es lo que confunde -interpuso Cagle.

-Sí, ¿verdad? -respondió ella-. Es obvio que para ustedes ni Paul Richardson ni Sloan pueden ser culpables. -Richardson es del FBI y no tiene ningún motivo. Su hermana tiene impecables antecedentes como funcionario policial y estaba trabajando para él. Créame que, si eso no fuera cierto, su hermana estaría contemplando un futuro de prisión de por vida. Ahora bien, veamos, ¿quién nos queda?. ¿Quién tenía motivos para querer la muerte de su bisabuela y a Sloan presa, alguien que además estaba aquí para esconder la pistola debajo del colchón?

Paris se puso de pie, dando por terminada la entrevista, y señaló a Nordstrom, que esperaba en el pasillo. Ya se había acabado la historia de ser amable con personas que la trataban mal.

-Nordstrom -dijo, con frialdad-, por favor acompañe a estos hombres a la puerta, y ciérrela cuando se hayan ido. No quiero que se les vuelva a franquear la entrada.

Flynn probó con su pretexto amistoso.

-Podemos conseguir una orden.

Paris hizo un movimiento de cabeza hacia la puerta.

-Consíganla -dijo-. ¡Pero, hasta entonces, váyanse y no vuelvan!

Cuando la puerta del frente se cerró tras ellos, Cagle miró a Flynn con una sonrisa irónica.

-Esa fue una manera elegante de decirnos que nos fuéramos a la mierda, ¿no?

-Sí. Me la imagino con la misma elegancia cuando apuntó a la bisabuela con la Glock y apretó el gatillo.

Paris no se sentía muy elegante. Estaba aterrada. Se puso a caminar despacio por la sala, de un lado a otro, tratando de pensar quién podía ser el asesino. No estaba tan dispuesta como la policía a descartar a Paul Richardson o a Sloan. Paul era evidentemente un mentiroso y un falso, y totalmente capaz de utilizar a las personas sin el menor prurito. Sabía cómo manejar un arma y sabía cómo acomodar las cosas para que pareciera que el

culpable era otro. No tenía corazón. A ella la había destrozado. El problema era que... En realidad, él parecía creer que Paris había matado a su bisabuela.

Sloan era tan deshonesta y tan desalmada como él. Había simulado que quería que Paris la considerara una verdadera hermana y luego había manejado las cosas para que Paris la quisiera como tal. Le había llenado la cabeza a Paris con conmovedoras historias sobre su madre y había hecho que ella ansiara ser parte de esa familia de Bell Harbor. En retrospectiva, era fácil darse cuenta de que Sloan había aceptado su invitación a venir a Palm Beach sólo para poder introducir a un agente del FBI entre ellos, para que luego los dos pudieran destruir a Noah.

Restregándose distraídamente las sienes, Paris repasó lo que los detectives habían dicho y lo que habían dado a entender. Parecían absolutamente convencidos de que Sloan decía la verdad, y de que quienquiera que hubiera puesto el arma debajo del colchón era el asesino. La policía estaba convencida de que no habían sido Sloan ni Paul, y Paris sabía que no habían sido ni ella ni su padre.

Eso dejaba sólo a Gary Dishler.

Al principio, la idea parecía absurda, pero, cuanto más la pensaba, más se daba cuenta de lo poco que en realidad apreciaba a ese hombre. Cuando él había venido a trabajar para su padre hacía unos años, su posición como asistente estaba bien definida, pero ahora parecía estar a cargo de todo. Por lo general, trataba a su padre con deferente respeto, pero había habido ocasiones en las que ella lo había oído utilizar un tono impaciente, tajante, que era totalmente inadecuado. Lo había visto perder los estribos con una mucama y despedirla sin más ni más porque le había tocado unos papeles que él tenía sobre el escritorio.

Cuanto más lo pensaba, más desagradable le resultaba Dishler. No se le ocurría por qué éste podría querer hacerle daño a su bisabuela, pero no estaba muy segura de que no fuera perfectamente capaz.

Su padre estaba viendo las tarjetas de condolencias en un espacioso estudio del segundo piso que conectaba con una puerta a su dormitorio y con otra a la oficina de Gary Dishler. La puerta del pasillo a la oficina de Dishler estaba abierta, pero la otra estaba cerrada. Paris cerró con cuidado la puerta de la oficina de su padre que daba al pasillo para que tuvieran absoluta privacidad.

-Tenemos un problema -dijo ella con la calma de que fue capaz.

-¿Qué pasa? -preguntó él, abriendo otro sobre. Paris se sentó en una silla frente al escritorio.

-¿Sabes qué sentía Gary por la bisabuela? Sé que de vez en cuando ella era grosera con él.

-Ella era grosera con todo el mundo de vez en cuando -señaló Carter, filosófico-. ¿Qué tiene eso que ver con Gary? Paris aspiró hondo para darse fuerzas.

-Los policías estuvieron en casa hace un rato. Creen que el que haya escondido la pistola de Sloan bajo el colchón es la misma persona que mató a la bisabuela, y están convencidos de que no fueron ni Sloan ni Paul.

-No te envuelvas en todo eso, Paris. Te volverás loca si tratas de resolver tú esto. Que lo manejen ellos.

-No creo que podamos darnos semejante lujo. Él levantó la cabeza, con el entrecejo fruncido.

-¿Por qué no?

-Porque ya están convencidos de que fui yo. Yo tenía el mayor motivo de todos y la mejor oportunidad.

-¡Es ridículo! ¡Es una locura!

-Es una locura ir a la cárcel por algo que no hice, pero eso le pasa a la gente todo el tiempo. Hay sólo una persona que pudo haber cambiado de lugar la pistola después de la muerte de la bisabuela, y esa persona es Gary Dishler. Sacando a Paul, a Sloan, a ti y

Librodot

a mí, fue la única otra persona a la que la policía permitió quedarse en la casa después de que se encontró el cuerpo. Tú no lo hiciste y yo no lo hice. Eso deja a Gary.

Una extraña expresión le cruzó el rostro a Carter cuando ella terminó de hablar, una expresión muy parecida al miedo, pero se desvaneció tan rápido que Paris no pudo tener ninguna certeza.

-A los policías ni se les ocurrió preguntarle, y creo que me van a arrestar. Creo que debemos contratar nuestros propios detectives privados o algo por el estilo. Y creo que yo tengo que pensar en un abogado.

La ira, y no el miedo, le tensó la cara cuando ella se puso de pie y le dijo:

-¿Quisieras ocuparte de ambas cosas?

Él asintió con un gesto rápido y Paris se fue. Comenzaba a bajar las escaleras cuando oyó una puerta que se cerraba con un golpe. Se volvió y subió corriendo. La puerta del estudio de su padre seguía abierta, pero la puerta del corredor que daba a la oficina de Dishler ahora estaba cerrada, y Paris casi gimió en voz alta cuando pensó que su padre podría pedirle a Dishler que le consiguiera un abogado y contratara detectives. Entonces se dio cuenta de que su padre estaba tan enojado que tal vez había confrontado a Dishler y tratado de arrancarle la verdad.

El miedo por la seguridad de su padre hizo que Paris violara los preceptos de toda una vida. Entró corriendo en la oficina de éste, cerró la puerta y se inclinó sobre el escritorio para alcanzar el teléfono. Marcó el número del interno de Gary Dishler ,y en seguida atendieron el teléfono.

-¿Qué pasa? -dijo la voz.

-¿Gary? Ah, perdón -dijo Paris mientras con cuidado mantenía sostenido el número tres en el teléfono de su padre, lo que permitía el monitoreo de la habitación-. Quería marcar el número de la cocina.

-Ese es el interno treinta y dos -dijo él, y cortó. Gary había elegido el nuevo sistema telefónico, y le había enseñado cómo utilizar el sistema de monitoreo de una habitación cuando su padre se recuperaba del ataque al corazón. Ahora Paris lo usaba con otros fines. La conversación que se desarrollaba en la oficina de Gary salió por el parlante del teléfono y Paris la escuchó con una creciente sensación de espanto y descreimiento que se convirtió en pánico. -¡Te dije que te tranquilizaras, Carter! -dijo Dishler con un tono que Paris no le había oído usar nunca antes-. ¿Qué estás diciendo?

-Ya me oíste. Mi hija acaba de informarme que pueden arrestarla por el asesinato de Edith.

-¿Qué hija? -preguntó Dishler, innecesariamente.

-Tengo una sola hija que cuente -exclamó Carter-. Y acaba de presentarme un argumento muy convincente de que el que escondió la pistola fuiste tú. Lo que te convierte a ti en un asesino.

En lugar de oír a Dishler reaccionar con una negativa violenta, como Paris esperaba, oyó que la silla del hombre hacía un ruidito como si él se hubiera reclinado y, cuando habló, su voz sonó grotesca por su calma falta de interés.

-Tú tenías un problema serio, Carter, y tus socios comerciales lo admitieron apenas lo informé. Me pidieron que lo solucionara antes de que explotara y la caída nos destruyera a todos.

-¿Qué problema? -preguntó Carter, pero se lo oía asustado y a la defensiva.

-Vamos, tú sabes qué problema -dijo Dishler, desdeñoso-. El problema es que Edith cambió el testamento sin que ninguno de los dos nos diéramos cuenta. Incluyó a Sloan en parte de su herencia, de la cual una porción importante es el Hanover Trust. La parte de Sloan del Trust le habría dado quince millones de dólares. Pero la Hanover Trust no tiene más que cinco millones en total, porque el fideicomiso, es decir, tú y tu Banco, la han estado ordenando durante más de una década para mantener el Banco en funcionamiento y para cubrir tus pérdidas en otros negocios. ¿Me equivoco?

Librodot

Después de un silencio, Paris oyó hablar a su padre:

-Yo podría haber convencido a Sloan de dejar el dinero en la Trust y conformarse con el pago de intereses. Ya convencí a Paris de que hiciera lo mismo...

Se oyó un ruido, como si Dishler hubiera dado un golpe con la mano sobre la mesa.

-Sloan Reynolds no es Paris. Es policía. Si hubiera decidido que quería retirar el capital y tú no hubieras podido entregárselo, habría armado un escándalo. Ese escándalo te habría envuelto a ti y se hubiera extendido al Banco Reynolds. Tus socios en el Banco no podían permitir que sucediera eso.

-¡Mierda, deja de llamarlos mis socios! Teníamos un arreglo comercial, no una sociedad. Me auxiliaron cuando el Banco comenzó a tener problemas en la década del 80 y, a cambio, accedí a lavarles algo de dinero a través de los años. Les he permitido poner a su propia gente en algunas posiciones clave, y he tolerado tenerte cerca, pero nadie habló jamás de matar.

-No había opción. Si yo hubiera sabido antes que Edith iba a cambiar el testamento para incluir a Sloan, la anciana hubiera muerto de una muerte en apariencia natural antes de firmarlo, y no habría habido ningún problema. Por desgracia, no supe nada hasta que Wilson se fue de aquí con el nuevo testamento firmado y con el testimonio de tus criados como testigos. Lo consulté con tus socios, que lo consultaron con sus abogados. Resultó que la única manera segura de evitar que alguien como Sloan pudiera reclamar su herencia era que pareciera que ella la había matado para obtenerla. Tus socios me aconsejaron que me ocupara del asunto.

Paris oyó que su padre emitía un sonido parecido a una maldición gemida y Dishler dijo, como encogiéndose de hombros oralmente.

-Así son los negocios, Carter. No es nada personal. Vino bien que Sloan tuviera una pistola.

La voz de Carter bajó a un susurro vencido.

-¿Cómo lo supiste? ¿Cuándo averiguaste que era policía? -El día antes de la muerte de la pobre Edith, le pregunté a tu hija su opinión sobre las exquisitas alfombras persas de abajo. Me describió los colores de la alfombra Aubusson: no tenía idea de la diferencia. Eso, unido al hecho de que no mostraba un interés real en nada del decorado, me hizo sospechar. Me tomó cinco minutos en la computadora descubrir que era policía y una llamada telefónica corroborarlo. A tus socios comerciales les llevó quince minutos armar un plan y darme las instrucciones. -Agregó. -Me llevó treinta minutos encontrar dónde había escondido esa pistola de mierda. Ahora, ¿podemos dar por terminada esta desagradable conversación?

En la oficina contigua, Paris oyó la tensión en la voz de su padre cuando preguntó:

-¿Y Paris? Van a arrestarla.

-Bueno, tú sabes que yo jamás permitiría que sucediera semejante cosa. Esta noche nos ocuparemos de Sloan, y el asunto quedará terminado.

-¿Cómo?

-¿Estás seguro de que quieres saberlo?

En la oficina de al lado, Paris contuvo la respiración, con la mano temblando sobre el botón que apagaría los parlantes. Pero tenía que saber lo que estaban diciendo de Sloan.

Su padre tenía que haber asentido con la cabeza, pero no habló y la respuesta de Dishler le heló la sangre en las venas. -Esta noche, con un poco de persuasión, Sloan va a sufrir un ataque de culpa y vergüenza que le hará escribir una nota, confesando haber matado a su bisabuela. Y luego se volará la tapa de los sesos. Alas mujeres no les gusta desfigurarse cuando mueren, pero ella es policía. Será más propensa a tomar un camino rápido y seguro, ¿no te...?

Paris apagó el botón del intercomunicador y salió corriendo de la oficina de su padre, tropezándose por el corredor. El dormitorio en suite de su padre quedaba al final del ala norte de la casa, y el de ella al final del ala sur. Cuando pasó por la escalera central

Librodot

que llevaba al vestíbulo y dividía las dos alas, vio a una de las mucamas caminando por el corredor con sábanas limpias, y aminoró la marcha.

Todavía no tenía una idea exacta de lo que iba a hacer, sus emociones alocadas le ahogaban toda lógica excepto dos pensamientos. Tenía que avisarle a Sloan y tenía que salir de la casa sin que nadie sospechara por qué se había ido ni adónde iba.

-Hola, Mary -le dijo a la mucama-. Acabo de recordar que se me hace tarde para mi turno con... Con la manicura. Estoy muy retrasada.

En su habitación, tomó la cartera y las llaves del auto y salía cuando recordó que había guardado la tarjeta de Paul Richardson en algún cajón con la vaga intención de escribir una severa carta de queja a sus superiores sobre la acusación que él había formulado.

Vio la tarjeta, pero le temblaban las manos como si tuviera mal de Parkinson, y se le cayó dos veces.

Nordstrom estaba en el vestíbulo, abajo. Paris tenía que darle un mensaje para su padre para que no sospecharan por qué no iba a estar en casa para la cena. Trató de pensar dónde podía decir que iba al día siguiente del funeral de su bisabuela que no les pareciera extraño.

-Mi padre está en reunión con el señor Dishler, y no quiero interrumpir. ¿Podría decirle que llamó la señora Meade, y que voy a la casa, a hablar con ella sobre uno de mis diseños? Creo que me ayudará a animarme un poco.

Nordstrom asintió.

-Por cierto, señorita.

Capítulo 49

Paris miró el reloj del tablero cuando levantó el teléfono del Jaguar de su lugar en la consola del medio y vio que eran las cuatro pasadas. Si ignoraba por completo el límite de velocidad, el viaje a Bell Harbor le tomaría una hora, o incluso menos. Le tomaría más que eso tomar un avión, volar hasta Bell Harbor, y encontrar transporte una vez aterrizada. Decidió ir en auto. De cualquier modo, no llegaría antes del anochecer.

Apoyando el teléfono en el hombro, mantuvo un ojo en el tránsito mientras marcaba el número que Paul había garabateado en la parte de atrás de su tarjeta. Todavía le temblaban las manos, pero tenía cosas urgentes que solucionar y eso le impedía pensar en lo impensable.

Librodot

El teléfono en el número escrito por Paul dio una señal como si fuera un "pager", y Sloan dejó el número del teléfono del auto, colgó y esperó que le respondiera la llamada rápido.

Sentado en su habitación de un motel en Palm Beach, Paul escuchó con resignación la tormenta verbal que le llegaba por teléfono del agente especial a cargo de la división Miami del FBI. El teléfono celular que tenía estaba sobre la mesa de noche, y comenzó a titilar una lucecita en él, indicando que estaba recibiendo una llamada. Paul estiró el brazo .y lo puso en modo de recepción de mensaje para que dejara de sonar... Y no siguiera irritando al hombre furioso del otro lado de la línea.

-¿Te das cuenta de lo que está pasando aquí, Paul? ¿Me estoy explicando bien? A la oficina le va a costar una fortuna en horas hombre sólo contestar el primer aluvión de demandas que los abogados de Maitland presentaron hoy en la corte. -¿Y de qué, específicamente, nos acusa?

-Cuánto me alegro de que me lo preguntes ¯respondió Brian McCade con sarcasmo mordaz. Se oyó ruido de papeles: estaba recogiendo los documentos de los abogados de Maitland¸

-Vamos a ver. Este nos acusa de registro y secuestro ilegal, luego tenemos otro por engaño... -Paul escuchó en silencio la larga letanía de acusaciones legales. -Espera, ésta no te la había leído -dijo McCade, irónico-. Ésta nos acusa de "incompetencia dolosa".

-Eso nunca lo había oído. ¿Desde cuando la incompetencia es violación de la ley?

-¡Desde que los abogados de Maitland decidieron tratar de que lo fuera! -dijo McCade, furioso-. Probablemente sus abogados estén escribiendo leyes nuevas con algunas de estas demandas. Ya veo que todo esto va a ir a parar a la Suprema Corte.

-No puedo decir nada, Brian.

-Sí, puedes. En una de estas demandas, Maitland exige una disculpa pública y formal porque no encontraste nada ilegal en ninguno de sus barcos. Quiere que digas que lo lamentas.

-Dile que se vaya al infierno.

-Nuestros abogados están redactando el equivalente legal de esa respuesta. Sin embargo, no me parece apropiada a menos que, honestamente, consideres que él sacó de sus barcos la mercadería que buscabas sin que te enteraras.

Paul exhaló un largo suspiro.

-No pudo haberlo hecho. Después de la última reunión en América del Sur a bordo del Apparition, volvió en avión. Tuvimos el barco vigilado todo el camino de regreso y no hemos dejado de vigilarlo ni un minuto desde que está en Palm Beach.

-De manera que lo que me estás diciendo es que no trajeron ningún contrabando a bordo desde América del Sur porque tú lo hubieras encontrado.

Paul asintió y luego dijo:

-Así es.

-¿Y a bordo del Star Gazer tampoco había nada, verdad?

-Nada.

-Eso quiere decir que, básicamente, Maitland es inocente. Paul pensó en las vidas que había destruido gracias a su corazonada equivocada, y se sintió mucho peor de lo que podía explicarle a McCade.

-En resumidas cuentas, sí. Aunque legalmente puedes utilizar la ametralladora que encontramos, que entra dentro de lo "ilegal".

Librodot

-Gracias por esa esclarecedora observación. Ahora bien, ¿qué decimos sobre el hecho de que esa porquería es prácticamente una pieza de museo y, además, algo que él confiscó?

Paul volvió a suspirar -y pensó en Sloan .y en que ella había defendido en seguida a Maitland porque el juicio de Sloan era mucho más confiable que el suyo.

-¿Te parece que serviría de algo si intento ir a ver a Maitland para calmar sus sensibilidades?

-No quiere que lo calmen, quiere sangre... La tuya.

-Tengo que hablar con él para solucionar otro tema -dijo Paul, pensando que al menos tenía que convencer a Maitland de que Sloan no tenía la menor idea de que era Maitland el blanco de la investigación del FBI.

-Ni te acerques a Maitland-le advirtió McCade, volviendo a enojarse-. Si lo haces. puedes entorpecer nuestra defensa. ¿Me oíste, Paul? Es una orden, no una sugerencia.

-Te oí.

Apenas cortaron, Paul recibió otras dos llamadas de sus hombres en Palm Beach. Les dio a los dos detalladas instrucciones y después se fue a buscar un vaso de agua para traerse a la cama. Sacó la valija y se dispuso a volver a empacar.

Paris esperó cincuenta minutos a que Paul le devolviera la llamada, después aceptó el hecho de que debía formular un plan y apoyarse en él. Le transpiraban las manos sobre el volante y el velocímetro mostraba ciento setenta kilómetros por hora, de manera que esperaba que en cualquier momento la detuvieran por exceso de velocidad.

Tenía que mantener la calma y pensar. Con la mano derecha abrió la cartera y buscó, a tientas, una lapicera y algo sobre lo que escribir; luego tomó el teléfono del auto y llamó a información de guía de Bell Harbor.

La operadora le informó que el número de Sloan no estaba publicado.

-¿Tiene a Kimberley Reynolds? -preguntó Paris.

La operadora le dio el número de teléfono .y la dirección, y Paris los anotó.

-Quisiera también el número del Departamento de Policía de Bell Harbor.

Paris también lo anotó y llamó allí primero. Pidió hablar con la detective Sloan Reynolds, y la operadora del Departamento de Policía pasó la llamada. La tensión de Paris crecía a medida que esperaba, ansiosa, escuchar la voz de Sloan.

Un hombre atendió su teléfono y se identificó como el teniente Caruso.

-Quisiera hablar con Sloan Reynolds -dijo Paris.

-Lo lamento, señora, pero su turno terminó a las tres.

-Tengo que comunicarme con ella con urgencia. Soy la hermana. ¿Podría darme el número de teléfono de su casa?

-¿Es la hermana y no lo tiene?

-No lo tengo conmigo ahora.

-Lo siento, pero no puedo dárselo.

-Escúcheme -dijo Paris, con voz tensa e impaciente-. Es urgente. Su vida está en peligro. Alguien va a matarla esta noche.

El hombre del otro lado de la línea decidió, sin duda, que se trataba de una chiflada.

-¿Habla de usted misma, señora?

-¡Claro que no' -estalló Paris. Dándose cuenta de que ni la histeria ni un ataque de rabia iban a llevarla a ningún lado con este tonto, Paris volvió a intentarlo. -Soy la hermana. ¿Usted conoce personalmente a Sloan Reynolds?

-Claro.

-Entonces sabrá que hasta hace unos días estuvo en Palm Beach visitando a su familia.

-Sí, y asesinaron a la bisabuela, y la detective Reynolds fue arrestada, aunque después la soltaron. Nosotros ya recibimos dos llamadas de personas que querían confesar.

Paris llegó a la conclusión de que ese hombre era un idiota.

-¿Quién está a cargo del departamento?

-El capitán Ingersoll, pero hoy tiene franco.

-¿Quién es el segundo al mando, entonces?

-Vengo a ser yo.

Paris le cortó.

Paul terminó de hacer la valija y, automáticamente, tomó las llaves del auto .y el teléfono celular. La luz titilante indicaba una llamada no escuchada, y se acordó de la llamada que entró cuando él estaba hablando con McCade. Había recibido dos llamadas largas después de ésa. El número al que se suponía que debía llamar le resultaba desconocido.

A Paris la mano le temblaba sin control cuando tomó el papel que había puesto sobre el asiento del auto y leyó el número de teléfono de Kimberley Reynolds. Tomó el teléfono en el preciso momento en que éste empezó a sonar, y levantó el auricular con un movimiento brusco.

-Habla Paul Richardson -dijo una voz conocida-. Su número de teléfono apareció en mi contestador...

Eran las palabras más maravillosas que Paris había escuchado en toda su vida. Sintió un alivio tan grande que tuvo que luchar por contener las lágrimas.

-Paul, soy Paris. Estoy en el auto, en camino a Bell Harbor. Tienes que creerme porque la policía de Bell Harbor piensa que soy una chiflada y no van a hacer nada. Y, si tú no me ayudas...

-Te creo, Paris -la interrumpió él con una voz asombrosamente suave y tranquilizadora-. Y te ayudaré. Ahora dime qué pasa.

-¡Van a matar a Sloan, esta noche! ¡La van a obligar a escribir una nota suicida confesando que mató a mi bisabuela y después la van a matar!

Paris se quedó esperando a que él descalificara todo de un golpe o que le pidiera que repitiera todo en detalle mientras que los últimos minutos de la vida de Sloan volaban.

-Bien. Dime quiénes son "ellos", así sabré cuál es la mejor manera de detenerlos.

-No sé quiénes son. Escuché una conversación, por eso sé que lo van a hacer esta noche.

-Está bien. Entonces dime entre quiénes era la conversación.

Había llegado el momento de la traición. Su padre la había querido y criado... Su padre estaba tranquilamente dispuesto a que Sloan muriera esa noche para proteger su "negocio"... Su padre no se había puesto tan mal cuando se enteró de que su abuela había sido asesinada por la misma razón. Paris la había querido tanto. A él también lo quería. También la quería a Sloan.

-¿Paris? ¡Tengo que saber quién está metido en esto, o no podré hacer mucho!

Ella tragó saliva y se pasó el brazo izquierdo por las mejillas mojadas.

-Mi padre y Gary Dishler. Los oí hablar. Dishler trabaja para una gente que él llama los "socios" de mi padre, y esos "socios" le dijeron que matara a mi bisabuela, .y él lo hizo. -Las lágrimas le caían a torrentes por las mejillas, borroneando los autos y la carretera frente a sus ojos. -Le dijeron lo que tenía que hacer con Sloan, pero no lo hará él en persona. Creo que contrataron gente.

-Eso es lo que necesitaba saber. Te llamo.

Paris colgó. Paul la ayudaría a salvar a Sloan. También arrestaría a su padre.

Pensó en su padre, orgulloso y buen mozo, saliendo de su casa esposado. Pensó en juicios por homicidio, acusaciones, espantosas notas en los diarios con su foto. Las lágrimas arreciaron.

-Perdóname -le dijo en voz alta-. Perdóname. Perdóname. Perdóname.

Capítulo 50

Un helicóptero del FBI estaba en el muelle y Paul iba camino a él cuando llamó al Departamento de Policía de Bell Harbor. A él también lo atendió el teniente Caruso.

Paul se identificó y, antes de que pudiera decir nada más, Caruso dijo:

-Reconozco su nombre de las noticias de la televisión. Usted estaba con Sloan en...

-Pare de hablar y escúcheme -exclamó Paul-. Sloan está en peligro. Alguien va a atacarla, probablemente en su casa... -Seguro que es la mujer que llamó antes. Me pareció una chiflada, pero, para asegurarme, llamé a Sloan y le dejé un mensaje en el contestador automático en la casa.

-¿Le contestó?

-No, todavía no, pero...

Mentalmente, Paul repasó a los policías a los que había conocido con Sloan la noche de la comida en la playa. Uno se destacaba: había sido lo bastante astuto como para sospechar de él esa noche y para cuestionar la historia de Sloan de fuegos artificiales que sonaban como disparos de armas de fuego.

-¿Dónde está Jessup?

-También está de franco. ¿A quién más quiere...?

-Escúchame, estúpido ignorante, te voy a decir lo que quiero. ¡Quiero que muevas el culo y lo encuentres, y le digas que me llame a este número!

Los días eran cortos en marzo y el sol ya bajaba cuando apareció ante su vista la salida de la carretera interestatal para Bell Harbor. Paris necesitaba que alguien le indicara cómo llegar a la casa de Sloan pero, cada vez que llamaba a Kimberley a su casa, la atendía el contestador automático. Probablemente Kimberley estuviera todavía en el trabajo, pensó Paris, desesperada. Se dijo a sí misma que debía mantener la calma, pensar otras maneras. De pronto recordó que Kimberley trabajaba en una tienda, y Sloan había hablado de la dueña. La dueña tenía un nombre antiguo, y la tienda se llamaba igual. Paris se había interesado especialmente en el tipo de mercadería de alta costura que tenía... Que tenía... LYDIA. Tomó el teléfono del auto y pidió el número de la tienda Lydia. Fue tal su alivio que casi estalló en una carcajada cuando Lydia masculló que había una llamada personal para Kimberley

-Habla Kimberley Reynolds -dijo una voz suave, comprensiblemente curiosa con respecto a la identidad de quien la llamaba.

-Soy Paris, señora Reyn... Mamá.

-Ay, Dios mío. Ay, gracias. Dios mío. -Apretaba tanto el auricular contra la boca que Paris se dio cuenta desde el otro lado de la línea.

Paris encendió las luces y aminoró a una velocidad que no la metiera de cabeza en el tránsito parado ante una luz cerca del final de la rampa de salida.

-Estoy en Bell Harbor. Tengo un problema. Tengo que encontrar a Sloan en seguida.

-Tiene que estar en la casa. Son más de las cinco, y ella hoy trabajaba un turno temprano pero, si está en algún caso especial, a veces se queda trabajando hasta más tarde.

-Estoy saliendo de la carretera interestatal. ¿Podrías indicarme cómo llegar a su casa desde... -Paris hizo una pausa para leer el nombre de la calle... -desde Harbor Point Boulevard y la carretera?

Kimberley accedió con un entusiasmo que a Paris le tocó el corazón, aunque le latía con fuerza de la ansiedad que sentía. -Sloan siempre guarda una llave extra en un lugar donde a uno nunca se le ocurriría buscar -agregó, y le dijo a Paris dónde encontrarla-. Si todavía no llegó a casa, puedes entrar y esperarla -dijo.

-Muchísimas gracias. -Paris ya doblaba a la izquierda, siguiendo las instrucciones de Kimberley. De pronto se dio cuenta de que todavía no quería terminar esta primera conversación con su madre. Conteniendo el aliento, vacilante, dijo: -¿Te parece que más tarde pase a verte?

A su madre se le escapó una risa confundida con lágrimas. -Hace treinta años que espero oírte decir esas palabras. ¿No... No te vas a olvidar?

-Te prometo que no.

Minutos después, Paris encontraba la casa de Sloan. Adentro había una luz encendida y un auto blanco, de último modelo, con una chapa rara que decía BHPD031, estaba estacionado en la entrada de coches.

Segura de que BHPD era Departamento de Policía de Bell Harbor, Paris encontró un lugar para estacionar en la calle frente a la casa, tomó la cartera y bajó del auto. Se había levantado viento, y unas gotas de lluvia mojaban el suelo. Aunque había oscurecido, la calle parecía segura y bien iluminada. Su plan era golpear a la puerta, decirle a Sloan lo que iba a suceder y luego sacarla de esa casa sin demora. Paul se ocuparía del resto.

El plan parecía perfectamente sensato y fácil de cumplir, sin embargo, cuanto más se acercaba a la puerta del frente más inquieta se sentía. Llegó al porche y levantó la mano para golpear, pero vaciló y volvió a mirar a su alrededor. Del otro lado de la calle, hacia la derecha, la playa estaba parcialmente iluminada por grandes luces de mercurio sobre unos postes altos, y la luz era suficiente para iluminar a una figura femenina que caminaba deprisa por la arena a la distancia y que luego se echó a correr. Paris la reconoció y se sintió tan aliviada y tan contenta que la llamó sin pensar en el ruido del viento y de las olas.

-Sloan... -El saludo se volvió un grito ahogado cuando la puerta se abrió de pronto, una mano se cerró sobre su boca y la arrastraron adentro.

Librodot

Capítulo 51

La amenaza de lluvia que había hecho correr a Sloan se convirtió en algunas pocas gotas, de modo que ella volvió a una caminata lenta. Por lo general, el mar la calmaba, le cantaba, pero desde su regreso de Palm Beach no encontraba consuelo en él. Antes de ir a Palm Beach, había adorado las horas tranquilas a solas en su casa. Ahora tampoco soportaba estar en su casa.

Se agachó y recogió una piedrita redonda y suave, volvió hacia el mar y, con un jueguito de la muñeca, intentó hacerla rebotar por encima del agua. Tendría que haber rebotado, pero no lo hizo: pegó en el agua .y se hundió. A juzgar por el día que había tenido, le pareció perfectamente coherente.

Había llegado a su casa poco después de las tres y había pasado casi todo el tiempo hasta el anochecer sentada en unas rocas hacia el norte de la zona de picnic.

Había mirado las nubes arremolinándose y tapando el sol poniente mientras ella intentaba oír la música. En los atardeceres tranquilos, el mar le tocaba canciones de cuna de Brahms; en las noches de tormenta, era Mozart. Desde su regreso de Palm Beach, la música se había ido, ahora el mar la sermoneaba, le regalaba sonidos plañideros y oscuros susurros que la atormentaban incluso durante el sueño.

Se quejaba de que su bisabuela estaba muerta pero el asesino seguía libre. Le susurraba que ella había amado y perdido porque le había fallado a todo el mundo. Contaba sus pérdidas con cada subida y cada bajada de las olas. Edith... Noah...Paris... Courtney... Douglas...

Sloan estaba parada allí, con las manos en los bolsillos, escuchando la triste cantinela, que la mandó de vuelta a su casa, aunque sabía que tampoco allí podría escapar de ella.

Cruzó la calle en ángulo, con la cabeza baja, atormentada por los recuerdos, seguida por susurros tristes y urgentes. Estaba tan absorta que ya casi había llegado a la puerta de atrás cuando levantó la cabeza y se dio cuenta de que la parte trasera de su casa estaba a oscuras. Desde su regreso de Palm Beach había comenzado a dejar una luz encendida en la cocina y otra en la sala para no tener que entrar en un vacío oscuro. Temprano había encendido la luz de la cocina, estaba segura.

Preguntándose cómo podía recordar específicamente haber hecho algo que obviamente no había hecho, Sloan se acercó a la puerta de atrás, pero entonces vio el vidrio roto y apartó la mano. Giró, se acható contra la pared de la casa y se agachó. Manteniéndose debajo del nivel del alféizar de la ventana, rodeó la casa hasta el frente, desde donde vio que la lámpara de la sala seguía encendida. Hizo un rápido cálculo de probabilidades y respuestas apropiadas: no tenía manera de saber si todavía había alguien adentro ni por qué habían entrado en su casa. Los ladrones entraban rápido y salían rápido, pero normalmente no se dedicaban a apagar ninguna luz.

Tenía una llave de la casa, pero no tenía llaves del auto ni arma. La Glock seguía en custodia de la policía de Palm Beach y el reemplazo que le habían prestado estaba en su cartera en el dormitorio. El treinta y ocho estaba en el escritorio, en la sala. Si había alguien en su casa, lo sensato era irse, ir a lo de un vecino, y pedir ayuda.

Ése era su plan hasta que dobló la esquina del frente de la casa y vio un convertible Jaguar conocido estacionado en la calle. El auto de Paris. ¿Paris había roto un vidrio para entrar en su casa pero después había dejado el auto perfectamente visible? La idea era tan rara que daba escalofríos.

Sin hacer ruido, Sloan desanduvo el camino hasta la parte de atrás de la casa y se acercó a la puerta, hizo girar en silencio el picaporte y automáticamente se hizo a un lado para salir de la línea de fuego. Entonces oyó algo proveniente de adentro. ¿Un movimiento? ¿Un gemido? ¿Una palabra?

Miró rápidamente dentro de la cocina a oscuras a través de la ventana con el vidrio roto y estuvo segura de que estaba vacía, pero la puerta que la conectaba con la sala estaba cerrada.

Ahora sus sentidos estaban alertas, ajustados al meno$_r$ sonido. Se deslizó dentro de la cocina y, con cuidado, con un dedo, abrió apenas la puerta de vaivén.

Paris estaba sentada al escritorio de la sala, mirando hacia la cocina, blanca de terror, mientras un hombre que estaba de espaldas a Sloan la apuntaba con un arma. Rogando que no hubiera más que un hombre, Sloan abrió un poquito más la puerta.

Paris la vio y, con un esfuerzo desesperado, se puso a hablar, tratando de distraer a todos, tratando de darle una pista a Sloan.

-Sloan no va a escribir ninguna confesión de haber matado a mi bisabuela sólo para librar a mi padre. Ella se va a dar cuenta de que ustedes la matarán apenas la escriba.

-¡Cállate! -Le bisbiseó el hombre. -¡Si no te callas no verás lo suficiente para comprobar si tienes razón o no!

-¡No entiendo para qué se precisan tres hombres armados para tratar de matar a una mujer!

En ese momento supo que Sloan y ella iban a morir, lo percibió con un fatalismo aterrador.

-Ahora que apareciste tú -le dijo a Paris con mucha suavidad el hombre que estaba a la izquierda de la puerta de la cocina-, van a ser dos mujeres.

Paris supuso que Sloan se iría, pero lo que ésta en realidad hizo fue tan horrible de ver como impensable. Sloan abrió más la puerta de la cocina, levantó las manos para mostrar que no venía arenada y entró en la sala.

-Suéltenla -dijo, tranquila-. Ustedes me quieren a mí. Paris gritó, el hombre que estaba junto al escritorio giró en redondo, y los otros dos la agarraron de los brazos, la empujaron contra la pared y le apuntaron los dos con un arma cada uno.

-¡Muy bien, bienvenida a casa! -dijo uno de ellos. -Déjenla ir y haré lo que quieran -dijo Sloan, con tanta tranquilidad que Paris no podía creerlo.

-Tú vas a hacer lo que nosotros queremos o la matamos y te obligamos a presenciarlo -dijo el que estaba cerca de Paris, acercándose más. La agarró del cuello, la levantó de la silla y la arrojó hacia uno de los hombres que estaban con Sloan. -Tú -dijo, apuntando a Sloan-, ve allí. Vas a escribir una carta.

-Escribiré -dijo Sloan mientras la empujaban con tanta fuerza que la hicieron trastabillar-. Pero se están equivocando.

-Tú te equivocaste cuando entraste por esa puerta -dijo el pistolero que estaba junto al escritorio agarrándola y arrojándola sobre la silla.

-Si quieren seguir vivos cuando salgan de aquí -dijo Sloan-, mejor levanten ese teléfono y llamen a quien sea que los mandó.

El hombre le apoyó el caño del revólver en la cabeza.

Librodot

-Déjate de hablar idioteces y empieza a escribir.

-Bien. Déjame sacar papel del escritorio, pero antes escúchame... Mi hermana no tiene nada que ver con esto. No... No me aprietes el caño contra la cabeza. Ya sé que me vas a matar. Pero se supone que a ella no tienes que matarla. Llama a tu jefe y pregúntale.

Sloan vio, a su izquierda, una sombra que se movía en el pasillo que conectaba con su dormitorio y sintió que se le cubría la frente de sudor a medida que le subía la adrenalina. Parloteó más alto, más rápido, tratando de distraer a su apresador para que no viera la sombra.

-Justamente es a ella a quien quieren proteger matándome a mí. Dile a tu jefe...

El matón la agarró de los cabellos y le echó la cabeza hacia atrás. Le metió el revólver en la boca.

-Dices una sola palabra más y aprieto el gatillo.

Sloan asintió, despacio, y el hombre apartó el arma y le soltó los cabellos.

-¿Qué quieres que escriba? -preguntó, abriendo el cajón despacio. Con la mano derecha Sloan sacó un bloc de papel mientras que la izquierda se cerraba sobre la culata del treinta y ocho. Utilizando el bloc para taparse, se puso el revólver en la falda y se acercó más al escritorio para disimular. "¿Qué escribo? -repitió.

El sacó del bolsillo un pedazo de papel y lo plantó haciendo ruido sobre el escritorio.

En la cabeza de Paris, justo antes de que todo se oscureciera, el ruido del papel coincidió con explosiones simultáneas provenientes de todos lados y con un dolor agudo y súbito en la cabeza. Lo último que vio antes de deslizarse dentro de un pozo negro fue la cara de Paul Richardson, que estaba contorsionada de furia.

Capítulo 52

La atmósfera en el Hospital General de Bell Harbor era claramente festiva, a pesar del hecho de que el pequeño hospital estaba sitiado por los mismos enloquecidos representantes de los medios que habían ido a Palm Beach a cubrir el asesinato de Edith Reynolds. El intento de homicidio de Sloan y Paris Reynolds la noche antes había causado un alboroto de oscuras conjeturas y teorías disparatadas.

Las estaciones locales de televisión preferían darles el crédito a la detective Sloan Reynolds .y al oficial Jess Jessup por todos los actos de coraje y temeridad de esa noche e ignorar el heroísmo de dos agentes del FBI que habían participado en la acción.

A los medios nacionales les resultaba muy curioso, y muy emocionante, el hecho de que uno de esos agentes del FBI hubiera aparecido en la primera plana de los diarios hacía apenas unos días durante el secuestro y registro de los yates de Noah Maitland.

El anuncio de hacía unos minutos, en seguida del amanecer, de que Paris Reynolds estaba consciente, señaló el comienzo de un clima de celebración. Y, el personal del hospital lo esperaba, de la partida de las hordas de periodistas que estaban a sus puertas.

-¿Señor Richardson? -Una enfermera sonriente entró en una sala de espera privada en el tercer piso. Bajando la voz para no despertar a Kimberley ni a Sloan, dijo: -La señorita Reynolds está despierta. Si quiere verla a solas unos minutos, ésta es su oportunidad.

Paul se puso de pie. Después de esperar en el hospital, hora tras hora, a que Paris recuperara el conocimiento, de pronto no tenía idea de qué decirle.

Se asustó cuando vio que ella tenía los ojos cerrados pero, al sentarse junto a la cama, se dio cuenta de que su respiración era firme y estable y que tenía mucho mejor color.

Tomó su mano entre las suyas. Ella abrió los ojos y él vio cómo se esforzaba por reconocerlo. Esperó entonces a que ella recordara quién era él: el desgraciado que había dudado de cada cosa honesta y decente que ella había hecho y que luego había cometido la salvaje injusticia final de acusarla de haber asesinado a la bisabuela que ella adoraba. Sintió que merecía el mismo tratamiento que recibió la noche en que ella le dio una bofetada y le cerró la puerta en las narices.

Ella lo miró y su confusión desapareció por completo. Tragó saliva e intentó su primer esfuerzo de hablar en dos días. Paul contuvo el aliento. La voz de ella no era más que un susurro.

-¿Por qué demoraste tanto? -preguntó, con la sombra de una de sus sonrisas.

Él rió una risa ronca y le apretó más la mano. -¿Me dispararon? -preguntó ella.

Él asintió, recordando el espanto de cuando una bala perdida rebotó contra algo y le rozó la cabeza a Paris.

-¿Quién me disparó?

Paul inclinó la frente sobre las manos entrelazadas de los dos, cerró los ojos y le dijo la verdad.

-Creo que fui yo.

Ella se quedó muy quieta por un momento, pero de pronto comenzó a sacudirse de la risa.

-Tendría que habérmelo imaginado.

Paul la miró a los ojos y trató de sonreír.

-Te amo -le dijo.

Librodot

Capítulo 53

Paris salió del hospital el fin de semana y fue a recuperarse a casa de su madre. Paul se tomó unos días de vacaciones para estar con ella, Kimberley le andaba todo el tiempo encima, y Sloan iba a verla todos los días.

A Kimberley y a Paris se las veía florecientes, pero Sloan estaba cada día más delgada y más pálida, y Paul sabía que era por Maitland.

Como Paul sentía que la ruptura era absolutamente culpa suya, estaba más que dispuesto a tratar de enmendarla, a pesar de que le habían dicho que se mantuviera lejos de Maitland. Lo que le impedía hacerlo era que Maitland se negaba a verlo. Paul lo había llamado dos veces pidiendo una entrevista, y el otro no aceptaba las llamadas ni respondía al pedido.

Paul pensaba en esto mientras Paris, Sloan y Kimberley charlaban en la sala de Kimberley una tarde de sol, dos semanas después de la muerte de Edith.

Sonó el timbre y, como nadie parecía haber oído, Paul se levantó y fue a abrir la puerta del frente. Mirándolo con los ojos entrecerrados estaba Courtney Maitland.

-Vinimos a ver a Paris -le informó-. ¿Qué está haciendo usted aquí? ¿Tratando de confiscar la porcelana?

Paul miró por encima del hombro y vio a Douglas que bajaba del auto, y el plan de una frágil idea tomó forma en su mente.

-Quisiera hablar en privado con los dos antes de que en tren a ver a Paris -dijo, saliendo de la casa y obligando a Courtney a retroceder. Cerró la puerta a sus espaldas para que no pudieran pasar. Mientras Courtney lo miraba con odio y Douglas con furia, Paul dijo, sencillamente: -Cometí una grave injusticia con su familia, e hice lo mismo con Sloan. Quisiera remediar las cosas con todos si me ayudan.

Courtney aspiró ruidosamente.

-¿Por qué no exhibe la credencial del *FBI* y murmura conjuros? ¿No es ése su sistema para hacer las cosas?

Paul volvió a ignorarla y se dirigió a Douglas.

-Sloan no sabía en absoluto lo que yo pensaba hacer con esos yates, Douglas. No tenía la menor idea de que yo estaba interesado en Noah. Cuando accedió a ir a Palm Beach conmigo, lo único que Sloan sabía era que sospechábamos de que Carter realizaba

actividades ilegales. Ya leyeron los diarios. Saben que Carter confesó y que tenemos a Dishler bajo arresto. Dishler no para de hablar.

Hizo una pausa, tratando de sopesar sus reacciones, pero no pudo distinguir qué era lo que sentían, de manera que insistió.

-Yo tenía razón con respecto a Carter. Me equivoqué con Noah. Lo que importa es que ustedes no se equivocaron con Sloan cuando creyeron que los quería a todos. Ya se habrán enterado de lo que hizo: arriesgó la vida para salvar a Paris. Confió en mí, y yo traicioné esa confianza, pero lo hice por sentido del deber y convencido de que ella se equivocaba con Noah, yo no.

Volvió a hacer una pausa, y Douglas miró a Courtney, como para ver qué pensaba ella.

-Courtney -dijo Paul-, todo el tiempo les habla de ti a la madre y a Paris. Te extraña.

-¿Por qué vamos a creer en cualquier cosa que usted diga? -preguntó Courtney, empecinada.

Paul se metió las manos en los bolsillos.

-¿Por qué diablos mentiría?

-Por ejemplo, porque eres un sinvergüenza -sugirió Courtney, pero sin fuerza.

-Es obvio que estoy perdiendo el tiempo con todo esto -dijo Paul, cortante y estiró la mano hacia la puerta para abrirla-. Ninguno de los dos se interesa por Sloan. Olvídenlo. Estoy cansado de tratar de arreglar las cosas con gente a la que no le importa nada.

Abrió la puerta para entrar, pero Courtney le apoyó la mano en la manga.

-¿Cuánto nos extraña Sloan?

Él se volvió.

-Es increíble. ¿Cuánto la extraña tu hermano? ¯replicó.

Ella bajó la cabeza, mientras sus lealtades luchaban en su cabeza. Cuando levantó la mirada, dijo:

-La extraña tanto que hoy se va a Saint Martin, un lugar que no le gusta, y, cuando esté allí, se va a ver con un grupo de gente que tampoco le gusta. Luego irá a San Francisco, a quedarse.

-Ayúdenme a verlo y yo trataré de hacer que me escuche.

-Te va a echar -predijo Courtney, encantada-. No te quiere nada. Lo que tenemos que hacer es que vea a Sloan, y tiene que ser en un lugar donde no pueda echarla.

Se miraron, llegaron a la misma conclusión, y entraron en la casa.

-Hola, todo el mundo -exclamó Courtney.

Su voz hizo que Sloan girara sobre sí misma, sin poder creerlo. -No podemos quedarnos mucho -prosiguió Courtney, y corrió a darle un beso en la mejilla a Paris-. Qué precioso vendaje, Paris.

Sloan miró a Douglas, que abrió los brazos. La abrazó y susurró:

-Courtney va a llevarlos a ti y a Paul a ver a Noah. Vete con ella. Si esperas, Noah se habrá ido. Sale en unas pocas horas. -Dejó de hablar, distraído, mirando por encima del hombro de ella, y dejó caer los brazos. -¿Quién diablos es esa mujer?

Sloan estaba tan ansiosa por irse y tan temerosa del resultado del intento que tuvo que mirar fijo a su madre antes de responder.

-Mi madre. ¿Quieres que te la presente?

-Querida mía -dijo él, con una lenta sonrisa-. Nada me gustaría más.

Librodot

Capítulo 54

Noah guardó el último montón de papeles en un maletín y lo llevó abajo, al vestíbulo, donde sus valijas esperaban a que el chofer las cargara en el auto.

Se detuvo en el vestíbulo, con las manos metidas en los bolsillos, echando una última mirada alrededor. Él en persona había diseñado esa casa. Adoraba las formas de las habitaciones, los techos altísimos y las vistas panorámicas. Ahora, se alegraba de dejarla por un tiempo. Dondequiera que iba en la casa, aparecían recuerdos de Sloan y de su tonta obsesión por ella, lo recibían en sus habitaciones y lo seguían por los pasillos.

Miró en la sala y allí vio a Sloan, en el sofá, preocupada porque iban a arrestarla.

Los pasos de Noah resonaron en los pisos de madera lustrada mientras iba de una habitación a otra.

Pasó la puerta de la cocina, y allí estaba ella, haciendo tortillas, a última hora de la noche: "El *que no ayuda a cocinar no ayuda a comer",* le había advertido.

"Dame algo para hacer. Que sea difícil."

Ella le había dado un cuchillo y un morrón verde.

"Yo había pensado en algo más viril", había explicado él. Ella le había dado una cebolla.

Noah abrió la puerta de atrás, salió a la terraza y se quedó allí. A su izquierda estaba la mesa con la sombrilla donde ella había desayunado con Courtney, Douglas y él mismo por primera vez. Courtney había estado insistiendo para que le dieran detalles de la noche anterior, cuando Noah "se había estrellado", y Sloan había estallado en carcajadas contagiosas. *"Yo no sé nada de qué hay que hacer para seducir... Si hubiera tenido un teléfono, habría llamado a mi amiga Sara desde la pista de baile y le habría preguntado qué decir."*

Noah apartó la vista de la mesa y miró hacia delante. Ella se había encontrado con él allí, en el parque cerca de la terraza, tardísimo, aquella noche, después de su fiesta, parecida a un ángel descalzo con las sandalias en la mano. *"Con respecto a... A ese tipo de*

relaciones... No he tenido lo que se... Lo que algunas personas podrían considerar... Mucha. experiencia. En realidad, he tenido sólo dos relaciones así."

¿Sólo dos? Qué pena. ¿Puedo tener el consuelo de que hayan sido ambas muy breves y completamente insignificantes?

"Sí", había susurrado ella, apoyándole la mano en la mejilla. "Sí *lo fueron."*

Esa noche habían terminado en la reposera que ahora él tenía a su derecha, donde él se había comportado como un adolescente, acariciándola y toqueteándola. La playa se extendía frente a él. La había encontrado en la playa la noche de la muerte de Edith; él había venido temprano de Miami porque la extrañaba. La había acompañado a la casa después de que ella lo había hecho ayudarla a cocinar. *"Me tienes loco."* En realidad había querido decir "te amo". Gracias a Dios que no lo había dicho. Habría sido una idiotez más de la cual se arrepentiría ahora.

Noah se volvió y entró en la casa. De todas las mujeres que había conocido, se preguntó qué veta de inestabilidad mental, qué combinación de química humana, podría haberla convertido en la única mujer que él quería por encima de todas las demás.

No entendía cómo había sido tan ingenuo. Habría apostado todo lo que tenía a que ella estaba enamorada de él como él de ella. En realidad, había apostado por ella y, al final, ella le había costado una fortuna. La desagradable publicidad resultante del registro de sus yates por el FBI había dañado su reputación y, aunque el FBI no había encontrado nada, el mero hecho de que hubieran sospechado de él persistiría en la cabeza de la gente durante muchos años.

Sloan Reynolds era delicada y hermosa como una orquídea, era Mata Hari con cola de caballo.

Se detuvo en el umbral de la sala de estar y miró la cinta de vídeo que salía de la grabadora. Durante días luego de que Paris y ella estuvieron a punto de ser asesinadas, los programas de noticias de la televisión habían tenido inmenso éxito pasando películas que habían conseguido de Sloan trabajando de policía. Aunque Courtney consideraba a Sloan una absoluta traidora, con típica insensibilidad inocente grababa todo lo que veía y luego importunaba a Noah para que lo viera.

Según Courtney, el Departamento de Policía de Bell Harbor había aparecido en un episodio de una serie sobre "policías reales en acción" o algo parecido. Sloan había sido parte de un operativo de drogas que se filmó mientras sucedía.

La grabación lo llamaba a Noah. Era su última oportunidad de verlo antes de irse. Courtney y Douglas habían ido a ver a Paris, y él estaba solo en la casa. Se acercó al televisor, lo encendió y puso la cinta.

La pantalla se iluminó, la cinta comenzó a correr y Noah sintió una nueva oleada de furia cuando recordó que él había llegado a ofrecerse para enseñarle a Sloan a disparar ¡para que "el delicado angelito" no le tuviera miedo a las armas de fuego!

En la pantalla del televisor, "el ángel" tenía puesta una chaqueta con la palabra POLICIA en la espalda, y estaba agachada al costado de un patrullero, sosteniendo una pistola con las dos manos y cubriendo a sus compañeros que atacaban cruzando un jardín.

En el siguiente vídeo, Sloan no sólo cubría a sus compañeros, sino que iba al frente, corriendo hacia un edificio y achatándose contra la puerta del frente, con el arma en la mano, alta.

Noah oprimió el botón de apagado. La despreciaba en esa grabación.

Pero, si no lo hubiera traicionado, habría pensado que era maravillosa.

Recordó que había dejado arriba uno de los informes que tenía que llevarse, y subió a su oficina a buscarlo, para poder irse. Buscaba entre las carpetas en uno de los cajones del escritorio cuando oyó voces provenientes del vestíbulo. Al levantar la mirada, vio a Paul Richardson de pie en el umbral con Courtney de un lado y Douglas del otro.

Librodot

Douglas vio la mirada asesina en los ojos de Noah. -Noah, ¿podrías sólo escuchar lo que Paul tiene que decir? Como respuesta, Noah tomó el teléfono y apretó el botón del intercomunicador.

-Martin -le dijo a su chofer y guardaespaldas-. Tengo un intruso en mi oficina. Deshazte de él. -Clavó la mirada en el escritorio, encontró el informe que buscaba, se puso de pie y rodeó el escritorio. -Cuando pase junto a usted, Richardson -dijo, mientras su padre y su hermana, prudentes, se hacían a un lado y salían al corredor-, si aunque más no sea mueve un músculo, lo consideraré un gesto amenazador, y tendré el inmenso placer de tirarlo de culo por ese balcón. ¿Nos entendemos?

Como respuesta, el agente del FBI avanzó dentro de la oficina de Noah, cerró la puerta de un empujón y pasó la llave, dejando afuera a Douglas, a Courtney y a Martin, que subía corriendo las escaleras. Richardson apoyó los hombros contra la puerta para evitar que nadie pudiera abrirla, cruzó los brazos sobre el pecho y miró a Noah, impasible, por un instante.

Del otro lado de la puerta, Courtney y Douglas tranquilizaban a Martin en el sentido de que no se lo necesitaba. Paul no dudaba de que Noah estaba furioso y que era perfectamente capaz de atacarlo sin más ni más, pero contaba con que Noah no querría exponer a una adolescente de quince años a una escena de violencia que lo tuviera por protagonista, aunque no pudiera verla ni oírla. También contaba con su habilidad para aplacar la furia de Noah antes de que éste llegara a la conclusión de que Courtney había propiciado la escena y por lo tanto podía pagar el precio de tener que escuchar una pelea de puños.

-Noah -dijo Paul por fin, con un tono tranquilo y conversacional-. He pasado dos semanas espantosas. Es más, hace más de cinco años que no lo pasaba tan mal.

Noah apoyó una pierna en el frente del escritorio, un músculo le saltaba en la mandíbula apretada y su atención estaba clavada en la puerta detrás de Paul: escuchaba una indicación de que Courtney seguía allí o de que se había ido.

Paul lo sabía, por eso habló más rápido, y un poco más amablemente.

-¿Te acuerdas del caso de Zachary Benedict, hace cinco años?

La mirada de Maitland se posó despectiva sobre él. Nadie podría olvidar el furor a nivel mundial provocado por el actor y director, ganador de un Premio de la Academia, condenado injustamente por haber asesinado a su esposa. Benedict se había escapado de la cárcel y había tomado un rehén llamado Julie Mathison, que se había enamorado de él. Paul lo había capturado en México cuando Benedict arriesgó su libertad para reunirse con Julie, y la violenta escena en el aeropuerto de Ciudad de México había sido televisada para todo el planeta.

-Veo por tu expresión que recuerdas aquel escándalo. Yo fui el agente a cargo de aprehender a Benedict. Yo soy quien llevó a Julie Mathison a México y la usé de señuelo en el aeropuerto.

-Dime una cosa -exclamó Noah-, ¿nunca persigues culpables?

-No en tu caso, obviamente. Tampoco en el de Benedict. Cuando por fin absolvieron a Benedict y lo liberaron después de lo de Ciudad de México, fui a verlo, y le pedí, con éxito, por Julie. La perdonó.

-¿Y eso qué mierda tiene que ver conmigo?

-A eso voy. Había dos diferencias básicas entre la situación de Julie con Benedict y la de Sloan contigo en este momento: Julie fue a México a ayudarme a aprehender a Benedict porque la convencí de que él era culpable. Jamás habría podido convencer a Sloan de que tú eras culpable.

Paul vislumbró un destello de interés en los ojos de Noah y avanzó.

-En realidad, ni me tomé la molestia. Sloan vino a Palm Beach a ayudarme a investigar a Carter Reynolds. No tenía idea de que yo pensaba que tú estabas trayendo el efectivo que Reynolds lavaba para el cartel. La mantuve en ascuas por varias razones.

Una de esas razones es que Sloan es una idealista, es leal y es muy inteligente. Si llegaba a sospechar que yo estaba usándola para obtener información que pudiera utilizar en tu contra, creo que habría expuesto su trabajo y el mío para protegerte.

-¿Se supone que tengo que creer eso?

-¿Por qué iba a mentirte?

-Porque eres un hijo de puta.

-Courtney comparte tu opinión -dijo Paul, irónico. Lo dijo de una manera un poco más amable, pero el tono y la intención eran idénticas. -Sin embargo -continuó, rápidamente-, ésa es otra historia. Te dije que había dos diferencias fundamentales entre las situaciones de Julie Mathison y Sloan Reynolds. La segunda es la siguiente: Julie se sintió culpable por traicionar a Benedict después de haberlo traicionado. Estaba dispuesta a soportar la furia de Benedict y su negativa a verla o permitirle que se explicara. Sloan, por otro lado, no tiene ninguna razón para sentirse culpable. Y es tan orgullosa como tú, de manera que deberías pensarlo con cuidado antes de seguir en esta tesitura.

Paul se apartó de la puerta.

-Sé que te he dado mucho en que pensar. -Miró el reloj. -Tienes media hora para decidir si destruyes tu vida y la de Sloan o no.

-¿Qué mierda se supone que quiere decir eso?

-Quiere decir que ella te está esperando en el Apparition. Así que piénsalo un poquito. No fue a rogarte nada. Ella nunca te rogaría. Quiere decirte que lamenta lo que sucedió y despedirse como corresponde.

Se volvió, apoyó la mano en el picaporte, pero se detuvo y se volvió.

-Hay otra cosa -dijo, con una sonrisa-. Voy a casarme con Paris y, según me enteré para mi inmenso infortunio una noche, tiene mucha fuerza en el brazo derecho.

Maitland entendió la sugerencia.

-¿Te pegó? -preguntó, desapasionadamente.

-Exactamente.

-¿Por qué?

-Porque la acusé de haber matado a Edith.

-A mí me parece un buen motivo -dijo Noah, divertido.

-Una hora antes de eso, descubrí también que Sloan tiene más fuerza y es más rápida que Paris.

El interés le hizo brillar los ojos a Maitland.

-¿Sloan también te abofeteó?

-No. Ella me agarró con un gancho de derecha que casi me tira al suelo.

-¿Por qué?

-Porque acababa de averiguar que la había usado para llegar a ti.

Había dicho todo lo que se le podía ocurrir para reivindicar a Sloan pero, cuando escudriñó el rostro impasible de Noah en busca de una pista sobre qué pensaba, la expresión de éste era completamente inescrutable.

Noah se quedó sentado a su escritorio luego de la ida de Paul, pensando en lo que el otro le había dicho. No había manera de saber a ciencia cierta si el agente del FBI le decía la verdad sobre Sloan. Jamás tendría pruebas. Sin embargo, sí las tenía. Siempre las había tenido. La prueba había estado en los ojos de Sloan cuando lo miraba, en sus brazos cuando se aferraban a él, en su corazón cuando hacía el amor con él. Eso era prueba suficiente, pensó Noah. Se puso de pie, con muchas ganas de ver a Sloan, pero entonces se le ocurrió algo y se echó a reír. Richardson no iba a sacarla gratis. Después de haber dañado públicamente la integridad de Noah y de haber arrojado dudas sobre su moral, ¡Richardson iba a quedar toda la vida enganchado con Noah de cuñado!

Seguía sonriendo cuando entró en el vestíbulo y fue interceptado por Courtney ante la puerta del frente.

Librodot

-Supongo que tenemos que despedirnos -dijo, con un aire muy sumiso por tratarse de Courtney-. Paul me dijo que no creía que las cosas hubieran cambiado mucho contigo. No te enojes conmigo por haberlo traído, ¿eh? No quiero que te vayas enojado conmigo.

Se puso en puntas de pie y, para asombro de Noah, le pasó las manos por el cuello y le dio un beso de despedida.

-Si no te conociera, diría que en realidad me vas a extrañar.

Ella se encogió de hombros.

-Te voy a extrañar.

-¿En serio? Ni siquiera sabía que me querías.

Las valijas ya estaban en el auto, y él se agachó y recogió el maletín. Ella lo miraba, tratando de adivinar su estado de ánimo, y fue tan astuta que siguió en busca de algo que le diera esperanzas.

-Te querría mucho más si perdonaras a Sloan.

Por encima del hombro, Noah vio a Douglas de pie en la sala, mirándolo con la misma expresión esperanzada en el rostro que Noah percibía en la voz de Courtney. Ansioso por ir a ver a Sloan, Noah le hizo un guiño a su padre y se volvió hacia la puerta.

-Bien, en ese caso... Si consigo que me quieras mucho más...

Eso era todo lo que ella quería oír. Se puso a presionar sobre la ventaja ganada.

-¿Sabes qué? -agregó, sin contenerse, mientras él abría la puerta-, lo que me gustaría más que nada sería que te casaras con Sloan y se quedaran en Palm Beach.

Noah rió, la abrazó y le dio un beso en los rulos. Ella tomó el gesto por un "sí" y lo siguió al porche.

-Noah -lo llamó cuando él ya subía al asiento trasero del auto-. ¡Voy a ser una tía espléndida!

Muerto de risa, Noah cerró la puerta del auto.

Librodot

Capítulo 55

El rotor del helicóptero seguía girando cuando Noah llegó a la cubierta principal, buscando a Sloan. Pasó uno de los hombres de la tripulación que aseguraba los muebles de la cubierta preparándose para salir y, en lugar de perder el tiempo buscándola, Noah preguntó, abruptamente:

-¿Está la señorita Reynolds a bordo?

El hombre sabía sólo tres cosas de la señorita Reynolds: el rumor entre el resto de la tripulación de que había sido amiga íntima de un agente del FBI, que había hecho registrar el barco de su empleador; que la habían acusado de homicidio y que había sido traída a bordo por la hermana menor de su empleador, que les había dicho a los hombres que mantuvieran su presencia en secreto. El hombre decidió que lo más seguro era simular la más completa ignorancia.

-No, señor, no que yo sepa.

Noah asintió y frunció el entrecejo. Subió los escalones exteriores hasta su camarote. Sería imposible que la lancha o el helicóptero hubieran llegado sin que el hombre de cubierta lo hubiera visto. Eso quería decir que Sloan había cambiado de idea sobre ir a hablar con él, lo que parecía muy extraño.

Se metió las manos en los bolsillos y miró la cama inmensa donde había compartido tantas horas de tormentosa pasión y tranquilas charlas con Sloan y comenzó a preguntarse cuánto de verdad había habido realmente en la defensa que Richardson había hecho de ella. La mujer que Noah había visto en esa grabación de vídeo no habría tenido miedo de enfrentarse a él si era inocente.

Sloan estaba en la puerta detrás de él, juntando coraje. Había tenido algunas horas para pensar en la realidad de lo sucedido entre los dos y, a pesar del convencimiento de Courtney de que Noah estaría dispuesto a olvidar y perdonar, y que todo iba a volver a ser color de rosa otra vez, Sloan no lo creía cierto. Esto no era un cuento de hadas. La realidad era que ella lo amaba con toda el alma, pero que no le había traído más que la humillación pública. La realidad era que Noah nunca había dicho que la amaba, no creía en el matrimonio y no quería hijos. Además, eran de dos mundos totalmente diferentes. Lo máximo a lo que ella podía aspirar ahora era la honestidad durante esta última visita y, tal vez, algún día, su perdón.

Dio un paso adelante, temblando de nervios, fortificada por su propia determinación. Noah estaba de espaldas a ella, con las manos en los bolsillos, la cabeza apenas inclinada, como perdido en sus pensamientos.

-Vine a decirte adiós -dijo Sloan, en voz queda. Él tensó los hombros y se volvió despacio, con una expresión inescrutable en el rostro. -Vine a pedirte que me perdones, y sé que te llevará mucho tiempo. -Sloan hizo una pausa para disimular el temblor de la voz, y su mirada le rogaba que le creyera y la comprendiera. -No te culpo por lo que sientes por mí. Tantas veces quise decirte la verdad, pero Paul tenía miedo de que le dijeras algo a Carter. -Tratando de evitar que le temblara la voz con el amor y el dolor que sentía, aspiró hondo y luego prosiguió. -De todos modos, tendría que habértelo dicho, porque en lo más profundo de

mi corazón yo sabía que no lo harías. Pero, en cierto sentido, es mejor que las cosas terminaron así, rápido, para nosotros. Lo nuestro jamás hubiera funcionado.

Él habló por primera vez. -¿No?

-No. -Ella señaló con la mano el elegante dormitorio. -Tú eres tú... Y yo... Soy yo.

-Eso siempre fue un inmenso obstáculo para nosotros -dijo él, muy serio.

Sloan estaba tan conmovida que no captó la ironía en la voz de él.

-Sí, lo sé, pero eso no habría impedido que yo siguiera enamorándome cada vez más de ti. Tú no quieres casarte, y yo habría querido ser tu esposa.

-Entiendo.

-Me encantan los niños -dijo ella, destrozada. Las lágrimas le impedían hasta verlo.

Con los ojos clavados en ella, Noah se inclinó y apartó la colcha de la cama.

-Y tú no quieres hijos.

Él se desabotonó el primer botón de la camisa. -Y yo habría querido tener un hijo contigo. Él se desabotonó el segundo botón...

EPÍLOGO

Todas las mesas en el exclusivo restaurante de Palm Beach estaban ocupadas y la gente que esperaba que alguna se desocupara estaba amontonada en el bar y en el vestíbulo del frente.

El teléfono sonó en el escritorio del maitre y éste lo atendió. Escuchó, frunciendo el entrecejo porque se oía muy mal. -Perdóneme, ¿con quién quiere hablar? -preguntó, tapándose la oreja libre con la otra mano en un esfuerzo por alejar el ruido-. Sí, Maitland, están aquí en este momento. La llamaré al teléfono.

El maitre, cuyo nombre era Roland, era nuevo en el Remington Grill. Ubicó en su planilla la mesa reservada a nombre de Maitland y se abrió camino a través del salón hacia una mesa en la parte de atrás.

Había tres mujeres sentadas allí. Una de ellas era una rubia despampanante de poco más de treinta años, otra era una señora rubia, muy elegante, de cerca de cincuenta, tan parecida a la otra que seguramente era la madre y la otra era una adolescente de cabellos oscuros vestida de manera tan estrafalaria que no parecía tener nada que ver con las otras dos mujeres ni con la exclusiva clientela del Remington Grill.

Como Roland no estaba seguro de si habían preguntado por la señora o por la señorita Maitland, adoptó un camino seguro.

-Perdón, señora Maitland -dijo, a las tres risueñas mujeres-. Hay una llamada en mi escritorio.

Las tres lo miraron, intrigadas.

-¿Para cuál de las tres? -preguntó la adolescente. -Para... Maitland -insistió Roland, algo irritado por la situación.

-Como usted es nuevo aquí, le voy a explicar -dijo la adolescente, con un dejo de impertinencia, disfrutando, sin disimulo, la situación embarazosa del hombre-. Yo soy la señorita Maitland y ella -dijo, con una inclinación de cabeza hacia la rubia joven- es mi cuñada, la esposa de Noah Maitland. Y ella -dijo, indicando a la rubia mayor- es la madre de mi cuñada, esposa de Douglas Maitland. Sin embargo -agregó, mostrando el as en la manga con una mezcla de diversión y orgullo-, también es mi madre.

Las cejas de Roland levitaron con ira contenida. -Qué encantador.

Sloan retiró la silla y se apiadó del hombre. -Seguramente la llamada es para mí. Noah llamó desde Roma y me dijo que tal vez pudiera venir a casa esta noche, en lugar de mañana.

Noah subió las escaleras en silencio y deliberadamente sorprendió a su hija de tres años en el dormitorio.

-¡Papá! -dijo la pequeña, corriendo hacia él vestida en bata y pijamas, mientras el ama de llaves desaparecía en el cuarto de al lado. -¡Viniste temprano!

Por lo normal, Noah la hubiera levantado en brazos, pero tenía las manos en la espalda, escondiendo un regalo para ella, de manera que se limitó a sonreírle.

-¡Hoy estuvo la tía Courtney!

-Ya me di cuenta -dijo él, con ternura.

Ella hizo la cabeza a un lado, haciendo bailar sus largos tirabuzones rubios.

-¿Cómo te diste cuenta? -El peinado rastafari.

Sloan encontró a Noah en la terraza con su hija en las rodillas. Estaban sentados bajo la luz de la luna, susurrando sobre algo.

-¡Papá está en casa! -exclamó Ashley.

Noah levantó la mirada y vio a Sloan, y sus ojos resplandecieron con la calidez del amor y un saludo silencioso. -Hemos estado contándonos secretos -le confió Ashley.

Sonriente, se inclinó hacia delante para que Noah le dijera otro secreto al oído. Entonces lo miró y preguntó: - ¿Puedo contarle éste a mamá?

-Sí –dijo Noah, muy solemne.

Ashley imitó su seriedad.

-Papá dice que te quiere mucho pero mucho mucho *mucho*.

Librodot